LOU ANDREAS-SALOMÉ

Mirada retrospectiva

Compendio de algunos recuerdos de la vida

Alianza editorial

LOU ANDREAS-SALOMÉ

Mirada retrospectiva

Compendio de algunos recuerdos de la vida

Alianza editorial

Lou Andreas-Salomé

Mirada retrospectiva

Compendio de algunos recuerdos de la vida

Edición original al cuidado de
Ernst Pfeiffer

Traducido del alemán por
Alejandro Venegas

Alianza editorial

Índice

Mirada retrospectiva

La vivencia de Dios
Vivencia de amor
Vivencia en la familia
La vivencia de Rusia
Vivencia de los amigos
Entre la gente
Con Rainer
[Apéndice, 1934]
La vivencia Freud
Recuerdos de Freud (1936)
Antes de la Guerra Mundial y desde entonces
F. C. Andreas
Lo que falta en el «Compendio» [1933]

Comentarios de Ernst Pfeiffer

Nota preliminar
Reseña bibliográfica
Epílogo

Créditos

«La vida humana —qué digo, la vida en general— *es* poesía. Sin darnos cuenta la vivimos, día a día, trozo a trozo. Pero, en su inviolable totalidad, es ella la que *nos* vive, la que *nos* inventa. Lejos, muy lejos de la vieja frase “hacer de la vida una obra de arte”; no somos *nuestra* obra de arte.»[1]

LOU ANDREAS-SALOMÉ

---

1 Los asteriscos remiten a los «Comentarios de Ernst Pfeiffer».

LA VIVENCIA DE DIOS

Nuestra primera vivencia es, curiosamente, una negación. Momentos antes lo éramos todo, éramos indivisos, como alguna especie de ser inseparable de nosotros, y de pronto nos hemos visto empujados a nacer, nos hemos convertido en una partícula sobrante que tendrá que esforzarse, en adelante, para no caer en disminuciones cada vez mayores, para afirmarse en el mundo antagónico que se abre cada vez más ante sí, en el mundo al cual cayó, desde su total plenitud, como a un vacío que —por lo pronto— la despoja.

Así, lo primero que se experimenta es, por así decirlo, algo ya pasado, una repulsa de lo presente; el primer «recuerdo» —así lo llamaríamos más tarde[1]*— es al mismo tiempo un impacto, una decepción por la pérdida de aquello que ya no es, y algo así como un saber, un estar seguro de que aún *tendría* que ser.

Éste es el problema de la primera infancia. También lo es de toda primitiva humanidad; en ella se sigue proclamando una independencia del todo junto a las experiencias del hacerse cada vez más consciente: como una poderosa leyenda acerca de la participación inalienable en la omnipotencia. Y la humanidad primitiva sabía mantenerse en esta fe con tal confianza, que la totalidad del mundo de la apariencia se le presentaba sometido a una magia accesible al hombre. La especie humana conserva permanentemente algo de esta incredulidad en la validez general del mundo exterior, mundo que antaño pareció formar con ella un indiviso uno-y-lo-mismo; constantemente salva con ayuda de la fantasía la brecha surgida ante su conciencia, si bien aquélla tiene también que ir adecuando precisamente a este mundo exterior, cada vez más consciente, el modelo de sus divinas correcciones. Este tiro largo o desviado, este duplicado fantasmático —llamado a disimular lo que de problemático ha ido sucediendo con la humanidad— el hombre lo ha llamado su religión.

Por eso es por lo que también a un niño de hoy, o de ayer, pueda ocurrirle —caso de que en alguna parte se vea todavía rodeado, de manera completamente natural, de fe paterna, de «creencias»— que incorpore lo religiosamente creído de un modo tan involuntario como las percepciones objetivas. Porque precisamente a sus cortos años, a su corta capacidad de discriminación, les es propia aún la capacidad primigenia de no tener nada por imposible y tener lo más extremo por verosímil; todos los superlativos se dan aún cita mágica en el hombre como supuestos de la mayor naturalidad, antes de que éste tenga tiempo de desgastarse lo suficientemente a fondo en las medianías y diferenciaciones de lo fáctico.

No se crea que semejante prehistoria le esté ahorrada por completo a un niño no religiosamente influido: la reacción más infantil se produce por lo pronto *siempre* —como corolario de un discernimiento aún insuficiente y de la fuerza tanto menos cuestionada del deseo— a partir de lo superlativo. Porque nuestra «independencia en el todo» no desaparece de nuestro juicio, en un principio, sin dejar detrás de sí esta herencia que se reparte sobre todos los objetos de nuestras primeras aficiones o nuestras primeras indignaciones como una trasfiguración o una deformación hacia lo supradimensional—, como una suerte de omnicomprensión aún absoluta. Cabe incluso decir: allí donde las circunstancias de la época —por ejemplo las de hoy, o las de mañana— le ahorraran en exceso a un niño esta experiencia, así como las decepciones que de manera inevitable de allí se siguen, de forma que su sobrio juicio tuviera que emplearse críticamente desde demasiado pronto, sería más bien de temer que la pulsión natural de la fantasía, que, en tanto precede al despertar de nuestro entendimiento, quedara embalsada de forma antinatural para vengarse en su momento en la objetividad de lo real, y que, cediendo a semejante impulso preterido, el niño abandonase precisamente los patrones objetivos.

Conviene agregar, eso sí, que en el niño normal una educación excesivamente «religiosa» cede en forma natural ante la creciente crítica de lo percibido, de la misma manera como la predilección exclusiva por la creencia en los cuentos de hadas cede ante el interés abrasador de la realidad. Si tal no sucediera, sobrevendría en los más de los casos una

inhibición del desarrollo, una discordancia entre lo que arrastra hacia la vida y lo que titubea en trabar relación con sus condicionalidades.

El hecho de que con nuestro nacimiento se abra una brecha —entre mundo y mundo— que en adelante separa dos formas de existencia hace más que deseable la presencia de una instancia mediadora. En mi caso, puede que los conflictos de la primera infancia, ubicuos como fueron, propiciaran un cierto resbalón hacia atrás —desde una forma de juicio ya adaptada hasta otra puramente fantástica—, con lo cual, por así decirlo, abandoné (casi traicioné) a mis padres y sus puntos de vista, en aras de verme abrazada e incorporada totalmente, y por ello estaba tanto entregada a una potencia aún mayor cuanto que participaba en ella de toda magnificencia, de la omnipotencia incluso.

Imaginémoslo más o menos así: como si del regazo paterno, del que hay que bajarse a veces, se hubiese uno sentado en pleno regazo de Dios, como en el de un abuelo que nos consiente mucho más y que en todo nos aprueba, que es tan generoso que diríase tiene los bolsillos siempre llenos, y como si con ello se hubiese tornado uno casi tan todopoderoso como él, aunque no tan «bueno»; significa en realidad: los dos padres ensamblados en uno; calor del regazo materno y omnipotencia paterna. Separarlos y distinguirlos, como esferas del amor y del poder, es ya una tremenda ruptura en el bienestar premundano y sin deseos, por así decirlo.

Pero ¿qué es lo que origina en el hombre, después de todo, esa capacidad de confundir lo fantaseado con lo real por antonomasia? No hay duda: sólo la incapacidad, inextinta, de limitarse al mundo exterior, a este Fuera de Nosotros (¡con mayúsculas!) que en ningún caso habíamos podido dar por sentado —la incapacidad de reconocer plenamente como real lo que no nos contiene en su seno.

Con seguridad fue ése el principal motivo de que me preocupara sorprendentemente poco la invisibilidad total de este tercer poder, del suprapoder por encima de los padres, quienes en último término también lo recibían todo de él. Así ocurre con todos los creyentes a carta cabal. En mi caso concurría además otro motivo: un curioso asunto con los espejos. Al mirarme en ellos, me asombraba en cierto modo ver tan claramente que yo era sólo *eso* que allí veía: tan limitada, tan enjaulada, tan obligada a *dejar*

de ser en lo demás, incluso en lo más próximo. Si no miraba al espejo, no se me hacía tan presente, pero de todas formas mi propio sentir se negaba a la circunstancia de no estar presente con todo y en todo, sino, inaceptada, de quedarme como si dijera sin techo en las cosas. Resulta bastante anormal, ya que me parece como si esto me hubiese perturbado aun posteriormente, cuando hace ya mucho que la imagen del espejo expresaba una relación interesada hacia la propia imagen. Sea como fuere, este tipo de ideas precoces contribuyó a que ni la omnipresencia ni la invisibilidad del Buen Dios me resultaran en modo alguno sorprendentes.

Resulta claro, por cierto, hasta qué punto una imagen de Dios armada con tan tempranas sensaciones no puede durar demasiado, menos que las fabricadas con más entendimiento y de manera más comprensible —como también es sólito que los abuelos se nos mueran antes que los padres, que duran más.

Un pequeño recuerdo me permite imaginar el método con el cual mantenía a raya las dudas: un magnífico bombón fulminante, que mi padre me había traído con ocasión de una fiesta en la corte, lo imaginé lleno de vestidos de oro; pero cuando me dijeron que eran sólo de papel de seda fino con rebordes dorados, lo dejé sin estallar. De esta manera, adentro, siguieron siendo en cierta medida trajes de oro.

Los regalos del divino abuelo tampoco necesitaban de visibilidad alguna para mí, precisamente por ser tan inconmensurables en valor y abundancia y resultarme tan absolutamente seguros, *incondicionalmente* seguros sobre todo: no ligados al buen comportamiento, por ejemplo, como los otros regalos. Ya que hasta los de la mesa de cumpleaños relucían en realidad allí porque una había sido buena, o se esperaba que lo fuese. Y el hecho es que a menudo era yo una niña «mala», y que por ello tuve incluso que trabar doloroso conocimiento con una vara de abedul —cosa que tampoco dejaba nunca de denunciar ostentosamente ante el Buen Dios—. En esto se mostraba completamente de mi parecer, y hasta me parecía encolerizarse tanto, que más de una vez, cuando por casualidad me encontraba de ánimo generoso (cosa que en modo alguno era muy frecuente), me esforzaba por convencerlo buenamente de que se olvidara del empleo que mis padres hacían de la vara. Por supuesto que semejantes ejercicios de fantasía

acarreaban consigo no pocas veces toda suerte de añadidos fantásticos a los procesos de la realidad, incluso en relación con mis circunstancias cotidianas, añadidos que por lo general eran pasados por alto con una sonrisa. Hasta que un día de verano, cuando con una parienta algo mayor que yo volvíamos de un paseo y se nos preguntó: «Bueno, excursionistas, contad qué os ha acontecido», salté sin titubeos y relaté todo un drama. Mi pequeña acompañante, turbada en su honradez y veracidad infantiles, me clavó atónita los ojos y exclamó con un chillido de susto: «¡Pero si estás mintiendo!».

Creo que fue por entonces cuando comencé a preocuparme por hacer exactas mis afirmaciones —para mí, sin embargo, significaba también no agregar ni un ápice de regalo, aunque esta obligada avaricia me entristeciera mucho.

Por lo demás, no solamente de mi persona le informaba al Buen Dios de noche, en la oscuridad: le contaba —generosa y espontáneamente— historias enteras. Estas historias tenían una especial peculiaridad. Se me antoja que nacían de la necesidad de agregar a Dios al mundo entero por añadidura, mundo que por cierto existía en toda su extensión junto al nuestro, secreto, y de cuya realidad esta relación especial antes me distraía que me ayudaba a afincarme en ella por completo. Así que no era casual que tomase como material para mis historias sucesos o encuentros reales con seres humanos, animales u objetos; para lo maravilloso ya bastaba con el Dios-Auditor, no había para qué acentuarlo más; al contrario, de lo único que se trataba era de convencerse exactamente de la *realidad,* por así decirlo. Claro que nada podía contar yo que el Dios omnisciente y todopoderoso no supiera ya; pero precisamente eso era lo que me garantizaba la indudable facticidad de lo narrado, motivo por el cual también, no sin satisfacción, agregaba a cada comienzo la muletilla:

«como sabes».

Sólo mucho más tarde, ya entrada en años, volví a recordar en sus *detalles* el repentino fin que tuvo esta más bien dudosa relación de fantasía; está descrito en una pequeña narración, «La hora sin Dios»[2]*, cuyo valor se

pierde, sin embargo, por estar en ella la niña situada en un medio extraño, en circunstancias diferentes —quizás porque para dar forma a lo más íntimo de la experiencia necesitaba yo todavía una pequeña distancia exterior—. Lo que efectivamente sucedió fue lo siguiente.

Un mozo de labranza, que en invierno nos traía huevos de nuestra casa de campo a la residencia en la ciudad, me dijo un día que frente a la casita en miniatura que en propiedad exclusiva tenía yo en medio del jardín había estado parada «una pareja» esperando que la dejaran entrar, pero que él la había echado. Cuando volvió la vez siguiente, le pregunté inmediatamente por la pareja, probablemente porque me intranquilizaba que hubiese pasado, entretanto, frío y hambre; ¿a quién habrían recurrido? —Bueno, irse, no se habían ido, me dijo. —Entonces ¿seguían parados delante de la casita? —Bueno, tampoco eso: porque en realidad se habían ido transformando poco a poco, se habían ido haciendo cada vez más delgados y pequeños: hasta tal punto habían venido a menos, que al final se habían hundido por completo; porque una mañana, al barrer delante de la casita, sólo había encontrado los negros botones del abrigo blanco de la mujer, y del hombre entero no quedaba más que un sombrero abollado; pero el lugar donde encontró estos restos estaba todavía cubierto de sus lágrimas congeladas.

Para mí lo incomprensible de esta historia misteriosa albergaba su aguijón más duro no en la compasión por los dos, sino en el enigma de su transitoriedad, en que algo tan incuestionablemente existente pudiera fundirse: como si algo alejase de mí, por demasiado inofensiva, la solución más inmediata, en tanto que toda yo exigía, con pasión creciente, una respuesta. Es probable que esa misma noche solventara mi exigencia con el Buen Dios. Habitualmente no tenía por qué ocuparse de ella, tenía, por así decirlo, que prestar sólo oído a aquello que él mismo ya sabía. Tampoco ahora le estaba yo exigiendo mucho: bastaba con que su boca muda dejase pasar un par de palabras entre sus invisibles labios: «El señor y la señora Nieve». Pero el que no se aviniera a hacerlo significó una catástrofe. Y no sólo una catástrofe personal: porque descorrió las cortinas que ocultaban tras de sí un espanto inenarrable. Pues no solamente *de mí* desapareció el Dios que había estado pintado sobre la cortina, sino que desapareció *del todo,* para el universo entero.

Cuando nos sucede algo análogo con un ser humano de carne y hueso que nos ha decepcionado, acaso, y obligado a reconsiderarlo, por el cual nos hemos sentido abandonados y traicionados, resta la posibilidad de volver a orientarnos alguna vez dentro de la misma realidad, de corregir la mirada con la cual le habíamos visto. Algo similar le sucede tarde o temprano a todo ser humano, a cualquier niño, se produce una rotura entre lo esperado y lo encontrado: y el que aquélla sea benigna o pertinaz es cosa que se presenta a la experiencia como una diferencia de grado. Pero en el caso de Dios aparece como diferencia esencial, incluso en el hecho, por ejemplo, de que con la desaparición de la creencia en Dios para nada cesa la capacidad misma de creer que de él proviene, de creer en los poderes irreales en general. Recuerdo un momento, durante las devociones habituales en casa, en que se leyó el nombre del diablo o de los poderes diabólicos, y esto me despertó literalmente de mi letargo: y *ése* ¡¿seguía existiendo?! ¡¿Había sido a fin de cuentas *él* quien me había hecho caer del regazo de Dios, donde tan dulcemente me había acomodado?! Y si había sido él, ¿por qué no me había defendido yo? ¿No le había concedido así ventaja?

Al intentar, con estas palabras, interpretar ese momento fugaz y sin embargo tan sólidamente fijado en mi memoria, quiero hacer resonar en especial *una* nota: no la de la culpabilidad compartida en la pérdida de Dios, pero sí la de una especie de complicidad en el conocimiento, como un pálpito de ella, que la precedió. Porque la sorprendente banalidad de la ocasión con la cual puse a prueba a mi Dios hacía tanto más inverosímil que no hubiese llegado *yo misma* a la solución —que no hubiese desenmascarado yo misma al señor y la señora Nieve, a quienes precisamente las manos infantiles tanto gustan de otorgar existencia.



Gustav von Salomé y su hija Louise

La idea del espanto que se había abierto ante mí no desempeñó mayor papel en mi infancia: colaboró tan sólo en la dificultad de sentirme cómoda en lo real —en lo «sin Dios»—. Cosa harto sorprendente, de la pérdida de Dios se derivó, por lo pronto, un efecto inesperado: en lo moral porque con ella, en efecto, me hice bastante más buena, más obediente (lo ateo no me diabolizó, por lo tanto), probablemente porque el abatimiento actuaría como un freno para todas las barrabasadas. Pero también por un motivo más positivo: por una especie de inevitable compasión por mis padres, a quienes no podía darles guerra, después de haber sido tan golpeados como yo, porque también ellos habían perdido a Dios, *sólo que no lo sabían.* Cierto que durante un tiempo hubo intentos de invertir la situación: de imitar a los creyentes padres, al igual que había recibido y aprendido de ellos todo lo demás y me había cerciorado a su través de lo existente. Hubo un temeroso plegar de manos por las tardes, desesperada y humilde, como una pequeña extranjera que clama desde el borde más extremo de una gran soledad hacia lo increíblemente lejano. Mas el intento de aunar esta supuesta lejanía con la antigua, íntima cercanía de Dios, experimentada en su inmediatez, fracasó; pese a toda la humildad, siguió siendo un aproximarse forzado a algo completamente otro, ajeno, extraño, y esta confusión aumentó aún más la soledad con la vergüenza de haberse equivocado, de haber importunado a un desapercibido.



Louise von Salomé, madre de Lou
© Dorothee Pfeiffer, Göttingen



Louise von Salomé (Ljola)
© Dorothee Pfeiffer, Göttingen

Entretanto había proseguido contándome mis historias al dormirme. Seguía tomándolas, como antes, de lo completamente no problemático: encuentros y sucesos de la vida diaria, bien que en ellas se había operado la decisiva transformación de faltar el oyente. Por más que me diese maña en

hermosear con la mayor suntuosidad las figuras o torcer soberanamente, para mejor, sus destinos, quedaban siempre en la sombra. Echábase de ver, al ser contadas, que no habían reposado antes, por un momento, en las manos suaves de Dios, que no me habían venido de ellas como un regalo de sus grandes bolsillos —sancionadas y legitimadas—. ¿Teníalas siquiera por *verdaderas* desde que ya no las recibía y encabezaba con esa certeza del «como tú sabes»? Las historias se convirtieron en una ocasión inconfesadamente preocupantes, como si las arrojara, indefensas, a las incalculabilidades de la vida, de cuyas impresiones precisamente las tomaba. Me acuerdo —y me lo contaron muchas veces— cómo durante un muy violento sarampión me asaltó, en medio de la fiebre, una pesadilla en la que las muchas, muchas personas de mis relatos aparecían sin techo, sin pan y traicionadas por mí. Porque nadie sino yo sabía quiénes eran, nada podía traerlas, desde algún lugar ignoto de su vagar sin rumbo, a casa, al refugio donde yo sabía que todas descansaban: *todas* —en sus mil individualizaciones que no pararían de multiplicarse— hasta que no quedara, visible y realmente, ni una sola partícula de mundo que pudiese llegar a casa de otra manera que de Dios. Probablemente fue eso también lo que me hizo tan frívola que a menudo anudaba las más diversas impresiones exteriores[3]*; así, un escolar o un anciano que se cruzaran en mi camino, un brote nuevo o un árbol crecido podían representar para mí diferentes edades de una y la misma persona —como si de todas maneras formasen un todo—. Y esto siguió así, aunque la suma del caudal de materiales comenzara a gravar ya la memoria de forma alarmante, de manera que di en orientarme, en la red cada vez más espesa de hilos entretejidos, con ayuda de rayas, nudos y palabras clave. (Es posible que, más tarde, la costumbre de escribir libros de cuentos fuese una repetición de esta otra: como sustituto de un contexto en el fondo mucho más amplio, indescriptible por ese medio y, como tal, sólo palabras clave y recurso de emergencia.)

La actitud de preocupación para con las gentes de mis historias no debe entenderse en modo alguno como equiparable al cuidado maternal, como habría convenido a una muchachita. En el juego de las muñecas no era yo quien las llevaba después a la cama y conducía a sus establos a los animales

que habíamos empleado en el juego, sino mi hermano, tres años mayor. Para mí habían cumplido evidentemente su servicio con ser *motivo* de juego: lo sorprendente es que mi hermano, con su acción, me parecía ser con mucho el más fantástico.

Acerca de mis «vivencias de Dios» tampoco solía hablar claramente con las pequeñas amigas de mi edad (entre las cuales se contaba, en especial, una pariente, también de familia franco-alemana, como nosotros, sólo que por parte de madre; su hermana casó más tarde con uno de mis hermanos), como si no fuera lo suficientemente seguro que ellas guardaran recuerdo de algo parecido. Pero con los años también yo llegué a perderlo. Seguramente por eso recuerdo la impresión que me hizo el encontrar, al revolver entre papeles, una hoja vieja y rasgada en la que yo misma había garrapateado unos versos hacía mucho tiempo, en Finlandia, durante las blancas noches de verano, sumergidas en su mágica claridad:

> Du heller Himmel über mir[4]*,
> Dir will ich mich vertrauen:
> Lass nicht von Lust und Leiden hier
> Den Aufblick mir verbauen!
>
> Du, der sich über alles dehnt,
> Durch Weiten und durch Winde,
> Zeig mir den Weg, so heiss ersehnt,
> Wo ich Dich wiederfinde.
> Von Lust will ich ein Endchen kaum
> Und will kein Leiden fliehen;
> Ich will nur eins: nur Raum — nur Raum,
> Um unter Dir zu knieen.[5]

Al releerlo me pareció ajeno, con vana objetividad lo escruté incluso atendiendo a su valor poético. Y sin embargo, tras todas mis experiencias y mi conducta vibraba desde entonces el mismo tono fundamental, como si su sonido no naciera en modo alguno de un devenir paulatino brotado de experiencias normales, alegres o tristes: era como si proviniese de un

tempranísimo saber no infantil, un haber reexperimentado aquel impacto primigenio común a todos los mortales al despertar conscientemente a la vida, del cual la vida misma no podía dejar de recibir una impronta perdurable.

Por mucha que sea la honradez autobiográfica, no resulta fácil hacerlo comprensible. Algún detalle concreto quizá sea de mayor utilidad. A la cabecera de la cama me habían colocado una cajita con 52 sentencias bíblicas, para ir cambiándolas a lo largo del año; cuando con el tiempo apareció en el ventanuco el versículo I. Tes. 4, 11, lo dejé allí en permanencia: «Esmeraos en vivir sosegados y en ocuparos en lo vuestro, y en trabajar con vuestras propias manos». Ciertamente que por entonces no habría podido dar una explicación. Pero de algún modo es una resonancia de aquel temprano sentimiento de orfandad y de su total resignación el que esta cajita siga, a causa de esa sentencia, colgada aún hoy en mi casa. La máxima, de talante tan poco infantil, sobrevivió todos los años de mi extrañamiento de Dios, no sólo porque me era imposible, por mis padres, deshacerme de la cajita, sino porque su palabra arraigó en mi corazón. La última prueba de lo que digo surgió después de mi traslado al extranjero, adonde, junto con otras muchas cosas, también me siguió la cajita; en esa ocasión llegó hasta a desplazar del campo la modificación que efectuó Nietzsche al enterarse de su constancia: reemplazar la sentencia por otra de Goethe: «Desacostumbrarnos de lo mediano[6]* para vivir resueltamente lo entero, pleno, bello». Todavía están hoy estas palabras, manuscritas, al reverso del impreso amarillento.

La sazón harto temprana de las impresiones infantiles que he descrito podría parecer, con razón, un caso excepcional y sorprendente ya que, según queda dicho, estuvieron muy probablemente conectadas con un deslizamiento al pasado, a lo más infantil, o con un estancamiento en esa etapa; la concepción de Dios que demasiado tempranamente produjeron se oponía de tal manera a su propia espiritualización, que se disgregó de manera más drástica y más perturbadora para el sentido de lo que por lo común suele suceder —como si a uno le hubieran echado otra vez al mundo, y desde entonces, y de una vez para siempre, experimentara en él la escueta realidad.

La primera rememoración inmediata de mis viejas y tempranas guerras de fe me llegó, cuando tenía diecisiete años, completamente desde el exterior: en las clases de confirmación de Hermann Dalton[7]*, de la Iglesia Evangélica Reformada. En esta ocasión, algo en mí tomó partido por el Dios de la infancia, extinguido hacía tanto tiempo, en contra de las demostraciones y adoctrinamientos que antaño él no había requerido. Una especie de secreta indignación piadosa rechazaba, por así decirlo, estas pruebas de su presencia, de sus derechos, de su poder y bondad incomparables; en cierto modo me avergonzaba, como si él, desde las profundidades de mi niñez, tuviera que escuchar todo aquello, extrañado y sorprendido; yo era su representante, en cierta medida.

La cuestión de la confirmación se resolvió, en los hechos, de la siguiente manera: tras haber comenzado un segundo año de clases para recibir el sacramento —mi padre había caído enfermo y Dalton me convenció de que lo hiciera para no ocasionarle intranquilidad con mi separación de la Iglesia —, la separación terminó por consumarse a pesar de todo. Y por cierto que actué en contra de mi propia opinión racional de estar haciendo algo mucho peor de lo que hubiese sido un simple formalismo, que no habría acarreado pena ni pesar sobre nuestro piadoso hogar. La decisión tampoco respondió a ningún afán de verdad; fue un «tener que» instintivo que no se dejaba convencer por argumentos.

En el transcurso de mi vida el estudio y demás ocasiones me han llevado repetidas veces a terrenos de especialidad filosófica e incluso teológica, que por mi propio impulso me resultaban atractivos. Aquello, sin embargo, no guardó nunca ningún tipo de relación con mi originario modo de ser «piadoso», ni a la inversa, con su posterior abandono. Jamás las cosas del pensamiento removieron mi vieja fe de antes —como si ésta no se hubiera atrevido a inmiscuirse en un «pensamiento adulto»—. En consecuencia, todos los campos del pensamiento, también los teológicos, persistieron para mí en el mismo plano del puro interés *intelectual;* el contacto, y más aún la mezcla con aquello que otrora había sido ocupación de la esfera *anímica,* estaba fuera de toda cuestión; casi diría yo: frente a *eso* me habría sentido enseguida como ante las clases de confirmación. Claro está que aprobaba, y no pocas veces admiraba, la forma en que lo lograban otros, los que por

caminos tales del pensamiento llegaban a una especie de sucedáneo —muy, pero muy esclarecido, traspasado de intelecto— del pasado piadoso que alguna vez tuvieron, y que de esta manera sabían aunarlo con la madurez de pensamiento. Cierto que ése era a menudo su medio más hermoso de seguir adelante *consigo mismos,* de aprender la lección de la vida mejor de lo que yo lo conseguía, que nunca supe decirla sin toda clase de trompicones. Pero a mí me resultó siempre tan ajeno e imposible como si entre nosotros no se tratara en modo alguno de las mismas disciplinas o materias.

Lo que, pese a ello, me atraía con fuerza extrema hacia los seres humanos —muertos o vivos— que se dedicaban de la manera más absoluta a semejantes materias del pensamiento eran los seres humanos mismos. Por reticente que su expresión filosófica fuese, seguía siendo posible leer en ellos que, en alguna suerte de sentido impulsor, *Dios* se había convertido en su vivencia primera y última en todo lo vivible. ¿Qué otra cosa podría comparársele como contenido vital? Nunca he dejado de amarlos: con ese amor que intenta adentrarse en el corazón del ser humano, donde se dirime aquello que a todos nos es destino auténtico.

Pero de preguntarme alguien ahora si en mí no se llegó de esa manera a ningún equilibrio entre deseo y verdad, entre las expectativas de los sentimientos y los conocimientos del espíritu, a ese equilibrio que surge harto naturalmente y de manera paulatina en el curso del desarrollo, ¿cómo y dónde siguieron entonces actuando aquellas creencias antiguas y tempranas? A esta pregunta sólo podría responder honestamente lo siguiente: pues en ninguna otra cosa que en la propia desaparición-de-Dios. Porque lo que quedaba por debajo de todo, no importa cómo se mudasen las superficies todas del mundo y de la vida, era el hecho inamovible del universo abandonado por Dios. Y puede que, en caso semejante, sea precisamente en lo excesivamente infantil de la anterior figuración de Dios donde resida el que ésta no sea reemplazable, readiestrable por formaciones posteriores.

Pero junto a este resultado negativo, lo infantil precisamente de la desaparición de Dios retuvo también lo positivo: haberme remitido, con la misma inapelabilidad, a la vida de lo real en torno a mí. Sé con certeza que para mí —juzgándolo autobiográficamente según mi leal saber y entender

— las formaciones sustitutivas de Dios que se me hubiesen extraviado en el sentimiento sólo habrían podido disminuir aquello, torcerlo y estorbarlo; sin desmedro de la circunstancia, que gustosa reconozco, de que hay muchos que hacen de esto un uso completamente diferente, un uso que los lleva más allá de donde yo nunca llegué.

El resultado que esto tuvo ante todo para mí es la cosa más positiva de la que mi vida tenga noticia: *una sensación fundamental de inconmensurable comunidad de destino con todo lo que es,* que se despertó entonces oscuramente y no dejó ya nunca de traspasarlo todo. De ahí que sea más propio llamarla «sensación» que «sentimiento» relacionado con un objeto: igualdad, sensiblemente convincente, de la situación de destino; y ni siquiera referida puramente a los seres humanos, sino por así decirlo incorporando en esta disposición incluso el polvo cósmico. Y precisamente por eso, apenas modificable, en el curso de la vida, por escalas o patrones de valores humanamente recibidos: como si nada hubiera que requiriese justificación, encomio o deprecación adicional junto a la circunstancia de su existencia como presencia —como tampoco cabría atentar contra esta importancia de cualquier cosa, ya fuese asesinato, ya fuese aniquilación, so pena de negarle esta última *veneración* ante el ímpetu de su propia existencia, que con nosotros comparte por «ser» igual a nosotros.

Con esto se me ha escapado la palabra en la cual cabe fácilmente detectar, si se quiere, un residuo anímico de la antigua relación con Dios. Porque a lo largo de toda mi vida ninguna necesidad me ha resultado realmente tan espontánea como la de mostrar veneración —como si todo otro comportamiento «hacia algo» o «con alguien» viniese a la zaga, a alguna distancia—. De manera que esta palabra me parece sólo otro nombre, una segunda palabra para aquel coligamiento de nuestro común destino, dentro del cual lo más grande recibe trato de igualdad y lo más pequeño cobra significado. O expresado de esta forma: el que algo «sea» lleva siempre en sí el ímpetu de toda existencia, como si fuese el todo. ¿Cabe acaso concebir ardor de pertenencia *sin* que en él habite la veneración, aunque sólo sea en el más invisible, en el más ignoto suelo primigenio de nuestros impulsos?

También en esto que me dispongo a relatar va entretejida en el relato la veneración. Quizá, quién sabe, sea de *lo único* de que se hable, pese a las muchas otras palabras que tienen que atenerse a la multiplicidad circundante, mientras esa una, la más simple, espera debajo, impronunciable.

Tengo que reconocer, contra toda lógica[8]*, que si la humanidad perdiera la veneración, cualquier tipo de creencia, aun la más absurda, sería preferible.

---

1. * en el período de las anotaciones para la *Mirada retrospectiva,* Lou A.-S. escribió su carta abierta al profesor Freud, *Mi agradecimiento a Freud,* en la primavera de 1931. La visión del origen, que se abre en el capítulo «La vivencia de Dios», puede que se haga más comprensible si se compara la exposición libre y confidencial de aquí con la teoréticamente ligada de la Carta Abierta, y especialmente si se relaciona, comparándolos, el «impulso hacia el hogar en la oscuridad materna», del que Lou A.-S. habla allí (p. 38) en conexión con Freud, con la formulación correspondiente, aquí, de «el impulso hacia el hogar en la unidad con todo lo que es». Una frase de una conversación con LAS hace más claras la convergencia y divergencia respecto a Freud. «Su mérito fue haber restablecido al hombre en su unidad con todo lo viviente, no de manera intuitiva, sino racionalista. La diferencia respecto a mí fue, desde el principio, que él habría preferido, con mucho, liberar por completo al ser humano de esta peligrosa conexión con la unidad, mientras que yo siento lo poderoso aun en lo que irrumpe en lugar equivocado [lo patológico].» Pero hay una segunda comparación que también es clara: con el enunciado de la Octava Elegía de Duino, de Rilke, del «recuerdo, como si aquello hacia donde se tiende hubiese estado ya una vez cercano». «Aquí todo es distancia, y allí era aliento.» Pero la Elegía habla, además, de lo «abierto», que sólo el animal, la «criatura» (extrahumana), ve «con todos los ojos». Y con ese «abierto» cabe poner en relación, a su vez, la idea de «lo que alberga» (si se nos permite esta expresión abreviada) de Lou A.-S. —tampoco aquí buscando dependencias, sino para hacer más clara la especial visión en la *Mirada retrospectiva—.* La expresión *Zurückrutsch* [resbalón hacia atrás], que Lou A.-S. utiliza varias veces, es una germanización femeninamente drástica del concepto freudiano de «regresión», el «retorno de la libido a estadios anteriores del desarrollo».

2. * en el libro *La hora sin Dios y otras historias de niños (Die Stunde ohne Gott und andere Kindergeschichten,* Jena, bei Eugen Diederichs, 1922). El recuerdo de los detalles del suceso, «ya entrada en años», se produjo en junio de 1919, durante una visita en Höhenried, en casa de Henry v. Heiseler. El cuento, escrito poco después, comienza con las primeras patrañas del mozo de labranza venido del campo, sobre la misteriosa pareja delante de la casita, y con las preguntas de la niña, que paso a paso van avanzando. Luego se despliega la vida de la niña con el Buen Dios, en toda su inmediatez y —a pesar de la transposición poética— cercana al recuerdo; por ejemplo, también se hace mención, fiel a la realidad, de la recepción del Buen Dios «a plena luz del día»: «En toda la casa había una sola habitación, en la cual sólo podía entrar una sola persona a la vez, y que sólo ofrecía un único asiento, donde ella [la pequeña Ursula] era completamente dueña y señora de su hacer y deshacer, y donde le estaba permitido encerrarse con cerrojo. Para el Buen Dios por supuesto que no

valía el cerrojo». La segunda visita del amable siervo introduce la segunda parte del relato, y con ella la catástrofe: «Puesto que lo que el siervo no sabe cómo explicar —él, que desde el comienzo lo ha visto todo —no, los hombres eso no lo saben». «¿Pero cómo es posible que se le olvidara? ¿Preguntarle a Él, al Buen Dios, que todo lo sabe? No ahora: entonces —preguntarle quién era esa pareja extraña que se comporta tan desenvuelta —¡el nombre, el nombre de esta gente tiene que decírselo! Y ahora yace ahí, escuchando.» En el diario del gran viaje a Rusia, emprendido junto con Rilke en 1900, se encuentra la primera anotación (conservada) de un recuerdo de la primera infancia: «Y por último todo se convierte en sueño. Lo máximo y lo mínimo se entremezclan indistintos —quizás dentro de allí esté la vida entera, pero quién va a desenredarlo...». «Al final, al final de todo, me veo como una niñita muy pequeña —por la noche en la cama, con dos muñecas junto a mi almohada, una de porcelana y otra de cuero y cera—, me veo contándole al Buen Dios, en vez de la oración de la noche, las más hermosas historias.» Y una de las anotaciones más tardías de Lou A.-S., de febrero de 1936, comienza con este recuerdo: «Si me pongo a recordar los más tempranos acontecimientos de la niñez, me veo casi sin quererlo cómo le relato, por la noche antes de dormirme, historias al Buen Dios», e intenta profundizar todavía más en lo que sobre ello se dice aquí, en la *Mirada retrospectiva.*

3. * todo este pasaje se hace más claro con la descripción, precisamente de este procedimiento de la fantasía, en el cuento infantil «Das Bündnis zwischen Tor und Ur» («La alianza entre Tor y Ur»), la tercera historia del libro *Die Stunde ohne Gott.* Allí se dice, ya al comienzo, que «la pequeña» Ur[sula] prefiere asignar «lo inventado», lo fantaseado, «a personas con las que se encuentra»; «había que usar para ello mucha gente, mientras que para jugar habrían bastado un par de los de verdad, de los no inventados». Para dar completamente forma a la figura principal, a través de todas las etapas del crecimiento, Ur toma las correspondientes impresiones de «gentes que encuentra» por el camino, «hasta que todo un puñado de seres humanos llegaba a contener en sí uno solo». Al muchacho Tor[wald], su compañero de juegos, le construye, por ejemplo, la forma «abuelo», empleando para ello la impresión de un anciano que ha visto por el camino y que miraba temeroso en derredor. Cuando Torwald advierte algo de esta fantástica ocupación, exclama él también (como la pequeña pariente de Louise v. S.): «¡Eres una mentirosa!», y entonces Ursula se acuerda de que una vez, a causa de un suceso inventado, le habían objetado con asombro y reproche: «¡Si estás mintiendo!», y que entonces había decidido «Ni una partícula de regalo». La observación (p. 24) *Es posible que, más tarde, la costumbre de escribir libros de cuentos fuese una repetición de esta otra* podría implicar que, como narradora, Lou A.-S. poseía (al igual que la pequeña Ur) la tendencia y capacidad peculiares no sólo de variar en forma múltiple un «modelo» humano, sino de mostrar a esta persona en una edad diferente de aquella en la cual la conocía. (Así, la figura de Balduino, en la novela *Das Haus [La casa],* exhibe rasgos del joven Rilke, tal como ella se lo imaginaba en la etapa que precedió al encuentro; véase comentario a la p. 183.)

4. * de este poema volvió a acordarse Lou A.-S., por primera vez, al final del gran viaje por Rusia en 1900, como proveniente «de una noche clara en Rongas [Finlandia], hace muchos años»; dicha versión, que figura en el diario, está algo modificada y tiene también una estrofa más.

5 Tú, claro cielo sobre mi cabeza, / a ti quiero confiarme: / ¡No permitas que el placer y el padecer / me obstruyan aquí la visión! / Tú que te extiendes por encima de todo, / por las llanuras y los vientos, / muéstrame el camino que tanto anhelo / para volver a encontrarte. / Del placer no quiero su final / ni el padecer rehúyo; / sólo una cosa quiero: espacio y sólo espacio / para arrodillarme debajo Tuyo.

6. * tres versos de la quinta y penúltima estrofa del poema de Goethe «Confesión general», del ciclo *Canciones de compañía.* La estrofa dice: «Si la absolución / a tus fieles quieres darles, / estamos dispuestos, a una señal tuya, / a empeñarnos incesantemente / en desacostumbrarnos de lo mediano / y en lo entero, bueno, bello / vivir resueltamente». Esta máxima de vida la había recibido Nietzsche de boca de Giuseppe Mazzini, a quien conoció en 1871. Desde entonces la frase se convirtió casi en una consigna para él y sus amigos.

7. * Dalton se había fijado especialmente en Louise v. S. cuando ésta, al exponer él la omnipresencia de Dios (no cabía imaginar un lugar donde él no estuviese), observó entremedias: «claro que sí, el infierno»; a resultas de lo cual Dalton le ordenó que fuera a verlo; su separación de la Iglesia le afectó a él personalmente.

8. * este último párrafo, escrito a lápiz, fue agregado posteriormente, quizás en 1936. LAS observó una vez, en una conversación, que «lo único» que a ella «le importaba lo habría expresado de preferencia en una especie de prédica»; tal vez, agregó, a causa de que «con ellas había comenzado a escribir», cuando hacía prédicas para Gillot (ver comentario siguiente). También habló una vez, en pensativa lamentación, de la «pérdida de Dios» como una «desgracia» para ella.

VIVENCIA DE AMOR

A toda vida le sucede alguna vez que se afana en volver a comenzar como con nuevo nacimiento: con razón la frase tan citada llama a la pubertad un segundo nacimiento. Después de una serie de años en los que uno ya ha logrado adaptarse al acontecer de la existencia que nos rodea, a sus ordenaciones y maneras de juzgar que avasallaron sin más nuestro pequeño cerebro, salta de pronto en su contra, con la madurez corporal que se aproxima, una fuerza primitiva tan vehemente como si fuese ahora cuando tuviera que formarse el mundo en el cual había nacido el niño —indómito, fanático, al asalto de lo que el deseo da por supuesto.

Este encantamiento resucita aun en la más sobria de las vivencias: el sentimiento de que el mundo resucita en la forma de otro completamente distinto, nuevo, y de que lo que se lo opone fue un malentendido inconcebible. Pero como en esta temeraria afirmación no podemos persistir, y comoquiera que al final acabamos por someternos a pesar de todo al mundo como es, todo este «romanticismo» teje más tarde en torno a nosotros sus velos de melancólica retrospección —como un lago del bosque, plateado por la luna, o las ruinas que nos hacen señas fantasmales —. Lo que pulsa en nuestra más profunda intimidad se nos confunde entonces con los excedentes sentimentales que recubrieron, desproporcionados e improductivos, algún decurso temporal cualquiera. Pero aquello que sin razón se llama «romántico» nace de hecho en lo más indisoluble de nuestro ser, en lo más robusto, lo más primigenio, la fuerza de la vida misma, la única que puede llegar a entendérselas con la existencia exterior, porque permanece en la certeza de que, en lo más profundo, exterior e interior tienen por debajo el mismo suelo.

Los años de transición a la madurez corporal, que por naturaleza están destinados a soportar las más de las luchas y efervescencias, son, por lo mismo, los que con mayor razón se prestan a volver a equilibrar los enredos o inhibiciones que en el ínterin hayan surgido.

También ocurrió así en mi caso, cuando los fantaseos y ensoñaciones infantiles se vieron empujados un buen trecho realidad adentro. En su lugar se presentó un ser humano de carne y hueso[9]*: no *junto* a ellos, sino envolviéndolos —compendio él mismo de toda realidad—. Para la conmoción que produjo no existe designación más breve que aquella que reunía para mí lo más sorprendente, jamás tenido por posible, con lo más íntimo, desde hace tanto esperado: «¡un ser humano!». Pues tan primigeniamente íntimo, *porque* pleno de lo más sorprendente, sólo le había sido a la niña el Buen Dios, en contraposición con todo lo limitante en torno a sí, y precisamente por eso, en *ese* sentido, realmente no «presente». Aquí se daba en un *ser humano* ese mismo estar-contenido-en-todo, ese mismo ser-superior-a-todo. Pero, además, este hombre-dios se presentaba como enemigo de todo fantaseo, representaba educadoramente la dirección irrestricta hacia el claro desarrollo del entendimiento, y yo obedecía tanto más apasionadamente cuanto más difícil me resultaba acomodarme: ya que, por medio de la embriaguez de amor que me potenciaba, propiciaba el aclimatamiento a la realidad (que él representaba y con la cual yo, hasta ahora, no había llegado a entendérmelas).

Este preceptor y maestro, secretamente visitado primero y luego reconocido por la familia, me ayudó, entre otras cosas, a conseguir que se le permitiera prepararme para proseguir los estudios en Zúrich. De esta manera, aun dentro de su rigor, tornose igual de pródigo en regalos que el «divino abuelo» de antes, que no hacía sino colmar siempre mis deseos: como si fuese señor e instrumento a una, ductor y seductor de mis más íntimas intenciones. Cuánto había quedado prendido en él, de duplicado, de doble, de fantasma del Buen Dios echose de ver en mi incapacidad de llevar con él a cabo, real y humanamente, el asunto del amor.

En esto hubo, sin embargo, varias cosas que me disculpaban no poco; entre otras una diferencia de edades que venía a equivaler prácticamente a la de la última obsesión y el primer despertar; además, la circunstancia de ser mi amigo casado y padre de dos hijos más o menos de mi edad (cosa que quizás no me perturbara porque también es peculiar de Dios el estar ligado a todos los hombres sin detrimento de la personalísima exclusividad de la relación). Por otra parte, mi pertinaz infantilismo —producto del

tardío desarrollo corporal de la gente del norte— lo había obligado a ocultarme la iniciación de los preparativos familiares para nuestra unión. Cuando el momento decisivo exigió de mí, inesperadamente, que bajase el cielo a lo terreno, me fallaron las fuerzas. De golpe lo adorado se me cayó, del corazón y los sentidos, a lo ajeno. Algo que presentaba exigencias propias, algo que no satisfacía ya sólo las mías sino que por el contrario las amenazaba, que pretendía incluso torcer hacia mí misma ese afán garantizado y enderezado precisamente por su intercesión, para ponerlo al servicio de la esencia del otro, suprimió para mí, como un rayo, a ese otro mismo. Y de hecho era a *otro* a quien tenía frente a mí: alguien a quien no había acertado a reconocer claramente bajo el velo de la deificación. Mas esa deificación había tenido su razón *para mí,* puesto que hasta el momento había sido su afecto el que yo necesitaba para arreglármelas mejor conmigo misma. Esta doble relación, que en el fondo había prevalecido desde el principio, se expresaba por lo demás en el hecho curioso de no haberlo tuteado yo hasta el final, sino solamente él a mí, pese a toda mi actitud de amor: de ahí viene el que durante toda la vida el trato de «usted» guardara para mí una nota íntima, y el tú una significación más banal.

Mi amigo pertenecía a la embajada holandesa; desde tiempos de Pedro el Grande existía una importante colonia holandesa, y para tomar juramento a los marineros se precisaba también de un teólogo para los menesteres oficiales; en la capilla de la Perspectiva Nevski había prédicas tanto en alemán como en holandés. Mientras mi amigo ocupaba no poco de su tiempo en trabajos para mí, más de una vez ocurrió que no viésemos nada malo en que yo le preparara a él un sermón: en esas ocasiones no dejaba yo de acudir a la iglesia, ardiendo de curiosidad por ver si los fieles (él era un orador de primera categoría) se mostraban lo bastante cautivados. La cosa llegó a su fin cuando una vez, en el celo de la producción, puse como epígrafe, en vez de una cita bíblica, «El nombre no es sino ruido y humo, etc.»; lo cual acarreó un rapapolvo del embajador, que mi amigo me traspasó malhumorado.

Holanda, el agradable país donde Estado e Iglesia están completamente separados, hizo que las atribuciones teológicas de mi amigo cobrasen importancia para mí por otro concepto. Para mi viaje a Zúrich[10]* no me era

posible, por mi separación de la Iglesia, obtener de las autoridades rusas un pasaporte. Mi amigo me propuso conseguirme, en una iglesita de aldea en Holanda, donde ejercía un amigo suyo, el certificado de confirmación. En esta extraña ceremonia, organizada exactamente según mis indicaciones y efectuada un domingo cualquiera del hermoso mes de mayo, en medio de los labriegos de la región, estábamos ambos emocionados: porque lo que celebrábamos era la mutua separación —que yo temía como la muerte—. Mi madre, que hizo el viaje con nosotros, afortunadamente no comprendió ni palabra del sacrílego discurso en holandés, ni tampoco de los términos de la confirmación que vinieron al final, que casi sonaban a fórmula nupcial: «No temas, porque yo te he elegido, yo te he llamado por tu nombre: mía eres». (En realidad fue él quien me dio mi nombre, por lo impronunciable que le resultaba el ruso: Ljola.)

El sorpresivo giro que entonces tomó mi juvenil historia de amor, y que yo misma sólo a medias comprendía, lo transformé un decenio más tarde en un relato («Ruth»)[11]*, que sin embargo quedó en cierto modo desdibujado por faltarle uno de los antecedentes: la prehistoria piadosa, los restos secretos de la identidad entre relación con Dios y conducta amorosa. Porque el ser amado se esfumó tan súbitamente a la adoración como se había volatilizado, sin dejar rastros, el Buen Dios. Al faltar la comparación, y con ella el trasfondo más profundo, la silueta de Ruth tuvo necesariamente que colorarse de «romanticismo», en vez de fundarse en aquello que en el modo de ser de la muchacha provenía de lo anormal, de un desarrollo inhibido. Pero la experiencia amorosa inconclusa había conservado para mí, precisamente a causa de estas trabas a la madurez, un encanto irresistible, un encanto que no podía ser por nada superado, una irrefutabilidad que dispensaba de toda demostración por la vida. Por ello el súbito final, en contraposición al duelo y al quebranto que sucedieron a la infantil desaparición de Dios, a la que tanto se semejaba, desembocó en un progreso en alegría y libertad: no obstante el lazo perdurable con este primer ser humano de la plena realidad, cuya voluntad y orientación me habían liberado precisamente para mí misma, el lazo con aquello en cuya virtud aprendí, por su intermedio, y no antes, a vivir.

Si el decurso de estos acontecimientos contiene de suyo suficientes rastros de irregularidades, secuelas todavía de una niñez no madurada normalmente, otro tanto, era cierto, y con mayor claridad, del desarrollo corporal, que no concordaba exactamente con el anímico. Porque el cuerpo tenía que abreaccionar el impulso erótico que había recibido, sin que la conducta anímica lo asumiera ni equilibrara. Abandonado el cuerpo a su suerte, llegó incluso a enfermar (hemorragia pulmonar), motivo por el cual me llevaron desde Zúrich al Sur[12]*; posteriormente me pareció esto casi análogo a los procesos en las criaturas, como cuando un perro se muere de hambre junto a la tumba de su amo, sin tener la menor idea de *por qué* ha perdido hasta tal punto su instinto de alimentación. El físico no extrae, en el hombre, conclusiones de tanta fidelidad sin que las incorporemos también a la conciencia.

En mi caso no sólo vino con la separación un inexplicable bienestar, sino que el espectáculo del daño corporal quedó como una preocupación ajena, exterior a mi ánimo pujante. Casi se podría decir que la enfermedad traía mezclado el júbilo, si nos atenemos al tono casi burlón que se manifiesta en el modo en que yo la cantaba en medio de toda suerte de versos de amor, como los que épocas semejantes acostumbran a producir. Así, en el *Ruego fúnebre:*

Lieg ich einst auf der Totenbahr[13]*
—ein Funke, der verbrannt—,
Streich mir noch einmal übers Haar
Mit der geliebten Hand.

Eh' man der Erde wiedergibt,
Was Erde werden muss,
Auf meinen Mund, den Du geliebt,
Gib mir noch Deinen Kuss.

Doch denke auch: im fremden Sarg
Steck ich ja nur zum Schein,
Weil sich in Dir mein Leben barg!

Und ganz bin ich nun Dein.[14]

En duplicación semejante, que hace de la desaparición terrenal símbolo (y hasta supuesto) de una unión tanto más completa, vuelve a mostrarse la irregularidad de este desarrollo amoroso. En lo cual queda aún por distinguir: irregular en comparación con el que va a desembocar en el lazo civil con todas sus consecuencias, y para el cual yo estaba en realidad aún demasiado inmadura e irregular también de resultas del trasfondo que ocupó Dios en mi niñez. Porque desde allí, la conducta amorosa no se orientaba, *de* entrada, a la conclusión habitual, sino que, por intermedio de la vivencia personal, seguía actuando, más allá de la persona del amado, en su simbolización casi religiosa.

Ahora bien, del mismo modo como pueden llegar a hacerse visibles las líneas de lo normal a través de los procesos que se apartan de la forma acostumbrada, igual cosa puede suceder en el acontecer amoroso en general, en la medida en que en el amor el compañero —sin significar de partida semejante traslación de Dios— se ve, sin embargo, casi místicamente potenciado a símbolo de todo lo maravilloso. En su sentido pleno el amor es la más arrogante exigencia mutua —irresistible, desde la simple ebriedad hasta las pasiones más ricamente inervadas: por eso también se cuenta con que aquellos que «no caben en sí de alegría» vuelvan poco a poco «en sí», tanto a causa del resto de las exigencias vitales, cuanto en razón de los deberes pendientes para con el otro—. Lo cual no impide que éstos —los así «afectados»— otorguen precisamente a esta situación de desborde amoroso, problemática y criticada o ironizada por la razón, una gratitud sin par *porque* mide con una escala tan trastocada; *porque* ayuda a que emerja temporalmente aquello que, antes de llegar a aclimatarnos en la realidad, nos pareció lo más necesario, lo más evidente. El hombre que ha tenido el poder de hacernos *creer y amar* sigue siendo para nosotros, en lo más profundo, el hombre-rey, incluso posteriormente como adversario.

Por eso, aun en la consumación de amor más normalmente orientada, tenemos que perdonarnos el abuso de nuestras recíprocas exageraciones —a despecho de la dificultad de que fidelidad e infidelidad se enreden así una en otra de manera curiosa e incalculable—. Al ir juntas la irrupción del

máximo poder de nuestros sueños con la más potente exigencia real al otro ser humano, el amado es poco más que el fragmento de realidad que impulsa al poeta a un poema que acaso no guarde la más mínima relación con sus demás utilizaciones en el mundo de la práctica. Todos nosotros somos más poetas que hombres de entendimiento; aquello que poéticamente *somos,* en el más profundo de los sentidos, es más que lo que *hemos llegado a ser* —aparte de la cuestión de valores, debajo, muy por debajo de ella, simplemente en la irrevocabilidad con la cual la humanidad consciente tiene que vérselas con aquello por lo cual ella misma va solamente llevada, y respecto a lo cual tiene que llegar a aclararse consigo misma.

Al amarnos emprendemos juntos, por así decirlo, ejercicios de natación con salvavidas, haciendo como si el otro fuera, en cuanto tal, el mar mismo que nos sostiene. Por eso se nos hace tan único y precioso como la tierra natal, y al mismo tiempo tan engañoso y confundidor como la infinitud. Espacio cósmico hecho consciente y con ello desmembrado, tenemos que sostenernos y soportarnos mutuamente en el tira y afloja de este estado, tenemos que consumar nuestra unidad fundamental casi como una demostración: a saber, corporalmente, en carne y hueso. Pero esta realización positiva, material, del hecho fundamental, demostración aparentemente irrefutable, es a pesar de todo sólo una afirmación harto sonora ante el aislamiento, no por ello cancelado, de cada cual en el interior de sus límites personales.

Y así es como, precisamente en el empeño amoroso anímico-espiritual, podemos sucumbir a la maravillosa ilusión de flotar en el aire «despojados del cuerpo», unidos casi por encima de éste; por lo mismo, también es posible lo opuesto, que sea nuestra vida corporal, y no ese empeño del alma, la que lleve a cabo toda la consumación ella sola, por mediación de un objeto que por lo demás nada importa. De ahí que resulte posible hablar, tan diversamente, de Eros, el conductor —o del erotismo, el seductor; de la sexualidad como un lugar común—, o del amor como un sobrecogimiento que tendemos a valorar casi «místicamente»; según que encuentre expresión en nuestra ingenua corporalidad en cuanto tal, que no tiene por qué ser consciente de ningún tipo de banalidad, sino que se satisface como en el placer de respirar o de saciarse —o que nosotros, criaturitas humanas,

celebremos extáticamente, con todo nuestro ser, el misterio de nuestra primigenia pertenencia en la existencia toda.



Hendrik Gillot



Lou von Salomé, 1881

El regalo perfecto de la ausencia de contradicción erótica sólo podía tocarle en suerte a la criatura irracional. Sólo ella conoce, en vez del humano amar y abandonar que engendra agravio, aquella regulación inherente que se derrama, con toda naturalidad, en celo y libertad. En la infidelidad sólo estamos nosotros.

De la violencia natural del bruto hasta nuestras humanas complicaciones, sólo la fecundación y la maternidad van más allá de nuestras decisiones particulares. (Que del caso de amor podamos decir absolutamente tan poco, fuera de que irrumpe en medio de las ordenaciones humanas, proviene únicamente de que sólo «entendemos» lo que toca a nuestras instancias racionales y buscadoras de placer, pero con el entendimiento y el goce, esos dos vasos humanamente constrictos, no se coge precisamente agua profunda.) Así pues, nos permitimos también ser objetos de la maternidad. Más allá de toda problemática, es una gran salud la que en la mujer dice sí a la transmisión de la vida —incluso cuando el instinto no se ha personalizado en el deseo consciente de hacer renacer la niñez del hombre deseado—. Sin duda alguna, el no poder vivir esto excluye a un ser humano del material femenino más valioso. Recuerdo el asombro de alguien a quien le confesé, ya de mayor, durante una prolongada conversación sobre cosas semejantes: «¿Sabe usted que nunca me atreví a la osadía de traer un ser humano al mundo?». Y, sin embargo, estoy segura de que semejante actitud ni siquiera tuvo su origen en la juventud, sino que procedía de mucho antes, cuando cuestiones tales no son llevadas ante el entendimiento. Al Buen Dios lo conocí mucho antes que a la cigüeña, los niños venían de Dios, y al morir iban a Dios —¿quién, sino Él, habría podido *posibilitar su existencia?—*. Ahora bien, no quiero decir que la desaparición de Dios, preñada como estuvo de consecuencias, tuviera también la culpa de trastocar, o incluso asesinar, la madrecita en mí. No, en mi caso particular no quisiera haber dicho nada de eso. Mas no hay manera de negar que el «nacimiento» no puede por menos de cambiar fuertemente el caudal de su significado según que el niño provenga de la nada o del todo. A las más —junto con sus sentimientos y deseos personales— les ayudan a superar cualquier tipo de dudas las convenciones habituales, las expectativas más comunes; y nadie les impide, tampoco, repartir en torno a sí todo el despreocupado optimismo, según el cual nuestros hijos han de llegar a ser la anhelada realización de todas las ilusiones perdidas.

Pero lo estremecedor de la creación humana no proviene de ninguna consideración, sea ésta moral o banal, sino de la circunstancia misma de arrancarnos de todo lo personal y arrojarnos a lo creatural; de que nos

sustrae a la propia decisión y nos dispensa de ella: precisamente en el momento más creador de nuestra existencia. Si una equivocación similar está inevitablemente ligada a todo nuestro hacer, puesto que firmamos con nuestro nombre lo que igualmente nos ha sido dictado, ambos extremos se entrechocan con la máxima evidencia allí donde nos sucede aquello que denominamos acto creador (¡en cualquier campo!). Ya que por honesta y seriamente que se divida por dos la responsabilidad paterna de lo engendrado, al final se ve atropellada por el ímpetu del suceder —como una simultaneidad de lo más íntimo de nuestro condicionamiento psicofísico y de lo más lejano e inalcanzable para todo influjo, que invisiblemente se echa sobre nosotros—. Por eso no es maravilla que de entre todos los creyentes y piadosos, la *madre* fuese la que con el máximo énfasis tendría que anhelar fe: en ese punto al menos debería seguir firme Dios —sobre la cabeza de quien de ella ha nacido—. Porque, después de todo, no hay sobre la superficie de la tierra ni una sola María que no tuviese otra cosa más que ser que la mujer de un José —que no se hubiera transformado, al mismo tiempo, en virginal concepción del enigma último de toda existencia, que la ha elegido como continente.

Existe entre las manifestaciones de Eros, más allá de todo lo que pueda unir a dos seres humanos de manera personal o reproductora, otra forma de relación, profundísima, que rara vez se da y que no cabe describir como aquellas que no requieren sino la más leve, somera referencia para entenderlas. Quizá quepa arriesgar el intento de describirla en una especie de analogía con lo anteriormente mencionado. Imagínese una pareja que con la consumación de su amor intentara única y exclusivamente la producción de una nueva criatura humana, y que traspusiera esta consumación del terreno biológico a otro diferente, espiritual: estaremos entonces ante una imagen de análoga duplicación de lo personalmente más evidente a los sentidos con lo más lejano y por completo ajeno a las dos personas. El éxtasis glorificador de ambos no estaría entonces orientado mutuamente del uno al otro, sino hacia un tercero de sus nostalgias, que surgiría —por así decirlo— ante sus rostros, ante su visión, desde sus últimas profundidades esenciales. No lo que actualmente sean, sino aquello sobre lo cual *se alzan* es la medida: posibilita, al mismo tiempo, la común

concepción. Ni siquiera sería necesario el conato de esta descripción, con palabras aparentemente tan oraculares, si ello no estuviese casi ineludiblemente condenado al malentendido y a la identificación con lo que se conoce por el nombre común de «amistad» —en la medida en que también ésta, en lugar del ensamblamiento corpóreo, celebra y afirma su alianza en una tercera instancia: en un parejo fundamento de las inclinaciones, ya sean de naturaleza anímica, intelectual o práctica—. Lo cual no sólo se diferencia de lo mentado como un otero de una cima, sino que es de esencia diferente; como si dos seres humanos adoptaran un hijo para bien común, en vez de engendrarlo: por bueno que sea y por mucha felicidad que les traiga. Donde más se mezcla en la amistad ese arrebato que intentamos entender aquí es en los años de juventud: esos mismos años en los cuales eclosionan las grandes aptitudes creadoras y hacen valer sus exigencias, antes que la madurez del cuerpo arrastre toda la atención a su órbita y a su servicio. Que no vuelva a interrumpirse nuevamente por el camino, que llegue a encontrar *su* plena madurez, es siempre un raro destino: lo más raro y ciertamente lo más magnífico que haya creado Eros entre los hombres. Ya que consiste en que el otro siga siendo una suerte de mediación humana —algo así como una imagen transparente— de aquello que nos colma a nosotros mismos como la más profunda exigencia. Porque «amistad» quiere decir aquí lo cuasi-único que supera las más severas contraposiciones de la vida: estar allí donde para ambos está lo divino, y compartir —*para* profundizarla— la mutua soledad, tan profundamente, que en el otro se comprende uno a sí mismo como entregado a todo el engendrar humano. El amigo viene a ser quien te protege de perder jamás la soledad ante lo que sea —el protector, incluso, *del uno frente al otro*.

Sin duda alguna que mucho del trasfondo esencial de lo descrito se asoció, en mis años jóvenes, a mi primer gran amor, y quizá por eso no he rehuido el intento, desmañado, de expresar en palabras lo que mi intención mentaba. También en mi vida quedó incompleto. De manera que de las tres formas de consumar el amor debo confesar lo mismo, que no puedo competir con lo que, aquí o acullá, alguno haya logrado en ellas. Mas no es eso lo que importa, sino sólo si lo que hemos logrado asir era vida y obraba

vida, y si nosotros, desde el primero hasta el último día, estuvimos activamente en ello como vivientes.

Más o menos es así: quien cierra con fuerza la mano en un rosal rebosante de rosas la sacará llena de flores; por muchas que sean, en comparación con la plenitud del rosal serán poca cosa. Pero aun así basta el puñado para vivir en él la totalidad de las flores. Si desistimos de alargar la mano porque no nos va a traer el rosal entero, o si inflamos el puñado como si fueran *todas* las rosas del matorral, entonces florecen, no vividas, sobre nuestras cabezas, y nos deja solos.

Cómo se las hayan arreglado por aquellos años mis compañeras de sexo con el problema del amor y de la vida es cosa que sólo sé por detalles aislados. Puesto que ya por entonces —sin darme cuenta— estaba yo en una actitud diferente de la de ellas. Primero, sin duda, porque los «anhelos y temores en suspenso dolor» de aquellos años quedaron tan pronto detrás de mí, por el encuentro con el hombre decisivo por cuya intercesión se me abrió realmente el portón de la vida, dejando como resultado no tanto una ductilidad femenina como una prontitud adolescente. Pero no sólo por eso. Sino también porque mis coetáneas, en su juvenil optimismo, seguían viendo de color de rosa cuanto anhelaban, en el sentido de que no podía dejar de realizarse a medida que lo fueran deseando. Para eso, me faltaba a mí algo —o mejor diría, me sobraba: algo como una antiquísima experiencia, que tuvo que dejar para siempre su impronta en mi talante natural—. Yacía ahora como una pétrea irreductibilidad bajo mis pasos, por más que mi pie pisara, firme, allí donde hacía ya tiempo había crecido el musgo y brotado flores. Quizá quede esto expresado, en las palabras, con demasiada precisión, porque lo cierto es que yo me entregaba alegre, pronta y sin reservas a todo lo por venir en la vida.

Porque «la vida» era algo amado, esperado, abrazado con todas mis fuerzas. Pero, precisamente por eso, no era lo poderoso, lo dominante, lo determinante, a lo cual se le supone condescendencia, sino algo igual a mí, una existencia de igual manera inabarcable como yo misma. ¿Cuándo y dónde cesa Eros? ¿No pertenece eso también al capítulo «Vivencia de amor»? Sobre la dicha y desdicha, sobre la espera y la necesidad, manaba todo el ardor de la juventud hacia «la vida», un estado sin objeto propio y

transido de alma —que, como suelen los estados amorosos, hasta en versos se desahogaba—. Como conclusión transcribo los más característicos en este sentido, surgidos en Suiza, en Zúrich, al abandonar la patria rusa, y que denominé «Oración de vida»:

Gewiss, so liebt ein Freund den Freund[15]*,
Wie ich Dich liebe, Rätselleben—
Ob ich in Dir gejauchzt, geweint,
Ob Du mir Glück, ob Schmerz gegeben.

Ich *liebe* Dich samt Deinem Harme;
Und wenn Du mich vernichten musst,
Entreisse ich mich Deinem Arme,
Wie Freund sich reisst von Freundesbrust.

Mit ganzer Kraft umfass ich Dich!
Lass Deine Flammen mich entzünden,
Lass noch in Glut des Kampfes mich
Dein Rätsel tiefer nur ergründen.

Jahrtausende zu sein! zu denken!
Schliess mich in beide Arme ein:
Hast Du kein Glück mehr mir zu schenken—
Wohlan — noch hast Du Deine Pein.[16]

(Después de que, en cierta ocasión, se la escribiera de memoria a Nietzsche, y éste le pusiera música, fluía más solemnemente, sobre pies un poco más largos.)

---

9. * Hendrick Gillot, 1836-1916, predicador en la embajada holandesa de San Petersburgo. Gillot (el nombre se pronuncia como si fuera alemán) era por entonces el predicador protestante-inortodoxo más notable de la ciudad. Por el hecho de no estar sometido, como miembro de la embajada, a ninguna de las jerarquías protestantes-reformadas de San Petersburgo, era relativamente independiente en su exposición de la doctrina. Hermann Dalton, el pastor de confirmación de Louise von S., era uno de sus enemigos teológicos. Todavía en Holanda, Gillot había publicado el libro *De geschiedenis van den godsdienst* [La historia del servicio divino], según el teólogo liberal alemán

Otto Pfleiderer, 1.ª Parte, Schiedam, 1872. Entre los libros de trabajo de la joven Lou estaba también la *Religionsphilosophie auf geschichtlicher Grundlage* [Filosofía de la religión sobre un fundamento histórico], de Pfleiderer, 1878. Gillot solía predicar en alemán, especialmente en invierno; en verano, época en la que las capas superiores de la sociedad permanecían en el campo o estaban de viaje, lo hacía con más frecuencia en holandés. Louise von Salomé, que tenía diecisiete años, había sido animada por una parienta (la misma de cuyas cartas se cita más adelante) a asistir a una prédica de Gillot. Cuando éste subió al púlpito y comenzó a moverse y hablar en su forma peculiar, ella supo de inmediato que a su lado estaba su lugar: «ahora toca a su fin toda soledad», «esto es lo que he buscado», «un ser humano», «él es», «tengo que hablarle»; lo que él decía no fue lo decisivo. Averigua su dirección y le escribe: desea una entrevista con él pero no por escrúpulos religiosos; espera de pie en su despacho, «la mano apretada sobre el corazón»; desde la puerta dice él: «¿Vienes a mí?», y abre sus brazos. Por lo pronto lo sigue visitando en secreto; trabajan, la muchacha con un empeño tal que una vez —sobre sus rodillas— se desmaya; «hacer algo incorrecto era imposible». Al cabo de un tiempo Gillot le dice que debe contárselo a su madre (por esta época, poco antes, había fallecido el padre de Lou v. S., en febrero de 1879); ella se atiene tan rigurosamente a sus palabras que, aunque la madre tiene visita, se planta de inmediato ante ella: «Vengo de casa de Gillot»; la madre llora. Gillot es recibido por la señora von Salomé; escuchando a hurtadillas, Lou oye que la madre dice: «Usted se hace culpable con mi hija», y Gillot responde: «Es que *quiero* ser culpable de esta niña». Desde ese momento se le permite visitarlo libremente; el trabajo supera los límites de su salud; «tenía que seguirle, porque era Él y dejó de serlo al confundirme [con la proposición de matrimonio]»; «aún hoy siento como si fuese ayer, podría escribir de inmediato desde ese "presente" como escribía entonces». (Reproducción de conversaciones con LAS.) En las cartas de respuesta de una pariente mayor y comprensiva de Lou v. S. (del período de octubre de 1878 a junio de 1879), puede reconocerse aún, en el reflejo, algo de estas peripecias anímicas: la soledad de la muchacha; el peligro de un «desgarramiento» entre ella y la madre, a causa de diferencias íntimas; la decisión de separarse de la Iglesia: «¡Así que los dados están echados! ¡Qué de luchas has de haber pasado antes de llegar a la decisión y cumplirla; y luego esas tormentas!». «Tú misma dices que hay momentos en que te parece estar en un desierto.» También la madre se confía a esta pariente: «Que haya pasado la primera tormenta, para mí tan inesperada, sin que enfermara es cosa que en realidad me maravilla; he tenido que recurrir a toda mi fuerza moral para mantenerme en pie, y en esos días sentí a menudo, como por lo demás ya muchas veces en mi vida, que la fuerza de Dios, cuando en él se confía, es poderosa en el débil; ¡mi anticuada fe no está, por cierto, de moda, pero soy feliz de tenerla! Dices que Ljola [Lou] comparte el dolor de mi alma; bueno, yo no lo creo, porque entonces habría tenido que hacerlo todo de otra manera, y demostrármelo con los hechos; me pides que sea cariñosa con ella, pero cómo se puede serlo con un carácter tan testarudo, que siempre y en todo sólo su voluntad impone...». «Ljola dice que sería un engaño y un crimen recibir, contra su convicción, la confirmación con Dalton, pero yo sé de otras cosas en las que no se ha actuado tan escrupulosamente.» En las cartas de la confidente también puede leerse algo de la relación con Gillot y de la lucha con él: la señora v. S. se decide (probablemente en abril de 1879), a «ver a Gillot, para conversar con él sobre tus lecciones y la confirmación en Holanda». «Que no limite su enseñanza a la religión y a la preparación para la confirmación es cosa que me resulta natural dada su manera de ser y su intención.» «Qué terrible debe de haber sido la lucha en tu interior, antes de que te entregaras por completo.» «Sé muy bien lo difícil que te ha resultado precisamente a ti este "doblegarte"; ¡te conozco tan bien! Pero que lo hayas hecho no es, en mi opinión, ni "incorrecto" ni una "desgracia".» «Pero llegados a esas alturas, experimentamos entonces la paz, el reposarse y mirar en torno, tú misma lo dices también.» También la imagen de Gillot es reconocible en algunos rasgos: su capacidad de ver a través de uno, de manera que «se está como desnuda» frente a él; «cuánto debe de sufrir a menudo bajo los sentimientos contradictorios que en su interior se agitan»; «¡pero qué fuerza

de voluntad tiene que tener este hombre!»; se enfatizan su «espantosa meticulosidad», y también los peligros que corre la salud de Lou: «Aunque tú dices que el trabajo intelectual no te daña, que es mejor que los pensamientos que desgastan». Los temas que Lou v. S. elaboraba para Gillot eran al comienzo de historia y filosofía de la religión, más tarde filosóficos. Gillot le enseñó sistemáticamente filosofía; leyeron juntos especialmente a Kant, en holandés; en el encuentro con Nietzsche y Rée, ella resultó ser (debido además a su preparación posterior en Zúrich) la más leída de los tres en filosofía clásica moderna, y hacía valer sus conocimientos, ya en la defensa, ya en el ataque, contra las opiniones «más avanzadas» de los otros dos (según recordaba LAS alegremente).

10. * éste fue en septiembre de 1880. La confirmación en Holanda había tenido lugar anteriormente, en mayo; las *palabras de bendición* «No temas, porque yo te he redimido: te he llamado por tu nombre: mío eres», están en Isaías, 43, I. Lou v. S. instó también a Gillot a que oficiara en su boda con F. C. Andreas, y por cierto que en la misma iglesia de Sandpoort (Holanda) donde aquél la confirmara. El matrimonio tuvo lugar el 20 de junio de 1887. (El compromiso había tenido lugar el 1 de noviembre de 1886.)

11. * fue escrito, según una anotación en el manuscrito, entre el 23 de diciembre de 1893 y el 6 de febrero de 1894, en Schmargendorf (al principio con el subtítulo «Un retrato») y apareció en 1895, en Cotta, Stuttgart. «Erik» es allí el maestro y «Ruth» una de sus discípulas. Aquel encuentro inmediato no pasó a la composición literaria. El «sorpresivo giro» (por la proposición matrimonial) está expuesto en las últimas páginas: «Quería llevarte, del mundo de la fantasía en el que soñabas, al mundo de la vida real». «Aunque tenga ahora que destrozar el mundo de fantasía que está entretejido con tu corazón...» «Sentía ella como si tuviera que llamar a alguien lejano, a Erik, llamarlo para que la socorriera de un incomprensible, de un desconocido. Pero él, él era precisamente quien estaba ahí delante de ella.»

12. * más o menos desde septiembre de 1881, Lou v. S. había visitado en compañía de su madre diversos balnearios (por ejemplo, un establecimiento hidropático) sin ningún resultado; en enero de 1882 «la llevaron al Sur».

13. * este poema, «Ruego fúnebre», modificado, como si un hombre lo dirigiese a su hijo, lo recogió Lou von Salomé (bajo el pseudónimo de Henri Lou) en su primera novela, *Im Kampf um Gott* [En lucha por Dios], que apareció en la editorial de Wilhelm Friedrich, Leipzig y Berlín, en 1885.

14. Cuando yazga en el féretro / —una chispa que se extinguió— / acaríciame una vez más el cabello / con la mano que amo. / Antes de que devuelvan a la tierra / lo que en tierra ha de convertirse / sobre la boca que has amado / dame una vez más tu beso, / pero piensa también: en ese féretro extraño / estoy metida sólo de mentiras / *¡porque en tu vida se albergó la mía!* / Y ahora soy completamente tuya.

15. * también la «Oración de Vida» la incorporó Lou von Salomé a su novela *Im Kampf um Gott.* Y para ello eligió la forma que Nietzsche le había dado al poema: discurre «más solemnemente, sobre pies un poco más largos»; pero conserva —haciendo abstracción de algunas desviaciones sin importancia— los enérgicos versos finales de la primera versión, y sus rimas: «Vivir milenios por pensar / envuélveme en tus brazos / si ya no tienes otra dicha que darme / enhorabuena, aún tienes tu dolor». Nietzsche puso música a la «Oración de Vida», que Lou v. S. le había dado en Tautenburg en agosto de 1882, inmediatamente después, en Naumburg; pero según la carta a su hermana del 26 de diciembre de 1887, la melodía proviene de una época anterior. Como «Himno a la Vida» (con ayuda de Gast, pero después de que, en septiembre de 1882, la reescribiera «para coro a cuatro voces» el

profesor Riedel, presidente de la Sociedad Musical alemana, según le comunicó Nietzsche por entonces a Lou v. S.), y arreglada «para coro mixto y orquesta», la composición apareció en 1887. Allí, los versos finales dicen: «¡Para pensar, para vivir milenios / vuelca de lleno todo lo que traes! / Si no tienes más fortuna ya que darme / Enhorabuena, aún tienes tu dolor». Nietzsche no dio el nombre del autor del texto en la impresión de la partitura, pero sí en *Ecce homo* (1888), en la sección que contiene la historia del origen del *Zaratustra:* «El texto, digámoslo expresamente, porque circula un malentendido al respecto, no es mío: es la asombrosa inspiración de una joven rusa, con quien tenía yo amistad por entonces, la señorita Lou von Salomé. Quien sepa de algún modo arrancar el sentido a las últimas palabras del poema adivinará por qué ha gozado de mi predilección y admiración: en ellas hay grandeza. ¡El dolor *no* vale como excusa contra la vida! "Si no tienes más fortuna ya que darme; enhorabuena, *aún tienes tu dolor...*" Mi música quizá también tenga grandeza en este pasaje». LAS decía sobre el final del «ampuloso» poema que para ella expresaba el deseo de abrazar aun por completo la vida «despojada» por la pérdida de Dios, mientras que para Nietzsche el final había sido una expresión de su amor *fati* (véase la declaración de Freud al respecto, pp. 177-179 de este volumen).

16. A fe que así el amigo ama al amigo / como yo te amo, vida-enigma— / haya exultado en ti, haya llorado, / dolor o dicha me hayas dado. / Te *amo,* a ti y a tus perjuicios; / y aunque hayas de aniquilarme / me desprenderé de tus brazos / como del pecho amigo se desprende el amigo. / ¡Con toda mi fuerza te abrazo! / Que tus llamas me prendan fuego, / que aun en las ascuas de la lucha / siga adentrándome en tu enigma. / ¡Ser milenios! ¡y pensar! / Cobíjame entrambos brazos: / si regalarme dicha ya no puedes / sea, aún tienes tu dolor.

VIVENCIA EN LA FAMILIA

La comunidad fraternal de varones me tocó en suerte de manera tan convincente en el círculo de la familia —yo era la hermanita menor y la única mujer— que desde allí siguió radiando constantemente sobre todos los varones del mundo; la edad a la que les conociera no hace al caso: escondido en ellos siempre vi a un hermano. Lo cual radicaba en el modo de ser mismo de mis cinco hermanos, de tres de ellos en especial, ya que a dos, al primogénito y al cuarto, no les fue dado llegar a mayores. Si bien mi infancia se desenvolvió plena de una soledad fantástica, si bien mi pensamiento y mi afán enteros se desplegaron posteriormente contra toda la tradición de la familia, tornándose motivo de enojo, si bien mi vida me ató luego al extranjero y transcurrió lejos de los míos, la relación con mis hermanos permaneció tal cual —con los años y la distancia espacial, mi juicio, que iba madurando, me enseñó a apreciarlos cabalmente en su valor humano—. Hasta ocurrió más tarde que cuando yo a veces dudaba de mí misma, formalmente me tranquilizaba el pensamiento de provenir del mismo origen que ellos; y en efecto: nunca llegué a conocer hombre cuya pureza de intenciones, hombría o calor cordial no volviera a despertar en mí la imagen de mis hermanos.

A raíz de la muerte de nuestra madre, nonagenaria[17]*, me hicieron llegar el doble de su legado, aunque los dos hermanos casados tenían quince hijos que alimentar, y yo ninguno; a mi enérgica pregunta por el testamento, me contestaron que no era asunto mío: ¿acaso no seguía yo siendo, de una vez para siempre, su «hermana pequeña de antes»? Con su mezcla de energía y bondad, el mayor —Alexander, Sascha— representó desde siempre para nosotros un segundo padre, activo y servicial como éste, hasta en las esferas más lejanas; y de un humor magnífico al mismo tiempo[18]*, con la risa más contagiosa que jamás haya escuchado: su humor provenía, de alguna manera, de la conjunción de una fuerza de entendimiento clara y despejada

y el calor de su modo de ser, para el cual la ayuda era el más natural de los actos. En el momento de recibir, en Berlín y ya a los cincuenta años, el inesperado telegrama de su fallecimiento, mi primer espanto, súbitamente egoísta, fue: «desamparada». El segundo —Robert, Roba— (el más elegante de los bailarines de mazurca en los bailes invernales en nuestra casa) tenía toda suerte de dotes artísticas y era de temperamento más sensible; le habría gustado ser militar, como su padre, quien, sin embargo, lo destinó para ingeniero, oficio en el que luego destacó. El orden familiar patriarcal de aquel entonces convirtió asimismo al tercer hermano —Eugène, Genja—, nacido para diplomático, en médico contra sus intenciones, pero con igual éxito; porque por profundamente que los hermanos se diferenciaran, tenían en común su extraordinaria capacidad profesional, su absoluta entrega *a la cosa.* El tercero lo demostró como pediatra, y ya de muchacho mostró interés por los niños pequeños; junto a esto, sin embargo, siguió siendo en lo hondo de su ser un sigiloso, un ser «diplomáticamente» secreto. De los años de infancia recuerdo cómo me reprochaba mi modo demasiado abierto de luchar contra las prohibiciones, y una vez me irritó tanto con esos reproches, que le arrojé a la cara mi taza de leche caliente —pero la leche, en vez de tocarle a él, se me derramó hirviendo por el cuello y la espalda—; aunque mi hermano compartía también el mismo carácter arrebatado y brusco de todos nosotros, esta vez me dijo con calma: «Ves, precisamente así decía yo que salen las cosas cuando se hacen mal». Mucho después de su muerte, a los cuarenta años, de tuberculosis, me di cuenta de otra característica suya, a saber, por qué —siendo largo y flaco y nada hermoso— provocaba, sin embargo, las más desatadas pasiones en las mujeres, y no obstante no tomó nunca una compañera estable. A veces me parecía que esa especie de encanto que irradiaba contenía en sí un elemento demoníaco. Lo cual no dejaba de compaginarse, en ocasiones, con gran humor: así, cuando decidió reemplazarme en uno de nuestros bailes domésticos: la cabeza, en su mayor parte rapada, recubierta de preciosos rizos, la figura, demasiado larga y enjuta, metida en un corsé a la moda —y conquistando la mayoría de las medallas del cotillón, los jóvenes oficiales extranjeros sólo vagamente enterados de que en casa había una hija menor que se mantenía

completamente apartada—. A mí lo que me gustaba eran los zapatos de baile, sin tacón, a los que desde las lecciones me había aficionado, para deslizarme con ellos como por hielo sobre el entarimado del gran salón —actividad para la cual también se prestaban, por lo demás, las otras habitaciones grandes, altas como iglesias—. Porque la vivienda oficial de la Morskaja quedaba en una sección del edificio de la Generalidad, junto al Moika, y esta peculiaridad de las habitaciones, este poder deslizarme en ellas, se sumó firmemente a mis alegrías cotidianas; en el recuerdo me veo, ante todo, en *ese* movimiento: era como estar sola.

Los hermanos mayores se habían casado temprano, ya en la época de las lecciones de baile habían elegido para siempre; maridos y padres apasionadamente enamorados, habíanse convertido en seres harto felices cuya actitud hacia sus mujeres reflejaba no poco la de nuestro padre para con la madre; tenía éste, por ejemplo, la costumbre de levantarse cuando ella entraba en el cuarto, cosa que nosotros los niños habíamos imitado involuntariamente. Lo cual no excluía que pudiera también llegar a expresiones de vehemencia, originadas en su temperamento tempestuoso, que todos nosotros heredamos. Al mismo tiempo era confiado sin disimulo, y franco hasta la médula, acerca de lo cual circulaba entre nosotros una anécdota divertida. Nuestra Muschka, como llamábamos a mi madre, le había recomendado encarecidamente que se cuidara de cierta persona, que al parecer lo calumniaba, y alabado al mismo tiempo la amistosa intención de otra: mi padre, sin pérdida de tiempo, los confundió uno con el otro. En su juventud se había mostrado abierto a todas las alegrías del mundo en el brillante Petersburgo imperial de entonces, de Nicolás I y del segundo Alejandro, y pertenecía a la generación de los Pushkin y Lérmontov, con el cual, como oficial, trabó un conocimiento más cercano. Al casarse, sin embargo, tanto él como su mujer, diecinueve años menor, sufrieron formalmente una transformación religiosa, por influencia de un pastor báltico, Iken, que trajo un piadoso espíritu pietista al moralismo algo seco de las iglesias evangélicas de Petersburgo. Las iglesias evangélicas *reformadas* —la francesa, la alemana y la holandesa— formaban, junto con la luterana, una especie de bastión de fe para las familias no autóctonas, es decir, no católicas griegas, aunque en los demás respectos uno se

incorporase completamente a lo ruso; por eso mi deserción de la Iglesia comportaba al mismo tiempo una suerte de proscripción social, por la cual sufrió especialmente mi madre. De mi padre, que había muerto poco antes, sabía yo en cambio con certeza que, a pesar de que hubiese sentido aún más profundamente la falta de fe de su hija, habría aprobado su decisión (aunque precisamente él estaba especialmente ligado a la Iglesia reformada alemana, en la medida en que había sido él quien, en su momento, había conseguido del emperador la autorización para fundarla). Sobre opiniones religiosas no acostumbraba a hablar, y fue sólo después de su muerte cuando me regalaron la Biblia que de preferencia usaba y cuando se me fue revelando, en los muchos pasajes finamente subrayados, el verdadero perfil de su fe. Tan profundamente me conmovió su forma de meditación, el silencio y la humildad y la infantil confianza de este hombre activo, varonil y habituado a la autoridad, que me invadió la nostalgia por lo mucho que yo, con mis dieciséis años, no había podido conocer de él.

A mi padre y a mí nos había unido, en la más temprana niñez, una pequeña, secreta ternura, de la que vagamente recuerdo cómo la interrumpíamos al aproximarse Muschka, poco partidaria de expresar los sentimientos; mi padre había deseado apasionadamente una niñita después de los cinco muchachos, mientras que Muschka habría preferido completar la media docena de varones. En viejas cartas de mi padre a mi madre, de cuando ésta se hallaba con sus hijos menores en viaje de veraneo por el extranjero, leí, después de su muerte, una posdata: «Besa de mi parte a nuestra pequeña muchachita», y otra vez: «¿Piensa todavía de vez en cuando en su viejo papá?». Los recuerdos me asaltaron ardientes. Cuando tenía pocos años de edad, estuve un tiempo impedida de caminar por causa de algo que denominaban «dolor de crecimiento»; como consuelo me regalaron unos zapatitos blandos de badana, rojos y con cordones dorados, y tan a gusto iba encaramada sobre el brazo de mi padre, que la cosa terminó mal: porque por ese motivo no di señal a tiempo de haber cesado el dolor, y el mismo tierno padre hubo de poner en funciones, con dolor de corazón pero inflexible, y sobre la mismísima región del cuerpo que sobre su brazo había posado, una pequeña pero recia vara de abedul. Recordé nuestros paseos, él y yo, en los días claros de invierno: como a mi madre no

le gustaba andar del brazo, mi padre me había acostumbrado a cumplir, desde muy pequeña, esta proeza: con inmensos pasos voladores junto a los suyos largos y tranquilos. En esto nos encontramos una vez a uno de los innumerables mendigos rusos, y yo, que había recibido una pieza de plata de diez copecs para «aprender a repartir el dinero», quise dársela. Mi padre objetó que eso no era una repartición, que bastaba con la mitad de lo que uno poseía: pero ésa sí que le correspondía, sin apelación posible, al prójimo —y por cierto que no podía resultar, de ninguna manera, más deslucida que la retenida, así que no podían ser monedas de cobre—. Y con toda seriedad me cambió la pequeña moneda de diez en dos de cinco, de plata, maravillosamente diminutas.

Pero en la relación con ambos padres —así se me antoja ahora— faltaba en mi caso, si lo comparo con las experiencias de la mayoría de los niños de que tengo noticia, el exceso de calor en la actitud sentimental, sea ésta de porfía, sea de amor. Tanto lo que unía como lo que oponía estaban sujetos a un límite tras el cual la libertad conservaba todavía su espacio. Durante mi época escolar, esta «libertad» iba incluso demasiado lejos: como en las últimas clases, cuando el ruso se hizo obligatorio para todas las asignaturas, yo me quejara de mi defectuoso dominio de la lengua (ya que entre nosotros estábamos acostumbrados a hablar sólo en alemán o en francés), mi padre autorizó de pronto que fuese solamente como oyente, asegurando con una carcajada: «Ésta no necesita obligación escolar». De dónde sacaba este tierno prejuicio, no lo sé.

Creo que habrá sido libertad también lo que les permitió a mis hermanos, aun en edad adulta, conservar incólume la relación de confianza cordial con los padres. Esta frontera, que con el tiempo se tornó algo involuntario, significaba para mí, vaya por caso, una especie de autorización para callar, un permiso para estar sola en medio de la cordial confianza.

Como prueba se me ocurre un pequeño episodio, para el cual, por desgracia, no puedo indicar la edad —solamente que asistía ya a la escuela, lo que en Rusia quiere decir que tenía más de ocho años—. Nuestro perro, un *terrier* llamado *Jimka,* contrajo la rabia. La rabia se transmitía frecuentemente también a los perros domésticos, por mordeduras, debido a

los muchos perros vagabundos, y descuidados por lo tanto, que circulaban entonces por las calles (tanto en el calor del verano como en el más riguroso frío invernal). Era la primera vez que nos sucedía, por eso no lo advertimos de inmediato, y cuando, antes de partir para la escuela, el entrañable perro me mordió de pronto en una muñeca, me puse a toda prisa algo encima y no le di mayor importancia. Al volver a casa ya no encontré al animal: la rabia había estallado y se habían llevado a *Jimka;* esa misma tarde lo mataron, en un instituto de observación para casos de esta especie. Pero entretanto también había mordido a nuestra lavandera, y precisamente en ese momento el médico de la familia declaraba que, habiendo pasado ya varias horas, nada podía hacerse (según se pensaba entonces). Con el susto en el cuerpo, lo que predominaba en mí era, sin embargo, la idea terrible de que en cualquier momento sospecharan que estaba rabiosa y que mis hermanos temieran, al menor altercado, que los fuese a morder. Siguió un período de miedo espantoso y secreto; entre otras cosas me enteré del síntoma del terror al agua, y desde ese momento pasé noches enteras pensando en el lavado de dientes por la mañana. (Que el síntoma también vale para el té o para la leche fue cosa que por fortuna no llegó a mi conocimiento.) Pero me enteré también de que los perros rabiosos sobre el primero que saltan es sobre su querido amo: y recuerdo mi espantosa convicción —como lo más horrible de lo que me esperaba—: «Voy a morder a papá». Lo cual venía a significar: «El más amado», si bien en ningún caso era consciente yo de preferirlo a mi madre. Un recuerdo que pertenece a mi primerísima infancia me demuestra cuán escaso papel juega en todo eso la conciencia. Era la época en que se me permitía a menudo (y con placer por mi parte) acompañar a mi madre, en nuestro pequeño cabriolé, a bañarse en el mar. Por una ventanita en la cabina de la casa de baños veía cómo ella jugueteaba allá abajo, en el agua de la piscina, y una vez le grité, en tono de súplica: «¡Ay, querida Muschka, por qué no te ahogas!»; cariñosa y riéndose me respondió: «Pero, niña, entonces me moriría», a lo cual yo le grité a voz en cuello la típica palabra rusa: *¡Nitschewó!* («no importa»).



Lou von Salomé, 1882



Friedrich Nietzsche, 1882

Pero en mi corazón no hacía yo ninguna diferencia entre mis padres; por la manera misma en que mi padre, con tierna caballerosidad, honraba a mi madre delante de nosotros los niños, jamás estuvo aquélla «por debajo de

él» en el respeto. Y fue ya de adolescente cuando me percaté, con inesperado asombro, de que aquello no era *obvio,* sin más. Fue así: se había perdido la llave de una puerta cerrada, y mis hermanos acudieron corriendo en ayuda; pero en ese momento conseguí abrirla sin instrumento alguno; y como poco después se lo contara, con aires de triunfo, a mi madre, y a su pregunta: «¿Con qué la abriste entonces?», contestara: «Con los dedos», pude ver cómo su rostro se petrificaba; dijo sólo: «A *mi* madre no me habría atrevido yo nunca a responderle de esa manera; que no la has abierto con los pies, ya lo sabía». Me la quedé mirando como quien mira algo insospechado —yo misma tan paralogizada, que me fue imposible dar explicaciones.

Entre ellos, mis padres se entendían sin palabras, pese a la fuerte diferencia entre ambos (exceptuada la igual fuerza de sus temperamentos y de su fe); se tenían, en imperturbable adaptación recíproca, la más profunda lealtad de amor. Factor importante era seguramente también que ambos se percataban en forma absolutamente involuntaria de lo mucho que vale, a lo largo de la vida, subvenir a las propias unilateralidades: menos, quizá, en el sentido moral que en el afán de no quedarse encerrado en uno mismo. (El atributo que de manera más completa les faltaba a los dos era el orgullo, y la pusilanimidad, que siempre le acompaña.) Para un carácter como el de mi madre, era tanto como entregar su naturaleza independiente y activa sin demasiados miramientos a la condición de esposa y madre, dignidad que, al fin y al cabo, le había sido concedida por Dios a la mujer. De allí provenía su contención, la actitud que juzgó propio adoptar y que a su vez esperaba de los demás. Puede, por otra parte, que un algo de revolucionario no fuese del todo ajeno a su sangre. A la muerte de su abuela, siendo aún adolescente, había tomado sobre sí la dirección de una gran casa, para no caer bajo la dominación de una hermana de su padrastro. Y ante mis ojos quedó prendida una imagen fugaz de nuestros viajes veraniegos a Suiza: recién llegados, la veo parada en el pasillo frente a nuestras habitaciones del hotel, mirando fascinada hacia el patio, donde dos hombres, en salvaje disputa, se iban al cuerpo con las navajas. No solamente fue siempre de mucho coraje físico, sino que, por ella, quizá le hubiese gustado más ventilar a fondo las querellas que esquivarlas. Incluso durante la primera

revolución de 1905, ya octogenaria, fue difícil impedirle que saliera a las calles revueltas e infestadas de disparos, ante lo cual retrocedían, retorciéndose las manos de susto, las dos fieles muchachas que la servían.

Tras sobrevivir a mi padre por casi cuatro décadas, le cupo a mi madre la gracia de no vivir la experiencia de la Revolución de Octubre. Las familias de mis dos hermanos mayores sí tuvieron que atravesar en cambio, durante muchos años, la subversión y las guerras civiles, en la más amarga necesidad y penuria. Sólo a grandes intervalos era posible una precaria comunicación postal con Alemania. Mi segundo hermano, Robert, a su regreso de Crimea, donde había enterrado al menor de sus hijos, enfermado en guerra, se encontró no sólo privado de su posición, de su casa, de toda hacienda y propiedad, sino entregado, en su pequeña casa de campo junto a la capital, donde acostumbraba a pasar los veranos, a la caridad de un criado doméstico a quien le habían adjudicado la casita, junto con sus implementos y su huerta. El hombre les dejó, a él y a los suyos, un hueco en el ático, y les pasaba una sopa de coles al mediodía, siempre que le ayudara en la huerta; durante el día recogía con sus nietecitos setas y bayas para redondear el condumio. Su mujer no pudo nunca hacerse a la idea de tener que ver cómo la campesina usaba sus trajes, ni a la ingenua alegría que eso le deparaba. Mas pese al espanto de aquellos tiempos, no era eso, en las escasas cartas que de allí llegaban, lo que hablaba con una fuerza mayor y más conmovedora: era el alcance interno de la convulsión, que se había operado incluso en los seres humanos. Y no es que a mi hermano (hasta entonces perteneció a algo así como el llamado Partido de los Cadetes[19]*) se le hubiesen trastocado completamente las opiniones políticas, pero cuando contaba cómo se sentaban por la tarde, en el banco ante la puerta, juntos él y el criado —descansando y contemplando las convulsiones del mundo—, lo que uno sentía no era tanto al amo y al servidor intercambiados, arrojados respectivamente a la sima y a la cima, sino, en ambos, un tercer hombre que accedía a la palabra y en quien una y la misma renovación se producía. A lo cual el campesino probablemente aportaba una manera de ser específicamente rusa, de modo que mi hermano escribía, reconocido: «¡Mira que es inteligente y amable este analfabeto!». Lo que aquí se traslucía no podría decirse que fuese resignación, por una parte, o

conciencia de sí irrumpiendo súbitamente, por la otra: lo que perfilaba a las dos figuras era el estar al borde de un momento crucial del mundo —como si esto las hubiese sacado de sí mismas proyectándolas a lo simplificado, lo acrecido, trascendiendo el perfil de ambas y ampliándolo.

Lo más conmovedor, sin embargo, era ver, junto a este fenómeno, cómo la cohesión íntima de los miembros de la familia llegó a cobrar ahora su efecto más esencial, ahora, cuando estaba a punto de ser finiquitada en su sentido burgués. Y no sólo mientras la penuria los obligó a apiñarse, como sobre pequeños islotes en medio del oleaje, porque hasta entonces puede que las disensiones también hubiesen hecho sentir su acción divisoria, como en todas partes, en razón de las intenciones y los deseos de cada cual. No: el significado interno del lazo familiar, la felicidad y el calor que allí aún proporcionaban apoyo y consuelo: la vieja poesía del «no sólo objetividad» alcanzaba, moribunda, una flor en la cual su fuerza vital se derramó redoblada. Al igual que, en la dirección opuesta, sin duda alguna también cobró poderoso influjo la tremenda conmoción de una juventud repentinamente desencadenada —junto a las nuevas posibilidades de libertinaje y de toda clase de brutalidades.

Así como la revolución, también le fue ahorrada a nuestra anciana madre[20]* la muerte de su primogénito, su protector y consejero, que murió poco después de estallar la guerra, de un espasmo del corazón, azotado por preocupaciones y presentimientos sin cuento. Sola en su casa, pero rodeada de bien logrados hijos e hijos de hijos, siguió dichosa hasta el final. Su mayor pena, en el último recodo del camino, fue el que nosotros, sus hijos, le hubiésemos echado al cuello, para saberla bien cuidada, una señora de compañía —una parienta a quien ciertamente quería, pero no tanto como a la soledad imperturbada—. Gozaba sobremanera de la soledad, a pesar del círculo de hijos y nietos que la rodeaba, y hasta el final estuvo maravillosamente atareada. Incluso sus lecturas rara vez las elegía según consejo ajeno; así, en el último tiempo la obra que más la apasionaba era la *Ilíada.*

Al dar noticia de sus años entre los ochenta y los noventa, no puedo por menos que recordar la gran guerra y victoria que me reveló en una de mis visitas a casa: tratábase de la liquidación del diablo, a quien ella, creyente

fervorosa, se sentía obligada a aniquilar definitivamente antes de terminar sus días. Ante mi objeción, realmente consternada, de si con ello no habría terminado también con el Buen Dios, puesto que la decisión era cosa suya, me respondió, tranquilizándome y casi con indulgencia: «Tú no entiendes de esas cosas, a Ése no le puede pasar nada; además, durante años lo he estado madurando con Él —claro que Él sigue, pero al diablo lo despide». Y, sin embargo, no negaba del todo el motivo de su tardío y enérgico cambio de convicciones: la circunstancia de haber tenido que ir reconociendo poco a poco la incredulidad y la entrega al demonio de todos sus hijos, si bien es cierto que mis hermanos —cual gesto caballeresco— acostumbraban todavía a cumplir con algunas ceremonias, por amor a sus mujeres y precisamente a nuestra Muschka. Con todo, nunca hizo nada que hubiese podido ponerla en contradicción consigo misma: evidentemente seguía, en cualquier asunto, un impulso inmediato que sólo después aclaraba, reflexivamente y a fondo, entre ella misma y las circunstancias imperantes. También el siguiente es un recuerdo repetido de su paz interior: cómo podía quedarse, por la mañana, sentada ante la mesa del desayuno, con una sonrisa en esos ojos que se habían tornado profundamente azules; y cuando comenzábamos a sospechar que se estaba burlando de nosotros, venía a resultar que seguía sonriéndole a un sueño muy agradable —de allí salió el chiste: que después de un día especialmente poco divertido (porque aburridos, por así decirlo, no los conocía) nuestra Muschka se desquitaba por la noche—. En los últimos años de su vida, cuando empezó a quedarse sorda, hallaba incluso solaz en recibir la visita de otras damas igualmente duras de oído y hablar cada una por su lado; riéndose de todo corazón relataba cómo cada una —y ella también— había captado de las otras la respuesta cambiada, pero sin dejar de perseverar en las propias, no menos equivocadas.

Junto con la lectura, lo que más la atraía era la observación de la naturaleza. El verano lo vivía con fogosa alegría, y a la caída del otoño, desde las ventanas de la ciudad, conversaba, cual si fuesen criaturas, con la fila de árboles de alguna calle transversal, o se quedaba observando los cambios de luces. Sus habitaciones estaban atiborradas de plantas de hoja que ella misma cuidaba, pero no le gustaba tener animales a su alrededor. A

edad muy provecta, toda posesión se le hizo excesiva, como si fuera un atentado a ese su «estar a solas». Se preocupaba con gran cuidado y sentido del deber, como con todo, por cada uno de los objetos de su propiedad, pero se alegraba también de todo aquello de lo que podía desprenderse, sin llamar la atención, en beneficio nuestro o de otra persona. Poco a poco fue surgiendo así la cómica necesidad de volver a regalarle las mismas cosas, para que no quedara rodeada del vacío. A veces me parecía como alguien que se libera o aligera y que, digámoslo así, les hace todavía, con sus cuatro cosas, niditos de restos a los que se quedan; y se me antojaba que de acciones tales era posible colegir una actitud fundamental hacia la vida y hacia la muerte en general: por oposición al sentimiento de ser despojado por la muerte, la sensación de riqueza superflua cuando ya se está a punto de no temerle más a la necesidad.

No puedo hablar de mi madre sin recordar cuánto hizo por mí, no obstante todo su desacuerdo con mi vida de soltera en el extranjero y mi forma de pensar, que le repugnaba. Si esta hija ya la había decepcionado al no llegar al mundo como hijo, al menos debería haberse esforzado por alcanzar el ideal de hija de la madre —¡y había hecho justo lo contrario!—. Pero incluso en la época en que con más amargura tuvo que sufrir por mi conducta, porque más violentamente chocaba ésta con las costumbres sociales de entonces, Muschka hizo sus cuentas en silencio y para sus adentros: inflexiblemente a mi lado frente al mundo; llena de dolor, y, sin embargo, llena de confianza; aparentando que nos entendíamos perfectamente, porque era eso lo que le parecía más importante, no fuesen a producirse malinterpretaciones hostiles contra mí. Mientras transcurrieron mis hermosísimos años de juventud en el extranjero no llegué nunca a entenderlo claramente: tan callada discurría esta maternalidad, que lo único que se me fijó en la conciencia fue el obstinado tono de reproche, el convencido antagonismo con que mi madre se expresaba *ante mi persona* contra mi modo de pensar y de vivir. Egoísta como era, estuve así a salvo por completo de remordimientos y nostalgias. Cuando por carta me insinuó que, para mi protección, esperaba verme pronto «bajo el palio», le contesté yo, radiante, que mejor lo pasaba debajo del sombrero de Paul Rée. Sólo después de mi matrimonio, cuando mi madre vino a hacernos una larga

visita, llegó todo esto a conversarse entre ambas. Yo estaba anonadada, y mirando su cabeza blanca pensé, con una emoción absolutamente pasada de moda y dichosamente sentimental: «¿No es por ti por lo que ha encanecido?». Pero, claro, *«dichosamente* sentimental»: sintiendo con una alegría enorme el amor y el respeto que al oírla brotaban, y que ahora, estando juntas, tenían inmejorable ocasión de materializarse y proporcionar felicidad mutua. Alguien que me conocía bien y que una vez pidió que le contase el caso dijo indignado al oírlo: «En vez de una juventud —como debería haber sido— arruinada por la nostalgia y el remordimiento, ¡satisfacción y felicidad redobladas! Si a *esto* no hay que llamarlo *moral insanity*...».

En realidad apuntaba a una de las contraposiciones más fuertes entre la forma de ser de mi madre y la mía: que *ella* partía siempre del cumplimiento del deber y el sacrificio convencido, por un rasgo —en algún sentido— heroico; quizá era su lado masculino, que en ello se satisfacía de una manera sutil y hacía posible, sin saberlo y sin escisiones, su feminidad. Para *mí,* las luchas, aun contra mí misma, no estuvieron nunca en primer plano; ni siquiera en aquello que deseaba o esperaba luchaba yo por las cosas de *primerísima* importancia: *éstas* me encontraban más bien dúctil o indolente —hasta tal punto coincidían, externa e internamente, con mi existencia, con mi existencialidad, que no habrían podido ser cuestión de lucha (en todo caso, de una conducta conforme al versito: «El mundo mal te va a dotar, créemelo. Si quieres tener una vida: ¡róbatela!»)—. Porque siempre me pareció que las cosas son hermosas, valiosas, cuando son *regalos,* no adquisiciones, y porque entonces traen inmediatamente consigo el segundo obsequio: *el poder sentirse agradecido.* Y ése tuvo que ser el motivo de que yo, pese a todas las apariencias de luchadora, tuve que ser hija y no hijo.

No quisiera dejar de agregar aquí mi agradecimiento a mis padres: su lealtad y su amor —toda la atmósfera que los rodeaba— fue lo que cultivó en mí este modo de ser confiado, una como fe en los regalos. Cuán profundamente hundida puede estar ésta en una persona, adulta ya y hasta de la más sobria manera de pensar, lo confirma una pequeña anécdota de mi experiencia posterior: una mañana caminaba yo por el bosque y encontré de

pronto una genciana azul, que me habría gustado llevarle a una amiga enferma; pero al mismo tiempo estaba tan atareada con determinados pensamientos que durante esa caminata matutina me había propuesto elaborar, que me convencí a mí misma de no interrumpirlos con una trabajosa recolección. Cuando, rato después, volvía a casa, descubrí con sorpresa en mi mano un ramo abundante y redondo. Todavía recordaba claramente cómo me había esmerado en levantar la mirada del suelo para *no* cortar las flores. A punto habría estado el suceso de parecerme un milagro. Pero ni eso sucedió, ni suscitó tampoco una carcajada por mi «distracción», sino que la primera reacción fue oírme decir en voz alta, alegremente: «¡Gracias!».

Desde el extranjero iba a visitar a mi madre todos los años, o cuando más cada año y medio. Enormemente viva tengo ante mis ojos la última despedida antes de su dulce muerte. Yo partía de Petersburgo a Finlandia, para proseguir desde allí viaje en barco hasta Estocolmo. Como el tren salía con las primeras luces del alba, nos habíamos dicho el adiós definitivo muy entrada la noche. Mientras me deslizaba por el vestíbulo para salir tan sigilosa como me fuera posible, me encontré de pronto a mi madre delante de mí: descalza, en camisón de dormir, desplegado el cabello blanco como la nieve —que se levantaba un poco en rizos, como el pelo de los niños— y, debajo, los ojos de azul profundo, grandes y abiertos, esos ojos claros que te traspasaban y de los cuales alguien alguna vez había dicho con acierto que no era bueno caer con mala conciencia bajo su mirada.

Parecía como salida de un sueño, y ella misma parecía un sueño.

No me dijo una palabra. Sólo se estrechó contra mí. Era de la misma talla que yo, pero a su avanzada edad —aunque aún esbelta y erguida— había disminuido un poquito, de manera que su cuerpo delicado, de finas articulaciones, podía acurrucarse completamente en el mío.

¿Cuándo hubiese tenido este gesto antes? Era como si lo hubiese sacado de lo más oculto para este momento. O como si sólo en sus años postreros hubiese madurado secretamente para movimiento semejante, para una última dulzura, como la que se junta en el fruto que ha pendido al sol el tiempo suficiente antes de caer maduro.

Y puede que en el silencio de esa tierna dulzura liberada nos recorriera a ambas el mismo pensamiento, el mismo dolor, el mismo golpe en el corazón: «¿Por qué, por qué no hasta ahora?».

Éste fue el último regalo de vida que me hizo mi madre.

Muschka querida.

---

17. * véase el comentario en la obra, en el parrafo que comienza “Entre ellos, mis padres se entendían sin palabras...”

18. * en una carta sobre la conmoción que a este hermano le causara la muerte de uno de sus hijos, Lou A.-S. interpretó su humor de esta manera: «Pero yo he creído y presentido siempre una cosa: que esta capacidad para ver la alegría y no ver los disgustos no consistía tanto en tomar ligeramente el dolor y la desgracia, dejarlos ligeramente de lado, sino más bien en una profunda *necesidad* de felicidad proveniente de la timidez de una capacidad profunda de padecer». La muerte de este hermano («Él era amparo»), el 20 de febrero de 1915, hizo que Lou A.-S. postergara durante semanas su reunión con Rilke en Múnich. Sobre el *segundo hermano,* Robert, véanse pp. 57 y ss. El *tercer hermano,* Eugène, era apreciado como médico incluso en los círculos de la Corte; su larga enfermedad y su muerte, el 4 de mayo de 1898, causaron una emoción poco común; Lou A.-S. describió más detenidamente su «manera clandestina» en la figura del doctor Trebor, en la primera parte de la novela *Jutta.*—Sobre el *padre,* Gustav v. S., véase el comentario a la p. 65.

19. * los Demócratas Constitucionales (llamados «Cadetes» por las dos letras de su abreviatura KD), que intentaron actuar en la Duma (1905) en dirección a un parlamentarismo consecuente; tras la Revolución de marzo de 1917 se pronunciaron por una república democrática.

20. * Ya en una carta sobre ella, probablemente del año 1898, Lou A.-S. dice no haber podido, en su juventud, conocer plenamente a la madre, «porque en mamá no tuve la amiga de electiva afinidad de mi juventud, sino que estuve con ella en pie de guerra, consiguiendo por medio de la lucha lo que quizás una madre de otra especie me habría concedido más gustosa. Sólo *posteriormente* la vi con claridad y sin prevención, y entonces la amé, por su fuerza, su fidelidad y su gran nobleza». Unas notas de Louise Wilm (su nombre de soltera), de los días que precedieron a su matrimonio con Gustav v. Salomé en diciembre de 1844, permiten ya conocer —como confesión de amor, examen de conciencia religioso y como promesa de superar las propias debilidades en la entrega— el modo de ser de esta mujer. Más tarde, las cartas a su hija las encabeza con «Niña de mi corazón». Louise von Salomé, nacida el 7 de febrero de 1823 en San Petersburgo como hija de un fabricante de azúcar, falleció el 11 de enero de 1913, sin enfermedad grave («de un catarro», LAS).

LA VIVENCIA DE RUSIA

Nuestra familia desciende, por parte de padre, de sangre francesa y alemana, báltica; hugonotes de Aviñón, según parece cruzamos Alemania después de la Revolución francesa y después de haber permanecido largo tiempo en Estrasburgo, llegando al Báltico, donde se había instalado, en Mitau y Windau, el así llamado «Pequeño Versailles». En mi niñez oí muchas veces contar esas cosas en la familia.

A mi padre lo habían traído de niño a San Petersburgo[21]*, bajo Alejandro I, para recibir una educación militar completa. Siendo ya coronel, y a raíz del levantamiento polaco de 1830, ocasión en la que debió de distinguirse, Nicolás I le concedió la nobleza hereditaria rusa, además de la francesa. Todavía tengo claro en el recuerdo el gran libro de armas —de las muchas veces que lo hojeamos de niños—, con las palabras del emperador, las armas antiguas abajo —rojo dorado y barra cruzada— y encima las rusas, con dos barras de rojo dorado en diagonal debajo del yelmo; e igual de claro recuerdo el prendedor que, por orden del emperador, hicieran para mi madre a imitación del sable de oro de honor, del que colgaban, en minúscula pero exacta reproducción, todas las condecoraciones de mi padre.

Mi madre, nacida en San Petersburgo, era de origen nordalemán-hamburgués, y danés por parte de madre; se apellidaba Wilm, y sus antepasados daneses, Duve (paloma).

Difícil es averiguar cuál habrá sido nuestra primera lengua (en Rusia): el ruso, que por aquel entonces sólo era usado preponderantemente por el pueblo, habría de todas maneras dado paso de inmediato al alemán y al francés. En nuestro caso, la lengua que por completo preponderaba era la alemana[22]*; fue siempre el lazo de unión entre nosotros y la patria de mi madre, y no solamente en la medida en que conservábamos amigos y parientes en los países alemanes, sino como expresión de pertenencia real,

bien que entre nosotros (a diferencia de nuestros conocidos petersburgueses, alemanes del Reich) esa pertenencia atañía más directamente a lo alemán de la lengua que a lo alemán de la política; puesto que no solamente nos sentíamos en «servicio» ruso, sino como rusos. Yo me crié entre uniformes de oficiales. Mi padre era general; posteriormente, en el servicio civil, fue consejero de Estado, consejero privado y, por último, consejero titular, pero siguió en servicio en el edificio de la Generalidad hasta edad avanzada. Y mi amor tempranero, digamos a los ocho años, fue el joven barón Frederiks (por aquel entonces realmente bellísimo), ayudante de Alejandro II, más tarde ministro de Palacio, y que, ya viejísimo, fue testigo todavía del derrocamiento del emperador y la revolución. Mi intimidad con él, sin embargo, se limitó al siguiente suceso menor: saliendo una vez del edificio de la Generalidad por la superficie helada de su amplia escalinata, tuve la sensación de que detrás de mí venía mi admirado; resbalé y quedé sentada en el hielo, tras lo cual él, aprestándose caballerosamente en mi auxilio, corrió la misma suerte; sentados uno frente al otro a ambos lados de la puerta, en la vecindad más inesperada y próxima, nos miramos consternados: él, estallando en una carcajada, y yo, muda de felicidad.

Rusas, pero de una manera mucho más específica que esos recuerdos del mundo en torno a nosotros, eran las impresiones que provenían de la nodriza y la niñera. (Sólo yo tenía nodriza.) Ésta, una persona suave y bella (que más tarde, después de haber hecho a pie una peregrinación a Jerusalén, alcanzó incluso la «pequeña canonización» eclesiástica, cosa que hacía relinchar de risa a mis hermanos, pero que a mí me hacía sentir orgullosa de mi nodriza), me tenía mucho cariño. Las *njankis* rusas tienen de todas maneras fama de un amor maternal ilimitado en el cual no hay madre carnal que las supere (verdad es que la tienen menos en el arte educativo). Por todas partes quedaban entre ellas descendientes de los que hasta hacía poco tiempo habían sido siervos, y en honor suyo uno conservaría la palabra *leibeigen* en su sentido más amoroso[23]. Los demás servidores rusos de la familia estaban fuertemente mezclados con elementos no rusos: tártaros, preferidos como cocheros y criados por su abstinencia, y estones; mezclábanse los evangélicos, los griego-católicos y los mahometanos, las oraciones hacia el Oriente y las oraciones hacia Occidente, el viejo y el

nuevo «estilo» (del calendario) respecto a los ayunos y el pago de los salarios. Lo cual se hacía todavía más multicolor por estar nuestra casa de campo administrada por colonos suabos, que en sus vestidos y en su lenguaje seguían ateniéndose exactamente a sus paradigmas, dejados hace mucho tiempo en la patria suaba. De la tierra adentro, propiamente rusa, apenas conocí nada; solamente algún que otro viaje a casa de mi segundo hermano —Robert—, quien, como ingeniero, tuvo pronto que partir bastante lejos hacia el Este (Perm, Ufa); en esos viajes tuve ocasión de trabar mi primer conocimiento, en la región de Smolensk, con la sociedad puramente rusa. Pero el propio San Petersburgo, esta atractiva síntesis de París y Estocolmo, hacía un efecto completamente internacional, a pesar de toda su pompa imperial, con sus trineos de renos y sus iluminadas heladerías sobre el Neva, sus tardías primaveras y sus veranos ardientes.

También mis compañeros de escuela pertenecían a toda clase de nacionalidades, tanto en la primera escuela privada inglesa a la que asistí como también en la siguiente, más grande, donde no aprendí nada[24]*. Y, sin embargo, de allí podrían haber nacido relaciones que me habrían atado al país ruso de una manera nueva, a saber, política. Porque hasta en las escuelas hervía y fermentaba ya el espíritu de la rebelión, que había encontrado su primer programa en los Naródniki[25]*, «los que van al pueblo». Apenas si era posible ser joven y estar vivo sin verse arrebatado, tanto más cuanto que el espíritu de la carne paterna, a pesar de sus relaciones con el emperador anterior[26]*, se mostraba harto preocupado, sin embargo, por el sistema político dominante, especialmente tras la transformación reaccionaria sufrida por el «zar libertador» Alejandro II una vez abolida la servidumbre. Lo que me mantuvo aislada de estos poderosos intereses de la época fue puramente el influjo avasallador de mi amigo, el objeto de mi primer gran amor: la circunstancia de que él, holandés, se sintiera por completo extranjero en Rusia tuvo que actuar sobre mí de una manera en cierto modo desrusificante, puesto que lo que consideraba como deseable para mí (que era una criatura fantástica) era una meta cultural puramente individual, con énfasis en el desarrollo del entendimiento, sobrio de todo sentimiento. Así fue como, único símbolo de participación política, quedó oculto en mi escritorio un retrato de Vera Sássulitsch[27]*, la

inauguradora, por decirlo así, del terrorismo ruso, que le pegó un tiro al comandante de la Plaza, Trepov, y que después de la absolución por los jurados (los tribunales de jurados acababan de ser aceptados como válidos) fue sacada a hombros por la multitud, que la ovacionaba; escapó a Ginebra y puede que todavía viva. Durante mis estudios en Zúrich, en cuyo comienzo los estudiantes rusos celebraron con desfiles de antorchas y bulliciosa exaltación el asesinato de Alejandro II por los nihilistas —1881—, todavía no conocía yo personalmente a ninguna de mis compañeras, casi con exclusividad estudiantes de Medicina. Además, estaba convencida de que en su gran mayoría intentaban utilizar sus estudios como cobertura política para su permanencia en el extranjero, porque hacía tiempo que en Rusia —y mucho antes que en cualquier otra parte— se había conseguido el estudio femenino, formando incluso universidades de mujeres con plantilla docente completa, por ejemplo, con profesores de la Academia de Cirugía Médica. Pero me equivocaba profundamente: porque estas mujeres y muchachas que habían conquistado para sí, con sacrificios y luchas inmensos, institutos semejantes a los de los hombres en su patria, y que volvían a abrirlos cada vez que éstos eran cerrados por la fuerza, no sabían de nada más serio, de nada más importante que el apropiarse, con la mayor rapidez posible, de la mayor cantidad de saber y práctica. No para competir con el hombre y sus derechos, tampoco por ambición científica ni en aras del propio desarrollo profesional, sino solamente para una cosa: para poder ir al pueblo ruso, al pueblo sufriente, oprimido e ignorante al que había que ayudar. Una procesión de doctoras, matronas, maestras y asistentas de toda especie, cual sacerdotisas profanas, se derramaba ininterrumpidamente desde las aulas y las academias hasta los rincones más alejados y desamparados del país, hasta las aldeas más dejadas de la mano de Dios: mujeres que, amenazadas políticamente a perpetuidad con la cárcel, el destierro y la muerte, se entregaban *por completo* a aquello que correspondía, simplemente, a su más fuerte instinto amoroso.

De esto se trataba, en realidad, y por cierto que en la tendencia revolucionaria de *ambos* sexos en Rusia: como los hijos ante sus padres, así estaban ellos ante el pueblo. Aunque fuesen ellos (que en gran medida provenían de los círculos de la *intelligentsia)* quienes, a su vez, le

entregaban al pueblo cultura, esclarecimiento, saber, el campesino siguió siendo para ellos, en el más humano de los sentidos, el ejemplo, no obstante sus supersticiones, su afición a la bebida o su bastedad: una actitud como la que ha llegado a ser conocida a través de Tolstói, a quien sólo la comunidad campesina le hizo entender qué cosa fuesen la muerte y la vida, el trabajo y la oración. Lo cual eximía a este amor de todo carácter de cumplimiento del deber y de condescendencia, y condensaba en él, por así decirlo, la fuerza fundamental de toda la vida anímica: un primitivismo de cuya infantilidad el individuo, que se hace adulto en ambición y madurez, no llega a desprenderse nunca por completo en sus más profundas fuerzas impulsivas. Es mi impresión que en Rusia esto llega incluso a influir en el amor sexual, disolviendo un poco la altura de sus tensiones, que en Europa occidental han llegado a condensarse, en cosa de mil años, en cimas de tan fantástica exageración. (Sólo en un autor, en el importante libro de bocetos del príncipe Karl Rohan, *Moscú,* 1929, he encontrado correctamente señalado este estado de cosas erótico entre los rusos.) Junto a eso pueden acontecer desmanes o excesos eróticos de toda suerte como en cualquier otra parte, o más brutales aún, pero por encima discurre la auténtica vida del alma en una infancia de un primitivismo más intacto que entre los pueblos «educados», sintonizados con un amor privado «más egoísta». En esta medida, lo colectivo significa en ruso, en el pueblo y en la esencia, precisamente la intimidad, la raíz cordial, no la educación para el principio, ni para la comprensión intelectual, ni para la razón. Todo lo extático va a dar *ahí* dentro, sin abreviarse tampoco en el énfasis de la diferenciación de los sexos: porque la entrega pasiva y receptiva se entrelaza en ello con lo súbitamente activo y revolucionario en una y la misma disposición de alma.

Muchas de estas cosas sólo posteriormente se me aclararon por completo: en mi tercera estancia en París[28]*, en 1910, cuando gracias a la bondad de la hermana de una terrorista tuve acceso a su círculo. Era la época que siguió a la tragedia de Asev[29]*, cuando éste, el más inexplicable y monstruoso de todos los agentes dobles, se vio, por intercesión de Burzev, convicto de su doble traición, dejando detrás de sí una desesperación sin nombre. En aquel entonces se me hizo sentimentalmente claro, de manera inmediata, hasta qué punto el grupito de revolucionarios decididos a

cualquier bomba, que sacrificaban totalmente su vivir privado a la fe en su misión asesina, no representaba nada opuesto a la idéntica pasividad de creencia del campesino que acepta su destino como fijado por Dios. Es el mismo ardor de la fe el que llama una vez a la resignación y otra a la acción. Sobre las dos formas de vida, por encima de todo lo que en ellas privadamente se expresa, se levanta un lema no tomado ya de lo personal, del cual vienen ambas a concebirse, y del cual las dos especies de martirio, el campesino como el terrorista, cobran la tranquila fuerza de su paciencia y la súbita fuerza de sus actos. Cuando los socialrevolucionarios, tras algo así como un siglo de acción, se vieron aplastados contra la pared a causa del éxito del bolchevismo, a causa de la archipoderosa superación de lo conjuntamente soñado hasta el momento, formose entonces, desde el mismo ardor de la fe del pueblo, un tercer tipo: el proletariado liberado, incorporado a colaborar en el trabajo y en el éxito, y por ello mismo —en medio de una especie nueva de la coacción, en una miseria renovada de mil modos— arrebatado, a pesar de todo, en una orgía de voluntariosa capacidad de acción. Puesto que su entrega a la fe, hasta el momento pasiva, se vio confrontada con el espectáculo enceguecedor de las inauditas realizaciones en la totalidad de la vida popular y de la transformación del país, espectáculo que tenía que parecerle como a los cristianos del año 1000 la esperada irrupción del más allá en el reino de la tierra. Con ello vino a transformarse en el enemigo natural de su hermano, el campesino, que de todo ello sólo veía, antes que nada, la negación: la destrucción, por medio de medidas político-abstractas, de su pacífico y primitivo comunismo de aldea, medidas que ya no podían apelar a su antigua entrega y resignación, porque por principio estaban dirigidas contra Dios y la fe en Él. De esta manera el campesinado, apiñado en torno a sus campanarios y sus cruces, en torno a su representación divina, se veía enfrentado al bolchevismo como a algo diabólico.



Lou von Salomé, Paul Rée y Friedrich Nietzsche



Friedrich Carl Andreas, hacia 1890

Se acostumbra a observar que la fuerza de atracción casi religiosa con que el bolchevismo se apoderó del proletariado ruso, volcando, por así decirlo, la leyenda de Lenin sobre la leyenda de Cristo, fue un aprovechamiento intencionado y astuto de la piedad y la fe del pueblo; pero

por más que a menudo tal haya sido, por supuesto, el caso, la explicación es tan débil como cuando se quiso explicar el fenómeno de lo religioso por la astucia y la ambición de poder de los sacerdotes. En este caso se trata, sin duda alguna, de un efecto de los experimentos colosales que, por medio de su terrorista irresistibilidad, subvierten una y otra vez a Rusia en la desmesura de su atrevimiento; dejando por completo de lado la cuestión del futuro, de que fracasen o que triunfen, van ligados al ardor de la fe de la humanidad rusa. Porque ha sido ésta, precisamente, la que le ha deparado al materialismo de las teorías políticas, al mecanicismo de la asombrosa técnica, un terreno que las ha recibido de manera completamente diferente, un terreno de partida impregnado de alma por la fe, a diferencia del que sería posible en las culturas que han madurado con la lentitud normal, a diferencia de lo que sería posible allí donde estas teorías fueron proyectadas.

Diríase que ya en la tardía cristianización de Rusia (a partir del 900 d.C.) cabe reconocer algo de esta manera de ser del pueblo. Tras no tener lugar aquélla —como, por lo general, en los demás casos— a través de la compulsión de una conquista, sino por mediación de quienes fueron enviados a hacer una elección, que estimaron el cristianismo bizantino como más afín a lo ruso que acaso el islam, o el budismo, lo así adoptado se vio «rusificado» de forma irresistible. Cuando los documentos bizantinos que habían sido copiados fueron siendo presa paulatina de una «rusificación» tan extrema que la propia Iglesia *(Nikon)* se sintió obligada a hacerlos cotejar y corregir, los rusos lo sintieron como un esclarecimiento religioso que iba más allá de lo conveniente, una injerencia religiosa en lo más íntimo. Más o menos un tercio de ellos prefirieron abandonar la Iglesia e incorporarse al *Raskol,* que fue donde se inventó la frase: «Quien ama y teme a Dios no va a la iglesia». De esta manera, lo recibido del cristianismo corresponde a la esencia rusa con una autenticidad especialmente radical, pero se atiene también, obstinadamente, sólo a ella; y entre los que se quedaron en la iglesia, la veneración propiamente dicha no se dirige tampoco a las elevadas jerarquías del clero, no adopta una actitud jerárquica, sino que se fija en los peregrinos, en los eremitas, en los anacoretas, cuyas huellas cualquiera podría seguir, y la reverencia que se les

otorga conlleva algo de lo que cada cual, por así decirlo, se concede también secretamente a sí mismo. De la misma manera como, *mutatis mutandis,* a cualquiera podría sucederle estar en el lugar del sentenciado o del criminal: de ello da fe la costumbre popular de regalar cualquier cosa a los presidiarios en su dura travesía hacia las cárceles de Siberia, aunque sólo sea un huevo o un pedazo de pan, o un jirón de cinta multicolor. Aquí habla la suave compasión, pero también algo de lo que la frase de una pequeña campesina daba a entender, señalándome una de aquellas caravanas: «*A ésos* les ha tocado». La poca diferenciación de las valoraciones al uso sobre los seres humanos, el que no se preste atención a los cánones tradicionales del juicio, tiene que ver con el hecho de que, en todo, se retrocede hasta «Dios», que abarca a todos los hombres y a todas las cosas según su voluntad. Esta confianza de niños subyace también en la exclamación tradicional de consuelo del pueblo martirizado, en épocas de espanto y fatídicas: «Todos nos han olvidado, menos Dios».

Es fácil comprender que esta orientación religiosa favoreciera la aparición, junto a la Iglesia, de un enorme sistema de sectas, y que entre ellas hayan podido darse las formas más diversas y aun contrapuestas: desde el brutal ascetismo de los Skopzen[30]*, con sus principios de castración, hasta las orgías más nefastas y repugnantes de los sentidos, clasificadas en el culto como misterios sexuales; o también hasta la deliciosa y humana jovialidad y moderación del ánimo, que tan profundamente impresionó a Tolstói, convirtiéndolo prácticamente en discípulo del campesino ruso. De la misma manera como esto último sólo se torna cabalmente explicable desde la psicopatología de Tolstói, esta concomitancia de su genio, así también en estos últimos tiempos se ha dado en entender demasiado *personalmente,* en la figura de Rasputín, la exhibición de ademanes sacros orgiásticos y salvajes, demasiado como una monstruosa especialidad suya, en vez de entenderlo a él desde la peculiaridad de su secta y de sus mandamientos.

Que en el ser humano pueda aunarse sin dificultad incluso lo más opuesto es cosa que tiene que ver con lo primitivo, con lo no diferenciado. Pero aún más allá de esto, la falta de dualismo le es visiblemente peculiar al modo de ser ruso, lo cual hace que las esperanzas del sueño y la experiencia

de la realidad parezcan disgregarse menos en una sucesión temporal: como si, poco escindidas aún, la vivencia de lo «celestial» no fuese todavía abstracta, ni la de lo «terrenal» cargada aún de culpa. Esto lo confirman, aquí y acullá, y de manera impresionante, quienes, no habiendo nacido en Rusia, han pasado sin embargo allí muchos años y se han visto llevados a una afición fuerte e involuntaria por lo ruso. Así ocurría también con nosotros: mi padre, en especial, amaba de tal manera al *prasstój naród,* al «pueblo llano», que al hablar de él, y por mucho o por frecuentemente que lo censurase, vibraba un tono de respeto, casi de veneración, que también esperaba de nosotros. Por parte de nuestra madre, eso sí, subsistió siempre frente a la ortodoxia griego-católica un sentimiento como de emigración desde tierras de fe evangélica. ¿Y yo? Yo había sido desrusificada desde mi más tierna juventud, especialmente por mi primera gran experiencia amorosa, en la medida en que mi amigo, como extranjero (y para su disgusto condenado por las circunstancias rusas a dejar inexplotadas sus más valiosas fuerzas), orientaba todos sus intereses y deseos hacia «más allá de las fronteras»: *sagranizu,* que es la denominación rusa para la tierra extranjera en general. Pero después de mi traslado, con ocasión de mis visitas a la patria, desde Suiza o Alemania, al transbordar en la frontera a los coches de ferrocarril rusos, más anchos y pesados, y ser depositada en el sueño como «madrecita» o «palomita» por el funcionario, cuando me envolvía el olor de las velludas pieles de oveja o el aroma de los cigarrillos rusos, la triple campanada, la antigua señal de partida, despertaba entonces en mí una inolvidable felicidad de patria. La cual no tenía que ver ni con el retorno al hogar familiar ni tampoco con ninguna nostalgia, que nunca he sentido, por la tierra natal o las primeras impresiones de la niñez. Ni siquiera ahora sabría definirla con la suficiente exactitud: sólo sé que permaneció inalterable en su substancia en medio de los años de mi maravillosa juventud, absorta en cosas completamente distintas y colmada de un trabajo intelectual absolutamente no ruso. Y fue traduciéndose, poco a poco, en ocupaciones y estudios entre los cuales me encontró todavía, en 1897, Rainer Maria Rilke. Nuestros dos viajes a Rusia[31]* fueron producto de la atracción cada vez mayor que ésta ejercía sobre nosotros. Fueron, para ambos, una experiencia de especie extraordinaria: para él, en relación con

una irrupción de su actividad creadora, para la cual Rusia ya le ofrecía los símbolos adecuados mientras él seguía todavía aprendiendo y estudiando el idioma; para *mí,* simplemente la embriaguez del reencuentro con la realidad rusa en toda su amplitud: apretadamente en torno a mí se ofrecía la tierra de este pueblo en toda su extensión, la miseria de esta humanidad, la resignación y la esperanza; me envolvió de una manera tan sobrecogedoramente real, que nunca más —excepto en experiencias aisladas e individualísimas— llegué a experimentar algo de igual fuerza en la impresión. Lo más extraordinario del efecto de esta doble experiencia, sin embargo, residía en que en los mismos momentos, y ante los mismos objetos, se nos revelaba aquello que cada uno de nosotros necesitaba —tornándose creador Rainer, y vivenciando-viviendo yo mi propia, primigenia necesidad y recuerdo.

Pero lo que para eso con más urgencia necesitábamos los dos, y lo más notable, era que en las monstruosas distancias de este país —y no solamente en aquellas que recorrimos—, a lo largo de sus ríos, entre el mar Caspio y el mar Negro, entre la frontera transurálica y la europea, parece salirle a uno al encuentro uno-y-el-mismo hombre, como si viniera de la aldea más próxima —ya tenga una nariz de la Gran Rusia, o incluso una nariz tártara —. Esta unicidad en medio de la multiplicidad de tipos no proviene, empero, de la uniformidad que presentan las masas poco conocidas y por ello difícilmente diferenciables; proviene de la franqueza rusa del rostro del alma, como si éste expresara lo que nos es común a todos, lo más profundamente humano en general. Como si, en cierta medida, en quien nos viene al encuentro se enterara uno de algo, nuevo y conmovedor, sobre uno mismo —y lo amara—. Para Rainer no pudo por menos de tener un efecto decisivo, en razón de su actitud de búsqueda de los fundamentos primigenios de lo humano, desde los cuales se le fueron infiltrando los símbolos que iban a convertirlo en el himnista de Dios.

Muchas de estas cosas no las vi claras sino más tarde: su afán en esta dirección como en pos de una cura, como en pos de una soldadura interior para las secretas grietas de su estructura. Algo había también que igualmente lo empujaba desde la superculturización europea, desde lo demasiado mundano, hacia el Oriente en general: como si sintiera que, al

igual que en Rusia, también en las culturas asiáticas la orientación estaba determinada permanentemente por el fundamento de la humana primigenidad, con sus ventajas y sus defectos.

A menudo nos preguntamos, de camino, si un viaje que se adentrara más en lo asiático no nos habría abierto tanto más esta «esencia rusa en estado puro». Pero sentíamos, también, que con ello habría venido a agregarse, por el contrario, algo distinto, extraño, que en vez de mostrarse aún más abierto se habría cerrado a la defensiva. Con el verdadero *Oriente,* y en cualquier parte que uno se le aproxime, se levanta al mismo tiempo un trozo de la Gran Muralla que rodea a la China; transfórmase así en un objeto que, en el mejor de los casos, permitirá la aproximación con ayuda del entendimiento científico y de las herramientas eruditas. Que no en balde está rodeado de antiquísimas culturas, culturas acabadas, como obras maravillosas, esquivas en la inaccesibilidad y fantástica sabiduría de antiquísimas tradiciones, en las cuales todos, quienquiera que sea, han nacido. Es eso lo que cierra el rostro de Oriente para nosotros. Visto desde nuestro desmembramiento en lo individualísimo, cabría considerarlo tan diferente, que al adoptar lo nuestro se arruinaría; si bien, al mismo tiempo, nos lleva la ventaja y nos supera en el hecho de haber conservado su unidad sin contradicciones, su peculiaridad, en cada caso autónomamente crecida, de cultura y naturaleza, de formación y esencia.

No así la tierra *rusa:* vuelta hacia Occidente, por así decirlo, aun en sus distancias siberianas, como si no *pudiera* detenerse, parar definitivamente, encallada desde siempre entre todas las invasiones e influencias, como si tal fuese precisamente su destino: legitimar su extensión recibiendo hasta lo más ajeno, prestarse a la síntesis por los dos costados. Como si su propia inescrutabilidad, su pancomunidad interna, no hubiese llegado a ser, precisamente por ello, rechazo alguno, completitud alguna, sino que fuera la marcha lenta (porque mucho recorre, porque mucha es la carga) de un «nomadismo a largo plazo»: caminar y caminar, del Oriente al Occidente y de nuevo de vuelta, no sea cosa de perder, por asentarse prematuramente, algo de la preciosa carga —para conservar, *en cambio,* su pie danzarín, la alegría de su canto aun para la más melancólica de sus canciones, que (quizás) ponen por anticipado música a un crepúsculo inminente.

El ser humano de esta especie aparece hoy día poderosamente arrebatado en un éxtasis de progreso, violado hacia metas compulsivas de cuño occidental. Lo que impidió que éstas llegasen en Occidente a desplegar todo su efecto —el que se haya advertido en ellas el producto de siglos pasados, al cual se le intentó hacer frente con las nostalgias del nuestro—, eso mismo es lo que les ha conferido, en la Rusia atrasada, el poder colosal de los extremos en eclosión. Porque no se trataba allí de la transformación de formas culturales, sino de la cuestión de una primera forma cultural, sin más, para la totalidad. Pero precisamente por eso puede que allí, ya sea maldición, ya sea fortuna, resulte de golpe algo nuevo, aunque sólo sea por la subitaneidad de las posibilidades técnicas y por las dimensiones asiáticas en que se emplean. En virtud de lo cual, al bolchevismo de Rusia, al heredero de los sistemas teóricos de Occidente, le refluyen aquí sangre y calor al frío y la sequedad de sus conceptos, hasta el punto de que ya no se ve como algo tornado de Occidente, hasta el punto de que se tiene por el supuesto de una nueva aurora, hacia la cual Rusia parece invitar al universo de una manera completamente in-nacional y completamente irracional.

Pero lo que nosotros necesitábamos, lo que nos era necesario por encima de todo, era permanecer un tiempo en la Vieja Rusia, antes de que corriese el riesgo decisivo de la transformación en la que habrá de hacerse la prueba del ejemplo. Y era necesario porque sólo contemplando la Vieja Rusia cabe comprender lo por venir, porque ésa es la única forma de evitar el malentendido de tanto viajero que recorre hoy el país y se asombra de que el hombre ruso, hasta entonces sólo un tonto con barba, se haya convertido de pronto en una suerte de máquina exaltada, únicamente porque ahora, en vez de la vieja *nagaika,* se blande sobre sus espaldas un látigo hipermoderno.

Parados junto al Volga, en el gran dolor de la despedida, nos inventamos un consuelo para *poder* siquiera marcharnos. Pensamos: cuando volvamos, si es que volvemos, pronto (!!) o tarde, o si son otras generaciones las que vuelven después de nosotros: esto que nuestros ojos húmedos miraban seguiría estando ahí aun en las más tremendas transformaciones del tiempo. No sabíamos cuán pronto había de cambiar la imagen: cómo el Volga iba a tener que colaborar con los demás ríos obligados a desembocar en la

colosalidad de los embalses para, sometidos por la mano del hombre, recorrer como *una sola* ola gigantesca la tierra rusa, deteniéndose solamente ante el océano Pacífico.

Pero por propia experiencia sabíamos: tampoco esto podría cambiar ya nada de *aquello* que, en nuestra vivencia aquí, había sido al mismo tiempo lo más grande y lo más íntimo del mundo.

En Rusia habíamos recibido algo más que sólo Rusia, y nos era dado dejarla.

Altrussland[32]*

Du scheinst in Mutterhut zu ruhn,
Dein Elend kaum noch zu begreifen,
So kindhaft scheint noch all Dein Tun,
Wo andre reifen.

Wie stehn Dir noch die Häuser bunt,
Als spieltest Du sogar im Darben:
Rot, grün, blau, weiss auf goldnem Grund
Sind Deine Farben.

Und doch: wer lang darauf geschaut,
Enthält ehrfürchtig sich des Spottes:
Ein Kind hat Russland hingebaut
Zu Füssen Gottes.[33]

Volga[34]*

Bist Du auch fern: ich schaue Dich doch an,
Bist Du auch fern: mir bleibst Du doch gegeben
Wie eine Gegenwart, die nicht verblassen kann.
Wie meine Landschaft liegst Du um mein Leben.
Hätt ich an Deinen Ufern nie geruht:
Mir ist, als wüsst ich doch um Deine Weiten,
Als landete mich jede Traumesflut

An Deinen ungeheuren Einsamkeiten.[35]

---

21. * a los seis años. Había nacido el 24 de julio de 1804 en el Báltico. Su padre murió pronto, su madre provenía de una familia báltico-alemana. De viejas cartas de sus hermanos al joven militar Gustav v. S. se desprende que tuvo hermanos con los nombres de Carl, Fritz, Alexander y Georg (eran nueve), y una hermana. Notas del joven coronel sobre el levantamiento polaco se conservaban hasta los últimos años de Lou A.-S. El prendedor de oro (un sablecito) que el zar Alejandro II hizo hacer para la señora v. S. lleva la inscripción: «Por valentía, provecho, honor y fama», «Por el asalto a Varsovia, 25/26 de agosto de 1831».—Según LAS recordaba, como consejero de Estado el general v. Salomé todavía emprendió viajes de inspección militar; durante toda su vida, a su mujer se la conoció, en el círculo de sus amistades, como la generala, «la generalscha». También *su* muerte —el 23 de febrero de 1879— parece que fue «maravillosamente fácil».

22. * como ya queda dicho, los hermanos del padre llevaban nombres alemanes, o al menos no franceses; escribían sus cartas (y él mismo por lo menos a su mujer) en alemán, como también las cartas de la pequeña Louise (Ljola) y de sus hermanos están escritas en alemán. La madre llama Gustav a su marido; así —Gustav Ludwig— se le designa también (por aquel entonces era ya consejero de Estado) en la partida bautismal de Louise (todos los padrinos llevan nombres alemanes); según parece, Gustav v. Salomé se familiarizó a través de su carrera de oficial con la lengua francesa que predominaba en sociedad, hasta el punto de que, según contaba LAS, llegó a conocerla mejor que la alemana.

23. La palabra alemana *Leibeigen,* que designa al siervo, está formada de los términos «cuerpo» y «propio». [*N. del T.*]

24. * en la escuela protestante-reformada de San Pedro (categoría de gimnasio); Louise v. S. asistió hasta el final, en el último tiempo como oyente; véase en párrafos anteriores.

25. * los «que van al pueblo» eran más un movimiento que un partido; se inició tras la supresión de la servidumbre (1861), entre los intelectuales que se preocupaban de la pequeña burguesía, y sobre todo del campesinado, que idealizaban (teoría del «socialismo campesino»); tuvo su apogeo en los años setenta, y luego una vez más, disminuido, a finales de siglo, y se extinguió con la Revolución de Octubre de 1917. De él formaban parte muchos estudiantes. El círculo alrededor de Sofia Nikolajewna Schill, al cual tuvieron acceso Lou A.-S. y Rilke durante el gran viaje a Rusia en 1900, en Moscú, con sus «cursos» para jóvenes obreros y campesinos hambrientos de «cultura» y «verdad», era asunto aparte; en el diario, Lou A.-S. habla de los «liberales esclarecedores del pueblo, de Moscú».

26. * sobre esto, LAS señaló de palabra que su padre había estado personalmente cercano al zar Nicolás I, que reinó de 1825 a 1855, favorecido sin duda por la circunstancia de estar la casa veraniega de la familia del general en Peterhof, la residencia de verano de los zares (Nicolás II la trasladó, por razones de seguridad, a Zárskoje Sseló); cuando el zar pasaba a caballo, sus hermanos se formaban muchas veces para saludarlo.

27. * el general Trepov, gobernador de San Petersburgo, había hecho azotar, en el verano de 1877, a un prisionero político porque éste no lo había saludado en el patio de la prisión preventiva. A resultas

de esto, Vera Sássulitsch, que se había presentado ante el general como peticionaria en una audiencia, disparó sobre él, el 24 de enero (5 de febrero) de 1878, hiriéndolo de gravedad. El abogado defensor, Alexandrov, obtuvo la absolución. Para proteger a la autora del atentado de eventuales persecuciones posteriores, sus amigos la llevaron a Suiza. Al atentado siguió una serie de acciones terroristas. Las «Memorias» de Vera Sássulitsch se publicaron en Moscú, en 1931. Alejandro II cayó el 1 (13) de marzo de 1881, víctima de un atentado con una bomba.

28. * las impresiones de la primera estancia, desde la primavera hasta septiembre de 1894, se reproducen en el capítulo «Entre la gente»; el segundo viaje, en mayo de 1909 junto con Ellen Key, estuvo dedicado a Rilke, quien por entonces vivía en París; el viaje al cual se hace aquí referencia fue en 1910.

29. * el ministro del Interior Pleve había infiltrado en las filas de los socialrevolucionarios al soplón Eugen Asev, con el objetivo de que informara a la policía sobre los atentados que se planearan contra el zar, pero también sobre la actividad terrorista en general. Asev llegó a tener un papel directivo entre los revolucionarios. Muchos de los conjurados fueron detenidos por sus informaciones, y varios de ellos ejecutados. Para cubrir su actividad se permitía que, de vez en cuando, tuviera éxito algún atentado. Pero él, una naturaleza diabólica, dejó también en varias ocasiones a la policía en manos de los conspiradores. Hasta 1908 no se descubrió su doble juego, por la intervención de Vladimir Burzev ante un tribunal de honor de los socialrevolucionarios. Los socialrevolucionarios existían, como partido, desde la creación de la Duma, en 1905; con la frase «tras algo así como un siglo de acción» se refiere Lou A.-S. al movimiento revolucionario en Rusia en general.

30. * una secta secreta, existente más o menos desde 1770, que exigía de sus miembros la autocastración en espera del Mesías.

31. * véase el comentario a la p. 123.

32. * Sólo este último poema figura —inscrito el 13 de agosto de 1900— en el «Suplemento» al diario de este viaje, escrito en Finlandia, así como también «Tú, cielo claro sobre mi cabeza» y un poema llamado «Reencuentro»; el poema «Vieja Rusia» fue escrito, según información de LAS, al redactar el capítulo sobre «Rusia»; la parte principal del diario, escrita en Rusia, se cierra con el poema «Mi tierra, de la que hace tanto falto».

33. *Vieja Rusia.* / Pareces descansar al amparo de la madre, / apenas consciente aún de tu miseria, / tan infantil parece todavía lo que haces / mientras otros maduran. / Qué abigarradas son aún tus casas, / como si hasta en el hambre encontraras un juego: / rojo, verde, azul, blanco sobre fondo dorado, / son tus colores. / Y si los miras largo, sin embargo, / será el respeto el que te callará la burla: / un niño ha ido construyendo Rusia / a los pies de Dios.

34. * en el texto (a máquina) dice: «Una tarde de enero». La confusión se ha producido, probablemente, porque Lou von Salomé y su madre llegaron a Italia en enero: «En los primeros días de enero fue cuando llegué, enferma y cansada, al sol de Italia», escribe Lou v. S. retrospectivamente, en la noche de Año Nuevo de 1883. Hay pruebas de las visitas a Malwida von Meysenbug en febrero. Paul Rée estuvo, desde el 4 de febrero hasta su viaje a Roma pasando por Montecarlo, en casa de Friedrich Nietzsche en Génova. La fecha exacta del encuentro con Paul Rée la da una nota de conmemoración del 17 de marzo de 1888, escrita en consideración retrospectiva de toda la amistad con Rée: «Hoy hace seis años te conocí».

35. *Volga.* / Por lejano que estés: yo te veo, / por lejano que estés: eres mío / como un presente imborrable / en torno a mí te extiendes como mi paisaje. / Aunque jamás hubiese tocado tus orillas: / siento como un saber de tus distancias, / como si cada oleada de mis sueños / me depositara en tus enormes soledades.

VIVENCIA DE LOS AMIGOS

Una tarde de marzo del año 1882 en Roma[36]*, mientras estábamos reunidos un par de amigos en casa de Malwida von Meysenbug[37]*, sucedió que, tras sonar con estrépito la campanilla de la puerta, entró precipitadamente en la sala Trina, la fiel factótum de Malwida, para susurrarle a ésta un agitado recado al oído, tras lo cual Malwida se apresuró hacia su *secrétaire,* juntó rápidamente algo de dinero y lo llevó afuera. Cuando volvió a entrar, y aunque venía sonriendo, revoloteaba todavía de agitación sobre su cabeza la fina pañoleta de seda negra. A su lado venía el joven Paul Rée[38]*: su viejo amigo, a quien amaba como a un hijo, que, habiendo llegado a trancas y barrancas desde Montecarlo, tenía prisa por enviarle al camarero de allá el dinero que éste le había prestado para el viaje, después de haber perdido, literalmente, hasta el último céntimo.

Sorprendentemente, este divertido y sensacional comienzo de nuestra relación me molestó bien poco: aquélla quedó anudada al instante; hasta puede que contribuyera el que, como consecuencia de ese episodio, Paul Rée quedara como destacado por una luz más fuerte, como más perfilado que los demás. En todo caso, su perfil de acusado corte y la mirada profundamente inteligente se me hicieron de inmediato familiares por su expresión, en la cual se mezclaba un algo de bien humorada contrición con una superior bondad.

Esa misma noche, como cada día desde entonces, nuestra apasionada conversación no terminó sino al volver, dando rodeos, a casa: desde la Via della Polveriera, de Malwida, hasta la pensión donde mi madre y yo nos alojábamos. Estas caminatas por las calles de Roma, al resplandor de la luna y las estrellas, pronto nos aproximaron tanto el uno al otro, que en mí comenzó a fraguarse un plan maravilloso para prolongarlas aun después de que mi madre, que me había traído desde Zúrich hasta el Sur para que me restableciera, hubiese vuelto a casa. Verdad es que Paul Rée dio por lo

pronto un paso completamente en falso, al proponerle a mi madre, para mi iracundo disgusto, un plan muy diferente —un plan de matrimonio—, cosa que hizo infinitamente más difícil su aquiescencia al mío. Tuve, primero, que hacerle entender a él a qué me disponía mi vida amorosa, «concluida para toda la vida», y mi afán de libertad totalmente desencadenado.

Lo confesaré honradamente: lo que de manera más inmediata contribuyó a convencerme de que mi plan, que era una afrenta a las costumbres sociales entonces vigentes, podía realizarse fue en primer lugar un simple sueño nocturno. En él vi un cuarto de trabajo agradable, lleno de libros y flores, flanqueado por dos dormitorios, y —entrando y saliendo de nuestra casa— camaradas de trabajo reunidos en un círculo alegre y serio. Pero no puede negarse que nuestra existencia en común de casi cinco años llegó a semejarse de manera sorprendente a la imagen de este sueño. Alguna vez Paul Rée dijo que la diferencia consistía casi únicamente en que —en la realidad— yo había ido aprendiendo sólo poco a poco a distinguir entre los libros y las flores, puesto que al comienzo confundía los venerables tomos de la universidad con soportes para las macetas, y hasta podía ocurrir que también organizara con los seres humanos combinaciones así de confusas. Por último, mientras yo seguía todavía luchando con mi pobre mamá, que habría querido llamar en su ayuda a todos sus hijos para arrastrarme, viva o muerta, a casa, Malwida vino a resultar, para mi sorpresa, casi más cargada de prejuicios que aquélla, que tenía inconmovible tras de sí toda la sagrada tradición del mundo y de la fe. Después me enteré de que parte de esto había que achacárselo a Paul Rée, porque al comienzo había corrido presa de la más viva agitación a confesarle a Malwida que nosotros «teníamos que huir uno del otro»; porque se le había metido en la cabeza que no tenía derecho a comprometer los «principios» de Malwida —cosa que ya había sucedido, en opinión de ésta, con nuestros «rodeos» nocturnos (de los que mi madre estaba enterada)—. Fue entonces cuando me di cuenta, con asombro, de hasta qué punto el idealismo de la libertad puede convertirse en un obstáculo para la afición a la libertad personal, puesto que aquél, por mor de su propaganda, evita del modo más temeroso cualquier malentendido, cualquier «falsa apariencia», sometiéndose así al juicio de los demás. En una carta desde Roma a mi preceptor, que tampoco parecía

querer ayudarme, le escribía yo, enfadada y decepcionada, en respuesta a una carta suya; pongo aquí esta carta que le mandé a San Petersburgo:

Roma, 26/13 de marzo de 1882

Habré leído su carta ya unas cinco veces[39]*, pero todavía no me entero. En nombre de tres demonios, ¿qué es lo que he hecho mal? Creía que ahora sí iba a colmarme usted de elogios. Porque estoy precisamente dedicada a demostrar lo bien que me aprendí la lección con usted. Primero, no aferrándome, ni mucho menos, a una pura fantasía, sino haciéndola realidad, y segundo, porque se hará con seres humanos que parecen escogidos expresamente por usted, porque casi revientan de puro espíritu y agudeza de entendimiento. Pero en vez de elogiarme viene usted y afirma que toda la idea es tan fantástica como ninguna hasta ahora, y que no hace sino empeorar por el hecho de darle realmente vida, y que respecto a hombres tan mayores y aventajados como Rée, Nietzsche y otros no puedo yo juzgar con acierto. Pero en eso sí que se equivoca usted. Lo esencial (y lo esencial, *humanamente,* es para mí *sólo* Rée) se sabe de inmediato o no se sabe nunca. Aún no está del todo ganado, todavía está algo perplejo, pero en nuestros paseos nocturnos entre las 12 y las 2, a la luz de la luna romana, cuando volvemos de la tertulia de Malwida von Meysenbug, se lo voy explicando cada vez con más éxito. También Malwida está contra nuestro plan, y eso me duele, porque la quiero mucho. Pero desde hace tiempo tengo claro que en el fondo siempre estamos pensando en cosas diferentes, incluso cuando estamos de acuerdo. Acostumbra a expresarse diciendo que esto o aquello no debe*mos* hacerlo, o tene*mos* que lograrlo, y yo sigo sin tener idea de quién es en realidad ese «nosotros»; algún partido ideal o filosófico, probablemente, pero yo misma sólo sé algo de «mí». No puedo vivir conforme a ejemplos ni voy a representar jamás un ejemplo para nadie, pero en cambio voy a darle forma a mi propia vida de acuerdo conmigo misma, eso sí lo voy a hacer, pase lo que pase. Para lo cual no tengo que defender principio alguno, sino algo mucho más maravilloso —algo que está metido en uno mismo y quema de pura vida y grita de júbilo y lucha por salir—. Ahora bien, también escribe usted: que una entrega así de

total a metas puramente espirituales nunca la había considerado sino como una «etapa de transición» para mí. Bueno, ¿a qué llama usted una «etapa de transición»? Si detrás de ésta ha de haber otras metas finales, metas para las cuales sea necesario renunciar a lo más magnífico y difícilmente conquistado sobre la tierra, a saber, la libertad, entonces quiero quedarme para siempre en la transición, porque eso sí que no lo entrego. Más feliz de lo que soy ahora seguro que no se puede ser, porque la guerra fresca-piadosa-y-alegre que con certeza se va a desatar ahora no me asusta, por el contrario; que se desate. ¡Vamos a ver si no resulta que la mayoría de las llamadas «barreras insuperables» que el mundo traza vienen a ser inofensivas rayas de tiza!

Pero lo que sí me asustaría es que usted no colaborara en su fuero interno. Escribe usted, enfadado, que seguramente su consejo ya no valdrá de mucho para evitarlo. «Consejo», ¡no!; lo que de usted necesito es enormemente más que un consejo: es confianza. Naturalmente que no en el sentido habitual, el que se entiende por sí solo, no, sino *la* confianza de que, haga yo o deje de hacer lo que sea, quedará dentro del perímetro de lo que nos es común (¡vea usted!, ahí hay, después de todo, un «nosotros» que yo conozco y reconozco). Y que tendría que corresponderme tan sin más y con tanta seguridad como la cabeza, las manos y los pies —desde el día en que me convertí en lo que, por mediación suya, he llegado a ser:

Su niña.

En Roma, por lo pronto, ocurrió algo que sopló a favor nuestro: fue la llegada de Friedrich Nietzsche[40]* a nuestro círculo, puesto al corriente por carta por sus amigos Malwida y Paul Rée, y que inesperadamente vino desde Mesina a compartir nuestra compañía. Pero sucedió algo aún más inesperado: y es que apenas supo del plan de Paul Rée y mío, Nietzsche se convirtió en el tercero en el pacto[41]*. Incluso quedó fijado el lugar de nuestra futura trinidad: iba a ser París (originalmente Viena), donde Nietzsche quería asistir a algunos cursos, y donde tanto Paul Rée como yo, él desde antes y yo por San Petersburgo, estábamos relacionados con Iván Turgueniev[42]*. Esto tranquilizó un poco a Malwida, porque allí nos veía

protegidos por sus hijas adoptivas Olga Monod y Natalie Herzen[43]*; la segunda mantenía además una pequeña tertulia, en la que leía cosas bellas rodeada de muchachas jóvenes. Pero lo que más le habría gustado a Malwida habría sido que la señora Rée hubiese acompañado a su hijo, y la señorita Nietzsche a su hermano.

Nuestras bromas eran alegres e inofensivas, ya que todos queríamos mucho a Malwida, y Nietzsche estaba a menudo en un estado tal de agitación que pasaba a segundo término su manera de ser más bien comedida o, dicho más exactamente, algo solemne[44]*. Esta solemnidad la recuerdo ya desde nuestro primer encuentro, que tuvo lugar en la iglesia de San Pedro, donde Paul Rée se entregaba a sus notas de trabajo con ardor y devoción, en un confesionario orientado de manera especialmente favorable hacia la luz, y en donde por eso había citado a Nietzsche. Su primer saludo al mío fueron las palabras: «¿Desde qué estrellas hemos venido a caer aquí, uno frente al otro?». Lo que tan bien comenzara sufrió sin embargo posteriormente un giro diferente que nos hizo pasar, a Paul Rée y a mí, nuevas preocupaciones por *nuestro* plan, en la medida en que éste se vio incalculablemente complicado por un tercero. Por cierto que Nietzsche lo veía más bien como una simplificación de la situación: hizo que Rée hiciese valer ante mí sus buenos oficios para una proposición de matrimonio. Profundamente preocupados, nos pusimos a pensar cuál sería la mejor manera de solucionarlo sin poner en peligro nuestra trinidad. Se acordó explicarle claramente a Nietzsche, antes que nada, mi fundamental aversión hacia el matrimonio en general, pero además también la circunstancia de que yo vivía sólo de la pensión de viuda de general, y que al casarme perdería mi propia pequeña pensión, que le estaba concedida a las hijas únicas de la nobleza rusa.

Cuando salimos de Roma[45]*, el asunto parecía liquidado; además, en los últimos tiempos Nietzsche venía sufriendo con mayor frecuencia de sus «ataques» —la enfermedad que le había obligado, en su día, a abandonar la cátedra en Basilea, y que se manifestaba como una jaqueca terriblemente fuerte—; por tal motivo, Paul Rée se quedó con él todavía un tiempo en Roma, mientras que mi madre —según creo recordar— tuvo por más conveniente partir conmigo primero, de manera que sólo durante el viaje

volvimos a reunirnos todos. Luego, juntos, hicimos estación por el camino, por ejemplo en Orta, en los lagos del norte de Italia, donde el Monte Sacro, situado en las cercanías, parece que nos cautivó[46]*; al menos hubo un mal humor de mi madre ajeno a nuestras intenciones, al habernos demorado, Nietzsche y yo, más de la cuenta en el Monte Sacro y no haber regresado puntuales a recogerla, cosa que también anotó con bastante enojo Paul Rée, quien le había hecho compañía. Después de que abandonásemos Italia, Nietzsche hizo una escapada a casa de los Overbeck, en Basilea[47]*, pero desde allí volvió a reunirse con nosotros en Lucerna, porque los buenos oficios romanos de Paul Rée en su favor le parecían insuficientes y quería conversar el asunto personalmente conmigo, cosa que ocurrió en el Löwengarten de Lucerna. Al mismo tiempo, Nietzsche se empeñó en hacer la fotografía de nosotros tres[48]*, a pesar de las violentas protestas de Paul Rée, que conservó toda su vida un terror enfermizo a la reproducción de su rostro. Nietzsche, en plena euforia, no sólo insistió en hacerla, sino que se ocupó, personalmente y con celo, de la preparación de los detalles —como la pequeña carreta (¡que resultó demasiado pequeña!), o incluso la cursilería del ramo de lilas en la fusta, etcétera.

Nietzsche volvió luego a Basilea, y Paul Rée siguió con nosotros hasta Zúrich, desde donde marchó a Stibbe bei Tütz, la finca familiar de los Rée, mientras que mi madre y yo nos quedábamos todavía un tiempo en Zúrich, en la casa de los amigos[49]* en cuya encantadora residencia campestre yo había vivido hasta el viaje al sur. Luego proseguimos a Hamburgo y Berlín, ya en compañía de mi hermano Eugène, que era el que me seguía en edad y que había sido enviado por el mayor, el representante del padre, en ayuda de mi madre. Fue entonces cuando se libraron los últimos combates: pero por mi lado lo que más me ayudaba era la confianza que Paul Rée inevitablemente insuflaba, y que paulatinamente había terminado por apoderarse también de mi madre; y así el asunto, terminó acompañándome mi hermano a casa de los Rée; Paul Rée viajó para recibirnos hasta Schneidemühl, en la Prusia occidental, donde bandido y guardián pudieron intercambiar el primer apretón de manos.

Conforme al programa, me quedé hasta bien entrado el verano —sería cosa de varios meses— en Stibbe, para después, al comenzar los festivales

de Bayreuth[50]*, encontrarme con Malwida en casa de los Wagner. Así fue como conocí a Richard Wagner en el último año de su vida y tuve también entrada a su *Parsifal,* con el abono de Paul Rée; en las veladas de la casa Wahnfried, intercaladas siempre entre dos representaciones del *Parsifal,* pude también ver mucho de la vida de la familia, por más que estuviese rodeada por el oleaje del tremendo torrente de huéspedes de todos los países de la tierra. Allí donde estaba el centro, Richard Wagner —en razón de su pequeña talla, tapado siempre por los circundantes, sólo fugazmente visible, como el surtidor de una fuente que se eleva—, resonaba siempre la más clara alegría; en cambio la apariencia de Cósima la distinguía, por su tamaño, de todos los que la rodeaban y ante los cuales se deslizaba la cola infinitamente larga de su vestido —al mismo tiempo rodeándola cabalmente, y procurándole una distancia—. Fue por amabilidad para con Malwida, en todo caso, por lo que esta mujer indescriptiblemente atractiva y distinguida me visitó una vez personalmente, haciéndome así posible mantener con ella una conversación larga y pausada. El joven preceptor de Siegfried, que por entonces tendría unos trece años, Heinrich von Stein, con quien trabé conocimiento en Bayreuth, se contaba al invierno siguiente entre los primeros y más fieles miembros del círculo berlinés en torno a Paul Rée y a mí. De entre los íntimos de Wagner, con el que mejor amistad hice fue con el pintor ruso Joukowsky[51]*, cuyo emblema onomástico, la mariquita, puede verse también en una de las esquinas del gigantesco lienzo que salta inmediatamente a la vista en Wahnfried: *La Sagrada Familia,* con Siegfried como el Salvador, Daniela como la Madre de Dios y las otras tres hermosas hijas como ángeles.

Sobre el acontecimiento, sobrecogedor en opinión de todo el mundo, de los Festivales de Bayreuth en sí no he de permitirme aquí decir lo más mínimo, hasta tal punto me tocaron sin mérito y los presencié, sordo el oído para la música[52]*, desnuda de todo entendimiento o de la más mínima dignidad. Si alguien hubo a quien en esto pudiese compararme, fue Trina, la fiel factótum de Malwida, que, para su profunda confusión, se vio cubierta de toda clase de oprobio: Richard Wagner, en efecto, había profetizado sobre ella que a ignorante tan total le iban ahora a ser punzadas, como en una revelación, «las cataratas en la oreja», motivo por el cual debía

permitírsele varias veces la entrada a las representaciones. No obstante su agradecimiento y su felicidad, el intento resultó sin embargo un fracaso, porque Trina no pudo guardarse para sí su escandalizada decepción al ver que nuevamente se ponía en escena el *Parsifal,* en vez de «una pieza nueva» en cada ocasión.

Desde Bayreuth quedó planeada una convivencia de varias semanas entre Nietzsche y yo, en Turingia —Tautenburg[53]* bei Dornburg—, donde vine por casualidad a vivir en una casa cuyo huésped, el predicador del lugar, resultó ser un antiguo discípulo de mi principal profesor en Zúrich, Alois Biedermann[54]*. Parece que al comienzo hubo algunas disputas entre Nietzsche y yo[55]*, con motivo de toda clase de habladurías, que hasta el día de hoy me siguen resultando incomprensibles porque no se compadecían con ninguna especie de realidad, y de las cuales también pronto nos deshicimos para gozar abundantemente de la compañía mutua[56]*, dejando en lo posible de lado a molestos terceros. Aquí tuve ocasión de adentrarme en el círculo de los pensamientos de Nietzsche mucho más profundamente de lo que me había sido posible en Roma o durante el camino: yo no conocía todavía nada de sus obras, aparte de *La gaya ciencia,* que aún tenía en su último estadio de elaboración y de la cual ya nos había leído en Roma: en las conversaciones de esta especie, Nietzsche y Rée se arrebataban las palabras de la boca, hacía tiempo que pertenecían a la misma tendencia espiritual, o en todo caso desde que Nietzsche se había distanciado de Wagner. La predilección por el modo de trabajo aforístico[57]* —a la que Nietzsche se veía obligado por su enfermedad y su forma de vida— le había sido propia desde un comienzo a Paul Rée; siempre andaba con un Larochefoucauld o un La Bruyère en el bolsillo, de la misma manera como, desde su pequeña primera obra, *Sobre la vanidad,* permaneció siempre del mismo espíritu. Pero en Nietzsche era posible sentir ya lo que había de llevarlo más allá de sus colecciones de aforismos y hacia el *Zaratustra:* el profundo movimiento de Nietzsche el buscador de Dios, que venía de la religión e iba hacia la profecía de la religión.

En una de mis cartas a Paul Rée desde Tautenburg[58]*, la del 18 de agosto, ya puede leerse: «Muy al comienzo de mi relación con Nietzsche le

escribí a Malwida que éste era una *naturaleza religiosa,* despertando con ello la más fuerte resistencia de su parte. Hoy quisiera subrayar doblemente esta expresión». «Veremos el día en que se presente como heraldo de una nueva religión, y será entonces una religión que reclute héroes como discípulos. Cuán igual pensamos y sentimos al respecto, y cómo nos quitamos cabalmente las palabras y los pensamientos de la boca. Literalmente nos matamos hablando estas tres semanas, y lo notable es que, de pronto, él soporta ahora charlar cerca de diez horas al día.» «Es extraño que con nuestras conversaciones vayamos a dar involuntariamente a los abismos, a aquellos lugares de vértigo a los que alguna vez uno ha llegado trepando solo, para asomarse a las profundidades. Constantemente hemos escogido los senderos de las gamuzas, y si alguien nos hubiese escuchado habría creído que eran dos diablos conversando.»

No podía ser de otra manera, que en el modo de ser de Nietzsche y en lo que decía me fascinara justo aquello que entre él y Paul Rée menos ocasión tenía de acceder a la palabra. Ya que en ello vibraban recuerdos o sentimientos a medias ignorados provenientes de mi niñez, infantilísima, y sin embargo personalísima e indestructible. Sólo que, al mismo tiempo, era precisamente *esto* lo que no me habría permitido nunca convertirme en su discípula, en su seguidora: caminar en *la* dirección de la que había tenido que desprenderme para encontrar la claridad me habría hecho desconfiar en todo momento. Lo fascinante y, al mismo tiempo, una íntima repulsa, eran una y la misma cosa.

Después de haber regresado a Stibbe por el otoño, volvimos una vez más a reunirnos con Nietzsche en Leipzig[59]*, en octubre, por tres semanas. Ninguno de nosotros presentía que sería la última vez. Y sin embargo ya no era como al comienzo, aunque seguían firmes nuestros deseos de un futuro común para los tres. Si he de preguntarme qué es lo que, antes que nada, comenzó a afectar mi disposición interior para con Nietzsche, diré que fue la acumulación creciente, por parte suya, de insinuaciones destinadas a perjudicar a Paul Rée ante mis ojos —y el asombro, también, de que pudiese tener este método por efectivo.

Sólo después de nuestra despedida en Leipzig se desataron igualmente los ataques contra mi persona, reproches cargados de odio de los cuales yo

sólo llegué a conocer una carta precursora[60]*. Lo que después siguió parecía contradecir de tal manera la esencia y la dignidad de Nietzsche, que sólo puede ser adscrito a la influencia ajena. Así, por ejemplo, cuando nos hacía a Rée y a mí objeto de sospechas cuya falta de fundamento él conocía mejor que nadie. Pero parece ser que lo más odioso de este período me fue simplemente disimulado por los cuidados de Paul Rée —cosa que no supe sino muchos años más tarde—; incluso parece que hubo cartas de Nietzsche a mi persona que no me llegaron jamás, ahorrándome improperios que me habrían resultado incomprensibles. Y no sólo esto. Paul Rée me ocultó también el hecho de hasta qué punto las calumnias que circulaban habían soliviantado contra mí también a su familia, hasta el extremo de que ésta me odiaba, en lo cual, es verdad, tenía especialmente que ver la disposición enfermizamente celosa de su madre, cuyo deseo era tener al hijo para sí sola.

El propio Nietzsche, mucho más tarde, parece haber mostrado también su disgusto por los rumores que había puesto en circulación; ya que por intermedio de Heinrich von Stein[61]*, que era amigo nuestro, nos enteramos del siguiente episodio de Sils Maria, donde éste visitó una vez a Nietzsche (no sin antes pedirnos conformidad). Abogó ante él por la posibilidad de terminar con los malentendidos que habían surgido entre nosotros tres; pero Nietzsche respondió, sacudiendo la cabeza: «Lo que yo hice no puede perdonarse».

Posteriormente yo misma seguí conmigo el método de Paul Rée: mantenerme alejada de todo el asunto, no leer nada más al respecto[62]* y no ocuparme ni de los ataques de la casa Nietzsche ni, en general, de la literatura sobre Nietzsche después de su muerte. Mi libro *Friedrich Nietzsche en sus obras*[63]* lo escribí todavía completamente sin prevención, motivada tan sólo por el hecho de que, con su acceso a la fama, se habían apoderado de él demasiados adolescentes literatos que no lo entendían; a mí misma la imagen espiritual de Nietzsche se me había revelado en sus obras, pero sólo *después* de nuestro trato personal; mi intención no fue otra sino comprender la figura de Nietzsche a partir de estas impresiones *objetivas*. Y tal como se me reveló su imagen en la pura fiesta retrospectiva de lo personal, tenía que seguir ante mis ojos.

Entretanto Paul Rée y yo nos habíamos establecido en Berlín. Nuestro plan original de trasladarnos a París se aplazó primero, y se anuló después, por la enfermedad de Iván Turgueniev y su muerte; y entonces la soñada comunidad se hizo realidad en toda su extensión, con un círculo de científicos jóvenes, docentes muchos de ellos, que en el curso de varios años ora se completaba, ora mudaba sus miembros. En este círculo a Paul Rée le llamaban «la dama de honor», y a mí, «Excelencia», como en mi pasaporte ruso, sobre el cual, según la costumbre rusa, yo, como hija única, heredaba el título paterno. Había veces, incluso, cuando por el verano abandonábamos Berlín, en que algunos de nuestros amigos venían con nosotros durante las vacaciones universitarias. Recuerdo un verano en Celerina como especialmente dichoso, en el Oberengandin[64]*, donde habitamos todos juntos la casa de unos molineros, y desde donde, ya sobre la nieve profunda del otoño avanzado, Paul Rée y yo seguimos viaje hacia el sur; todavía no había ferrocarril por Landquart, y así fue que un landó del correo, que durante el invierno reemplazaba al ómnibus, nos tomó como únicos pasajeros; de manera que, sin molestias y despacio (anticipándonos a la gente del auto privado de hoy), bajamos hasta Merano-Bolzano, deteniéndonos, a placer, a la luz del sol o de la luna.

Aunque viajábamos tanto, nos las arreglábamos bien con nuestro dinero; para mí la aportación era de 250 marcos mensuales de la pensión de mi madre, y lo conmovedor es que para Paul Rée era de otro tanto, porque éste ponía en nuestra bolsa común la misma cantidad por su cuenta. Cuando el dinero alcanzaba con dificultad, aprendíamos a ahorrar y a administrar, lo cual nos divertía y me reportaba cartas entusiasmadas de Georg, el hermano de Paul que administraba su fortuna, por lo modesto que Paul se había hecho, que nunca más había vuelto a importunarlo con apremios de dinero.

Una vez intentamos pasar parte del invierno en Viena, adonde mi hermano Eugène había ido a estudiar algunos semestres con Nothnagel[65]*; pero el plan fracasó por motivos harto cómicos: en vez de la desconfianza algo rígida que a menudo habíamos encontrado en Berlín por parte de quienes nos alquilaban nuestras tres habitaciones, los caseros vieneses nos recibieron con una aprobación tan cordial y visible de nuestro indudable estado de amantes que el temor de Malwida a las «malas apariencias» se vio

transformado en algo bueno de manera extremadamente jocosa. Por sabio consejo de Paul Rée (un hombre, claro está, es una dama de honor de más experiencia que cualquiera del sexo femenino), también en Berlín nos habíamos limitado a alternar en nuestro propio círculo y en aquellos otros estrechamente conectados con éste, y no en las familias ni en la bohemia de la época —tanto más cuanto que en mí las «bellas letras» se topaban con la más bella incultura.

Y sin embargo, precisamente por entonces escribí mi «primer libro»[66]*, en Gries-Meran. El motivo fueron los intentos de que regresara a casa, decidiendo nuestro círculo de amigos que el haber escrito un libro me facilitaría el permiso para seguir en el extranjero; y en efecto, el libro logró este objetivo, si bien bajo la condición de que el apellido de la familia no se viera mezclado; y así fue como elegí como seudónimo el nombre de mi amigo holandés de la juventud y el mío propio, que en su día él me diera (para reemplazar al ruso, que le costaba pronunciar). Lo cómico es que este libro —*En la lucha por Dios,* de Henri Lou— obtuvo la mejor prensa que yo haya tenido nunca, por parte, entre otros, de los hermanos Heinrich y Julius Hart, que después yo llegaría a conocer tanto y a reírme de ellos por ese motivo; porque nadie sabía mejor que yo con qué objeto puramente práctico había nacido el opus: de mis notas petersburguesas y, comoquiera que éstas no alcanzaron como relleno, de una novela en versos interrumpida alguna vez, a la cual simplemente despojé de su medida.

Entre quienes nos rodeaban había representantes de diversas especialidades: naturalistas, orientalistas, historiadores y, en no escasa medida, filósofos. El círculo se había concentrado, al comienzo, alrededor de Ludwig Haller[67]*, que de largo silencio y laboriosidad allá en la Selva Negra descendió hasta nosotros con un manuscrito bajo el brazo, y en conferencias privadas nos hacía participar de sus triunfos y cuidados metafísicos; tras haber entregado a la imprenta esta obra *(Alles in Allen,* Metalógica, Metafísica, Metapsíquica), y estando en su edad mediana, dio voluntariamente, durante una travesía hacia Escandinavia, un salto mortal al mar, de fundamentación claramente mística.

Pero que la filosofía actuara de manera intranquilizadora e incitante sobre los espíritus radicaba, también, en la especial disposición de los

tiempos. La marea de los grandes sistemas postkantianos, incluyendo sus derivados hegelianos a la izquierda y a la derecha, no se retiraba sin colisión perceptible con el espíritu opuesto, el de la llamada «era darwinista» del siglo XIX. En medio de la sobriedad y objetividad fundamental de las formas de pensamiento a las cuales se rendía pleitesía, no dejaban de abrirse paso los estados de ánimo pesimistas, ya fuese veladamente, en el trasfondo del pensamiento, ya fuese declarada y enfáticamente. Lo cual representaba una reacción, todavía muy idealista, ante toda suerte de prácticas de «desdivinización»: se hacían honestos sacrificios en aras de la «verdad». En este sentido hasta cabría hablar de un período *heroico* de quienes se interesaban a la sazón por la filosofía, que sólo vino a encontrar su fin cuando el servicio de la verdad fue viéndose relegado (precisamente por la distinción, cada vez más clara y rigurosa, entre lo que se reconocía como científicamente «verdadero» y las injerencias subjetivas de la verdad y la poesía) a distritos cada vez más modestos, que bien podían arreglárselas sin frases excesivamente grandiosas. La especie misma del ánimo humano se convirtió en objeto de examen, haciéndose cada vez más accesible a su propia investigación: tanto en sus formas de funcionamiento, que influyen de manera indebida en el conocimiento riguroso, como también en sus derechos indiscutibles a una completitud viviente y a un redondeamiento de lo científicamente expresable. La voluntad de la época trasladó el rigor de la lógica al rigor propio de una psicología. Tras la humildad ante la «verdad», se desató todo un período de humillaciones a través de confesiones: de la especial soberbia de la superioridad a la constatación de la inferioridad humana.

Tampoco en nuestro círculo —que crecía y menguaba, se completaba y transformaba— conocían todos con mayor detenimiento a aquel cuyas colecciones de aforismos habían de darle a la tendencia psicologizante su fama mundial: Friedrich Nietzsche. Y sin embargo Nietzsche, como con el perfil velado, estaba, cual figura invisible, entre nosotros. Porque ¿no venía acaso él a tocar precisamente aquella conmoción de las almas que *vivían,* en su interior, lo que los conocimientos del entendimiento les daban o les quitaban, y que tenían sus alegrías y sus dolores en medio de las más objetivas experiencias del espíritu? ¿Y no era precisamente su genialidad

más propia la *fuerza de su capacidad para expresarlo?* ¿No se unían de manera tan fructífera en él las potencias del poeta *y* del hombre de conocimiento porque las luchas y las penurias del alma lo incitaban a dar de sí lo más extremo?

Pero ahí se expresa al mismo tiempo —junto a lo que habría de darle a Nietzsche tan gran resonancia en la vivencia humano-espiritual de ese período y los siguientes— el contraste entre él y nuestros amigos de entonces. Porque, por diversa que haya sido la actitud de cada uno de ellos ante las diferentes cuestiones que tenían por esenciales, *un* punto tenían todos en común: la valoración de la objetividad, el afán de distinguir sus propias conmociones de la voluntad cognoscitiva, de mantenerlas en lo posible apartadas de la tarea científica que tenían entre manos, solucionarlas como asunto privado.

Para Nietzsche, en cambio, su propia situación, la hondura de su necesidad, se convertía en el crisol donde se calentaba al rojo, para volverse forma, su voluntad de conocer; tal hacerse forma en la incandescencia es la «Obra Completa» de Nietzsche; la poesía es en ella más esencial que sus verdades —verdades que él no solamente cambiaba, sino a las cuales se adhería, en cada ocasión, cuando ya existían como tendencia: en una entrega casi femenina—. Hasta llegar a la profecía: la doctrina de Zaratustra, del superhombre y del eterno retorno, donde se divide, él mismo, en quien todo lo padece y quien todo lo domina —el dios—. Hasta llegar a aquello que se puede decir que produjo «en verdad y poesía»; porque allí el investigador en él se fijó su límite, allí renunció a sí mismo, corrió ante sí la cortina[68]*: la cortina que su situación de dolor y de deseo pintó de manera tan grandiosa y espontánea que ya nunca volvió a alzarse y a dejarle libre la vista.

Y para mí, entre los demás[69],[70]* esta diferencia entre Nietzsche y nosotros llegó a formar parte de las cosas más benéficas de las que en este círculo me rodeaban: aquí estaba el clima sano, claro, hacia el cual yo tendía, y que convertía también a Paul Rée en camarada espiritual, aun cuando éste siguiera torturándose con su *Origen de la conciencia,* que trataba de un modo harto estrechamente utilitarista, y yo estuviera, en la

labor intelectual, más cercana a alguno de los de nuestro grupo que a él. (Nombraré a Ferdinand Tönnies y a Hermann Ebbinghaus[71]*.)

Lo que nos había reunido a Paul Rée y a mí no estaba pensado, ciertamente, como un encuentro temporal, sino para siempre. Que ello nos pareciese posible sin temer contradicciones indisolubles era cosa que tenía que ver con su manera de ser, que hacía de él uno entre miles, compañero de la más noble singularidad. Muchas de las cosas que a mí, en mi inexperta puerilidad, me parecían obvias y naturales rayaban en lo extraordinario: ante todo el estilo de su inconmovible bondad de corazón, de la cual no podía yo sospechar, al comienzo, que descansaba sobre un secreto odio a sí mismo; sospechar que precisamente su entrega tan total a una persona tan completamente diferente era experimentada por él «de manera altruista», como alegre redención. En efecto. Paul Rée, el pesimista y el melancólico que ya de adolescente había entretenido, y no sólo entretenido, pensamientos suicidas, convirtiose en un ser humano confiado y alegre; apareció su humor, y lo que todavía se expresaba del pesimismo se mostraba en la amable disposición a encontrar en las decepciones de todos los días, que asombran o enfadan a los demás, alegremente sólo *aquello* que, a pesar de todo, gratamente decepcionaba sus negras expectativas. Así fue como su trasfondo neurótico me pasó bastante insospechado, por muy abiertamente que él mismo lamentara en sí toda clase de defectos: sólo aquí y acullá —después de verle ceder una vez más a su pasión por el juego[72]* — se me fueron formando lazos de relación entre el jugador, tal como lo conocí la primera noche en Roma, y el resto de su modo de ser, como lo veo y lo comprendo hoy. Y aun hoy me sobrecoge un rabioso dolor al pensar qué salud no podría haber encontrado si la psicología profunda de Freud hubiese llegado unos decenios antes al mundo, y se le hubiese podido aplicar. Porque aquélla no sólo lo habría devuelto a sí mismo, sino que él, como pocos, habría estado llamado a servir a esta gran ocasión del nuevo siglo: puesto que solamente *ella,* con su profunda comprensión de los hombres, habría terminado de desarrollarle intelectualmente.

La circunstancia de mi compromiso de boda no tenía por qué haber traído consigo ningún cambio en nuestro vínculo. Mi marido se había declarado de acuerdo, como si se tratara de un hecho inamovible. Paul Rée

hizo también como si creyera que de ello dependía mi noviazgo, para bien o para mal: pero lo que le faltaba, en lo más hondo, era la fe en que de verdad podía ser querido; y sólo mientras la realidad le demostraba constantemente lo contrario, dejaba por fuerza de recordar la circunstancia de haber sido rechazado en Roma. Así que, pese a la franqueza de nuestra conversación a solas (había puesto como condición para el período de transición, por lo menos durante un tiempo, no ver ni hablar a mi marido), subsistió en el fondo un malentendido[73]*. Por entonces Paul Rée había comenzado a estudiar Medicina y vivía solo, a causa del trabajo en anatomía, temprano por las mañanas (incluso habíamos pensado si no estudiar yo también, pero considerando, con una sonrisa, que no era necesario para dos que no se iban a separar nunca).

La última tarde, cuando se fue de mi lado, se me quedó en el recuerdo con un fuego que no se extinguirá nunca por completo. Se fue tarde por la noche, para volver al cabo de varios minutos porque había una lluvia absurda. Al cabo de un rato volvió a irse, para regresar poco después otra vez a buscar un libro. Cuando finalmente hubo partido, amanecía ya. Miré hacia afuera y me quedé perpleja: sobre la calle seca, las estrellas, palideciendo, miraban desde un cielo sin nubes. Al volver de la ventana vi, tirado a la luz de la lámpara, un pequeño retrato mío de niña, que era de Rée. Sobre el trozo de papel que lo envolvía decía: «Tener caridad, no buscar».

Como es normal, la desaparición de Paul Rée no pudo sino agradarle a mi marido, por delicadamente que guardase silencio al respecto. Y tampoco pudo sino quedar en mí, por muchos años, el pesar por algo que yo sabía que no debía haber sucedido nunca. Si por la mañana me despertaba con una opresión, era un sueño el que había estado trabajando por la noche en deshacer lo ocurrido. Uno de los más terribles fue el siguiente: me encontraba en compañía de nuestros amigos, y éstos me gritaban alegremente que Paul Rée estaba con ellos. Los miré uno por uno, y al no encontrarlo me dirigí al guardarropa, donde habían colgado sus abrigos. Mi mirada cayó sobre un barrigón extraño, que estaba tranquilamente sentado

detrás de los abrigos con las manos plegadas sobre el vientre. Su rostro apenas podía reconocerse por la grasa que lo desbordaba, casi le cerraba los ojos y se extendía, como una máscara mortuoria de carne, sobre sus rasgos. «¿No es verdad —decía satisfecho— que así no me encontrará nadie?»

Paul Rée completó los estudios de Medicina que había comenzado; más tarde se retiró a Celerina, en el Oberengandin, donde ejerció, como médico, entre la población pobre.

En las montañas en torno a Celerina Paul Rée sufrió un accidente mortal, por despeñamiento[74]*.

---

36. * en el texto (a máquina) dice: «Una tarde de enero». La confusión se ha producido, probablemente, porque Lou von Salomé y su madre llegaron a Italia en enero: «En los primeros días de enero fue cuando llegué, enferma y cansada, al sol de Italia», escribe Lou v. S. retrospectivamente, en la noche de Año Nuevo de 1883. Hay pruebas de las visitas a Malwida von Meysenbug en febrero. Paul Rée estuvo, desde el 4 de febrero hasta su viaje a Roma pasando por Montecarlo, en casa de Friedrich Nietzsche en Génova. La fecha exacta del encuentro con Paul Rée la da una nota de conmemoración del 17 de marzo de 1888, escrita en consideración retrospectiva de toda la amistad con Rée: «Hoy hace seis años te conocí».

37. * Malwida von Meysenbug (1816-1903) era hija de Karl Ludwig Georg Philipp Rivalier, cortesano de Kurhessen de origen hugonote, que había sido ennoblecido por su señor y amigo de juventud y elevado al rango de barón. Malwida v. M., implicada ella misma en los sucesos republicano-revolucionarios del año 1848 y expulsada de Berlín en 1852, conoció en Londres, asilo de emigrantes de la época, al escritor revolucionario ruso Alexander Herzen (hijo del príncipe Jakovleff y de una nativa de Stuttgart) y a Giuseppe Mazzini, campeón de la libertad italiana. Después de la muerte de Herzen adoptó a su hija Olga y se fue con ella a Italia, en el invierno de 1861/1862. Sus *Memorias de una idealista,* que concluían con su estancia en París en 1855 y su primer encuentro, allí, con Richard Wagner, habían aparecido por primera vez en Stuttgart, en 1876, de forma anónima, y en la primavera de 1882 estaban ya en su tercera edición. Como «Apéndice» apareció en Berlín, en 1898, el *Atardecer de la vida de una idealista,* una colección dispersa de recuerdos y reflexiones. En la colocación de la primera piedra del Festspielhaus de Bayreuth, en 1872, Malwida v. M. conoció, en el círculo de Wagner, a Friedrich Nietzsche. Al invitarlo, en 1876 y durante el período de su año sabático, a pasar bajo su protección una temporada de reposo en Italia, él propuso que le acompañara su amigo el doctor Paul Rée. La estancia en Sorrento, en la Villa Rubinacci, alquilada por Malwida, con Nietzsche, Rée y Albert Brenner, estudiante de derecho de Basilea, se prolongó desde finales de octubre de 1876 y a lo largo de todo el invierno. Allí dejó Rée listo para la imprenta su libro *El origen de los sentimientos morales,* y Nietzsche trabajó en *Humano, demasiado humano.* La propia Malwida v. M. conocía a Paul Rée, probablemente por mediación de Nietzsche, de un encuentro en el verano de 1876 en Bayreuth. En el *Atardecer de la vida de una idealista* dice de Rée que éste «se le había convertido en un amigo muy querido», pero que ella «no

compartía su concepción rigurosamente científica y realista», a pesar de su «alta estima de su personalidad» y su «reconocimiento de su naturaleza bondadosa, que se mostraba especialmente en su sacrificada amistad para con Nietzsche». Las concepciones de Rée parece ser que le causaron a éste «un regocijo casi infantil». Algunos pasajes de cartas de Rée a ella, del período después de Sorrento, se imprimen en el libro. Ella le llamaba Paolo.

38. * Paul Rée, nacido en Bartelshagen, Pomerania, el 21 de noviembre de 1849, hijo de un hacendado, tenía entonces por lo tanto 32 años. Su verdadera patria fue la finca señorial de Stibbe bei Tütz, en la Prusia occidental, adquirida en 1868. Por exigencia del padre —y en contra de su temprana inclinación a la filosofía moral— había estudiado Derecho en Leipzig; al estallar la guerra franco-alemana había marchado al frente —como voluntario por un año— y había sido herido en Gravelotte. Después de la guerra había estudiado exclusivamente filosofía, en Halle. En 1875 obtuvo su doctorado con el escrito «Toy Kavoy», *notio in Aristotelis ethicis quid sibi velit.* Ese mismo año apareció un librito suyo de aforismos, «Observaciones psicológicas» Del legado de... Por intermedio de este libro nació la estrecha relación personal con Nietzsche (la primera carta de Nietzsche es del 22 de octubre de 1875), después de que dos años y medio antes se produjera el primer encuentro en Basilea: «Ha llegado aquí, para todo el verano, un amigo de Romundt, un ser muy reflexivo y dotado, schopenhaueriano, de apellido Rée» (Nietzsche a Erwin Rohde, 5 de mayo de 1873). Entre las tesis que Rée defendió en su doctorado estaba ya la de la explicabilidad de la conciencia por su historia evolutiva, «Conscientia non habet originem trascendentalem», y su pesimismo en relación al hombre se refleja en la tesis «Progressus moralis nullus est in rebus humanis». En relación temática con esta segunda tesis está su escrito temprano «La ilusión del libre albedrío, sus causas y consecuencias», así como también el libro aparecido en 1877 *El origen de los sentimientos morales.* La primera tesis intentó probarla en los *Prolegomena,* planeados originariamente como escrito de habilitación para la docencia, *El origen de la conciencia,* de 1885. El último escrito filosófico de Paul Rée, *Filosofía,* con la observación previa «Mis escritos anteriores son obras inmaduras de juventud», fue editado como *Obra póstuma* en 1903 en Berlín. En doctrinarismo y radicalidad casi grandiosos en el desarrollo de los viejos temas, esta obra sobrepasa aun a las anteriores. Una carta de Rée de noviembre de 1897 sobre su relación con Nietzsche, que el editor (anónimo) agrega, contiene las siguientes frases condenatorias: «Nunca he podido leerlo. Es rico en ingenio y pobre en ideas». «Todo el mundo hace todo por vanidad; pero su vanidad es patológica, enfermizamente irritada. Sano, lo habría llevado de modo normal a producir grandes obras; en el enfermo, que rara vez podía pensar y escribir, que temía no poder hacerlo ya nunca más, y a toda costa quería conquistar la fama, la enfermiza vanidad produjo algo enfermo, en muchas ocasiones ingenioso y bello, pero en lo esencial deformado, patológico, demente, ¡no un filosofar sino un delirar!». El propio Nietzsche también clasificó a Paul Rée, en el panorama de *Ecce homo,* en la sección «Por qué escribo libros tan buenos» *(Humano, demasiado humano),* y con la cita del aforismo 37 de *Humano, demasiado humano, I,* en el cual llama al autor del libro *Sobre el origen de los sentimientos morales* «uno de los pensadores más atrevidos y más fríos». Dice luego que, con ello, él «ha proyectado sobre el excelente doctor Rée el resplandor de una gloria mundial», puesto que «en razón de este paso se ha creído tener que interpretar todo el libro con un más elevado realismo». (Ya en la dedicatoria personal de *Humano, demasiado humano, I* a Rée, Nietzsche había hecho alusión a esta opinión que por entonces tenían sus amigos, congratulándolo en broma por esta «paternidad» con la exclamación: «¡Viva el realismo!».)

El enfermizo odio a sí mismo del judío Rée lo caracterizó Lou A.-S., en una carta al sociólogo Ferdinand Tönnies, amigo suyo, del 7 de diciembre de 1904:

«Semijudíos que sufrían por su mescolanza los he observado en varias ocasiones. Sólo que esta discordia apenas cabría llamarla enfermiza, viene dada, por así decirlo, normalmente, como la cojera

de alguien que tiene una pierna corta y otra larga. ¡Pero ver a alguien cojear con las dos piernas sanas, como lo hacía Rée! Ser completamente judío, y no encontrar sin embargo su sí mismo sino en algo que se le opone con odio y desprecio. Verdad es que en ninguna otra ocasión lo he visto en la misma medida que en él —(la simple y pura mención del hecho [cuando Rée se dio cuenta de que Lou v. S. todavía no había advertido su origen judío] lo hacía desvanecerse ante mis ojos, y el par de escenas que se produjeron al trabar nosotros contacto con judíos que él no reconoció de inmediato como tales, desafían toda descripción, por su ridículo y su espanto)— pero algo de semejante tragedia hace estrago en más de un judío que yo haya conocido.

»Esta violenta voluntad de olvidarse a sí mismo vino a apoyar de manera harto contundente, en el Rée pensador, su abstracción de los sentimientos, de la personalidad, si es que no a producirla conscientemente y por principio. No era, por eso, tan estrecho como parecía, sólo que la puerta de salida estaba hasta tal punto bien cerrada, que sólo como muro entraba en consideración. Y sin embargo establecía una mediación, aunque sólo en la intimidad más personal de su entendimiento, en cierto modo, por el ojo de la cerradura. Y muy arriba, por encima de todas sus murallas, le crecía a su inaudito y doloroso odio a sí mismo una bondad casi supraterrena. Nadie sabía esto mejor que yo, que reposaba en ella como un pajarillo en el nido materno...».

Tras el fracaso de sus planes de habilitación docente en 1885, Paul Rée había comenzado («para acercarse de esta manera a los hombres», LAS) a estudiar Medicina en Berlín; después de su separación de Lou v. S. prosiguió sus estudios en Berlín, hasta el final del semestre —verano de 1887— (Lou A.-S. recibía entonces regularmente noticias suyas por intermedio de un conocido común, sin que Rée lo supiera), terminándolos más tarde en Múnich. En 1890 se estableció en Stibbe como médico, habitaba y ejercía en un pequeño edificio junto a la casa de la finca, no tenía ningún trato con los vecinos y no comía en la mesa de la casa señorial; era «el médico que trabajaba gratis para toda la población», a menudo costeaba él mismo el traslado de enfermos a las clínicas de Berlín o de Breslau; era frecuente verlo «llevar bajo su capa copiosas donaciones de alimentos y vino a las viviendas de los obreros pobres y enfermos»; «todavía hoy [1927] vive allí como un santo en el recuerdo». (Esta memoria suya seguía aún viva un decenio más tarde.) Cuando no practicaba, emprendía frecuentes y largas caminatas por los bosques de los alrededores, o se sentaba a su mesa de estudio; después de terminar su libro no quería seguir filosofando, «pero qué sucederá entonces, no lo sé, tengo que filosofar; así que cuando no tenga ya materia para filosofar, lo mejor será que me muera». Al oír (en 1900) que la hacienda iba a ser vendida (su hermano intentó después, en vano, deshacer la venta), abandonó de noche su tierra. Marchó a Celerina, en el Oberengandin, donde habitó la misma casa en la que una vez había pasado una temporada con Lou v. S.; allí siguió ejerciendo como médico de los pobres; por su «rostro grande, serio e imberbe», su vestimenta y su modo de andar, se le tenía a menudo por un sacerdote. Durante una de sus excursiones por las montañas, sobre una cresta rocosa cuya ladera cae a pico sobre el Inn, sufrió, el 28 de octubre de 1901, un accidente mortal. Un obrero, que había visto el suceso desde la otra orilla [!], lo encontró en las aguas. El entierro, en el cementerio de Celerina, tuvo lugar en medio de una gran emoción popular. (Los datos proceden en su mayoría de Kurt Kolle, «Notizen über Paul Rée», *Zeitschrift für Menschenkunde,* September 1927.) Ferdinand Tönnies da también —en su artículo «Paul Rée» en la revista *Das freie Wort,* volumen IV (1904), pp. 366 y ss., al cual la carta de Lou A.-S. reproducida anteriormente es respuesta— una descripción de su impresión personal: «Conocí y aprecié a Rée como un hombre ingenioso y desusadamente fino en su cultura; tenía algo de imponente por la tranquila seguridad de su apariencia, el modo reposado, y hasta suave, de su hablar, y conociéndolo más de cerca era también plenamente bondadoso y amable». «Gustaba Rée de la conversación, pero fácilmente caía en la suspicacia, entonces dejaba vagar aquí y allá, en la duda, sus ojos bajos y vivos, y solía salir del aprieto con algún giro chistoso.» «Su amor callado o irónico tan a menudo se volvía contra sí mismo como contra los demás; sabía revestir de una forma amable las pequeñas

malevolencias. En el fondo era modesto, pero tenía una gran confianza en la certeza de su pensamiento, porque se tenía por uno de los pocos pensadores libres de prevención, y porque en verdad sobre ciertos problemas esenciales meditaba incansablemente durante meses, incluso años.» Acerca de la carta de Rée sobre Nietzsche, publicada al final de su *Filosofía,* Tönnies observa, entre otras cosas: «Cuando me veía a menudo con Rée —poco después de su separación de Nietzsche, en el año 1883—, éste se expresó en mi presencia en el sentido de que Nietzsche era mucho más importante en sus cartas que en sus libros, y todavía más importante en la conversación que en las cartas. Es seguro que este juicio no fue producto de su discordia. Más bien es característico de la íntima relación entre ambos hombres. Para Rée, Nietzsche era un fenómeno interesante, como lo es siempre el artista para el investigador...». «Para las *intuiciones* Rée no tenía órgano, y estaba tan poco dispuesto a concederles validez en los asuntos morales o antropológicos como en los de la física.» LAS contaba que Paul Rée a menudo no entendía lo que Nietzsche y ella hablaban entre sí, y que entonces acostumbraba a mofarse de ello; cuando en Leipzig Nietzsche relató un sueño, que luego fue incluido en el *Zaratustra,* Rée comentó: «Seguro que volvió usted a comer sopa de guisantes ayer por la noche». Según Rée, lo cristiano del pensamiento de Nietzsche era magnífico; «sus escritos no valen».

39. * la carta de Lou v. S. a Gillot, del 26 de marzo (la segunda es la fecha según el calendario ruso, juliano), está escrita como unos diez días después de conocer a Rée, y unas tres semanas y media antes de la llegada de Nietzsche a Roma.

40. * ... *desde Mesina:* Nietzsche había partido —Nuevo Colón, y como si su «paradigma» hubiese emprendido el viaje de descubrimiento desde su ciudad natal— desde Génova en un velero de carga hacia su «borde de la tierra», como único pasajero: había partido hacia Sicilia el 29 de marzo de 1882, llegando a Mesina el 1 de abril; allí se quedó más o menos hasta el 20 de abril. Todavía desde Génova, en respuesta a una carta de Rée sobre Lou, había escrito el 21 de marzo: «Salude de mi parte a la rusa, si es que esto tiene algún sentido: esa clase de almas excita mi concupiscencia. Sí, dentro de poco saldré de correría en pos de ella —en pro de lo que tengo intención de hacer en los próximos diez años, la necesito—. Un capítulo completamente aparte es el matrimonio; cuando más podría acomodarme a un matrimonio por dos años, e incluso eso en atención sólo a aquello que tengo que hacer en los próximos diez años». El poema: «¡Amiga —dijo Colón—, no vuelvas a fiarte de ningún otro genovés!» demuestra, en sus diversas versiones publicadas e inéditas, la inclusión de la «rusa» en la visión-de-descubrimiento-del-mundo, ya fuese escrito el poema en los días antes de zarpar el velero o más tarde. Nietzsche sólo se lo regaló a comienzos de noviembre de 1882, en Leipzig, probablemente a la despedida: «A mi querida Lou». Por lo demás, es significativo que las cartas de Nietzsche desde Mesina, a la hermana y a los amigos, recuerden en su tono las cartas que precedieron inmediatamente al colapso. Quizás sea necesario buscar el núcleo de la «vivencia Lou» de Nietzsche en esta unidad de visión colombina e imagen de Lou.

41. * la carta de Nietzsche parcialmente reproducida antes es la respuesta a otra (que no se conserva) de Paul Rée a Génova. También Malwida v. Meysenbug parece haber llamado la atención de Nietzsche sobre Lou v. S., como no solamente lo indica aquí ella misma, sino también el propio Nietzsche, en un borrador de carta de julio de 1882: «Cuando descubra usted [Malwida v. Meysenbug] seres humanos con esta [heroica] manera de pensar, hágame una seña: como lo hizo usted con aquella joven rusa». Rée escribe entonces una segunda carta: «A quien más ha causado usted asombro y pena con este paso [el viaje a Mesina] ha sido a la joven rusa. Le han entrado, en efecto, tantas ansias de hablar con usted, que quería pasar por Génova a la vuelta, y se enfadó mucho al saberlo a usted tan completamente fuera de alcance». «Le gustaría tanto, como dice, pasar por lo

menos un año simpático, y esto tendría que ser el próximo invierno. Para ello, cuenta como necesarios a usted, a mí y a una señora mayor, como la señorita v. Meysenbug (¿recibió usted esa carta?), pero ésta no tiene ganas.» «Roma no sería gran cosa para usted. Pero a la rusa tiene que conocerla de todas maneras.» Así pues, Lou A.- S. bien podía escribir que Nietzsche llegó «inesperadamente», pero éste podía estar seguro de antemano de ser recibido en un «pacto» como tercero. Esta especie de contradicción quizá se explique si conjeturamos que Lou v. S. concibió primero (o sea, en la época de la carta de Rée) el plan de invierno, que era algo así como un renovado plan de Sorrento, y sólo después el *plan de vida* con Paul Rée («apenas hubo sabido del plan de Paul Rée y mío»), en el cual no podía incluirse a un tercero. Lo que resultó después de la unificación de estos dos planes incompatibles fue la «trinidad». *El lugar de nuestra futura trinidad... Viena... París:* es de suponer que originalmente Eugène von Salomé tenía, ya por entonces, la intención de «proseguir sus estudios» en Viena, y luego volvió a pensar pasajeramente en Múnich, puesto que Lou v. S., que seguía dependiendo para sus planes de la aprobación de su familia, le escribe el 2 de agosto, desde Stibbe, a Nietzsche: «creo que tenemos que desistir de Viena en favor de Múnich». El plan parisiense existía, probablemente, desde Tautenburg.

42. * en 1875, Paul Rée visitó en París a Turgueniev (1818-1883), que había sido confinado a su hacienda a causa de su elogio póstumo a Gogol y luego había abandonado Rusia. Después de estar otra vez en su patria, en 1880, donde fue muy celebrado con ocasión de la inauguración de un monumento a Pushkin (a más tardar fue entonces cuando lo conoció personalmente Lou v. S.), murió en París, el 3 de septiembre de 1883.

43. * Olga Herzen, la hija adoptiva de Malwida von Meysenbug, se había casado en 1873 con el historiador francés Gabriel Monod en París.

44. * en su libro *Friedrich Nietzsche en sus obras,* Lou Andreas-Salomé reproduce de manera más completa la impresión:

«Yo diría que este elemento oculto, el presentimiento de una callada soledad, era la impresión primera y fuerte por medio de la cual la figura de Nietzsche fascinaba. Al espectador fugaz no se le ofrecía nada de sorprendente; el hombre de mediana estatura, en su vestimenta extremadamente sencilla, pero también extremadamente cuidada, con sus rasgos tranquilos y el pelo castaño simplemente peinado hacia atrás, fácilmente podía pasar inadvertido. Las líneas de la boca, finas e intensamente expresivas, quedaban cubiertas casi por completo por un gran mostacho peinado hacia adelante; tenía una risa callada, una manera de hablar sin hacer ruido, y un modo de caminar cuidadoso, meditabundo, que le curvaba un poco los hombros». «Incomparablemente hermosas y noblemente conformadas... eran en Nietzsche las manos, de las cuales él mismo creía que revelaban su espíritu...» «De manera verdaderamente delatora hablaban también los ojos. Semiciegos, no poseían sin embargo nada del carácter atisbante, guiñador, involuntariamente impertinente de muchos miopes; parecían más bien como guardianes y custodios de sus propios tesoros, de sus secretos mudos, que no debía rozar ninguna mirada no autorizada. La visión deficiente daba a sus rasgos un tipo muy especial de encanto, por el hecho de que, en vez de reflejar las cambiantes impresiones exteriores, sólo reproducían aquello que por su interior pasaba.» «Recuerdo que la primera vez que hablé con Nietzsche —fue un día de primavera, en la iglesia de San Pedro, en Roma— me sorprendió y confundió, durante los primeros minutos, la forma buscada y acabada que había en él.»

45. * no está clara la fecha de salida de Nietzsche y Rée tras la partida de Lou v. S. y su madre.

46. * el «parece» no está destinado a señalar una inseguridad del recuerdo, sino una reticencia en el lenguaje. En el diario postal para Paul Rée desde Tautenburg, Lou v. S. escribe el 14 de agosto: «A menudo nos viene el recuerdo de nuestro tiempo en Italia, y cuando [en blanco en el texto] subíamos el estrecho sendero dijo en voz baja "monte sacro a usted le debo el sueño más maravilloso de mi vida"». Hablando sobre aquel tiempo, LAS dijo una vez, con una sonrisa fina y casi cohibida: «Si besé a Nietzsche en el Monte Sacro, ya no lo sé». La visita al Monte Sacro fue el 5 de mayo de 1882.

47. * el 8 de mayo le escribe Nietzsche a Paul Rée a Locarno: «Voy directamente a Basilea, donde estaré de incógnito en casa de los Overbeck hasta que su telegrama me llame a Lucerna». «El futuro se me presenta completamente cerrado, pero no "oscuro". De todas maneras tengo que volver a hablar con la señorita L. ¿quizás en el Löwengarten?» El 13 de mayo Lou v. S. y Paul Rée fueron a buscar a Nietzsche a la estación de Lucerna; la conversación tuvo lugar al día siguiente. Nietzsche y Lou v. S. visitaron desde Lucerna la antigua finca Tribschen de Wagner. Franz Overbeck (1837-1905) era profesor de Historia de la Iglesia en Basilea. Cuando a Nietzsche se le concedió un puesto allí, en 1869, vivieron juntos durante muchos años en la misma casa; a pesar de la diferencia cada vez más evidente en la orientación intelectual (que en Overbeck seguía siendo siempre la misma), la amistad subsistió hasta el colapso de Nietzsche; Overbeck fue a buscar a Nietzsche en enero de 1889 a Turín, y lo ingresó en la clínica neurológica de Basilea. Una visita de Lou v. S. a los Overbeck, después del viaje a Italia, la incluyó sin mayor motivo Lisbeth Nietzsche en sus enredos.

48. * muestra a Nietzsche y a Rée de pie junto a la lanza de una pequeña carreta de dos ruedas (p. 71 de este volumen) Nietzsche tiene tomada la agarradera y mira a la distancia, mientras que Rée, apenas tocando la lanza y evidentemente sin relación íntima con el asunto, está vuelto hacia el espectador. Lou v. S., medio en cuclillas en el carro e igualmente vuelta hacia el espectador, sostiene en la mano izquierda enguantada la rienda (cuerda) sujeta a los brazos laterales de los dos hombres, y en la derecha, desnuda, una muy improvisada y breve fusta, con la umbela de lilas artificiales en la punta; el trasfondo está formado por una bambalina con un árbol, un matorral y el Jungfrau. La expresión del rostro de Nietzsche podría interpretarse como visionaria, los de Rée y Lou apenas si revelan alegría. Por la artificiosidad de la fotografía de *atelier,* la yuxtaposición de desinterés (Rée), *pose* (Lou) y actitud de entrega a una imagen *interior* (Nietzsche), la fotografía resulta apenas divertida, antes bien grotesca e intranquilizadora (fue reproducida por primera vez por Erich F. Podach, «Friedrich Nietzsche und Lou Salomé», Ihre Begegnung, 1882, Zúrich y Leipzig [1937]; también se reproducen allí —cedidas igualmente por el editor— las cartas del diario de Lou v. S. a Paul Rée desde Tautenburg).

49. * la familia Brandt, que había vivido anteriormente en San Petersburgo y tenía estrecha amistad con la familia del general von Salomé, se había venido a vivir al Brunnenhof, en Riesbach junto a Zúrich, y allí había acogido a la joven Lou. Ahora Lou v. S. y su madre pasaron allí la segunda mitad de mayo; a fines de mayo, Lou v. S. visitó a los Overbeck en Basilea. En Hamburgo se realizó una especie de congreso de la familia Wilms.

El «Brunnenhof» con la «Villa Brandt», agricultura, jardinería y diversos talleres, estaba en la inmediata proximidad del sanatario «Burghölzli». Los Brandt eran conocidos en la sociedad zuriguesa por su beneficencia y magnanimidad, y también por el cultivo de la música en su casa. Un monumento que ellos levantaron en la plaza frente a su casa, el «Rebekkabrunnen», está desde más o menos 1906 al principio de la Banhofstrasse de Zúrich. Los Brandt no tenían hijos. Habían adoptado un sobrino, pero éste les acarreó una gran desgracia. Después de la muerte de sus padres adoptivos, vendió las propiedades y se fue con su mujer y sus hijos a Rusia. El terreno del «Brunnenhof» pertenece actualmente al «Burghölzli».

50. * Lou v. S. había estado en Stibbe desde el 17 de junio de 1882 hasta algunos días antes de los festivales, que comenzaron el 26 de julio con la primera representación del *Parsifal.* Nietzsche regresó el 25 de julio a Tautenburg desde Naumburg, para evitar el festival; solamente su hermana fue a Bayreuth, que por lo tanto fue donde Lou von Salomé y Lisbeth Nietzsche se conocieron.

51. * Paul von Joukowsky (Zukóvsky), 1845-1912, era hijo del poeta Vassily Andréjewitsch Schukowsky, preceptor de Alejandro II, y nieto del pintor báltico Gerhard von Reutern; era amigo de los Wagner y colaboró en la escenografía de la primera representación del *Parsifal.* Lou A.-S. lo llamaba, tanto por escrito como en la conversación, «conde Joukowsky».

52. * Helene Klingenberg comentó de palabra que Lou A.-S. no podía a menudo oír música porque ésta la «excitaba profundamente», «como si le diera de garrotazos».

53. * duró del 7 al 26 de agosto de 1882. Elisabeth Nietzsche se había encontrado con Lou v. S. en Jena para acompañarla a Tautenburg. En la casa del pastor Stölten vivieron Lou v. S. y Lisbeth N., en tanto que Nietzsche habitaba en una casa particular. En Tautenburg, Nietzsche había corrido frecuentemente entre ella y Lisbeth; «ésta no estorbaba» (LAS).

54. * Alois Emanuel Biedermann, 1819-1885, fue uno de los más importantes teólogos protestantes del siglo XIX, profundamente influido por Kant, Schleiermacher y especialmente Hegel. Su obra principal es la *Christliche Dogmatik,* 1869. El ejemplar de ésta que le regaló a Lou v. S. «como recuerdo y lazo cordial de amistad» contiene además, manuscrito, el lema: «El espíritu investiga todas las cosas, también las profundidades de la Divinidad», I. Cor. 2,10. Biedermann demostró un fuerte interés personal por el curso de los estudios y la salud de Lou v. S.; LAS contaba que al comenzar su estudio él le hizo una especie de examen fingido (para admitirla). Con él dio lecciones de dogmática, historia general de la religión desde una base filosófica, lógica y metafísica; Lou v. S. también estudió historia del arte. Fuera de Biedermann (los demás nombres apenas tienen importancia), Lou v. S. asistió también a lecciones del viejo Gottfried Kinkel (1814-1882) (historia del arte), que revisó sus poesías y, lo que es más importante, estableció, al pedírselo Lou ya desde Roma, por medio de una carta de recomendación, la relación con Malwida v. Meysenbug, de la que había sido amigo. A. E. Biedermann le escribió el 7 de julio de 1883 a la señora von Salomé, a quien había conocido en su visita a Zúrich antes del viaje a Italia, una carta que resume sus impresiones sobre su hija:

«Desde el primer momento en que la conocí me interesé cordialmente por la vida espiritual de la insólita muchacha, y ella también me correspondió con una confianza que yo supe apreciar plenamente, y que me he empeñado por merecer y corresponder, intentando, según mi leal saber y entender, ejercer un influjo sano y sobrio en la dirección de su empeño intelectual. Posteriormente, ya en Italia y más aún después de su regreso a Alemania, ha vivido tan exclusivamente en la atmósfera espiritual de hombres que a mí, que no los conozco personalmente, me resultaban tan extraños en su dirección intelectual, que no podía por menos de estar intranquilo en punto al influjo que sobre ella tuviesen, especialmente porque ella misma se mostró delante de mí completamente reservada en este asunto.

»Si tenía yo el derecho de verme considerado por ella como amigo paternal, también creí tener el deber de hablar como tal con ella. Así fue como hacia finales de año [1882] le escribí una carta, en la cual me pronunciaba con toda franqueza sobre las personas en cuestión y sobre mis temores respecto al influjo involuntario de éstas sobre su vida espiritual, recordándole sus primeras declaraciones que me hiciera de que con todos sus estudios no tenía intención de sobrepasar los límites de lo

naturalmente femenino, sino que sólo trataba de orientarse por sí misma sobre las cuestiones religiosas y filosóficas que preocupan a la ciencia actual.

»No recibí directamente una respuesta suya, pero sí indirectamente, por intermedio de la señora Brandt... la declaración de que ella bien sentía que me debía una respuesta, pero que ésta no se dejaba dar por escrito, sino sólo de viva voz. Y he aquí que en efecto ha aparecido —completamente inesperada de todos— hace catorce días. Nos hizo a mí y a los míos absolutamente la misma y cautivadora impresión de un ser puro y sano hasta su más interno fundamento, pero que se ha concentrado, con una energía poco común, de modo completamente exclusivo en el interés de la formación intelectual, inalcanzable para todo, y por ello también despreocupada de todo, lo que de otra forma, en las relaciones naturales de la vida, puede ganar influencia y ejercer poder sobre el sentimiento y la voluntad humanos. Reconociendo todo su empeño científico, todas sus dotes poco comunes para hacerlo, y la energía que en ello pone, le objeté, sin embargo, que... difícilmente podía considerar la pura profesión de escritor como aquella que puede lograr y garantizar eso [el marco respetable para una felicidad tanto interior como exterior] para alguien, y mucho menos para un ser femenino.

»Si he de resumir en pocas palabras la impresión del primer y breve reencuentro, helo aquí. Su señorita hija es un ser femenino de especie extremadamente poco común: de infantil pureza y salud de la mente y, al mismo tiempo, de una dirección de espíritu y una independencia de la voluntad nada infantiles, casi no femeninas, y en ambas cosas un *diamante.* Por cierto que me cuesta emplear la palabra, puesto que suena como un cumplido. Y cumplidos no hago absolutamente delante de nadie a quien respete; y mucho menos ante una muchacha, en cuyo bien me intereso cordialmente y ante la cual me parecería casi un pecado hacer cumplidos. Y en verdad que tampoco a la madre quiero hacerle un cumplido sobre la hija, con algo que bien siento y sé que le impone, a la madre precisamente, dolorosas privaciones de la *felicidad* que tiene derecho a esperar, como la más próxima y la más simple, de una hija.

»Sólo que, según su más íntima esencia, a la señorita Louise la llamo yo un *diamante».*

55. * también aquí el «parece» está destinado a señalar una reticencia al hablar del asunto. Las expresiones «disputas» y «toda clase de habladurías» remiten a un pasaje en el diario epistolar de Tautenburg, del 14 de agosto: «Yo *sabía* que, si llegábamos a trabar amistad, cosa que ambos evitamos al comienzo en el torbellino de los sentimientos [por las “disputas”], pronto nos encontraríamos, más allá de habladurías mezquinas, en nuestras naturalezas profundamente afines». Y en la respuesta de Paul Rée a un fragmento perdido del diario, se dice: «¿Nietzsche parece, cosa harto notable, haberte tomado por su novia tan pronto como tú aceptaste ir a Tautenburg? ¿Y en su condición de novio te hacía reproches por unas historias de Bayreuth?». La fuente de Nietzsche era aquí su hermana. LAS contaba, por ejemplo, que Lisbeth N. había afirmado que ella había «coqueteado» con Joukowsky en Bayreuth: «¡Yo, inocente cordera!»; una vez se había lamentado frente a Joukowsky de «no tener nada que ponerse» para las tertulias que se realizaban cada dos días —entre las representaciones del *Parsifal—,* a lo cual aquél, en el mismo cuerpo, le cosió un vestido sencillo; quizás episodios como éste, alegres e inofensivos, le habían dado ocasión de chismorreo a Lisbeth N.; el duende de la casualidad había querido, también, que ella saliera de Bayreuth en el mismo compartimento de tren que Bernhard Förster, conversando en broma con él y sin saber que éste era novio de Lisbeth: quizá eso también contribuyera. Pero Elisabeth Nietzsche también le había hecho a su hermano (y ése había sido otro de los motivos de las «disputas en Tautenburg) las primeras insinuaciones sobre las expresiones que Lou v. S. había o habría vertido sobre él en una discusión con ella. Puesto que esta disputa, que tuvo lugar en Jena antes de la partida en común hacia Tautenburg para reunirse con Nietzsche, y que se reanudó en Tautenburg a la llegada (mientras Nietzsche se ocupaba del alojamiento), fue el fundamento de la enemistad de por vida de Elisabeth

Förster-N. contra Lou A.-S., y como en lo que sigue se hace repetidas veces referencia a ella, conviene comunicar también aquí algo de los recuerdos de LAS al respecto. Después del (primer) rechazo de su proposición matrimonial, que Rée le había comunicado, Nietzsche le había preguntado a Rée en Roma: «¿Entonces tampoco el *concubinato* será lo adecuado?»; Rée, «que no gustaba de decir una palabra de más», se lo había contado a ella antes del viaje a Bayreuth-Tautenburg, para que supiera a qué atenerse «ante un cambio en el comportamiento corporal» de Nietzsche; cuando entonces Lisbeth, en una conversación sobre su hermano en casa de los amigos de los Nietzsche en Jena, lo elogia a éste como un «asceta y un santo», Lou se ríe, y poniendo inocentemente las cosas en su lugar, cuenta lo que le han contado, lo cual provoca en Lisbeth no solamente las más violentas declaraciones en contrario, sino también vómitos (contra los cuales hay que ponerle una cataplasma); las declaraciones alcanzan, también en Lou, un tono apasionado: ésta llama a la «pretensión total» de Nietzsche (que había encontrado en sus cartas desde la ocasión de Lucerna) «egoísmo» y otras cosas más (cfr. el 21 de agosto, en el diario epistolar de Tautenburg: «el egoísta en gran estilo»); posteriormente Lisbeth N. le había escrito, por esta frase del «concubinato», a la madre de Paul Rée [véase el primer comentario a la p. 92], y ésta sólo había podido confirmarle que su hijo también se lo había contado a ella. Se conserva una larga carta de Lisbeth N. a la amiga de la familia, en Jena, en cuya casa tuvo lugar la disputa. LAS hablaba de todo ello, alegremente, como de un «asunto de niñas pequeñas», incluyéndose a sí misma.

56. * esta convivencia la tenía LAS aún completamente presente en su naturaleza peculiar: no es que hubiesen pasado revista a temas determinados, adentrándose juntos en la materia, sino que el encanto había sido, más bien, que el simple «tocar» los asuntos más variopintos había conducido al entendimiento, a la conciencia de comprenderse; nunca más había experimentado esto de esta manera. En otra ocasión, al caracterizar LAS su relación con Nietzsche y enfatizar que, en lo que a ella tocaba, éste nunca había tenido el derecho «de hablar de él y yo, en vez de nosotros tres», agregó, además, que en aquel entonces ella había tenido «un interés ardiente» por saber «¿qué aspecto tiene eso en él?, ¿cómo están con él las cosas en esto?»: a saber, en lo concerniente a esas primerísimas experiencias que seguían resonando; que lo que había buscado era claridad. El diario epistolar de Tautenburg permite reconocer, de las revelaciones que se le ofrecieron a este «interés ardiente», entre otras las siguientes (hacia el final de las hojas conservadas): «Al mismo tiempo, por esta su condición, su [de Nietzsche] meta [de conocimiento] adquiere un cuño yo diría que cristiano-religioso, en la medida en que él intenta alcanzarla como una autosalvación, desde una situación dolorosa, como necesitada de redención. Mi meta de conocimiento, completamente idéntica, me alcanza a mí en plena situación de felicidad: es ésta la diferencia que más salta a la vista entre nosotros, y que se puede señalar también en todas nuestras luchas de desarrollo. Nietzsche, por ejemplo, tiró por la borda la religión cuando su corazón ya no sentía nada más por ella y anhelaba, en su vacío y en su fastidio, una nueva meta que lo colmara. A mí el descreimiento me cayó como un rayo en el corazón, o más bien en el entendimiento, que obligó al corazón a dejar la fe, a la cual éste, con ardor infantil, se apegaba». (Lo mismo para el pasaje: *que en el modo de ser de Nietzsche y en lo que decía me fascinara...)*

57. * en el libro sobre Nietzsche, en la p. 129, Lou A.-S. agrega: «pero también a la peculiaridad de su espíritu le convenía cada vez más» escuchar sus pensamientos como en un «"diálogo" continuamente interrumpido».

58. * la carta prosigue: «¿estamos muy *cercanos?* No, a pesar de todo ello, no. Es como una sombra de aquellas ideas sobre mis sentimientos, que todavía hace pocas semanas tenían eufórico a N., la que

nos separa, la que se interpone entre nosotros. Y en algún oculto abismo de nuestro ser hay mundos que nos separan».

59. * hacia el final de la estancia en comunidad, el 26 de octubre, Lou v. S. invita a Heinrich von Stein (que Rée ya conocía de Halle) a visitarlos en Leipzig «en nombre de nuestra trinidad, es decir, de Nietzsche, de Rée y mío» (Stein vino desde Halle, pero ese día Nietzsche estaba de visita con su familia, en Naumburg), y en una nota suya sobre una representación de *Nathan el Sabio* de Lessing, que fueron a ver juntos, vuelve ella a usar la expresión «nuestra trinidad»; pero la siguiente anotación de Leipzig (sin fecha) permite también reconocer ese cambio de su «disposición» al que hace alusión: «Así como la mística cristiana (como toda mística) precisamente en sus más altos éxtasis viene a dar en una sensualidad crudamente religiosa, así también el amor más ideal —precisamente por lo mucho que la espiral de los sentimientos se eleva en su idealidad— puede hacerse otra vez sensual. Un punto nada simpático, esta venganza de lo humano; no me gustan los sentimientos allí donde éstos vuelven a desembocar en su circuito, ya que éste es el punto de la *falsa patética,* de la perdida verdad y honestidad del sentimiento. ¿Es esto lo que me enajena de N.?». En alguna ocasión LAS observó que en realidad la «trinidad» no había sido disuelta, tampoco en Leipzig; «pero no podía ser, si él [Nietzsche] en secreto quería otra cosa». Respecto al pasaje: *insinuaciones destinadas a perjudicar a Paul Rée ante mis ojos,* LAS estaba en condiciones de aportar datos más exactos; así, Nietzsche había dicho de Paul Rée (que llevaba consigo siempre una ampolla con veneno) que era «un cobarde como no hay otro». Unos días antes de partir de Leipzig, Peter Gast (Heinrich Köselitz) «vio [a Lou v. S.] una sola vez y discutió con ella en su cuarto casi una hora». Por su plasticidad, conviene reproducir aquí la noticia que entonces le dio sobre ello a su amiga Cäcilie Gussenbauer: «Es realmente un genio, y completamente heroica de carácter; de figura un poco mayor que yo, muy bien proporcionada en su construcción, rubia y con una expresión romana antigua en el rostro. Sus ocurrencias permiten reconocer que, tanto en lo moral como en lo intelectual, se ha atrevido hasta el más extremo horizonte de lo pensable; como he dicho: un genio, en espíritu y ánimo» (E. F. Podach, *Gestalten um Nietzsche,* Weimar, 1932, p. 82). La opinión de Peter Gast: «Haber vivido algún tiempo en la proximidad de Nietzsche y, en vez de haberse inflamado, ser solamente una observadora y una fría máquina de registrar, eso ya es algo», comunicada quince años más tarde por Peter Gost a Josef Hofmiller por carta, tiene más bien su lugar en una historia del Archivo Nietzsche, y una caracterización de Köselitz. Respecto a otras expresiones de Gast *(éstas* no las conocía LAS), observó ésta que, en Leipzig, Gast había hablado de ella «exaltadamente», y que más tarde (como colaborador en el Archivo Nietzsche) «había hablado por el sueldo», como él mismo decía (cfr. el capítulo «Peter Gast» en el libro anteriormente citado).

60. * quizás una carta de mediados de diciembre de 1882 a Stibbe. LAS recordaba que Paul Rée y ella habían hecho a menudo cábalas en Stibbe sobre las cartas de Nietzsche y cavilado sobre la respuesta: «¿cómo evitar lo que lo ofende?»; describía también, por ejemplo, cómo en la calma de una tarde en Stibbe, volviendo con la carta recién recibida de Nietzsche, de fines de noviembre, en la que se contenían las frases «¡haga usted que se despeje el cielo!», «¡la nube sobre nuestro horizonte me aplastaba!», le había preguntado a Rée: «¿Qué puede querer decir con eso?». Y éste le había respondido: «Sabe Dios...». La carta de mediados de diciembre, que mencionamos anteriormente, con la introducción «No os intranquilicéis demasiado por los estallidos de mi “delirio de grandeza” o de mi “vanidad herida”», remite seguramente a las revelaciones de la hermana acerca de aquella disputa, que según parece habían vuelto a cobrar importancia al final de la temporada de Tautenburg: «Con mi hermana no he vuelto a hablar sino unas pocas palabras, pero las suficientes como para devolver al nuevo espectro a la *nada,* de la cual había nacido». Una vez que Nietzsche se hubo luego distanciado de sus parientes, sobre todo a consecuencia de una expresión de su madre, y que Lisbeth

Nietzsche, sin embargo, tan pronto como hubo oído «que la historia con la señorita Salomé había terminado», había intentado reanudar por carta las relaciones con su hermano, la reconciliación entre ambos se produjo en Roma, en mayo de 1883, bajo la condición de callar sobre «todo este asunto». Como se desprende de una carta de Nietzsche a la señora Overbeck, de fines de julio de 1883, Nietzsche recibió, «hace tres semanas», por intermedio de su hermana, finalmente las últimas informaciones: «una carta de la señora Rée (dicho sea de paso, ¡una obra maestra de mujer!), de la cual me ha enviado copia, me dio luces; ¡y qué luces! El doctor Rée pasa de pronto al primer plano...». Así pues, en esta *segunda* fase de su terrible autosalvación o autorrenuncia, Nietzsche se vuelve principalmente contra Rée (del cual Lou v. S. sólo habría sido portavoz), como lo había hecho, en la *primera,* contra Lou. Por último, sin embargo, termina rompiendo con su hermana, «que con sus indescriptibles hostigaciones ha terminado casi por enfermarme» (carta a Malwida v. M., de mayo de 1884). De cara principalmente al comportamiento psicológico de Nietzsche, no podemos sino perfilar simplificadamente los sucesos; lo que puede aclararse de ellos documentalmente queda ya restringido a consecuencia de la destrucción de casi todas las cartas de Lou von Salomé y de Paul Rée a Nietzsche. Las notas de Lou v. S. de la noche de Año Nuevo de 1883, que ya hemos mencionado, no dejan ver nada de los conflictos con Nietzsche:

«Fue en los primeros días de enero cuando llegué, enferma y cansada, al sol de Italia para llevarme de allí sol y vida para todo el año. Cuánto de este sol cayó sobre nuestros paseos y charlas romanas, cuánto sobre el idilio de Orta, con sus viajes en canoa y su monte sacro con sus ruiseñores, cuánto sobre aquel viaje por Suiza cruzando el Gottardo, sobre los días de Lucerna. Y luego, cuando me separé de mamá y quise dar forma a esta vida recuperada, fue cuando inauguramos aquella peculiar relación de amistad de la cual depende hasta hoy la conformación de toda nuestra vida. Una relación como quizás no vuelva a existir, en esta intimidad y en esta discreción, así como quizás también rara vez o nunca dos seres humanos hayan hecho una alianza con tanta irreflexión y al mismo tiempo con tanta prudencia. Por cierto que aún no sabíamos qué forma iba a tomar, cuando llegué aquella noche a Stibbe, sola y desconocida en esa tierra extraña que por ti me era ahora patria. Pero luego vino el día en que dejamos juntos Stibbe, tomados de la mano como dos buenos camaradas, y con la certeza de no poder ser malentendidos llegamos al "vasto mundo". Y allí nos instalamos, en ese vasto mundo, y a pesar de todas las apariencias y de todas las dificultades nuestra relación ha resultado capaz de sobrevivir, *ante nosotros mismos y entre las gentes.* De lejos, e incluso de bocas amigas, resonó de vez en cuando un juicio de censura o temeroso, pero entre los seres humanos que nos eran *cercanos* y ante cuyos ojos vivíamos sólo encontramos comprensión, cordialidad y calor. Quedó demostrado que evitando las apariencias, conservando el corsé de prejuicios y miramientos en el que se acostumbra a comprimir miles de los más hermosos impulsos de vida, no puede obtenerse más respeto y más amor que viviendo plenamente la personalidad, que lleva en sí misma su propia legitimación. Y nosotros mismos, en medio de esta vida rica, peculiar y ajetreada, nos hemos ido queriendo cada día más. Nuestra amistad, como una noble planta celosamente cuidada y atendida, ha hecho honor a nuestro talento de jardineros y se alza hoy con miles de flores viejas y miles de nuevos capullos».

La actitud de Lou Andreas-Salomé frente a las diversas afirmaciones de Elisabeth Förster-Nietzsche (que Lou A.-S. era finlandesa, que era judía; que su libro sobre Nietzsche era el «acto de venganza de la vanidad femenina herida, contra el pobre enfermo», que era una falsificación de la esencia, el carácter y la doctrina de Nietzsche, y otras cosas más) cobra una claridad llena de vida a través de una carta que dirigió a su amiga Frieda von Bülow, seguramente en febrero de 1905, a raíz de una carta de Maximilian Harden (éste había publicado un artículo, «Leyendas sobre Nietzsche», de Elisabeth F.-N., en su revista *Die Zukunft* del 28 de enero de 1905). Por medio de la cita de la carta de Malwida v. M., la carta de Lou A.-S. aclara también un poco el pasaje sobre las «imputaciones» infundadas de Nietzsche. También en esto Lisbeth N. se había adelantado

evidentemente a su hermano, por ejemplo con las afirmaciones respecto a que Lou y Rée «vivían juntos» en Leipzig. Lou A.-S. tiene que haber tenido motivos sólidos para su reproche contra Nietzsche, ya que lo emitió repetidas veces.

«En la carta de Harden me resulta interesante una palabra, que me muestra lo que puede conseguir la Förster. Porque sólo como consecuencia del juicio salpicado por ella (del que yo suponía que tenía que parecerle increíble a *cualquier* lector de mi libro sobre N.), a saber, que mi libro era el acto de venganza de una mujer desdeñada, dice Harden que mi libro en realidad "no está bien", es decir, es una mala acción. En verdad el libro glorifica a N. todo lo que honradamente me fue posible; y lo escribí exclusivamente porque *en aquel entonces,* cuando eran casi sin excepción autores jóvenes los que se excedían tontamente ante el tema, me pareció necesario y una especie de deber para con N. ¡Nordau me atacó a la sazón como discípula ciega de N.! ¿Cómo puede juzgar como lo hace Harden alguien que lo haya leído? Claro está que la Förster sólo piensa así en apariencia, en realidad desearía que el libro fuera *todavía más* glorificador, pero su odio contra mí (que por entonces hacía tiempo que había olvidado) es más antiguo y su fuente verdadera me es en realidad desconocida, aunque en todo caso es de naturaleza puramente personal (celos); prevenirme ya me habían prevenido de ella aun antes de conocerla.

»En lo que toca a una réplica, claro que podría darla, ya sea con maldad, ya objetivamente, y hace mucho que lo habría hecho si no me importara que esta persona se arrogase simplemente el derecho de estropearme mi poquito de alegría, de paz y de felicidad en el trabajo. Porque, puestos a responder, la cosa tendría que quedar aclarada para siempre. Pero mi relación con N. contiene cosas personalísimas, como proposición de matrimonio, calabazas y la reacción *muy* fea de su rabia de celos contra Rée, que nos salpicó lodo todo lo que pudo. M[alwida] v. M[eysenbug] me escribió por entonces. "N. acaba de desahogar sus celos", y estaba al mismo tiempo indignada de que a causa de nuestra propia inclinación recíproca hubiésemos "'abandonado' al des[dichado] N.". En el nuevo volumen sobre N. [la biografía], la Förster ha escrito cosas mucho peores que en la revista de H[arden], p. ej. que yo anduve en vano persiguiendo a Rée como candidata al matrimonio. ¿Habría que "refutar" una cosa como ésta? Y si tú escribes al respecto, en calidad de amiga, tendrás igualmente que aportar todos los elementos objetivos, si no se terminará por suponer, con razón, que el asunto no puede refutarse más objetivamente. Por tanto, o revolver este avispero, o no reaccionar en absoluto, es decir, por mi parte, como amiga autorizada por mí. En cambio, nada valdría cualquier otra forma de reaccionar dirigida contra la propia Förster, por mucho que me gustara a mí, que soy un ser humano y le deseo que rabie hasta que reviente. Pero lo que más me afecta es que cosas como mi libro *puedan* ser comprendidas de forma tan equivocada. Y en lo que a mí respecta, creo, por el contrario, que no puedo ser comprendida como quiere la Förster por ninguna persona que me haya conocido en los años de N. Sus difamaciones vienen tan bien como el puño al ojo: mis pecados eran justamente los contrarios. ¡Adiú! Al final Harden va a pensar que no nos atrevemos con ella.»

Respecto a la «vivencia Lou» de Nietzsche, véanse también los datos que aporta Karl Schlechta en el tomo III de su edición de Nietzsche («Werke in drei Bänden», Múnich, 1956; pp. 1371 y ss.).

61. * ... *episodio de Sils Maria:* Heinrich von Stein, 1857-1887, filósofo, teórico de estética y poeta, había conocido a Paul Rée en sus tiempos de estudiante en Halle 1874/1875, y a Malwida von Meysenbug por intermedio de éste, en el invierno de 1877/1878. Nietzsche tuvo probablemente noticia de él por primera vez a través de una carta de Rée, en octubre de 1877, poco tiempo antes de la aparición del libro *Die Ideale des Materialismus,* que dio a conocer a Stein como filósofo. La visita a Nietzsche en Sils Maria tuvo lugar del 26 al 28 de agosto de 1884. En la carta a Overbeck del 14 de septiembre de 1884, Nietzsche llama a Stein «un magnífico ejemplar de ser humano y de hombre, que a mí me resulta, a causa de su talante *heroico,* plenamente comprensible y simpático»; a fines de noviembre le hizo llegar el poema «¡Oh mediodía de la vida! ¡Tiempo solemne!», que por

entonces estaba titulado «Nostalgias de ermitaño». La relación, proseguida aún como encuentro personal en el otoño de 1885 con una reunión en la carretera entre Naumburg y Kösen, quedó luego frenada por ambas partes. Una posdata a la carta citada de Nietzsche, tras la visita de Heinrich von Stein, dice: *«La lucha por Dios,* novela de H[enri] Lou (Stuttgart, Auerbach) — *Stein* habló de ella». Nietzsche encontró en este libro «cien resonancias de nuestros diálogos en Tautenburg» (a Overbeck, 17 de octubre de 1885), y ya anteriormente había observado, en relación con la inminente aparición de un artículo de Lou von Salomé, «De la emoción religiosa»: «el mismo tema para el cual descubrí en Tautenburg sus extraordinarias dotes y experiencia; me hace dichoso no haberme afanado entonces en vano» (a Malwida v. M., mayo de 1884). El artículo «Vom Religiösen Affekt» de Lou A.-S. apareció el 23 de abril de 1898 en *Zukunft.*

62. * esto llegó a tal extremo, que Lou A.-S. dejó sin cortar, en la biografía de Nietzsche de Elisabeth Förster-N, las páginas que tratan del encuentro de Nietzsche con ella, páginas 1.895 y siguientes. Y todavía en la época en que escribió el borrador del presente capítulo no tenía conocimiento de la posterior publicación, hecha por la hermana, de determinados bocetos de cartas de Nietzsche. En alguna ocasión LAS observó todavía que en Nietzsche no se había podido tener verdadera «confianza»; o también: que sus «motivaciones óctuples» habían dañado la confianza; que él también había tenido algo de la naturaleza «intrigante» de su hermana.

63. * apareció en 1894, en Viena, en la editorial de Carl Konegen, y está «Dedicado a la memoria fiel de un innombrado» (Paul Rée); la distinción que se hace en el libro (que no podía tener en cuenta la obra póstuma, con la *Voluntad de poder)* de tres períodos en la evolución espiritual de Nietzsche ya la había publicado Lou A.-S. anteriormente en una revista; también publicó otros estudios preliminares; ya en Leipzig, en octubre de 1882, «le leyó y discutió con él» un «boceto para una caracterización de Nietzsche», tocante a su «esencia» y también a sus «transformaciones» (véase p. 4 de su libro). Los tres períodos son: 1. Nietzsche en la etapa en que «el objeto de su dedicación religiosamente sentida todavía no coincide con él mismo» (discípulo de Wagner sobre la base de la filosofía de Schopenhauer); 2. N. como «el puro conocedor sin emociones» en un sentido positivista (a partir de *Humano, demasiado humano);* 3. N. como «filósofo místico de la voluntad» (la «doctrina del *eterno retorno de todas las cosas»* se la había confiado N. a Lou; «sólo hablaba de esto en voz baja y con todas las señas del más profundo espanto», p. 222 en el libro sobre Nietzsche).

64. * seguramente en el año 1885; el verano anterior se habían conocido también, durante una estancia en St. Quirin-Tegernsee, Paul Rée y Gillot: «Muy buenos ratos pasamos allí juntos, mientras las olas, inquietas, golpeaban salpicando contra la costa y desde el agua venía el canto de los marineros. A menudo hago que nos pasen, a mí y a Rée, en bote al otro lado, y echamos la tarde charlando en casa de los Gillot, hasta que la luna ascendente nos llama a casa. Me ocasiona un placer peculiar ver a los dos hombres juntos, el pasado y el presente se entretejen entonces extrañamente en mi fantasía y me siento muy feliz. Tienen el uno para el otro un tono muy cordial y es bello de ver cuando Gillot, con su cálido estilo, pasa el brazo por el hombro de Rée, y su rostro, con el perfil enérgico y la boca alegre y sarcástica... de los rasgos oscuros, acusados y bonachones, de Rée...» (fragmento de carta). En esta misma hoja, Lou v. S. se ocupa del misterio que Gillot siguió siendo para ella: «Pero para eso tendría yo que *poder llegar a conocer* a Gillot como llego a conocer a otros, lo cual me resulta hoy tan poco posible como siempre. Para mí sigue siendo aquello que mis sentimientos hacen de él. Imagínate que en el más oculto de los cajones de mi escritorio dejé un cuadernito que llevaba por título: *"¿Quién eres?".* Estaba destinado a contener estudios sobre Gillot; las muchas páginas mudas, blancas, del cuadernito me darán también una respuesta por el hecho de haber quedado inescritas. Sólo que la respuesta es notablemente poco lógica, casi como la de un niño

pequeño. No dice: "Eres éste o este otro", sino: "Tú me eres querido y grande". Y en vez de un retrato, contiene un velo eterno». En la época en que Lou v. S. escribió su primer libro, en las cercanías de Merano, más o menos a principios de 1884, Gillot convalecía de una enfermedad grave. «Pienso mucho en él y suelo soñar con él la noche entera. En cualquier ocasión me sorprendo pensando en él, y hace poco estaba tan ocupada en mis pensamientos que, al abrir Rée casualmente la puerta y entrar, lo confundí, en una especie de locura, con Gillot, y me puse a temblar con todos los miembros y casi me desmayo.» En el verano de 1884 tuvo lugar el primer reencuentro con Gillot.

65. * en el invierno 1884/1885; Eugène von Salomé ejerció, después de terminar sus estudios de Medicina, en la primera clínica médica de Viena, dirigida por el internista Hermann Nothnagel, 1841-1905, hasta establecerse como pediatra en San Petersburgo, en 1886.

66. * Nietzsche leyó el libro *Im Kampf um Gott* después de que en su visita a Sils Maria le hubo hablado de él Heinrich von Stein, el mismo año de su aparición:

«Ayer vi el libro de Rée sobre la conciencia: ¡qué vacío, qué aburrimiento, qué malo! Sólo debería hablarse de cosas de las que se tienen experiencias.

»Otra cosa completamente distinta sentí con la seminovela de su Soeur inseparable Salomé que, como en broma, cayó al mismo tiempo ante mis ojos. Todo lo formal en ella es pueril, blando y, en relación a la pretensión de imaginarse como narrador a un viejo, punto menos que cómico. Pero la *cosa* misma tiene su seriedad, y también su altura; y si bien es cierto que no es lo eterno femenino lo que lleva a esta muchacha a las alturas, quizás sí sea lo eterno masculino.

»Olvidaba decir en cuánto aprecio la forma sencilla, clara y casi antigua del libro de Rée. *Éste* es el «habitus filosófico». ¡Lástima que no haya más "contenido" metido en hábito semejante! Pero entre los alemanes no será nunca lo bastante de honrar, cuando alguien abjura del diablo propiamente alemán, el genio o el demonio de la oscuridad, de la manera en que R. lo ha hecho siempre» (15 de octubre de 1885; el libro de Paul Rée *Die Entstehung des Gewissens* apareció, igual que *Im Kampf um Gott,* en 1885). Sobre *Julius y Heinrich Hart,* véase el comentario a la página.

67. * Ludwig Haller, posteriormente consejero de gobierno, no llegó a publicar él mismo su obra *Alles in Allen. Metalogik, Metaphysik, Metapsychik* [con el lema: Para que Dios sea todo en todo. 1, Cor. 6], Berlín, 1888. Falleció durante la impresión de su obra, planeada en dos tomos, de la cual sólo se publicó el primero, preparado por él. Al principio las reuniones tenían lugar, las más de las veces, en casa de Haller. En una carta a Lou v. S., probablemente del año 1885, escribe: «No tengo para qué repetirle a usted qué importante momento en *mi* vida ha sido, para mí, la reunión de nuestro pequeño círculo, sin la cual no me habría sido posible alcanzar la conclusión a la que, después de años de afanes, he llegado por fin». Después de la muerte de Haller, Lou A.-S. escribió un artículo sobre él (que hasta el momento no se ha vuelto a encontrar).

68. * cfr. la exposición (también con la imagen de la cortina) en el libro sobre Nietzsche, pp. 147-149; sobre la concepción de la autodeificación de Nietzsche, cfr. el libro sobre Nietzsche, pp. 213 y ss.

69. Georg Brandes, Hans Delbrück, Paul Deussen, Hermann Ebbinghaus, W. Halbfass, Ludwig Haller, Max Heinemann, Julius Gildemeister, Hugo Göring, Paul Güssfeldt, Wilhelm Grube, Ferdinand Laban, Rudolf Lehmann, Heinrich Romundt, Georg Runze, Baron Carl von Schultz (Lituania), Heinrich von Stein, Ferdinand Tönnies, etcétera.

70. * la mayoría de los nombres de la lista los señaló Lou A.-S. con una †, en la medida en que fue sabiendo de la muerte de sus amigos de entonces. *Georg Brandes* (Cohen, 1842-1927), historiador

danés de la literatura, desde 1877 hasta 1832 vivió en Berlín; F. C. Andreas lo conocía desde la época de su estudio de los manuscritos iranios en Copenhague (en los años 1868-1870). Su obra *Principales corrientes de la literatura del siglo* XIX*,* Berlín 1872-1891, escrita desde un espíritu positivista-darwinista, fue muy difundida; Brandes se pronunció en favor del naturalismo *literario. Hans Delbrück,* 1848-1929, historiador, era Privatdozent en Berlín; en 1882, el año de la aparición de su obra *Das Leben des Feldmarschalls Grafen Neithardt von Gneisenau* [La vida del mariscal de campo conde N. de Gneisenau], le dedicó un ejemplar a Lou v. S., con la observación «si no para leer, al menos como recuerdo». *Paul Deussen,* 1845-1919, partidario y editor de Schopenhauer, traductor e intérprete —en el espíritu de Schopenhauer— de las escrituras sagradas de la antigüedad hindú, tenía amistad con Nietzsche desde Schulpforta y era por entonces Privatdozent en la Universidad de Berlín (posteriormente profesor en Kiel); estaba terminando (1883) su *Sistema de los Vedanta.* En su autobiografía *Mein Leben,* publicada póstumamente en 1922, cuenta Deussen que «un día, quizás en el año 1883» [ya en 1882], habían aparecido por su casa «el doctor Paul Rée y Louise v. Salomé [...], la cual llamaba la atención por un entendimiento claro y agudo». «Se organizó una pequeña tertulia filosófica en la que tomaban parte, además de Lou, Rée y yo, también el doctor Romundt y más tarde Heinrich v. Stein, Privatdozent de la universidad. Entretanto Lou estaba escribiendo su novela *Im Kampf um Gott.* Ésta apareció en diciembre de 1884, y yo fui uno de los primeros a los cuales le regalara el libro.» «Tengo que confesar que con la lectura mi amor por Lou se inflamó en claras llamaradas.» «Mi amigo Ebbinghaus decía que eran “fantasías de monja”; yo encontré en el libro mucho espíritu, y del espíritu me enamoré. El fuego quedó pronto fuertemente atenuado, cuando me di cuenta, en la tertulia filosófica, de que Lou daba preferencia a las concepciones algo vagas de Heinrich von Stein frente a las mías. Y sin embargo la amistad siguió existiendo, pero sólo como tal.» A Paul Rée ya lo conocía desde un viaje, muy anterior, a la región del Lago de los Cuatro Cantones, donde se había visto obligado, llegando tarde por la noche, a compartir el cuarto con un desconocido. «¡Exacto! Allí detrás, en la otra esquina, había ya uno en la cama. “Buenas noches”, dije. “Buenas noches”, me respondió una voz suave y de timbre agradable. “Me permito presentarme: doctor Deussen, de Marburg.” “¡Encantado! Yo soy Paul Rée, doctor en Filosofía.” Me pregunté cuántas asignaturas... no se podrían esconder bajo el nombre de doctor en Filosofía, y por eso seguí preguntando... prudentemente: “¿Filosofía en sentido amplio, o restringido?”. “Filosofía en el más estrecho de los sentidos”, me respondió el desconocido. Nuevamente una pequeña pausa, y luego yo: “¿Se ha adherido usted ya más estrechamente a algún filósofo?”. A esta pregunta el desconocido respondió solamente una palabra, y esta sola palabra tuvo el efecto de colocarme de un salto junto a su cama, cogerle su mano en la mía y convertirse él, de un perfecto desconocido, en un amigo, un hermano. Esta única palabra fue el nombre: “Schopenhauer”.» *J. Gildemeister* es el hermano del conocido traductor Otto Gildemeister. *Hugo Göring* era médico. *Paul Güssfeldt,* 1840-1920, era explorador; entre otras cosas, cruzó los Andes en 1882-1883. *Wilhelm Grube,* 1855-1908, sinólogo, era entonces director adjunto del Museo de Antropología de Berlín y Privatdozent. *W. Halbfass* era profesor de instituto y filólogo clásico. *Max Heinemann* era fiscal; puso música a algunos poemas de Lou v. S., «tienen que aparecer impresos este invierno» (1885); luego su amistad se enfrió, después de que éste contara que había presenciado una ejecución. *Ferdinand Laban,* nacido en 1856, era bibliotecario de los Reales Museos de Berlín; en 1880 había publicado un trabajo sobre «Die Schopenhauer Litteratur» y tenía amistad personal con Heinrich von Stein. *Rudolf Lehmann,* conocido posteriormente como educador, también era por entonces sólo Privatdozent. *Heinrich Romundt,* 1845-1919, kantiano, había tenido amistad con Nietzsche desde su común época de estudiantes en Leipzig, y como ya se ha dicho, medió como Privatdozent en Basilea en el encuentro entre Nietzsche y Paul Rée; posteriormente fue profesor de instituto. *Georg Runze,* 1852-1919, era teólogo protestante, posteriormente enseñó en la Universidad de Berlín. *Heinrich von Stein*, cuya participación en las reuniones está atestiguada especialmente por dos pequeñas noticias a

Paul Rée (8 de enero de 1885) y a Lou v. S. (12 de diciembre de 1885: «espero con alegría la continuación de la lectura de Bruno»), expuso en una carta anterior a Rée, del 28 de octubre de 1881, la «diferencia» de su «visión del mundo» con respecto a la del amigo (como llama a Rée), y al mismo tiempo su comprensión de Nietzsche después de la separación de Wagner. En atención a este contexto general significativo, pero también porque la carta deja clara la diferente naturaleza espiritual de dos miembros del círculo filosófico, conviene publicar aquí una gran parte de ésta:

«Sin embargo existe una diferencia entre su explicación de los sentimientos y mi visión del mundo fundada sobre ellos. No me resulta claro por qué la naturaleza, en su camino de hacer aparecer ciertas relaciones de atracción entre las cosas como sentimiento de amor a la luz de la conciencia, habría elegido el rodeo de dotar así solamente el instinto de la madre que alimenta, para reproducirlo luego por medio de la ilusión». «Por qué no habría de atenerse al mismo procedimiento, directamente, sin rodeos, en todas las relaciones interhumanas, equipando en éstas el instinto altamente conveniente de asociación con el sentimiento, sublime e inteligible, de la compasión.

»Con ello me he trasladado al terreno de usted y es sobre él donde intento moverme. Mi punto de vista es completamente diferente; porque a mí es sólo esta ideal significación del ánimo la que me mueve a reflexionar, me entusiasma a dar testimonio. Frente a ella, todo lo que exteriormente sucede es juego vano.» «Qué vana nos parece la mudanza de los destinos del mundo, con su eterna repetición de la victoria de las profundidades...: por todas partes los héroes sólo en un trágico pasar, bien que sobremanera magníficos de contemplar. Sobre la base del ánimo, pues, cabe también comprender la historia de modo único: aquél contiene el sentido verdadero de las épocas, también de aquellas de las cuales la historia nada sabe. Conviene usted conmigo en que su grande, su ricamente dotado amigo Friedrich Nietzsche ha sido movido, por un entusiasmo semejante del ánimo, a la producción, precisamente también en el terreno histórico. Y estoy dispuesto a creer que haya sido esto lo que me ha conmovido tan profundamente, tan íntimamente me ha fascinado en su obra principal: *Sobre el nacimiento de la tragedia*.» «Es un artista, pero sin un virtuosismo artísticamente productivo, sino intelectualmente productivo: por ello estaba llamado a ser heraldo intelectual del más elevado pensamiento artístico [léase Wagner]. En nuestro nostálgico suspirar por un mundo nuevo, por una nueva cultura, a nosotros mismos nos determina la impresión del arte verdadero, y por eso estamos dispuestos a convertirle en el punto central de todos los correspondientes afanes, en el punto de vista verdadero para una imagen del mundo profunda y decisiva.

»Si él ha adoptado ahora, momentáneamente, una dirección de exclusiva, casi escéptica intelectualidad, no creo yo, sin embargo, que pueda ser el último y decisivo giro de su vida espiritual. Sí, hasta me inclino a no considerarla en ningún caso como un “descarrío” si dejo aquí completamente de lado la desgraciada circunstancia de que ciertas relaciones personales hayan sido sacrificadas a estas publicaciones [a partir de *Humano, demasiado humano,* I]. Puesto que su virtuosismo es precisamente intelectual, no obstante tener yo por artística la afinación fundamental de su ánimo, el despliegue de un virtuosismo semejante no puede, en modo alguno, evitar el más afilado de los escepticismos.» «Una necesidad heroica tal es el fundamento de todo esto. Y eso lo poseía Nietzsche, lo posee aún: quien en la gracia ha estado no puede caer de la gracia; Nietzsche cree, si bien sólo en la más remota profundidad de la silenciosa, nostálgica melancolía. Pero de este credo se trata; y en verdad que estaremos en condiciones de plasmar, del credo *quia absurdum,* un credo *neque enim est absurdum* [creo, porque no es absurdo].»

El círculo filosófico de amigos alrededor de Paul Rée y Lou von Salomé quedó evidentemente formado al recurrir Rée a sus antiguos amigos y conocidos (Heinrich v. Stein, Romundt, Tönnies, Deussen) y al traer éstos, a su vez, amigos. También el filósofo Friedrich Paulsen, que contaba entre los conocidos más próximos de Ebbinghaus y después también de los de Rée, parece haber guardado una relación informal con el círculo. La primera agrupación se produjo hacia fines de 1882. En las cartas del año 1883 se menciona, aparte de Haller, Deussen, Ebbinghaus, Delbrück, Stein y Brandes,

también a Tönnies, Halbfass, Runze y Lehmann, quienes formaron con Rée y Lou, en las vacaciones de verano, una «pequeña colonia» en Churwalden. Ferdinand Laban estuvo en el círculo en el invierno de 1883/1884. En los primeros meses de 1884, Lou v. S. se curó por fin, en la región de Merano, de los achaques que la habían acompañado durante años, «restablecida y fortalecida duraderamente llevándome en realidad conmigo un cuerpo completamente transformado»; de camino al Tegernsee, donde estaba Gillot, se produjo también, en el verano de ese año, un encuentro con Heinrich von Stein en Múnich. En la temporada de verano en el Oberengadin en 1885, de la que Lou A.-S. ha dado anteriormente cuenta, tomó también parte Heinemann, que se había dirigido a Lou v. S. después de leer *Im Kampf um Gott.* El barón Carl von Schultz, Gildemeister y Göring no son mencionados hasta 1886, fuera del círculo filosófico de amigos. Recordando los amigos de aquellos años, LAS dijo una vez: «Eran hombres puros».

71. * Ferdinand Tönnies, 1855-1936, uno de los fundadores de la nueva sociología alemana, y que por entonces estaba a punto de convertirse en Privatdozent en Kiel, se dio a conocer por su tratado clásico *Gemeinschaft und Geseitschalt,* 1887 [Comunidad y sociedad]. Conversando, LAS lo designó como el hombre de más ingenio, después de Nietzsche, que ella hubiese conocido. En su escrito *Der Nietzsche-Kultus, Eine Kritik,* 1897 [El culto de Nietzsche, una crítica], desea «hacer una llamada a la prudencia, a la sensatez, a la sobriedad»; dice que el libro sobre Nietzsche de Lou A.-S. tiene «el mérito de haber abierto una comprensión profunda, personal y objetiva, del notable fenómeno». Hermann Ebbinghaus, 1850-1909, por entonces Privatdozent en Berlín, era psicólogo experimental; posteriormente enseñó en Breslau y en Halle. Ambos formaban parte del no escaso número de amigos del círculo de Lou v. S. y Paul Rée que le hacían a aquélla apasionadamente la corte.

72. * el 12 de agosto de 1882 Paul Rée le escribe a Lou v. S., que vive en su casa paterna de Stibbe, la siguiente carta:

«Tenías mucha, mucha razón en aquello que dijiste ayer por la noche. No es que la flaccidez la trajera conmigo al mundo; de entrada no estaba en mi naturaleza, y la mayor parte de mi vida no he tenido ni rastro de ella. Pero he caído derrotado en la lucha con un enemigo más fuerte, no porque yo fuese débil, sino porque el contrario era desmesuradamente poderoso. Curiosamente, también yo me he arruinado en gran parte por pasar las noches en vela. Durante meses he pasado intencionadamente despierto las noches enteras, aunque de una manera diferente (las más de las veces deambulando por las calles de Berlín) y con un objetivo distinto del tuyo. No creo haber luchado con menos energía que tú, pero mi contrincante era, cosa increíble de decir, aún más terrible que el tuyo. Me derrotó por completo. Por último, agotado, renuncié del todo a la lucha. Todavía recuerdo que por entonces me comparaba con el monje del que habla Seume en su autobiografía *[Mein Leben,* 1813]. Éste había hecho todo lo imaginable para librarse de los reclutadores que por entonces vendían soldados a América. Pero cuando ya no quedaba remedio, cuando de todas maneras tuvo que subir a bordo, se tiró en su hamaca y se quedó tendido, sin lavarse ni peinarse, y se fue pudriendo en medio de los insectos y la mugre.

»Temo que debemos separarnos; porque si bien soy una protección y un sostén para ti en el mundo, tú eres sin embargo demasiado honrada para seguir queriendo esto cuando la simpatía más íntima y más profunda entre nosotros haya sufrido aunque sea en lo más mínimo. Y eso es lo que ha ocurrido. Porque, por una parte, en mi ser hay ahora flaccidez; en realidad se ha convertido casi en la clave de mi ser, es decir, de aquello que he llegado a ser cada vez más, desde hace cuatro, cinco, seis años. En realidad estaba ya muerto; tú me habías despertado a una pseudovida, pero la pseudovida en un muerto es repugnante. Por otra parte, no podría volver a librarme de una sensación de desconfianza, fundada en la presencia de una particularidad que sé presente en mí, y sé que no te es

simpática, la desconfianza, quiero decir, de no serte simpático, de hacer lo que no goza de tu simpatía.

»Así pues, deja que sigamos caminos separados hacia nuestras tumbas».

[Y más abajo, al margen, la respuesta de Lou v. S.:]

No, ¡claro que no! ¡Deja que vivamos y luchemos juntos, hasta que hayas *revocado* esto!

L.

73. * véase al respecto el comentario a la frase «sin poder... comunicarle toda la verdad sobre ese paso», en el capítulo «Lo que falta en el Compendio», así como toda la introducción de este capítulo. Lou v. S. sólo pudo asegurarle a Paul Rée que en su sentimiento para con él nada podía cambiar. Rée había comenzado a estudiar Medicina en el semestre de invierno de 1885/1886, después de que la «alta Facultad» de Filosofía de Estrasburgo «hiciera señas de que no con pies y manos» [respecto a una habilitación para la docencia] (Rée a Paulsen); un día, en la pensión en la que ahora vivía sola Lou v. S., abrió ésta la puerta a un desconocido: Andreas, que daba lecciones de alemán a unos oficiales turcos de la pensión; sus sentimientos quedaron decididos de inmediato, mientras que en ella, el «no poder ser de otra manera» sólo vino a quedar claro con el tiempo; al comunicarle a Rée el interés mostrado por Andreas, y su propia intención de «tener trato» con él, ella, que hasta el momento había rechazado sin titubear todas las propuestas, lo hizo con el característico agregado: «si no tienes nada en contra», y Rée había contestado, de modo no menos característico: «Lo que hagas bien hecho está», hasta el momento en que se creyó colocado ante el hecho de una decisión en su contra. El compromiso se realizó el 1 de noviembre de 1886; la boda, el 20 de junio de 1887. Paul Rée se marchó probablemente al comienzo de la primavera de 1887.

74. * en una carta a Frieda von Bülow, de la época que siguió a la muerte de Rée, Lou A.-S. escribe:

«La vivencia principal de finales de este otoño fue para mí un episodio que no he podido superar durante semanas, y por motivos harto estremecedores que sólo es posible contar de viva voz. Fue la muerte de Rée; habrás leído que se despeñó en Celerina (Oberengadin), donde pasábamos el verano y donde vivía desde hace años, completamente solo, verano e invierno. Durante un tiempo he vivido sólo a través de viejas cartas y se me hicieron claras muchas cosas, todo lo pasado cobró vida como por encanto. Mi impresión principal era: ¡demasiado!, ¡demasiado he tenido!, demasiado de bondad y de riqueza para un destino humano. Esto te hace humilde.»

La hoja conmemorativa del 17 de marzo de 1888, que ya hemos mencionado, y que fue escrita más o menos un año después de la partida de Paul Rée, dice:

«Hoy hace seis años que te conocí. Yo era entonces mucho más joven que sólo seis años más joven. Una niña, todavía en el primer dolor, recién sanado, y en el primer presentimiento de la vida plena que tenía por delante. Cuánto pienso en todo ello, y con qué infinita claridad de pensamiento. Pero ya no me pongo a escribirlo, como hasta no hace mucho lo hacía, siempre y con todo. Pienso que todo en mí se ha hecho más reacio a la palabra. Muchas veces sueño contigo; nada especial, siempre lo mismo y sencillo: que te vuelvo a ver, y entonces lloro en sueños. A veces me ocurre que me muevo o hablo como tú —sin quererlo, por casualidad— y entonces siento siempre cuánto te quiero. Recuerdo una disputa entre los dos en la cual tú, en medio de la discordia, dijiste con tu mezcla de bondad e ironía: “si termináramos riñendo del todo y después de algunos años nos encontráramos casualmente en alguna parte, ¡qué alegres nos pondríamos”. Y tus ojos estaban de pronto llenos de agua. De eso me acuerdo ahora tantas veces, y pienso: Sí, sí.»

También LAS seguía sintiéndolo así. Pensaba que con toda certeza no se habría separado nunca de Rée; llamaba a la separación «lo irreparable»; pensar en ella era dolor, no melancolía.

ENTRE LA GENTE

Para resumir lo que Rusia fue para mí en mis primeros tiempos y más adelante, me he saltado por lo pronto los años que quedaban entre medias, que me llevaron a tratar con gente de otros países. Pero en parte débese también a que la multiplicidad del trato personal y de las impresiones individuales sobre cada persona estorba al placer del relato. A cada momento se siente uno ante la alternativa: o ahondar en tanta profundidad y extensión que se termina tocando cosas de más esencia de lo que conviene o, en la prisa, sucumbir al peligro de caer, con enfatizaciones apresuradas y acuñaciones casuales, en aquella «cháchara sobre gentes» en que consiste la mayoría de nuestros juicios. De todas maneras, la información se impone límites a sí misma en la medida en que se trata de alguien de quien se llegó a estar verdaderamente cerca. Porque ¿qué significa, a fin de cuentas, proximidad humana? Un encuentro que alcanza más allá de lo que habíamos dado por sabido: una de aquellas citas de incalculable valor que no caen ya dentro de lo exactamente constatable. Lo que de realmente comunicable queda sólo llega a serlo, en parte, a través de aquel modo indirecto de expresión en el cual los elementos poéticos colaboran: en el fondo de su esencia estaría, por *vivido,* ya *hecho poesía.*

Por eso, la primera docena de años, más o menos, que siguieron a mis tiempos de soltera queda aquí sin demasiada locuacidad, si bien no dejaron de pasearme harto animadamente entre la gente. *Muchos* fueron los que pasaron a mi lado, porque así lo quería aquel tiempo; mi mirada tuvo acceso a muchos de sus acontecimientos y figuras, en tanto que habitualmente mi predilección por el retraimiento iba sólo de individuo en individuo, como de diálogo en diálogo. Después de conservar, en los primeros tiempos, la vivienda de soltero de mi marido, en Berlín-Tempelhof, pasamos más tarde a ocupar, allí mismo, una casa situada en medio de un jardín y entre los olmos, casa cuya arquitectura interior había tenido la intención de ser magnífica, haciendo luego crisis sin llegar a rehacerse, motivo por el cual la

daban en alquiler por muy poco dinero. Vivíamos casi exclusivamente en el piso principal; habitaciones tan grandes que me recordaban a mi casa y a mis zapatillas de baile; una biblioteca gigantesca; dos habitaciones chapadas en madera que daban a una amplia terraza, y además con grandes armarios empotrados, de manera que apenas si tuvimos que completar con algunas piezas nuestro escaso mobiliario. Vivíamos, pues, en las afueras al sur de la ciudad, desde donde una tartana —y en invierno un trineo— ponía en contacto con Berlín, por un *groschen,* a los habitantes de Tempelhof; pero en las afueras vivían también por aquellos años las más de nuestras amistades[75]*: entre los primeros, Gerhart Hauptmann, en Erkner, con María, su mujer, y tres hijitos: Ivo, Ecke y Klaus; también allí, Arne Garborg y Hulda Garborg, la encantadora rubia pajiza. En Friedrichshagen estaban Bruno Wille, Wilhelm Bölsche y los dos hermanos Hart, que pronto trajeron tras de sí una larga cola de gente: Ola Hansson-Marholm, August Strindberg y muchos otros, con quien uno se topaba ocasionalmente en el «Schwarzes Ferkel» de Berlín. Todavía recuerdo la primera reunión en nuestra casa, en la terraza rodeada de flores y el comedor que quedaba detrás, veo a Max Halbe, todavía muy delgado y juvenil, junto a su pequeña novia, que miraba como un espíritu a Arno Holz, a Walter Leistikow, a John Henry Mackay, a Richard Dehmel, que todavía renegaba de su nombre, y muchos otros. *Antes del amanecer* los había reunido a todos en una convicción; con su naturalismo irrumpiendo irresistiblemente, la primera obra de Gerhart Hauptmann había traído, en medio de la más desatada indignación, también algo de aquello con lo cual la tendencia había de triunfar: el sobrio matiz lírico, a pesar del carácter aún doctrinal del drama y de sus barbaridades, que provocaban al buen burgués.

Mientras que en mis tiempos de soltera Paul Rée, no sin intención, había evitado precisamente los círculos literarios habituados a la bohemia, y nuestro trato se había reducido casi exclusivamente a los científicos, la situación cambió ahora por completo. Todavía no me había interesado especialmente la literatura en cuanto tal (los rusos sólo en un sentido diferente del literario), no estaba «cultivada» en ella, ni siquiera en su anterior período rosa, contra el cual se desataba ahora esta briosa campaña. Pero lo que con más fuerza emocionaba era lo humano: el ímpetu alegre, la

conmovida juventud y la confianza que ante nada se arredraba, que para predicar el nuevo espíritu escogía los temas más melancólicos y siniestros. También arrastró tras de sí a los viejos, como se sabe de Fontane; también capituló Fritz Mauthner, con quien yo solía conversar a menudo ahora que nos habíamos mudado de Tempelhof a Schmargendorf, desde donde un camino nada largo llevaba hasta su casa en el Grunewald. La fama de Henrik Ibsen en Alemania ayudó no poco; mi marido me había dado a conocer sus obras, aún no traducidas, leyéndolas en noruego y vertiéndolas al alemán simultáneamente. Surgieron las dos «Tribunas libres», una de las cuales logró imponerse, y Brahm pasó, con Ibsen y Hauptmann, a la cabeza de una lucha cada vez más exitosa. De aquella época proviene mi larga amistad (duró hasta la guerra mundial) con Maximilian Harden, cofundador de la «Tribuna libre». Junto a Gerhart, el doctor Carl Hauptmann, hasta entonces aspirante a filósofo, se fue calentando para el drama; Otto Hartleben colaboraba con ahínco; las fuerzas jóvenes dejaban sus ambiciones científicas por las literarias, políticas; recuerdo muchas horas de discusión o de concordancia en veladas pasadas con Eugen Kühnemann, que por entonces no parecía todavía dispuesto a desembocar en la carrera universitaria. Entre los que eran más próximos, el que cobró la más fuerte significación humana para mí fue Georg Ledebour[76]*: estas líneas le saludan.

Por aquella época ya teníamos la segunda casa en Schmargendorf, directamente en el lindero del bosque, tan ridículamente pequeña esta vez, que por mucho tiempo pudimos arreglárnoslas sin servidumbre; luego marché a París —en 1894—, donde, al paso de la alemana, se estaba operando la misma revolución literaria. Fue por el tiempo del asesinato de Carnot, en todas partes se participaba de las cosas políticas, y en la Cámara tuve ocasión de oír personalmente a Millerand y a Jaurès. Por afinidad con la «Tribuna libre» surgieron el «Théâtre Libre» de Antoine[77]* y la «Oeuvre» de Lugné-Poe; para la «Hannele» de Hauptmann, creada en Berlín por Paula Conrad, que después fue esposa de Schlenther, Antoine llevó a un éxito clamoroso a una pobre chica de la calle, pequeña y pálida (y sin embargo el lenguaje afectaba a la poesía de Hauptmann, cuando, por ejemplo, para el «Fliederduft» alemán, Hannele tenía que decir: *je sens le*

parfum de lilas). La figura más conmovedora de Hannele la vi más tarde en Rusia: conmovedora por contenida en una estilización ingenuo-bizantina del cielo y del Salvador. En París: la misma comunidad vivaz del trasiego literario, de los intereses ante los cuales sólo se mantenía en oposición, a la expectativa, la generación de más edad. En la fundación de la nueva editorial que Albert Langen emprendió con el danés Willy Gretor conocí a Knut Hamsun, que por aquel entonces tenía el aspecto de un dios griego; la colonia escandinava estaba fuertemente representada, aun antes de que Albert Langen entrara a formar parte de ella con su matrimonio en la familia Björnson. Al comienzo viví con una danesa amiga, Therese Krüger. Con un recuerdo especialmente vivo pienso en Herman Bang, que vivía en Saint-Germain, y aunque constantemente enfermo, era capaz de un borboteo interior; todavía vive en mí, casi textualmente, una conversación en la cual me describió, estremecido, lo aterrador que le resultaba el comienzo del trabajo poético; cómo de vez en cuando saltaba hasta la ventana, por si afuera hubiese algún tipo de distracción que viniese en su ayuda. Formalmente saltaba a la vista el apremio con que en el proceso artístico se vuelven a desprender materiales profundísimos, desplazados al inconsciente, para una transformación sobre la cual pesa el miedo del tránsito. Por más que supiera de la enfermedad crónica de espalda que Herman Bang padecía, no podía verlo después sin figurarme involuntariamente que, incluso en lo físico, era una tal figura de transición desde lo atemorizado hasta la redención productiva. Quien sienta hasta qué punto sus libros (como *La casa blanca* y *La casa gris)* están construidos *desde la proximidad del recuerdo* barruntará también el susto que acompañó a su nacimiento.

Un compañero diminuto me acompañaba a todas partes: un perrillo de aguas negro como la pez —un «Toutou» todavía en la infancia—; tengo olvidado de dónde vino. Cuando ya tarde volvía a mi cuarto por la noche, se erguía derecho como una vela en la canastilla donde dormía y me traspasaba con una mirada de desconfianza, como preguntando dónde habría andado yo sin su compañía. Durante el día, los disgustos me los causaba su afición a «las manzanas que no lejos del caballo caen» (esta magnífica variante de cita proviene de una escritora por desventura

«inédita»). Mi perrillo «Toutou» salía entonces corriendo a la calle, donde, en vez de la infinidad de autos, había todavía carruajes verdaderamente deslumbrantes, y con su manzana —excesivamente grande, en el hociquillo desmesuradamente abierto— se me escapaba como una pulga negra a través de las gigantescas plazas y avenidas, para devorar a cubierto detrás de cualquier esquina; ¡y yo tras él! Pero no sólo yo, sino, en no pocas ocasiones, toda clase de transeúntes que, con su espontáneo *O lalá, le joli Touton,* se abalanzaban sobre él, y sobre su botín, como él seguramente temía.

Con quien más tiempo pasé en París fue quizá con Frank Wedekind[78]*. Pero más adelante. Porque por lo pronto, tras conocernos en casa de la condesa húngara Nemethy y terminar, con otras personas y al filo de la madrugada, nuestra animada conversación en un restaurante de sopa de cebolla frente a «Les Halles», surgió entre nosotros un malentendido wedekiniano, que él posteriormente relató a otras personas con la más conmovedora franqueza y sin el menor miramiento para consigo mismo (y que yo elaboré alguna vez literariamente, como relleno para un relato). El sitio más seguro para encontrarlo, por lo demás, eran los cafés del Quartier Latin, donde por las noches garrapateaba versos sobre las pringosas mesas de mármol: predecesores de las *Canciones Patibularias* que vinieron después, como por ejemplo la plañidera: «Yo descuarticé a mi tía, y mi tía era débil y vieja / pero vosotros, jueces sanguinarios, perseguís mi juventud». Wedekind tenía auténticas manos de descuartizador, pero también atributos verdaderamente tiernos, extremadamente tiernos. Sin medios y sin techo por aquel entonces, se sentaba entre las *grisettes* (que a la sazón ya no se llamaban así), no sin la esperanza de que alguna de ellas —al cerrar el café y después de que su bolsita estuviera lo bastante llena— se lo llevara bondadosamente a casa, para obtener un sitio donde dormir, un desayuno por la mañana y un poquito de atención. Pero también en otros lugares se podía encontrar a Frank Wedekind, por ejemplo allí donde me llevó, no sin orgullo y para mi mayor alegría, y donde pasaba tardes enteras: en el más mísero cuchitril del París más pobre, en casa de una sesentona, la viuda de Georg Herwegh[79]*, que padecía hidropesía y a quien él llevaba una cena cuidadosamente escogida.

Si uno daba en París en visitar los locales nocturnos del Quartier Latin o de Montmartre, por lo general con uno o dos conocidos de la prensa, era sobre todo porque las putitas seguían siendo interesantes por dos motivos: por un lado, por su espontaneidad y liberalidad de ánimo, que no sólo colocaba su profesión en el campo de lo permitido sino que las engarzaba con todo lo humano, haciendo desaparecer la vergüenza del propio desprecio y la clandestinidad; al mismo tiempo, sin embargo, a las más de ellas las caracterizaba esa vieja proximidad a la cultura, impregnada en el mismo suelo y patrimonio de todo el pueblo —en el tacto y en la conducta — y que es también lo que hace que en este país valga la pena departir con gentes de «las más bajas capas» encontradas al azar. Igual cosa ocurre también con las capas «superiores»: en ninguna otra parte puede la mujer estar tan segura de encontrarse con una delicada cortesía, aunque se halle de noche en apuros por la calle y frente al hombre más desconocido; porque al parisiense se le caería la cara de vergüenza de no estar como caballero a la altura de una situación, y más aún de interpretarla mal. Junto a esta impresión, sin embargo, se me afirmaba no menos la de que conviene dejar ahí las cosas; que poco hay que lleve a un conocimiento más cabal; que aquí el gesto cultural, envejecido y consolidado, ha vertido ya, por así decirlo, demasiado de lo interior al exterior como para conservar todavía un fondo no dilapidado. Para mí, exactamente la impresión opuesta que en Rusia. Después de Berlín, París era la segunda metrópoli extranjera en que yo vivía por un tiempo largo, y cada una de las experiencias se me destacaba con precisión sobre el trasfondo de las anteriores: la magia inexpresable de su madurez se me antojaba como la de una querida siempre acicalada de nuevo, rodeada aún, tras el brillo de su juventud, de alhajas que ni herrumbre ni polillas devoran.

Durante una de mis visitas al Louvre, hice por el camino una amistad callejera sin importancia que ahora me dan ganas de contar. Era una alsaciana ya entrada en años, madame Zwilling[80]* de nombre, que trabajaba de florista para mantener a su hijo, enfermo de tuberculosis dorsal. Una tarde, al visitarlos en su cuchitril, encontré que la habían traído desvanecida desde la calle, entre sus grandes canastas de flores primaverales que acababa de ir a buscar a los «Halles», y decidí vendérselas

rápidamente. Conmigo estaba Sophie, baronesa von Bülow, que lo aprobó vivamente: nos disfrazamos aprisa con el traje alsaciano de la señora Zwilling, y antes de las dos y media de la madrugada, frente a los cafés del Quartier Latin que tan familiares me eran ya, vendimos a la clientela hasta la última flor, con buena propina. También en esta ocasión pude constatar la manera irreprochable con que la gente de sexo masculino se ocupaba de las dos vendedoras, sorprendentemente nuevas para ellos, que destacaban por su gran estatura entre las pequeñas y delicadas francesas (Sophie era todavía más alta que yo), y a quienes constantemente llamaban para interrogarlas, llenos de comprensión. Sólo algunos días más tarde nos enteramos, por algunos señores de la prensa, lo cerca que habíamos estado de pasar la noche en prisión preventiva por falta de cualquier tipo de permiso para ejercer.

En la colonia rusa me hice amiga de un joven médico exiliado, que había sido deportado a Siberia como sospechoso del asesinato de Alejandro II, había soportado cuatro años de trabajos forzados y huido, por último, a París. Savelii, que tenía una salud de hierro (con su refulgente dentadura era capaz de arrancar de las paredes los clavos más reacios), me puso en contacto con todo el círculo de los rusos. Cuando, transcurrido medio año, el sol estival comenzó a maltratarnos demasiado, Savelii y yo nos escapamos a Suiza, embutidos en un tren barato de vacaciones; detrás de Zúrich trepamos un poco por la montaña y nos instalamos en una choza alpina donde vivíamos de leche, queso, pan y bayas. Sólo de vez en cuando repetíamos subida y descenso a Zúrich para calmar, cada uno con porciones dobles meticulosamente pagadas por anticipado en cualquier mesa de hotel, nuestra hambre canina (ocasión en la cual me topé con Wilhelm Bölsche, de la gente de Berlín, así como en París a Hartleben y a Moppchen). En mi recuerdo del idilio alpino, sin embargo, el papel principal recae sobre un episodio minúsculo: cómo una vez, descalzos —ya que así andábamos siempre allá arriba sobre el suave tapiz—, caímos en una bajada, sin darnos cuenta, sobre un prado de zarzamora rastrera. No quedaba ya mucha luz, no teníamos la menor idea de en qué dirección estaría la salida más próxima, y cada paso y cada parada nos arrancaban aullidos de dolor. Al paradisíaco suelo de nuestras suaves alfombras volvimos bañados en lágrimas.

En los minutos que pasamos en medio de las zarzamoras se despertó en mí algo así como una idea antiquísima[81]* —¿o un recuerdo?—: como si ya hubiese hecho yo esta experiencia de caer, cruelmente entregada a la vida, desde la delicia primigenia. Un momento vivido repentinamente de nuevo. La imagen volvió a desaparecer mientras nos limpiábamos riendo las humedades del rostro, y también la sangre de los pies, bajo las alegres palabras de Savelii: «También tendríamos que ir nosotros a pedirles disculpas a la zarzamora, y no sólo al revés: por haberlas pisoteado en vez de besarlas con los labios». Algo en mí agregó confiado: «Sí. Porque *todo* lo malo del mundo ¿acaso no viene precisamente de *ese* malentendido?». La risa y la rabia se espantaron mutuamente, hacia nuevas osadías, hacia nuevos destinos de zarzamora.

Al cabo de pocas semanas estábamos de vuelta en el torbellino de la ciudad de impar belleza, dejando admirar nuestro bronceado, que aún no estaba de moda. Desde entonces, y hasta bien entrado el otoño, pasé todavía junto a muchos seres humanos e impresiones nuevas, que tampoco dejé pasar de largo. Mas luego llegó la hora en que algo o alguien parece hacerme seña, una noche cualquiera, y tengo que marcharme. Nunca he llegado a averiguar de modo inteligible por qué y cuándo sucede, aunque haya estado disfrutando de lo que me rodeaba con todos los sentidos y con toda mi alma. Algo no invitado se desliza en su lugar y da muestras de impaciencia. Es poco probable que me acordara de la noche de mi regreso a Alemania con la claridad suficiente como para reproducirla si no fuese porque hace poco tiempo llegó a mis manos una carta, banal por lo demás, escrita en Schmargendorf el 22 de octubre de 1894, y que una escritora amiga mía conservaba:

«Hace ya tres semanas y más que me escabullí de París, inesperadamente para mí y para todos, en secreto y sin decir adiós. Y así, sin dar aviso, llegué también aquí, igualmente en plena noche. Dejé el equipaje en la estación, cogí un coche y me vine luego andando por el camino silencioso, a través de los campos oscuros, hasta el pueblo. El paseo fue hermoso y extraño; sin ver nada, sentía el otoño en el caer de las hojas y en lo tempestuoso del viento, y me gustaba; en París era todavía “verano”. Todo dormía en la aldea, solamente en la habitación de mi marido brillaba

la potente lámpara que necesita para utilizar los libros de las estanterías superiores. Desde la calle podía reconocer claramente su cabeza. En la puerta, como siempre, estaba metida la manilla; entré con sigilo. En eso la perra *Lotte* se puso a ladrar a voz en cuello —me reconoció por los pasos —; entretanto se ha transformado en un verdadero monstruo de grasa y cuadratura, sólo nosotros la seguimos encontrando tan maravillosa como siempre. Esa noche no nos fuimos a dormir; cuando comenzó a clarear, hice fuego en la cocina, limpié la lámpara que humeaba y me escabullí al bosque. En los árboles colgaba todavía la espesa niebla de la mañana, y un corzo moteado se deslizó sin ruido a través de los pinos. Me quité los zapatos y las medias (cosa que no se puede hacer en París), y me puse muy contenta».

La única mujer de cuya amistad íntima gozaba en aquellos años era Frieda, baronesa von Bülow[82]*, con la que ya había trabado conocimiento en Tempelhof. En 1908 me la arrebató su temprana muerte, cuando comenzaba los cincuenta. Durante mi temporada en París regresaba precisamente de su segunda estancia en el África oriental alemana y vino a verme; allí también la esperaba su hermana, aquella Sophie Bülow con quien había vendido las flores de madame Zwilling. Otro año me acompañó a Rusia, a visitar a mi madre y a mis hermanos, de entre los cuales Eugène hizo profunda amistad con ella. De sus propios hermanos, tres habían muerto de muerte violenta: dos hermanos menores y Margarethe von Bülow, que ya se había dado a conocer como escritora[83]* y que, al intentar salvar a un muchacho que se ahogaba, fue a dar bajo la capa de hielo. Por naturaleza, Frieda tendía a la melancolía, a pesar de su voluntad virilmente robusta y de su impulso vital, que la habían llevado en su juventud al África oriental, en la época de los éxitos de Carl Petersen. A esta mezcla de cansancio y energía para la acción solía ella llamarla su parte en un viejo y cansado linaje, que terminaría, por último, en la nostalgia de la sumisión y la entrega.

También en Viena —en 1895[84]*— pasamos juntas varios meses, cuando, desde Petersburgo, volví allí por primera vez. Por el círculo berlinés de literatos conocíamos ya el correspondiente círculo vienés; con Arthur Schnitzler había intercambiado ya varias cartas desde París; también

ahora ocupaba el lugar de privilegio; más tarde me vi enérgicamente apartada de él, en otra dirección. Por aquel entonces vivía de los éxitos decisivos de sus *Amoríos,* y a su alrededor se agrupaban Richard Beer-Hofmann, Hugo von Hofmannsthal —todavía muy joven, en el uniforme de húsares de su servicio militar—, Felix Salten y otros, con quienes —fuera del trato directo— uno podía encontrarse casi todas las tardes en los cafés, por ejemplo en el Griensteidl, y trabar conocimiento con la vida intelectual vienesa en sus formas de expresión más características. Yo vivía junto a la catedral de San Esteban, en un hotel grande y muy bueno, dos cuartitos minúsculos en los altos del edificio anejo, arreglados con todo primor; por las horas de charla que allí pasamos, estos dos cuartitos y yo misma fuimos a parar a las páginas del primer libro de Peter Altenberg, *Como yo lo veo.* Si tuviera que escribir la atmósfera vienesa en comparación con la de otras metrópolis, diría que en aquel entonces me pareció caracterizada primordialmente por la confluencia de la vida intelectual con la erótica: lo que en otros lugares distingue, digamos, entre el vividor y los hombres de profesión o intelectuales encontraba aquí una gracia capaz de incorporar a la «dulce muchacha», e incluso a las muchachas *únicamente* dulces, a un erotismo de superior categoría, y que disolvía a su vez hasta la más seria entrega a la profesión intelectual en un comportamiento que restaba algo de filo a la pura ambición. Al lado de la concurrencia de amor y ambición, quedaba también espacio libre suficiente para su reparto entre las amistades masculinas, que con ello ganaban una forma especial y, según me pareció, especialmente selecta. Arthur Schnitzler participaba en alto grado de aquello: quizás fuese ése uno de los puntos más luminosos de su forma de vivir, ensombrecida por una ligera melancolía. Pero quizás se habría logrado de una manera anímicamente menos escindida si la gracia del intelecto —ya sea hacia la ambición, ya hacia el amor— lo hubiese fijado de una manera más demoníaco-unilateral.

Peter Altenberg se mantenía un tanto aparte, si bien no en la amistad. No se pensaba, estando con él, ni en varón ni en mujer, sino en una tercera, más rica criatura. La conocida frase sobre él: *mon verre est petit, mais je bois dans mon verre,* da con precisión un juicio exacto si no se pone todo el peso sobre *petit,* sino sobre *mon:* porque lo nuevo y lo encantador de las

pequeñas figuras de Peter Altenberg reside en la manera enigmática en que éste impide, por así decirlo, que ambos sexos lleguen a la adultez, elaborando poéticamente su infantilismo de una forma especial, que también en sus peculiaridades más personales se expresaba plenamente.

Siempre que iba a Viena, incluso en años posteriores, tenía oportunidad de quedarme en casa de Marie von Ebner-Eschenbach[85]*, adonde me llevó por primera vez Fritz Mauthner; la última vez en 1913, pocos años antes de su muerte, que su sobrina, la condesa Kinsky, me comunicó a casa más tarde. Las horas en su compañía han quedado inolvidables en mi memoria; la calma y, cómo lo diría, la *esencialidad* que emanaba de ella. Su aspecto exterior hacía casi el efecto de acurrucarse o encogerse intencionadamente, como si sus ojos grises, sus ojos que sabían infinitamente, miraran desde tan abajo que nadie se diese cuenta de lo que tenía delante: como si fuera mejor que permaneciese en secreto. *Eso* que sin embargo se revelaba, íntima e incesantemente, en el tono, en la palabra, en la mirada y en el gesto. De ella tomaba uno, por así decirlo, el misterio y la revelación —que permanecían en este calor concentrado de secreta presencia.

Con la magnificencia de sus alrededores, Viena obliga a salir al aire libre del campo, y allí se traslada de continuo el trato social y el amistoso. En el verano del mismo año 1895 me encontré en el Salzkammergut y en Innsbruck con los amigos. Para mí, todo lo vivido queda completado cuando goza de la compañía de los bosques, la campiña, el sol —o incluso las montañas, en las que había estado tan pocas veces hasta el momento, descontando un par de viajes de la niñez, con mis padres, a Suiza—. Al invierno siguiente volví otra vez a Viena, y en el verano del otro año anduve por primera vez trepando por las montañas austríacas. De manera especialmente viva recuerdo una larga excursión desde Viena, en la que un amigo y yo atravesamos a pie toda Carintia, cruzando el alto Tauern, hasta abajo, a Venecia; de este lento viaje a pie, descansando tranquilamente en los lugares más hermosos, tengo todavía hundida en el recuerdo una impresión breve y poderosa: teníamos que llegar antes del anochecer al glaciar de Rotgülden, pero nos demoramos mucho porque nos anunciaron que a sus pies había un toro en celo, para cuya captura se vino finalmente con nosotros toda una horda de acalorados lugareños, armados de la manera

más insólita. Durante unos minutos vimos también al animal: sobre un picacho situado al frente, separado de nosotros por una profunda garganta, su perfil bien erguido: una imagen de poder y de obsesión, «semejante a los dioses» en el sentido antiguo, y de un efecto enormemente indeleble gracias a nuestra situación exenta de peligro, que nos permitía una contemplación pausada. A mí, por lo menos, me perseguía todavía la imagen mientras íbamos por el glaciar, ya en plena oscuridad y solos, buscando y golpeando cada piedra, por si en alguna parte, como en los cuentos de hadas, se encontraba agazapada y escondida una choza alpina.

De todas las impresiones de paisaje, la que más arrebatadora me pareció fue la rápida sucesión de *tres primaveras,* viniendo desde Italia, por Alemania, hasta el Norte. Nunca se me había impuesto de manera tan triunfal el Sur a los sentidos como esta vez, cuando consiguió, a pesar de que el invierno había sido como un mayo, hacerse sin embargo primavera sin confundirse simplemente con el verano: lo que daba la apariencia de una cabal inexhaustibilidad más allá de todo lo visible, que, a placer, tenía en reserva, con sólo quererla, cualquier estación del año, y de que lo inconmensurable nos estaría esperando en lo terreno, con tal de que la capacidad de recepción humana hubiese tenido la profundidad y sensibilidad suficientes. Así saciada, pude también mostrarme más justa con el clima centroeuropeo, cuya flema tan a menudo nos desespera, por obligarnos de continuo a limpiarnos los ojos de lluvias y granizos y a alentar a los botones que brotan en las ramas; dichosa me alegré de las violetas y de lo circunstancialmente «sentimental», en el mejor de los sentidos: el corazón, magníficamente calmado, se había tornado paciente, y por ello tanto más profundamente embelesado. Del tercer nacimiento del verano que en esa ocasión viví, el nórdico, el amado desde la niñez, es del que menos sabría decir. Esperado hasta tan tarde, y desplegado luego tan plenamente en su brevedad, se proclamó de la manera más irrebatible en su claridad e interrupción. Al oír, muy entrada la noche, la llamada del cuco, o las canciones de los labriegos al volver del campo, uno no pensaba: «Todo se apresura para llevar a término tal o cual cosa en la brevedad del verano», sino que se sentía la anulación del tiempo y del cambio tras la discordia de la noche o el mediodía, de lo tardío o lo temprano.

En casa, y en cualquier estación del año, pronto volvía a ganarme por completo el deseo de soledad, y era cosa también de mostrarse laboriosa y escribir los artículos del día, así como, anteriormente, la crítica teatral[86]*. Cuando más, mis caminatas me llevaban ocasionalmente, campo a través, hasta donde vivía Frieda Bülow, en medio de la nieve o del ligero verdor del follaje de Lichterfelde, en casa de unos parientes, la baronesa Anna Münchhausen-Keudell[87]*, en dos habitaciones repletas de hermosísimos y venerables objetos de familia, amén de otros, exóticos y actuales, del África oriental. A comienzos del año 1896 nos propusimos dedicarle algo de tiempo a Múnich: y fue allí donde conocí a la segunda mujer a la que llegaría a estar muy próxima y a la cual permanecí cercana para siempre (también en la edad somos vecinas), desde 1896 hasta nuestras respectivas muertes.

Helene von Klot-Heydenfeldt[88]* había nacido en Riga, en el Báltico, y estaba de paso en Múnich con su madre y su hermana; después de leer la *Sonata a Kreutzer* de Tolstói, había escrito un buen libro, *Una mujer,* tenía muchas relaciones alemanas y un año más tarde se casó con el arquitecto Otto Klingenberg; cuando más tarde, mucho más tarde, pasé varios meses de invierno en Berlín, viniendo de Gotinga, la casa de Helene Klingenberg fue mi hogar. Helene y Frieda se diferenciaban entre sí como un chico negro de una Virgen rubia. (Todavía más hacia lo rubio tiraron el marido, frisio, y los niños de Helene.) Y si la sed de acción de Frieda la arrastraba a las distancias, el destino de Helene estaba como íntimamente prefijado en la omnipotencia del amor, para ser mujer y madre —como epitafio eligió las palabras bíblicas: «La suerte me deparó lo amoroso»—. A causa de nuestra diferencia, mi vida con Frieda transcurría en fructíferas discusiones, pero esa diferencia la soportaba yo con más gratitud que ella, que a toda costa quería que fuéramos iguales. Con Helene me unía, de seguro, algún oculto parentesco, lo cual no impedía que transitara caminos muy diferentes de los suyos: lo que no nos importaba, porque esta naturaleza fuertemente anclada en el amor me toleraba, sin reservas, tal y como yo era, hasta cuando actuaba como un monstruo.

En Múnich[89]* no se vivía en tan amplia comunidad como en París o en Viena —la amplitud y belleza de sus calles estaba como vacía, como

pidiendo a gritos que se reuniesen en ellas—. La gente no convergía aquí en lo «muniqués» de los nativos, sino en lo común a todas las nacionalidades alemanas en torno; sociabilidad, la había en algunas familias literarias y en algunos rincones de Schwabing. Entre los conocidos —también estaban Max Halbe, Frank Wedekind, la Editorial Langen, después Björnson—, el que más iba con mi gusto era un compatriota de Helene, que ésta no conocía sin embargo: el conde Eduard Keyserling, que por entonces ya se estaba quedando ciego; y en una nueva visita a Múnich, algunos años más tarde, me entristeció mucho no encontrarlo ya con vida. Con otros, como Ernst von Wolzogen, Michael Georg Conrad, sólo hablé muy fugazmente; y de entre los jóvenes, traté frecuentemente a Jakob Wassermann, cuya excelente obra *Los judíos de Zirndorf* le había granjeado ya la atención general. Con August Endell[90]*, artesano y arquitecto, posteriormente director de la Academia de Arte de Breslau, hice especial amistad, y me fue profundamente querido hasta el final. ¡Que este recuerdo tenga que ser una necrología para este joven enfermizo, entonces solitario y en amarga lucha! Es el recuerdo de una proximidad inolvidable y de inolvidables valores.

Con ocasión de alguna cita en el teatro, Jakob Wassermann trajo hasta nuestras localidades a un amigo a quien quería presentar: era René Maria Rilke.

---

75. * *El círculo de amistades berlinesas, desde 1887: Gerhart Hauptmann,* 1862-1946, escribió en Erkner, entre otras cosas, el relato «Bahnwärter Thiel» [Thiel, el guardagujas]; «el “Bahnwärter Thiel”, la “Mittagsgöttin” [La diosa del mediodía] de Wilhelm Bölsch, y el “Wacholderbaum” [El enebro] de Bruno Willes, han sido concebidos en el silencio onírico del bosque de la Marca» (Nadler). Su drama social *Vor Sonnenaufgang* [Antes del amanecer], estrenado el 20 de octubre de 1889 en el teatro Lessing por la Freie Bühne de Berlín, y saludado ya antes de su estreno por Theodor Fontane, significó, como se sabe, la irrupción del naturalismo en Alemania. Una esquela: «Querida y apreciada señora, ¡hay que permitirme que venga! Gerhart», caracteriza la relación que tenían Lou A.-S. y Hauptmann; más tarde, cuando cobró influencia en él la ambición de fama, Lou A.-S. se mantuvo distante. De Marie Hauptmann, su primera mujer, hablaba LAS con *emoción. Arne Garborg,* 1851-1924, pasa por una de las figuras de más importancia espiritual y humana de la literatura noruega de la época; intentó ganar (con otros) para la literatura la Landsmal, la lengua noruega pura, libre de elementos daneses; había venido a Alemania en 1890; tras unos comienzos naturalistas, y bajo el influjo de la tendencia decadentista, anunció ya en *Müde Seelen* [Almas cansadas], 1893, el retorno del elemento religioso. *Hulda Garborg* tradujo el libro de Lou A.-S. *Ibsens Frauengestalten* [Las figuras femeninas de Ibsen] al danés, con un prólogo de su marido,

Copenhague, 1893. *Bruno Wille y Wilhelm Bölsche,* «un par de amigos de extrañamente opuesta afinidad» (Nadler), habían fundado en 1890 su comunidad de Friedrichshagen, apartándose de la unilateralidad de las grandes ciudades. En ese mismo año inauguró Bruno Wille, 1860-1928, con la representación de *Los pilares de la sociedad* de Ibsen, su Freie Volksbühne (tras su desligamiento del socialismo de partido, en 1894, Neue Freie Volksbühne), destinada a proporcionar a los obreros una relación con el arte; en ello le ayudaron Bölsche y el actor Türk. La «insensatez vista con los propios ojos»: *Das Gefängnis zum preussischen Adler,* 1914 [La prisión al Águila Prusiana], está basada en las luchas de Wille en Friedrichshagen por su actividad en la enseñanza de una religión libre. Ante todo, Wille se dio a conocer con su romántica-panteísta «novela de un vidente»: *Las revelaciones del enebro,* 1895. Una caricatura de origen desconocido, en el legado de Lou A.-S., lo muestra en el año 2000, en camisón de dormir, con un perro de la correa y el manuscrito «Filosofía del puro medio» bajo el brazo (una alusión a su escrito del mismo nombre, que apareció por entonces —1892— en la revista *Freie Bühne,* y que recibió posteriormente el título de «Philosopie der Befreiung durch das reine Mittel», 1896 [Filosofía de la liberación a través del medio puro]). Su amigo Wilhelm Bölsche, 1861-1939, había hecho publicar, en los años de su llegada a Berlín, el escrito «Die naturwissenschaftliche Grundlagen der Poesie» [Los fundamentos de la poesía en las ciencias naturales]; dirigió de 1890 a 1893, después de Brahm y antes de Julius Hart, la revista *Freie Bühne* («para la lucha por el desarrollo de la época»); por entonces, en 1891, apareció también su novela, de poesía natural y convicción antiespiritista, *Die Mittagsgöttin.* Lou A.-S. publicó en 1898, en *Zukunft,* un comentario crítico del primer volumen de su conocida obra, en tres, *Das Liebesleben in der Natur* [La vida amorosa en la naturaleza] que acababa de aparecer. A juzgar por las pocas cartas que se han conservado, las reuniones con «toda la colonia» se realizaban las más de las veces en casa de los Bölsche, sobre todo en los años de 1890 a 1893. *Los dos hermanos Hart:* Heinrich Hart, 1853-1906, y su hermano Julius, 1859-1930, críticos y poetas, intentaron entre 1882 y 1884, en sus cuadernos «Kritische Waffengänge» [Incursiones críticas], clarificar valorativamente las corrientes literarias de la época; junto con Fontane («Vossische Zeitung»), eran también los críticos de prensa («Tägliche Rundschau») de mayor importancia de los años ochenta y después. Es seguro que Lou A.-S. conocía a los Hart antes de que éstos pertenecieran al círculo de Friedrichshagen alrededor de Bruno Wille y Wilhelm Bölsche; posteriormente, en 1900, fundaron en Schlachtensee la hermandad religiosa «Nueva Comunidad». El escritor sueco *Ola Hansson-Marholm,* 1860-1925, que vivió de 1889 a 1900 en Friedrichshagen, era partidario de los poetas daneses, especialmente de Jacobsen, y hacía frente contra los naturalistas, Ibsen y Brandes; Strindberg lo había movido a hacer, en 1890, un estudio sobre Nietzsche; por entonces escribía poemas en alemán. Bajo el pseudónimo de Laura Marholm, su mujer escribía dramas y cuentos. *August Strindberg,* 1849-1912, venía de Suiza cuando Lou A.-S. lo conoció en Friedrichshagen, en 1892; en 1893 contrajo en Berlín su segundo y breve matrimonio; un año después se fue a París. *Max Halbe,* 1865-1941, estaba por entonces en vísperas de su gran éxito teatral con el drama de amor *Jugend,* 1893 (juventud), que ocurre en su lugar natal, el Weichselland. *Arno Holz,* 1863-1929, había ofrecido por entonces, con su drama *Familie Selicke,* 1890, un ejemplo de naturalismo, y fundamentaba su convicción de que «el arte tiene que volver a ser naturaleza» en 1891, en su obra *Die Kunst, ihr Wesen und ihre Gesetze* [El arte, su esencia y sus leyes]; su comedia *Sozialaristokraten,* 1896, es una sátira del círculo de socialistas refinados de Friedrichshagen, con retratos de Wille, Mackay y también del joven Holz. *Walter Leistikow,* 1865-1908, es el paisajista de la Marca, especialmente del Grunewald. *John Henry Mackay,* de origen escocés, 1864-1933, desde 1898 en Berlín, partidario y editor de Stirner, dio forma, en la novela londinense *Die Anarchisten,* 1891, a su «anarquismo individualista» opuesto a toda violencia en la vida social. *Richard Dehmel,* 1863-1920, junto con Leistikow los únicos oriundos de la Marca entre los aquí nombrados, comenzó a destacarse en aquellos años con sus primeras colecciones de poemas, *Erlösungen,* 1891 [Redenciones], y *Aber die Liebe,* 1893 [Pero el amor]. *Fritz Mauthner,* 1849-1923, de origen

bohemio-judío, fue cofundador de la revista *Freie Bühne;* en la novela *Der letzte Deutsche von Blatna,* 1890 [El último alemán de Blatna], describe la situación de la alemanidad en su país; Mauthner era conocido también como parodista *(Nach berühmten Muster* —Según modelos de fama —) y como satírico; en 1901/1902 publicó *Beiträge zu einer Kritik der Sprache* [Aportaciones a una crítica del lenguaje]; profesaba una «mística atea». *Otto Brahm,* 1856-1912, fue primero crítico e historiador de la literatura, luego —desde su fundación en 1889— presidente de la asociación Freie Bühne y editor de la revista del mismo nombre de esta asociación, que representó como su primera obra los *Espectros* de Ibsen y como segunda *Vor Sonnenaufgang,* de Hauptmann; en 1894 se encargó del Deutsche Theater. La otra de *«Las dos Freie Bühne»* es, por lo tanto, la Freie Volksbühne de Wille, la que fue después Berliner Volksbühne. *Maximilian Harden* (Witkowski), 1861-1927, primero actor, dio cabida en su revista *Die Zukunft,* fundada en 1892, a los espíritus más diversos; como es sabido, sus ataques literarios y floridos contra el káiser y la sociedad de la Corte llegaron a tener efectividad política. *Carl Hauptmann,* 1858-1921, había obtenido su promoción en 1893 en Zúrich, con el positivista (empiriocriticista) Richard Avenarius, con su trabajo «Die Metaphysik in der modernen Psychologie», Erster Teil [La metafísica en la psicología moderna, Primera parte]; con sus primeras obras poéticas, los dramas *Marianne,* 1894, y sobre todo *Ephraims Briete,* 1899, sigue estando aún cercano al naturalismo; Rilke trabó conocimiento con él en Worpswede. *Otto Erich Hartleben,* 1864-1905, se ocupó de dramaturgia entre otras cosas con la comedia *Hanna Jagert,* 1893, y con la tragedia *Rosenmontag,* 1900, que llegó a ser muy conocida. «Moppchen» fue posteriormente la mujer de Hartleben. *Eugen Kühnemann,* nacido en 1868, más tarde historiador de la literatura en Breslau, escribía por entonces su libro *Herders Leben* [Vida de Herder], 1895; «preferiría», según dice en el prólogo, «verlo en las manos de los artistas jóvenes»; en una carta a Lou A.-S., después de terminarlo, lo llama «su libro».

76. * Georg Ledebour, nacido en 1850, era político socialista, por entonces redactor de un periódico socialdemócrata. Perteneció a los fundadores del Partido Socialdemocrático Independiente, que se separó durante la Primera Guerra Mundial del SPD, pero rechazó la unificación, posteriormente proyectada, con el Partido Comunista. En 1924 fundó la Liga Socialista, de carácter pacifista, y en 1933 emigra a Suiza. Murió en 1947 en Berna. Véase, en el capítulo «Lo que falta en el Compendio», la clave de «estas líneas le saludan»; véase p. 217 y su comentario.

77. * el «Théâtre libre» de París, fundado en 1887 por el actor André Antoine, que sólo era accesible a los abonados y sirvió de modelo para la Asociación Freie Bühne (Antoine estuvo con su grupo en Berlín en 1887), producía, entre otras cosas, representaciones de Ibsen, Strindberg y Gerhart Hauptmann. Aurélien-Marie *Lugné-Poe,* actor y director de teatro, fundó en 1893 su «Maison de l'oeuvre», dando, entre otros, a lbsen y Maeterlinck. *Paul Schlenther* estuvo al lado de Otto Brahm en la fundación de la Freie Bühne. LAS contaba que había sido ella quien había establecido la relación entre *Knut Hamsun,* 1859-1952 (que había publicado con otras editoriales sus primeras grandes novelas, *Hambre, misterios* y *tierra nueva)* y su posterior editor Albert Langen. *Therese Krüger,* traductora del danés y al danés, tradujo, en 1896, parte del libro sobre Nietzsche de Lou A.-S. para una revista danesa; era también la traductora de Herman Bang. *Herman Bang,* 1857-1912, en su patria danesa había sido primero periodista (teórico del naturalismo) y director de teatro; una de sus primeras obras narrativas fue la novela *Hoffnungslose Geschlechter* [Linajes sin esperanza], aparecida en danés en 1880. En un artículo de 1903 sobre las novelas *Das weisse Haus* [La casa blanca] y *Das graue Haus* [La casa gris], aparecidas en danés en 1898 y 1901, dice Rilke: «Su intención es volver a apoderarse de su niñez». *Sadi Carnot,* presidente de la República Francesa, fue apuñalado por un anarquista italiano el 24 de julio de 1894. *Alexandre Millerand,* que fue

posteriormente presidente de la república, era socialista, como *Jean Jaurès,* el pacifista asesinado en la víspera de la Primera Guerra Mundial; Jaurès (profesor de Filosofía) era un orador brillante.

78. * *Frank Wedekind,* 1864-1918, se había hecho famoso con su primer drama, *Frühlings Erwachen,* 1891 [Despertar de primavera], escrito en Múnich. «Luego... volví a París y me convertí allí, por último, en secretario de un pintor y marchante danés, Willy Gretor de nombre...» El relato de Lou A.-S. en el cual se recoge, como «relleno», el «malentendido wedekiniano» es «Fénitschka», 1898; éste reproduce de manera fácilmente reconocible la peliaguda situación en que se vio envuelta Lou A.-S. por su desconocimiento de determinados símbolos de aproximación, y también —si bien no en una frase— las palabras con las cuales se salvó y salvó a Wedekind de la situación («La culpa es mía, señor W., porque todavía no me había topado nunca con un hombre indecente»). Al día siguiente —también esto puede relatarse aquí— apareció Weldekind en el más solemne de los atuendos, para pedir disculpas; la amistad quedó entonces rápidamente anudada. Las «canciones patibularias» de las que se hace mención aquí son las bien conocidas de Christian Morgenstern. En sus breves notas diarias de la época de París, Lou A.-S. observa, con fecha 28 de julio: «Wedekind estuvo conmigo, discutimos el drama en común en el Palais Royal». El plan de un drama que se haría en común vuelve a mencionarse el 4 de agosto: «Por la noche estuvo aquí Wedekind por lo del drama». Pero después Lou A.-S. habla sólo de su propio trabajo en esta obra. Durante la temporada que se menciona en las pp. 108-109 con el médico ruso Savelii (a quien designa en una nota como «buen compañero») en las montañas suizas, Lou A.-S. no sólo terminó el drama (26 de agosto, «Drama listo»), sino que también lo pasó a limpio y lo reelaboró: 31 de agosto «Por la mañana se terminó de reescribir el drama». En París se lo leyó a algunos conocidos rusos. Pero el trabajo en esta pieza, que según se puede entender era en tres actos, todavía se prosigue en Berlín (7 de octubre). A partir de entonces no vuelve a ser mencionado. Nada más se sabe sobre este trabajo (y tampoco sobre la colaboración, al comienzo, con Wedekind). La pieza no se conserva.

79. * la viuda del conocido poeta político de los años que precedieron a 1848, Georg Herwegh, 1817-1875; al fracasar el levantamiento badense (en el cual había participado Herwegh en forma poco gloriosa), ella salvó a su marido de caer prisionero.

80. * para ayudarla a ella y a su hijo, Lou A. S. escribió, a su regreso a Alemania, en octubre de 1894, un boceto de folletón: «Si quieres hacerme un favor grande, grande, utiliza el folletón adjunto para una *Collecta* en pequeño: cada una de sus palabras descansa sobre la verdad rigurosa, y estoy juntando algo para estos dos pobres seres a los que he tomado mucho cariño» (carta a una amiga).

81. * el pasaje decía inicialmente así: «... se despertó en mí como una idea de *modificada totalidad cósmica* —no sé cómo expresar de modo más inteligible el matiz de sentimiento de la inopinada sorpresa— lo paradisíaco desapareció en el claro-oscuro del mágico paisaje, e inevitablemente» [un hueco, para proseguir más o menos así:] algo inconmovible apareció, pétreo, bajo el pie que avanzaba. El «momento vivido repentinamente de nuevo» es el de la «desaparición de Dios».

82. * Frieda, baronesa von Bülow, 1857-1909, hija de un consejero de legación prusiano, había seguido en el año 1887 a su hermano Albrecht al protectorado del África oriental, conquistada para Alemania por la acción de Carl Peters; fundó en Dar-es-Salam y en Zanzíbar los primeros centros hospitalarios; un año más tarde, una enfermedad la obligó a volver a Europa; a comienzos de 1892 Lou A.-S. la conoció en Tempelhof; después de que su hermano cayera, en mayo de ese mismo año, luchando en África, volvió allí, en junio de 1893, por espacio de algo así como un año, para concluir sus trabajos de plantación. Lou A.-S. y Rilke estuvieron, durante el tiempo de sus estudios de

preparación para el gran viaje a Rusia, en el verano de 1899, en su casa, sobre el Bibersberg, junto a Meiningen. De entre las novelas de Frieda v. B., poseen una cierta significación las que tratan de sus impresiones africanas y su encuentro personal con Carl Peters (por ejemplo, *Im Lande der Verheissung,* 1899 [En la tierra prometida]), por la descripción de las circunstancias coloniales de la época. Las cartas que Lou Andreas-Salomé escribió a Frieda von Bülow en el último período de su enfermedad mortal, cuyo final no se le ocultaba a esta última (desde noviembre de 1908 hasta el último día, el 10 de marzo de 1909), son testimonio no sólo de esta amistad, sino también de la manera de entender la vida Lou A.-S. a mitad del camino, motivado por lo señalado de la hora. (Frieda v. Bülow había escrito, entre otras cosas: «Se llena uno de una profunda pesadumbre al experimentar en propia carne cuántos padecimientos, dolor y desamparo pueden caer sobre los infelices seres humanos». «En los últimos seis días he sufrido más tormentos que en los otros 51 años de mi vida.» «Desea uno la muerte con codicia.» Característico de ella es cuando dice que, «de los dos torvos espíritus que siempre están junto a la cama», aquel que le dice que ya no podrá, como quería hacer «por la fuerza», «crearle una existencia cómoda y agradable» a su hermana Sophie, es «aún más siniestro» el que dice: «Pronto llegará ya la gran despedida de todo».)

«Querida mía, humildemente una pequeña hojita gris como ésta, como saludo ocasional.» «Yo creo de todas maneras que, para la mayoría de los seres humanos, la niñez es la mejor época cuando más tarde piensan en ella, sólo que para mí fue la menos buena, y para ti también habría sido probablemente así sin la presencia de Grete [Margarethe v. B., véase la nota siguiente]. Dos infancias del mismo estilo *juntas* son ciertamente el paraíso. De lo posterior, de la juventud, quizás ya no habrías podido decirlo, porque no se sabe cómo habrían congeniado vuestros años eróticos y vuestra productividad intelectual. Así que puede que el recuerdo se haya cerrado con lo más elevado y lo más dulce. Y lo que vino después te instigó, tanto como mujer como en cuanto ser humano, a todo lo que convenía a tu más propia naturaleza, precisamente con tal independencia porque ya no tenías a Grete. Siempre pienso que estos años de juventud son el momento en que debemos arrancarle a la vida nuestra forma interior, agarrarnos a ella completamente; la fogosidad y el coraje son las virtudes de la juventud. Después sólo se es y se tiene lo que entonces se conquistó. Después es como si uno retrocediera un paso ante la vida, se gana una pizca de distancia ante ella, es una cosa ya independiente y da de sí, aquí y allá, algo ya digerido: hijos, obras y cosas por el estilo. Desde ese momento, no necesita uno ya en rigor vivir, o más bien: vive ya sólo para sí, en sí, adentrándose en alguna eternidad de la cual nada sabemos, pero para la cual es probable que nuestra figura interior aquí ganada resulte más tarde ser el nuevo cuerpo externo —dicho figuradamente—, tal como lo exigiría una existencia potenciada, más fina. Y no son ensoñaciones. En último término todas nuestras más bellas y espontáneas concepciones reposan sobre supuestos semejantes. Que nos resulte imposible considerar como el máximo bien la vida corporal presente, y tengamos una desconfianza tan profunda hacia aquellos que lo hacen; que todas las cosas más profundas y maravillosas sucedan en las almas, sin un efecto exterior; que todo valor supremo sea inconsciente de sí mismo y no haya nadie que lo contemple; y en general toda última nobleza, reposa sobre ello. Yo me imagino que todo vuelve siempre a hacerse corporal y externo, tarde o temprano, pero sobre una base cada vez más refinada; ¡es un fragmento tan ínfimo de las posibilidades de existencia lo que conocemos! Viene a dar una en estos pensamientos por la circunstancia de que desde hace pocos años toda la ciencia natural cambia literalmente de piel en esta dirección, del mismo modo que últimamente, y a consecuencia de ello, todos los especialistas de alguna manera entendidos se interesan por los problemas más metafísicos. *Antes* no era distinto, pero precisamente hace medio siglo, en la época de nuestra juventud, se extendía el desierto de la dogmática científica y sus estrechas anteojeras, que no veía otra cosa que lo que tenía delante de la nariz.»

«Otra vez días y días, amada mía, y noches y noches, ¡y cómo debe haberte sido de pesada cada una de sus horas! Cada una como una mole inmensa que arrastra de tal manera hacia abajo, que al

final no hay nada ya que poner en el otro platillo de la balanza, hasta se olvida que siga habiendo siquiera otro *platillo en la balanza,* y que éste ya está dispuesto y secretamente repleto de contrapesos tales que, conforme a su especial naturaleza, no pueden ser percibidos durante ciertos procesos. ¡Y *esto* es tan terrible! No cabe aquí otro consuelo posible que saber: el equilibrio va a restablecerse, ¡aunque las espantosas pesas de plomo nos arrastren hasta el suelo! Son pesas de puro cartón, créeme, para el modo de ver de un poco después, cuando se está ya libre de ellas, porque entonces se está también libre de todo el horror que causan, así como la madre que ha dado a luz olvida, tras un tiempo, toda medida del dolor sufrido. ¡Aferrarse *mecánicamente* a que esto es así, *ordenárselo* con todas las fuerzas! No dejar que el miedo sobrevenga, sino reconcentrarse en la fe victoriosa de que semejantes enfermedades son *nacimientos.* Son lo *más grave* que se pueda vivir (a menos que se trate de enfermedades febriles, que se vive entre sueños). Pues lo más grave es y sigue siendo la enajenación del propio cuerpo. Cualquier otro padecer viene de fuera, así es que uno se le puede oponer luchando, pero éste, en apariencia, somos nosotros mismos, con lo cual estamos como hechizados en su interior. Precisamente porque no *"somos"* cuerpo, sino sólo lo "tenemos", nos sucede algo tan monstruoso cuando éste, por así decirlo, lo amordaza todo en nosotros y parece instalarse en nuestro lugar. Nuestro instinto de conservación es en parte tan uno con él, que sólo puede desligarse con un tirón estremecedor. Pero en realidad no es entonces cuando nuestro yo deja de ser idéntico a sus procesos, sino que dejó de serlo hace tiempo, está de tal manera formado *en sí mismo* y concentrado en forma, que, liberado de aquél, sería de inmediato existente en sí, como en una «corporalidad» mucho más propia, más fina. Porque espíritu y cuerpo son solamente palabras nuestras: en algún sentido, siempre llamamos corporal a *todo* lo que podemos desmontar e inspeccionar con los instrumentos más toscos, y llamamos espiritual todo lo que queda más allá de ello en sus efectos. En un plano más alto —que no necesita siquiera ser tan insuperablemente elevado — lo que ahora nos es espíritu se nos antojaría a su vez de naturaleza corporal, y de seguro que sería nuevamente el espejo, el vaso para efectos superiores, los que llamaríamos "espíritu". Todos los seres humanos serios ponen en acción, continuamente a lo largo de la vida, un instinto de conservación que va más allá del corporal —en realidad en todo lo importante hacia lo cual tienden su mano, en todo lo hermoso en lo que se sumergen, en todos los sacrificios alegres que los sobrepasan—, cuánto más en el sacrificio mil veces ofrecido del bienestar o incluso de la vida por una idea cualquiera, un amor o algo por el estilo. Todos estos casos no es que caigan fuera del instinto de conservación, la vida no puede hacer tal, sería perverso y feo, no grande; no, lo que ocurre es que ha tiempo poseen su yo con su centro de gravedad en otra parte, allí está a salvo, confirmado y sometido a sus posteriores leyes de crecimiento. Del mismo modo, a edad avanzada se ha trasladado, ya *sin* enfermedad, tan lejos, que hacia el exterior apenas si parece presente, y el cuerpo sólo lo amarra, lo lisia, le es prisión y obstáculo. Este "estar prisionera" es lo que tú ahora, por tu enfermedad, vienes a sentir de modo tan horroroso, y de seguro que todo se hace en torno a ti una y otra vez tan estrecho, tan estrecho, que a mí a veces, de miedo y de dolor compartidos, me baña el sudor. ¡Sostenerte es lo que quisiera! ¡Y soportado *ha de ser,* hagamos lo que queramos! Aquello que *está sobre ti,* querida mía, amada sobre todas las cosas, lo exige, y eres tú misma la que surgirá de ello, dolores son, pero nada cruel e innoble te los impone, como te lo hicieran temer a veces viejos sueños... sino que así lo quiere la vida, la infinita, el "¡muere y deviene!" de la vida en cuyo seno somos todos uno —¡un ser humano que se afana a lo alto!—. No puedo escribir más, estoy tan por completo, tan por completo contigo.»

«Querida mía, me cubro de improperios por haberte escrito tanta palabrería que tú quizás no tuvieses ninguna gana de leer, pero lo bueno es que tampoco *necesitas* leerlo, no es como un pesado parloteo, sino que a voluntad permanece mudo. Provino también de que en estos años he pensado tanto sobre todo tipo de estudios de física, química y cosas por el estilo, y muchos de ellos me habría gustado llevártelos inmediatamente, hirviendo. Especialmente la certeza harto notable de hasta qué punto el proceso que llamamos vida es un proceso de muerte, y *también a la inversa* —ambos

exactamente lo mismo en su esencia—. Hace mucho tiempo que se sabía que dondequiera que haya “vida” algo se descompone en el organismo en cuestión, y muere; la reconstrucción que luego se produce no se documenta en modo alguno como “vida”, está, por ejemplo, muy presente en el sueño, en el cansancio de la digestión, etc. Para que se “libere” vida realmente con fuerza, tiene que haber mucho que se haga mortal; así, la vida efectivamente sólo es posible como un “esquivar y escapar de lo corporal”. Al decir que *necesita* del cuerpo, queremos decir solamente que éste es necesario para *reflejarla visiblemente* para nosotros; pero ella misma “vive” sólo en contraposición con aquél, puesto que aparece sólo y en la medida en que “algo muere” en él. Lo orgánico, o incluso lo espiritual, lo consciente, se diferencia en grado máximo de lo anorgánico por la medida y el nivel de su *mortalidad,* es decir, de la volatilidad de todas las partículas materiales que constantemente dinamita para liberarse, es decir, para aparecer como “vida”. Prácticamente cabe definir todo lo orgánico, lo espiritual, con la frase: “por la muerte a la vida”. En los grados superiores de su liberación, así por ejemplo en la enfermedad o también en la edad avanzada, y del modo más completo en la muerte, se hace por último, a causa de este reflejo corporal dinamitado, casi o totalmente imperceptible, inconstatable para los demás, para todos los que todavía están atados al cuerpo (en menor medida “moribundos”), de ello se ve solamente lo negativo: que no se expresa ya en lo material, que ha escapado. Pero éste es el punto en el que está al borde de alcanzar, del modo más positivo, su sí mismo, el centro de sí mismo, que nosotros sólo podemos presentir, porque ya no se adhiere a él tanta escoria y tanta influencia de lo material (por la cual la conocíamos). ¡Así es, como que Dios vive!»

83. * con veinticuatro años, había muerto, en enero de 1884, en un acto de salvamento; Margarethe v. B. poseía dotes poéticas mucho más originales que su hermana; su obra más madura es la novela *Jonas Briccius,* 1886.

84. * [el círculo en Viena, 1895/1896:] *Arthur Schnitzler,* 1862 a 1931, había comenzado su camino de poeta con los bocetos dramáticos *Anatol,* 1893, y la comedia *Das Märchen* [El cuento de hadas]; Lou A.-S. le había escrito desde París, en abril de 1894, haciendo referencia a estas obras. *Richard Beer-Hofmann,* 1866-1945, había publicado solamente «novelas breves» por entonces; su novela más importante, *Der Tod Georgs,* 1900 [La muerte de Georg], había ocupado también la atención del joven Rilke. *Hugo von Hofmannsthal,* 1874-1929, gozaba entonces de su primera fama por sus poemas y los pequeños dramas. *Felix Salten* (Salzmann), 1869-1945, era ensayista y narrador. *Peter Altenberg* (Richard Engländer), 1859-1919, publicó la primera serie de sus «estudios», *Wie ich es sehe* [Como yo lo veo] al año siguiente, en 1896; el boceto al cual Lou A.-S. se refiere aquí es, seguramente, *Zwei Fremde* [Dos extraños], conservado en el legado, que no está sin embargo en el libro citado. La conocida frase (de Alfred de Musset) sobre Altenberg figura en la primera página de la primera edición de *Wie ich es sehe* y exactamente dice: *Mon verre n’est pas grand - mais je bois dans mon verre.*

85. * *Marie von Ebner-Eschenbach,* 1830-1916, había escrito la mayoría de su obra épica en los años ochenta, comenzando con «Bozena», 1876; al relato «Glaubenslos», 1893 [Sin religión], siguieron aún, en 1901, las narraciones «Aus Spätherbsttagen» [De los últimos días de otoño]. Ya en su artículo «Ketzereien gegen die moderne Frau» [Herejías contra la mujer moderna] (en *Zukunft,* 11 de febrero de 1899), Lou A.-S. había expresado su admiración por Marie v. Ebner: «La mujer moderna, que también como escritora se lanza a la arena, gasta actualmente mucha, pero que mucha de su fuerza más íntima en las repeticiones de su ser sobre el papel. Al aproximarse personalmente a ella, ¿ofrecerá el aspecto de una mata en flor produciendo rosas o... de alguien que ha entregado algo costoso, irreemplazable, como si sólo fuera su excedente florido? Recuerdo la hora en que por

primera vez ascendió a mí esta pregunta. Fue en Viena [en 1895], en una recámara tranquila, vieja y noble, delante de una escritora anciana, a la que con certeza nunca se le echó en cara en tono de reproche, que escribiese de manera “femenina”. ¿Escribe acaso como un hombre? Ah no. Pero si se mira en sus ojos profundos e inteligentes y se ve jugar alrededor de los labios la sonrisa indeciblemente fina, uno sabe de pronto... cuán poco de la gran riqueza que hay en ella se ha consumido en estas obras literarias, cómo todas estas hojas de papel vienen a semejar, al final, sólo finos y pálidos pétalos de rosa, comparadas con el árbol inmarcesible y de profundas raíces que las arrojó y las dejó volar a todos los vientos. Esta escritora, cuyas manos besé entonces llena de pensamientos semejantes, era Marie von Ebner-Eschenbach».

Hasta qué punto Maria von Ebner-Eschenbach apreciaba también a Lou Andreas-Salomé como persona y como escritora lo demuestran sus breves cartas, repartidas entre los años 1895 y 1913, especialmente la del 7 de agosto de 1901: «¡Admirada señora! Finalmente, tras un período largo y pleno de trabajo, he podido concederme algo de descanso. He leído entonces una de las historias más hermosas que hay: “Ma” de Lou Andreas-Salomé. Si es un retrato, es un Velázquez.

»“Lou Andreas es, entre las escritoras de hoy, la de más espíritu, la de mayor profundidad psicológica” [probablemente una frase de una reseña, incluida en el libro]; esto puedo firmarlo yo con letras tan altas como la catedral de Uspenski [en Moscú, a la cual se hace alusión tanto en “Ma” como en el diario del viaje a Rusia]. Respeto ante usted, agraciada mujer, y ante su arte y ante su sabiduría. La sabiduría es siempre una bienhechora, fue ella quien le dio a usted la idea de ese niño extraño, cuya pequeña figura aparece ante nosotros consoladora, cuando vemos regresar a la magnífica Ma a su casa solitaria, después de despedir a sus hijas.

»Reciba usted mi agradecimiento, respetada señora, por haber escrito este libro, y por habérmelo enviado usted y haberme dado con ello señal de que se acuerda, con bondad, de mí.»

Sobre *Aus fremder Seele. Eine Spätherbstgeschichte,* 1896 [Desde el alma ajena. Una historia de finales de otoño], había observado: «Una gran fuerza poética se ha empeñado en resolver un problema insoluble. No lo ha logrado, pero nos inspira respeto». (M. v. E.-E., *Aus einem zeitlosen Tagebuch,* 1916 [De un diario intemporal]).

Véanse también las expresiones de Lou A.-S. sobre Marie v. Ebner-Echenbach a la noticia de su muerte, en la carta a Freud del 15 de marzo de 1916.

86. * los primeros artículos de Lou A.-S., de los años 1891 a 1893, es decir hasta el primer viaje a París, versaban sobre temas religioso-psicológicos, como «Der Realismus in der Religion» y «Gottesschöpfung» [El realismo en la religión y La creación de Dios], luego sobre temas del libro sobre Nietzsche, que vino más adelante, y por último, en 1893, «crítica teatral»: sobre una presentación de la Duse, sobre *Frühlingserwachen* de Wedekind, sobre *Hanneles Himmelfahrt* [La ascensión de Hannele] de Hauptmann, entre otros; la mayoría de ellos aparecieron en *Freie Bübne,* que dirigieron por entonces, sucesivamente, Bölsche, Julius Hart y Wille. Los «artículos del día», hasta el segundo grupo de críticas teatrales en los años de la amistad con Max Reinhardt, a partir de 1906, eran nuevamente artículos de psicología religiosa y literaria, se referían a la cuestión femenina, a asuntos rusos y a algunos temas más; se publicaron en los más diversos periódicos. Más o menos a partir de 1911, la mayoría de los artículos de temática similar, excepto dos de psicología profunda, aparecieron en el *Literarisches Echo.*

87. * era la madre del barón Thankmar v. Münchhausen, conocido por las cartas de Rilke. La relación amistosa con Anna von Münchhausen duró hasta la muerte de Lou A.-S.

88. * *Helene von Klot-Heydenfeldt:* Helene Klot von Heydenfeldt, nacida en Lituania en 1865, escribió su libro *Eine Frau. Studie nach dem Leben* [Una mujer. Estudio del natural]

aproximadamente en 1890. En 1897 se casó con el arquitecto Otto Klingenberg; a partir de 1899 los Klingenberg vivieron en Berlín; también Rilke los visitó allí. Helen Klingenberg murió, en abril de 1946, en una pequeña aldea mecklenburguesa donde había buscado asilo, desde 1943, ante los ataques aéreos contra Berlín. Junto a las palabras de conmemoración de Lou A.-S. conviene poner una de agradecimiento de Helene Klingenberg, de una carta de los últimos años: «Toda la vida has permanecido para mí en una proximidad de presencia. No podré decir nunca lo que tengo que agradecerte, sólo puedo entregarlo, en mi relación con los seres humanos que me están más próximos».

89. * [El círculo de Múnich, 1897:] *el conde Eduard Keyserling,* 1858-1918, había publicado hasta el momento sólo relatos, de talante aún naturalista; sus obras más esenciales, dramas y relatos, comenzaron a aparecer a partir de 1903 más o menos. La visita demasiado tardía corresponde a la temporada en Múnich con Rilke, en 1919. *Ernst von Wolzogen,* 1855-1934, había escrito, entre otras cosas, una tragicomedia de la bohemia y algunas novelas sociales; su «Ueberbrettl», traducción exagerada al alemán del cabaret de Montmartre francés, lo fundó en 1900 en Berlín; allí le construyó August Endell un teatro propio. *Michael Georg Conrad,* 1846-1927, era conocido, entre otras cosas, por una novela de anticipación fantástica, *In purpurner Finsternis,* 1895 [En la tiniebla púrpura]; su revista *Die Gesellschaft* [La sociedad], cuyo editor en Leipzig, Wilhelm Friedrich, también había publicado *Im Kampf um Gott,* siguió siendo, con su riqueza de colaboradores de las más diversas tendencias, una de las revistas literarias de más importancia hasta finales de siglo. *Jakob Wassermann,* 1873-1934, publicó en 1897 *Die Juden von Zirndorf* [Los judíos de Zirndorf], una novela sobre sus orígenes; se hizo más conocido aún en 1900, con *Die Geschichte der jungen Renate Fuch* [La historia de la joven Renate Fuchs].

90. * *August Endell,* 1871-1925, criado en Berlín, había estudiado, en Tübingen y en Múnich, estética, psicología y filosofía. En 1896 había estado por primera vez en Italia y publicado a su regreso, en el mismo año, un pequeño escrito «Über die Schönheit» [Sobre la belleza]; Lou A.-S. lo había leído y a resultas de ello había ido espontáneamente a verle, seguramente en el otoño de 1896. Por esta época, Endell conoció también al artesano Hermann Obrist, quien le convenció de que trasladara a la práctica su trabajo teórico. Juntamente con Obrist y otros se convirtió, a través de sus primeras obras, en impulsor de la nueva artesanía y de la nueva arquitectura del Jugendstil. Entre las primeras construcciones de Endell se contaba el atelier Elvira, en Múnich. La mayoría de sus obras las realizó Endell en Berlín. Allí se originó el escrito «Die Schönheit der grossen Stadt», 1908 [La belleza de la gran ciudad]. También le preocupaban temas como «Die Zerstörung des Lebens durch Arbeitszerlegung» [La destrucción de la vida por medio de la disgregación del trabajo]. En 1918 fue llamado como director y profesor a la Academia de Arte de Breslau; tras larga enfermedad, su resistencia corporal se desplomó en 1924.

CON RAINER

En las llamadas «Casas de los Príncipes» de la calle Schelling de Múnich, donde a comienzos de 1897 me había alojado con Frieda von Bülow, había recibido, durante un tiempo, poesías enviadas por un anónimo. Reconocí a su autor por la letra de la primera carta después de la presentación que nos hiciera Jakob Wassermann, en una noche de teatro en primavera[91]*. Entonces me leyó más poemas, entre ellos las «Visiones de Cristo»; por lo que dice esa primera carta, debieron de parecerme concebidos en un tono demasiado negativo. Algunos fragmentos tuvieron que haberse publicado a la sazón en la «Gesellschaft», y haber llegado también a manos de otras personas, pero en años posteriores no logramos encontrarlos, a pesar de que la Insel-Verlag también se ha ocupado del asunto; de modo que hay que darlos por perdidos.

No hizo falta mucho tiempo para que René Maria Rilke se convirtiera en Rainer. Él y yo nos pusimos a buscar una casa en las afueras, cerca de la montaña; y una vez allí, en Wolfratshausen[92]*, volvimos a cambiar de refugio; a la primera vino con nosotros Frieda; en la segunda, una casa de labranza construida en la montaña, nos cedieron las habitaciones sobre el establo de las vacas; en la fotografía que se hizo más tarde tendría que haber salido también la vaca, pero no quiso sacar la cabeza por la ventana del establo; la labradora, en cambio, aparece delante; y justo por encima del techo puede verse con claridad el sendero, adentrándose en el paisaje; encima de todo flameaba nuestra bandera, de lienzo tosco y pintada «Loufried»[93] con letras negras de un palmo de grandes, confeccionada por August Endell, que pronto hizo amistad con Rainer; nos ayudó también a hacer más acogedoras, con hermosos cojines, mantas y aparatos, las tres cámaras conectadas entre sí. Hacia el otoño se nos sumó por un tiempo mi marido, junto con la perra *Lotte;* a veces nos visitaba Jakob Wassermann, y también otros; en la primera casita, un ruso (ciertamente de no muy buen

recuerdo) que había venido a verme desde San Petersburgo y con quien yo había hecho estudios de ruso.

Rainer, jovencísimo aún, había escrito y publicado ya con sorprendente profusión —poemas, relatos, y editado también la revista *Wegwarten*[94] *—, pero su presencia no hacía preponderantemente el efecto del gran poeta que llegaría a ser, sino que impresionaba por su peculiaridad *humana.* Y ello a pesar de que desde sus comienzos, casi ya desde la infancia, había presentido la tarea poética como su indisputable vocación y nunca había dudado al respecto. Pero precisamente porque ardía en esta seguridad casi onírica, no sobrevaloraba en modo alguno lo ya logrado: constituía sólo el impulso de renovados intentos de expresión cuyos esfuerzos de técnica, cuyas luchas con la palabra, casi naturalmente se le enredaban con el exceso de sentimientos —la «sentimentalidad» tenía que venir en ayuda de lo que aún no podía cumplirse cabalmente—. Este elemento «sentimental» se delimitaba frente a su *ser:* quedaba —diríase— dentro de la situación de emergencia técnica. Porque, por encima de ello, surgía precisamente de la enorme y esencialísima seguridad de poderse *lograr* poéticamente. Si bien su amigo Ernest von Wolzogen, por ejemplo, alguna vez lo invocó en broma, por carta, como «Purísimo Rainer, inmaculada María»[95], no había sin embargo en su situación interior ninguna espera infantil-femenina, sino ya una especie de virilidad: un señorío intangiblemente delicado que le sentaba bien. Lo cual no se contradecía siquiera con su muy temerosa actitud ante lo que pudiera influirle o amenazarle, es decir, lo ajeno: sentía que eso no lo amenazaba a él, sino a aquello que sabía a su cargo y cuya custodia le estaba en todo momento encomendada. De ahí le venía una indivisibilidad de espíritu y sentidos, una vibración recíproca de ambos: el ser humano se fundía sin merma en el artista, y el artista en lo humano. Da igual dónde le sobrecogiera: era *un solo* sobrecogimiento que todavía no entendía para nada de divisiones y que no conocía en sí ninguna duda, ninguna trepidación y ningún juicio contrario fuera del despliegue, aún inquieto, de sus conquistas poéticas. Aquello que se designa como «gracia masculina» lo poseía por aquel entonces Rainer en alto grado, sin complicaciones en toda su delicadeza, e indestructible en la consonancia de

todas las expresiones de su ser; a la sazón podía todavía reír, saberse aún acogido, sin daño y sin sospecha, por las alegrías de la vida.



Lou Andreas-Salomé, 1897



En la casa de Wolfratshausen, 1897
(Frieda von Bülow, R. M. Rilke, August Endell y Lou Andreas-Salomé)
© Dorothee Pfeiffer, Göttingen

Si se piensa, desde esta perspectiva, en el poeta posterior, ya próximo a la meta y perfeccionándose en su arte, resulta sobremanera claro por qué hubo de costarle eso la armonía de la personalidad. Visto en profundidad,

no cabe duda de que *todo* proceso artístico entraña un fragmento de semejante peligro, de rivalidad semejante hacia la vida: incalculablemente más peligroso aún para Rainer, porque su disposición propendía a cumplir líricamente lo casi impronunciable, a preparar alguna vez, con el poder de su lírica, la palabra para lo «indecible». Por eso, puede que en su caso ocurriera más tarde que el despliegue de la plenitud de la vida, por una parte, y el de la genialidad artística, por la otra, no se fomentaran mutuamente, sino que crecieran casi el uno contra el otro; que las exigencias del arte y de una humanidad plena entraran en conflicto a medida que el logro artístico se abrió en esa su realidad enorme y exclusiva. Este giro trágico fue preparándose allí de manera ineludible.

Pasaron años antes de que aquello se hiciese claramente perceptible. Lo que habría de ser «obra» se acumulaba en abundancia y claridad crecientes; pero entre sucesivos arrobamientos se vaciaban las semanas y los meses en una espera con la conciencia dolorida. Era entonces cuando temía por Rainer: me parecía que cualquier clase de trabajo o de actividad, cumplido sin pretensión alguna, era mejor que la espera vacía en medio de autorreproches inútiles (era eso también lo que más le atemorizaba a él). A estas esperas terminamos al final por llamarlas en broma «la decisión de hacerse cochero de postas». Y luego volvíamos, durante años, a deshacernos de todo cuidado, porque lo que a veces, como amenaza y enfermedad, comenzaba a despuntar como destino de Rainer traía al mismo tiempo esplendores de experiencia que evocaban inauditas esperanzas.

Si bien nos habíamos conocido entre la gente, tiempo hacía que de allí había resultado un entrelazamiento de dos vidas en el cual todo nos era común. Rainer compartía por completo nuestra muy modesta existencia en el lindero del bosque, en Schmargendorf[96]* junto a Berlín, desde donde el bosque llevaba en pocos minutos hasta Paulsborn, pasando junto a corzos confiados que venían a olisquearnos los bolsillos del abrigo, mientras nos solazábamos descalzos —como nos había enseñado mi marido—. En la pequeña casa, donde aparte de la biblioteca de mi marido la cocina era la única habitación de estar, Rainer me ayudaba no pocas veces a cocinar, especialmente cuando había su guiso preferido, sopa de sémola a la rusa, o si no *borschtsch;* perdió todos sus melindres de niño mimado, que antes le

hicieran sufrir ante la menor apretura y lamentarse por su exigua mesada; vestido con su camisa rusa azul, de cierre rojo sobre el hombro, me ayudaba a picar madera o a secar la vajilla, mientras seguíamos imperturbables, con nuestros diferentes estudios. Versaban éstos sobre multitud de cosas; pero a lo que con más afán se dedicaba —habiendo vivido desde hacía tiempo inmerso en la literatura rusa— era al estudio de la lengua del país, desde que seriamente planeáramos nuestro gran viaje[97]*. Durante algún tiempo estuvo combinado con un plan de mi marido para emprender un viaje a la Transcaucasia y a Persia, que luego no resultó. Hacia Pascuas de 1899, nos fuimos los tres a casa de mi familia en San Petersburgo, y a Moscú; un año más tarde recorrimos Rainer y yo Rusia con más detenimiento.

Si bien es cierto que no fuimos derechos a Tula, a visitar a Tolstói, su persona formaba en cierto modo la puerta de entrada a Rusia para nosotros. Porque aunque Dostoyevski hubiese sido el primero que le revelara a Rainer las profundidades del alma humana en los rusos, Tolstói fue quien se convirtió como en la personificación de los rusos mismos debido al poder de penetración poética de todas sus descripciones. Esta segunda visita a Tolstói[98]*, en mayo de 1900, no tuvo lugar, como la del primer viaje, en su casa de invierno en Moscú, sino en su finca Jásnaja Poliana, situada a 17 verstas de Tula. Vivirle plenamente sólo podía uno hacerlo en el campo, no en la ciudad ni dentro de un cuarto —por más que éste se distinguiera con su estilo campesino del resto de las estancias de la residencia condal, o por más que el dueño de la casa se mostrara tan tranquilo en una bata remendada por él mismo, o trabajando con las manos, o en la mesa familiar, comiendo, a diferencia de los delicados manjares de los comensales, sopa de sémola o de coles.

Esta vez la impresión más fuerte que recibimos provino de una breve *caminata.* A una pregunta a Rainer: «¿A qué se dedica usted ahora?» y su respuesta, algo tímida: «A la lírica», había llovido sobre él una apasionada diatriba contra toda lírica, pero un espectáculo fascinante a la salida del patio de la finca impidió que le dedicáramos toda nuestra atención. Porque un peregrino ya anciano, que venía de lejos, se había aproximado y no se cansaba de rendirle homenaje al otro anciano, con reverencias y saludos incesantes. No mendigaba, solamente saludaba, como tantos otros que

llegaban a menudo desde muy lejos con el mismo objeto: volver a ver sus iglesias y santuarios. Así que nos vimos obligados, mientras Tolstói seguía caminando sin prestarle atención, a aguzar el oído hacia ambos lados; pero nuestros ojos siguieron ocupados con tanta más concentración: cada movimiento, cada giro de la cabeza, cada minúscula detención en la brusca manera de caminar nos daban a conocer a *«Tolstói».* Las praderas, recién iniciado el verano, rebosaban de flores, tan altas y de colores tan profundos como pocas veces se las encuentra fuera de la tierra rusa; nomeolvides inverosímilmente grandes recubrían, aun dentro de la umbría del bosque, el terreno algo pantanoso. Y fuertemente acentuado, como el color mismo de las flores, se me quedó grabado el recuerdo de cómo Tolstói, en mitad de un párrafo vibrante y preñado de enseñanzas, se inclinó de pronto hacia adelante, cogió en el hueco de la mano —más o menos como se caza una mariposa— un puñado de nomeolvides, se las apretó vivamente contra el rostro como si necesitara incorporárselas totalmente y las dejó luego caer con desgana de la mano. Confusamente audibles resonaban todavía desde lejos las palabras de veneración y saludo del campesino; en su «no cesar» vibraba algo así como un: «¡que haya yo alcanzado a verte!». Y, desde nuestro sentimiento, le tomé las mismas palabras agradecidas, el mismo saludo: «que hayamos alcanzado a verte».

Quizás esta hora contribuyera a la exageración de Rainer, que lleno de esperanzas veía en cada campesino el sumun de la simplicidad y la sagacidad. Pero de vez en cuando resultaba tener razón. Así una vez, en la visita a la pinacoteca Tretjakov de Moscú[99]*, que emprendimos al mismo tiempo que un par de campesinos. Delante de un gran cuadro titulado «Ganado pastando», uno de ellos exclamó insatisfecho: «¡Vacas! ¡Ya las conocemos! ¿Qué nos importan las vacas?». El otro, con una expresión casi burlona, le reprochó: «Estas de aquí están pintadas porque en algo tienen que importarte. Porque debes amarlas, ¿ves? *Por eso* están pintadas. Debes amarlas aunque no te importen, ¿ves?». Sorprendido quizá por su propia explicación, el zagal se había vuelto con mirada interrogante hacia Rainer, que estaba a su lado. Y lo verdaderamente notable fue aquí Rainer: cómo se quedó mirando al campesino, y cómo, desde muy adentro, le salió en su defectuoso ruso, arrobado: «Tú lo sabes».

Y por fin llegamos al lugar donde Rainer tenía que sentir la impresión de ir constantemente encontrando lo que, colmado de nostalgias, le había traído hasta aquí: las gentes y los paisajes del Volga —remontando, de Sur a Norte, la corriente, hasta tomar tierra más allá de Yaroslavl—. Allí tuvimos la oportunidad de sentirnos en casa, por un momento, en la isba rusa[100]* (choza campesina). Bajándonos una y otra vez del vapor del Volga, en alguna parte tierra adentro la encontramos, todavía nueva y olorosa de resinas, con su envigado de abedul sin descortezar; porque la joven pareja que la había construido entre las demás, oscurecidas por los inviernos y ennegrecidas por el humo, había entrado a servir para conseguir algún dinero. El banco alrededor del cuarto, un samovar, y sobre el suelo un saco ancho de paja recién rellenado para nosotros, completaban el interior; en el establo vacío, al lado, había un segundo jergón de paja, aunque la labradora vecina nos hizo ver, cándidamente, que el primero había salido bastante ancho. ¿Nos bajamos sólo un par de veces del vapor del Volga? ¿No fuimos huéspedes de esos labriegos, y no fue incluso el poeta campesino Droschin[101]* nuestro huésped en su choza? ¿No habría libros enteros que llenar con todo lo que nos absorbió en el más intenso interés? ¿No fueron muchos los años que pasamos allí? ¿Fueron realmente sólo días, semanas, apenas meses? Pero todo volvía siempre a concentrarse en la imagen de *una* hora y *una* isba: lo que allí sucedía volvía siempre a sucedernos *a nosotros,* cuando, ya con las primeras del alba, nos sentábamos en el umbral, el samovar humeante en el suelo delante de nosotros, mirando alegremente a las gallinas que, con tamaña curiosidad, venían trotando desde las chozas vecinas a hacernos una visita, como si vinieran personalmente a ofrecernos sus huevos para el té.

En realidad, la «isba en el camino» simboliza algo de aquello que «Rusia» significaba y prometía para Rainer. Una de estas chozas de troncos de abedul, de frontis labrado, con sus colores campesinos fuertes y puros que dejan al arbitrio del invierno y del verano el oscurecerlos o aclararlos: significaba «un lugar», «un lugar de descanso», el tiempo de tomar aliento antes de comenzar la peregrinación —tal como lo anhelaba y como lo necesitaba para poder lograr *lo suyo*—. Aquí habitaba un pueblo cuya historia habían sido penurias y miseria, y cuya naturaleza fundamental, sin

embargo, sabía mantener unidas la resignación y la confianza: como también Rainer sentía en sí, desde lo más hondo, un mandato recibido que abarcaba todo acaecer violentador. Esta fatalidad se llamaba, para este pueblo, «Dios»: no un poder de encumbrado trono para aliviar sus cargas, sino un resguardo de esa cercanía que no permite a ninguna destrucción última llegarse hasta el corazón —el Dios ruso de Ljeskov, que «habita en la axila izquierda»[102]*—. Rainer lo adoptó, a este Dios, pero no de la historia ni de las iglesias de su nuevo entorno; entretejió en la historia y la teología rusas sus propias necesidades y devociones, hasta que, en el clamor de necesidad y en la alabanza, se le escapó un balbuceo que, como nunca hasta ahora, se hizo palabra —se hizo *oración.*

No hay que llamarse a engaño porque en los libros del *Libro de horas* no sea uno y el mismo Dios, sin contradicciones, lo que tomó de los rusos: que junto a la actitud de piadosa confianza en el amparo divino exista también aquella en que, por el contrario, el hombre parece transformarse en hacedor de Dios, en creador de Dios, el que tiene que tomar a Dios bajo *su* amparo. No es que la soberbia divida aquí su oración: pero tan grande es ésta, que todos los sentimientos, desde el estremecimiento de la humildad hasta la más delicada ternura, se reúnen en torno a la misma piedad; así, de la manera más íntima, en el poema inauditamente dulce:

> «… Du bist aus dem Nest gefallen[103]*,
> bist ein junger Vogel mit gelben Krallen
> und grossen Augen und tust mir leid.
> (Meine Hand ist Dir viel zu breit.)
> Und ich heb mit dem Finger vom Quell einen Tropfen
> und lausche, ob Du ihn lechzend langst,
> und ich fühle Dein Herz und meines klopfen
> und beide aus Angst».[104]

y junto a él:

> «Wir bauen an Dir mit zitternden Händen[105]*
> und wir türmen Atom auf Atom.

Aber wer kann Dich vollenden,
Du Dom».[106]

En todo ello no hay nada de contradicción interna; nada le es límite a la devoción piadosa, nada crea en él poesía que no se hubiese concentrado en su círculo: «Dios» se creó su poesía con la concurrencia de *todos* los sentimientos más humanos, al dejar éstos, confiados y sin temor, acaecer en sí al Dios mismo como su propia consonancia y orden incomprensible.

Porque en la devoción y en la oración resuena todo aquello que palpita en nosotros, hasta el límite de la representación consciente de los sentimientos: aquello que deviene recogimiento interior, recogimiento de corazón; aquello que une todos los éxtasis (aunque provengan de muy lejos, del sexo o del ansia de valer) en un centro desconocido. Porque ¿qué es lo que está, aun para el hombre «creyente», en la base del nombre de Dios? El contacto de lo que nos es aún accesible desde la conciencia, y escapa sin embargo de nuestras motivaciones conscientes —no nos aparece ya como «nosotros»—; pese a que *nosotros* desembocamos allí, y por eso nos complazca ceder a la tentación de *denominarlo,* de objetivarlo, en lo más concentrado de nuestro ser.

Pero la «oración» —como realización de la devoción sentida— presupone de suyo altos grados de necesidad íntima, de íntimo júbilo, de abandono o alabanza. Cuando a estas alturas surge la *poesía,* la producción artística involuntaria, arrebatadora en su expresión, sucede algo paradójico en lo más profundo, y es que se invierten la causa y el efecto: en el sentido de que lo secundario, la *dicción,* no coincide ya con la vivencia misma, sino que hace —al menos en un ápice— que su alivio y su descanso se transformen en impulso y meta autónomos.

Las primeras señales se hicieron sobrecogedoramente evidentes ya al comienzo de la gestación del *Libro de horas,* en el primer viaje ruso[107]*; pero fue el segundo el que sacó por completo a la luz del día el problema interno, porque fue entonces cuando Rainer, en nuestros vagabundeos y encuentros, pudo entregarse sin estorbos a la impresión «Rusia». Más tarde se lamentaría, retrospectivamente, y con dolor, de que la profundidad de estas impresiones hubiese quedado, relativamente, sin muchas «o raciones»

más; pero eso provenía precisamente de que *las rezaba:* oración y consumación seguían cubriéndose aún como *una sola* realidad presente en el acto; y lo que como logro artístico dejaba de producirse, ya del todo o quedando sólo en esbozo, se realizaba, como nunca hasta entonces, en el propio Rainer, en el aspecto extraordinario que en semejantes momentos ofrecía su persona —verdad es que cediendo, una y otra vez, a la espera y a la atemorizada búsqueda de la *última* expresión, la que había de refrendar y consolidar la expresión *autónomamente*—. Entonces se quedaba desgarrado entre la impaciencia, que corría al encuentro de las impresiones como símbolos (que para él eran ya en sí experiencia de la presencia), la nostalgia de adentrarse arrodillado en cada una de ellas hasta completarse en la *dicción* poética, y el impulso contrario de no perder, por ellas, lo que ya en su interior estaba creando. A menudo se encontraba, al mismo tiempo, como hechizado en el lugar de vigilante silencio que le correspondía y arrastrado sin descanso, como desde las ventanillas de un tren expreso, de un sitio al otro, de un paisaje al otro, sin la posibilidad de retornar a ellos. Todavía al cabo de los años seguía hablando, como de lo irrecuperable, de las lagunas de memoria que por ese motivo habían surgido, comparándolas al fenómeno análogo que acaece con el material más temprano de la infancia; conteniendo la voz, citaba entonces con pausa:

> «Mach, dass er seine Kindheit wieder weiss[108]*;
> das Unbewusste und das Wunderbare
> und seiner ahnungsvollen Anfangsjahre
> unendlich dunkelreichen Sagenkreis».[109]

Unida a esto venía la secreta llamada a «cumplir una vez más su infancia»; el deseo de que ésta volviera a aclararse, visionaria, a pesar de todo lo que le hacía retroceder, con estremecimiento, ante muchos recuerdos. Porque más allá del estremecimiento, *antes* de toda brecha, la primerísima niñez comprendía su originaria seguridad, nutrida de sí misma. Sólo a partir de *aquélla* habría de liberarse el gran impulso hacia la obra que había de crear:

«Ich glaube an alles noch nie Gesagte[110]*.
Ich will meine frömmsten Gefühle befrein.
Was noch keiner zu wollen wagte,
wird mir einmal unwillkürlich sein.

Ist das vermessen, mein Gott, vergib.
…
Und ist das Hoffart, so lass mich hoffärtig sein
für mein Gebet…».[111]

Aunque ante la cuestión de cómo dividir sus fuerzas surja inevitablemente una rivalidad entre el hombre y el artista, para Rainer el objeto de su arte era Dios mismo, es decir, aquello que expresaba su actitud ante su más íntimo y propio fundamento de vida, lo más anónimo más allá de todas las fronteras conscientes del yo. Y eso en una época en la cual las imágenes válidas no le vienen ya dadas, ni prescritas siquiera, al «arte religioso» a través de la drasticidad de modelos vigentes. Hasta es lícito decirlo de esta manera: la grandeza poética de Rainer, así como su tragedia humana, obedecen a la circunstancia de haber tenido que precipitarse a una creación de Dios *desprovista de objeto.* El afán de producción, el impulso de decir, puede hacérsele al creyente tan sobrecogedor como se quiera, pero ello no modifica en nada este otro factor omnipoderoso: la *situación de hecho* de lo abarcado por Dios, que, como tal, ciertamente no lo necesita. En Rainer la falta de objeto no cambió en nada su actitud y dedicación íntimas, pero su tarea como artista, como creador de formas, no podía por menos de incidir en su último reducto humano: allí donde aquélla amenazaba con fracasar, amenazaba también a éste, porque su objeto era uno con el de la creación.

He ahí también el punto desde el cual cabe comprender como destino el «miedo» de Rainer: no como simple temerosidad de una naturaleza delicada ante las pérdidas de objeto en la vida, ni como la de todas las naturalezas artísticas, como resultado de una interrumpida fuerza de producción que no se deja domeñar, sino como ese miedo *absoluto* de ser tragado por la nada donde también caería aquello que, con abstracción de todo lo nuestro, se

expresa en nosotros y en todo. De esta manera, en el cumplimiento de la tarea de «Dios», tenían que chocar en él su humanidad y su poesía: la humanidad como vivencia inmediata del ser que recibe, la poesía como la acción auténtica de ese ser creando formas. Así, tanto al comienzo como también mediada su carrera, Rainer se representó a veces su «tarea de Dios» artística como una seducción o tentación que aspira a las alturas, las cuales tenían que privarle necesariamente del sustento del suelo profundo, sostenedor, basamento de todas las cosas:

> «Weit war ich, wo die Engel sind[112]*,
> hoch, wo das Licht in Nichts zerrinnt—
> Gott aber dunkelt tief.
>
> Die Engel sind das letzte Wehn
> an seines Wipfels Saum;
> dass sie aus seinen Asten gehn,
> ist ihnen wie ein Traum.
> Sie glauben dort dem Lichte mehr
> als Gottes schwarzer Kraft,
> es flüchtete sich Luzifer
> in ihre Nachbarschaft.
>
> Er ist der Fürst im Land des Lichts,
> und seine Stirne steht
> so steil am grossen Glanz des Nichts,
> dass er, versengten Angesichts,
> nach Finsternissen fleht».[113]

(Si cito de los *Libros de Horas* es sobre todo porque contienen productos tempranos y tardíos, motivo por el cual Rainer se complacía incluso en llamarlos «los infechables», así como, al igual que ellos, el *Malte Laurids Brigge* y las *Elegías.)*

Esta posición de lo luciferino caracteriza el punto de partida de la *carrera del ángel* en la poesía de Rainer. ¡Una cuestión de envergadura! Si bien en esta cita los ángeles aparecen todavía inocentes, como señalando,

más allá de sí, hacia Dios, de todas maneras reducen ya, sin quererlo, su inmediatez: como un inacabable ámbito de alas agitadas delante del Santísimo. Y las cosas no quedan ahí: la estancia, incluso en la propia región de los ángeles, va dependiendo cada vez más de la fuerza de producción, de la hora de su gracia. El reposar en Dios se ve pospuesto por la audiencia ante el ángel. Y hacia el final esta problemática culmina de manera que Dios y ángel aparecen mutuamente intercambiados.

Este giro puede uno seguirlo, diríamos que casi a simple vista, en cualquiera de las líneas de la imagen global; de manera especialmente clara en las significaciones sobre las cuales gira la palabra de Rainer acerca de la «pobreza», que en el *Libro de horas* forma parte del título de la tercera parte. «Pobreza» significaba originariamente, tanto para el hombre como para el poeta, el mantenerse libre para lo esencial, el no dejarse retener por lo secundario, una actitud de riqueza y preciosa posesión que es lo único que vale, pues:

«Armut ist ein grosser Glanz aus Innen[114]».[115]

Ya el afán de Rainer por la simplificación práctica de la vida cotidiana, por desacostumbrarse de las pretensiones absorbentes, de la dilapidación del tiempo, era parte de este círculo. Pero entre las horas de fuerza productiva acechaba, desde entonces, la cuestión de si no sería improductivo con una parte del *propio ser,* que quedaba entregada a lo trivial, a la distracción. Aún se siente, allá arriba, el agitar de alas de los ángeles, cuya existencia es alabanza de Dios, pero se está, como *el más pobre,* por debajo de ellos: ya no incuestionablemente rodeado de la presencia divina, que todo lo circunda, ante la cual no hay ni pobre ni rico en dones, sino sólo la niñez del ser mismo. En lo más terrible que Rainer trajo a la expresión —la descripción de la pobreza de los más pobres, en su primera estancia en París[116]*—, es *ésta* la verdadera coloración infernal, aun allí donde sólo describe la miseria puramente material. Porque si bien aquel año también le castigó el miedo a la pobreza material, ésta le resultaba, sin embargo, puro reflejo de aquella otra, la del alma, que lo arrojaba a la desesperación. Aun en los detalles (cartas a mí, que luego

trasladó al *Malte Laurids Brigge)* está aquélla presente con la grandeza de la poesía más poderosa; en ella el estigmatizado por la pobreza eleva, en un terror sin esperanzas, su grito hacia el Dios que no puede amar, en un terror sin pobreza, la enfermedad y la inmundicia. Rainer no representó en medio de éste un com-padeciente, sino su propio padecer que, lleno de miedo, irrumpe en la frase (carta): «A menudo siento ganas de decir en voz alta que no soy uno de ellos». Su identificación con todo lo malogrado y rechazado se le hace tan absoluta al sentimiento como probablemente sólo ocurre en la impotencia de crear del creador, es decir, con la fuerza de un acto de creación. Cuando, sobrecogida por estas descripciones, le escribí a Worpswede hasta qué punto ellas mismas refutaban su impotencia, me contestó que, de ser así, entonces había aprendido «a hacer cosas por miedo», por un miedo de muerte.

Desde esta perspectiva se comprende la redención que le tocó a Rainer en suerte con su encuentro con Rodin[117]*, quien, como artista, le regaló la realidad tal como es, sin la falsificación sentimental del sujeto; quien, con el propio ejemplo, le enseñó a amarrar en una la fertilidad de la creación y la de la vida, y cuya única ley y mandamiento de *toujours travailler* le permitió «hacer cosas», no por miedo, para ocultarse detrás de ellas, sino con los ojos muy abiertos al *modelé*[118]* que está delante. Al aprender Rainer a estar activo, entregado a las cosas y haciendo abstracción de sus estados sentimentales del momento, quedó también lo cotidiano, pacientemente ocupado en lo artesanal, en la elaboración técnica, a las órdenes exclusivas del arte. Hacía tiempo que su nostalgia, cargada de presentimientos, iba camino hacia esta meta: ya en el círculo de pintores de Worpswede, ya por intermedio de Clara Westhoff, la discípula de Rodin que, aun antes de convertirse en mujer de Rainer y aun antes de que éste conociera personalmente a Rodin, hizo realidad el encuentro. Una vez más, sin embargo, tras su traslado a París, tuvo su miedo todavía ocasión de elevarse hasta lo extremo; hasta que por fin le fue concedida la consumación: poder instalarse totalmente con Rodin, pertenecerle por completo, sólo en apariencia su secretario privado, en realidad un amigo para el amigo, en un dar y tomar sin fronteras: en el fondo fue Rodin quien le regaló el mundo entero de los objetos.

Y no sólo el mundo de los objetos: también el arte de dominar los engendros de la fantasía, lo espantoso, lo repugnante, lo infernal en todas sus deformaciones. Frente a aquello ante lo cual su enfermante hipersensibilidad había sucumbido antes presa del miedo, ganó, incluso en el miedo mismo, la distancia artística necesaria, al obtener la acumulación de sus estados de ánimo espacio para una liberación igual a la que otorga una creación sin miedo. ¿Cómo pudo aprender también esto bajo la mano y la disciplina de Rodin? Porque, y eso no debe perderse de vista, el distanciamiento básico frente a lo observado de manera puramente real significaba para Rainer un esfuerzo enorme de índole espiritual, debiendo referirlo todo a la cosa en cuestión y no a él mismo. El sentimiento acumulado, mantenido como si dijéramos insensible, habría podido ya *vengarse* —por decirlo así— cientos de veces, por medio de distorsiones peyorativas, descargando negativamente en ellas la vieja costumbre de su exceso: desde el momento en que estuvo en condiciones de hacerlo artísticamente conquistó un nuevo territorio de placer. Un estado placentero que al lograrse por primera vez —en las figuraciones y exageraciones de la miseria de París, indeciblemente interesantes a este respecto— quedó todavía semiinconsciente. (No puede negarse, sin embargo, que esta nueva libertad de figuración lo aproximó todavía más a un punto peligroso: llegar, en las horas de decepción y minusvaloración propia, a incluirse a sí mismo en semejante «venganza del objeto».) En una carta posterior (1914)[119]*, Rainer llama artista a aquel que no está confinado «a disolver *en sí* lo no resuelto, sino que *[está] ahí para* invertirlo en lo inventado y lo sentido, en cosas, animales —¿por qué no?— y, si es necesario, en monstruos. Agréguese: también en la propia «monstruosidad».

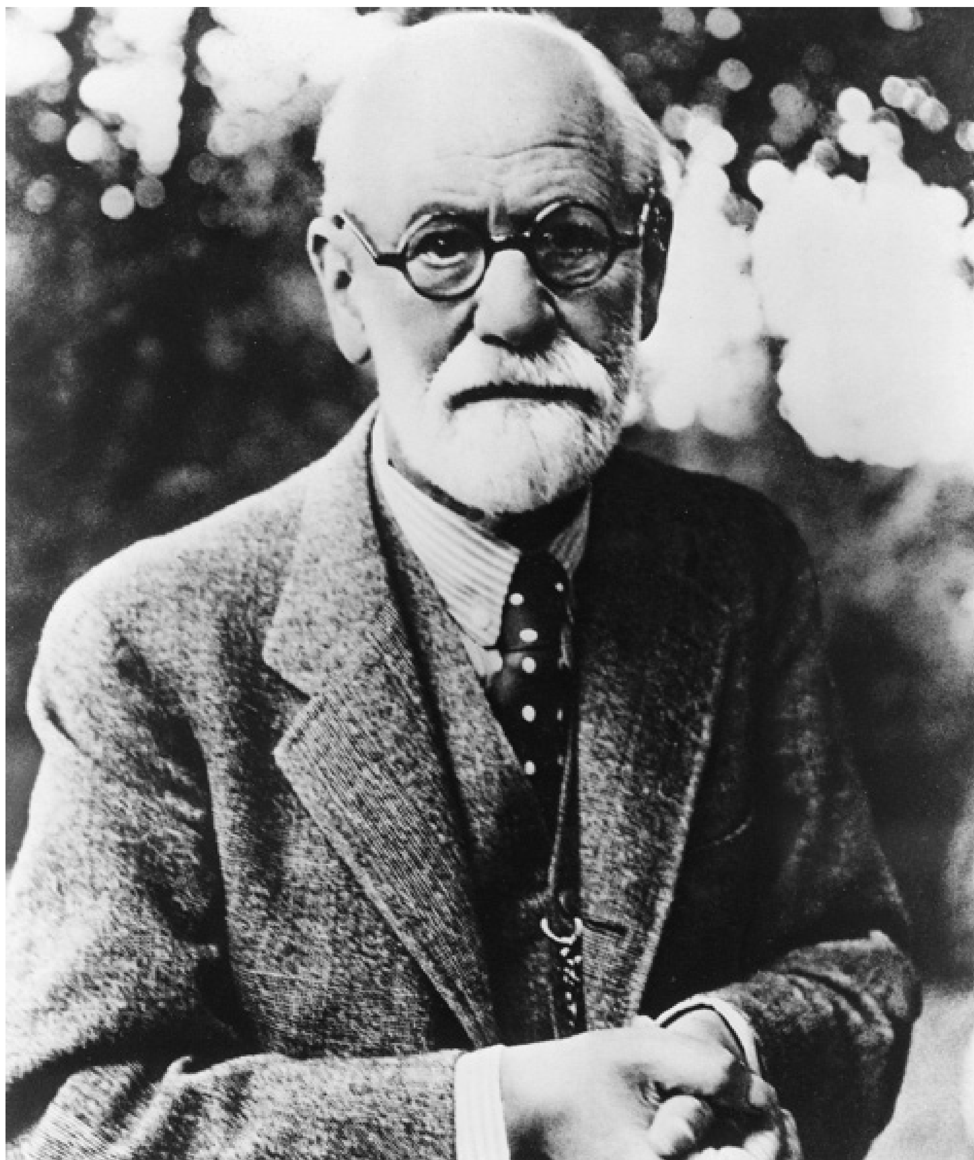
Se advierte de inmediato hasta qué punto la disposición primigenia de Rainer —que sólo ella creó su símbolo de Dios— siguió estando en las antípodas de Rodin, pese a toda la devoción.

Es casi natural que tampoco su relación personal pudiese resistir a la larga, aunque fue un malentendido, casual a medias, lo que pareció tener la culpa de su modificación. En Rodin, su eminente salud y virilidad resolvía el problema de cómo vivir en primerísimo lugar para la meta artística y sin embargo distendido y en despreocupada alegría; de cómo, incluso, cuanto

más unitarias fueran estas tendencias, tanto más redundarían a su vez en provecho del arte. De aspirar a la actitud de Rodin, la acción creadora presuponía en Rainer una entrega pasiva, un mantener la mirada tan fija en la conducción del maestro, que la inmensa corrección de la superabundancia de sentimientos en frialdad disciplinada se le dio precisamente a través de esta saludable contradicción.



Rainer Maria Rilke, 1900



Sigmund Freud

Esto alcanzó incluso lo bastante lejos como para cobrar influencia en las formas poéticas de su símbolo de Dios en el *Libro de horas:* su continuación en Viareggio[120]*, en el mar meridional, adonde había huido de los horrores de París, revela la huella de este intento de transformación. La oscura fuerza telúrica de Dios, que oculta todavía en sí, protectora, la semilla, se eleva por así decirlo en ímpetu gigantesco de montaña, y dentro de ella encerrado el hombre, asfixiándose entre el mineral —casi una repetición del viejo sueño febril de la niñez de Rainer[121]*, en el cual lo

aplastaba algo pétreo y sobrecogedor—. Con todo, la llamada suplicante, la llamada a Dios:

> «Bist *du* es aber: mach dich schwer, brich ein:
> dass deine ganze Hand an mir geschehe
> und ich an dir mit meinem ganzen Schrein».[122]

El rostro de Dios cobra severidad como el del ángel, como el del maestro, cuya exigencia es la *labor cumplida.* Y la imagen sigue transformándose: el peso de la montaña, en el miedo y la labor de la criatura, exprime de sí el *fruto,* como un niño, en los dolores del parto. Con ello queda sancionado el dolor —también la muerte, en la medida en que aquél trae a ésta—, o en todo caso sustraída a la casual banalidad. Se cumple la súplica, ya temprana, de Rainer:

> «O Herr, gib jedem seinen eignen Tod».[123]

La muerte se convierte en fruto creador, se convierte en la verdadera tarea. Pero esto se le acumulaba, sin quererlo, en el sentido del arte: desgaste de la vida *en la obra de arte.*

Como consecuencia de esta ligazón a la labor cumplida, Rainer se vio perseguido por temores de muerte acrecentados —especialmente en horas o épocas de vacilante productividad—, por temores a la banal destrucción a manos de una causa mortal cualquiera. La «propia» muerte, tal como él la deseaba, recibía una especie de acento de consuelo por la circunstancia de que uno sigue estando metido en ella como sí mismo. Apegado al «rendimiento», Rainer no encontró, a pesar de todos sus afanes, el punto de vista que muestra a la muerte y la vida unidas una en otra: cuando precisamente era ése el único que se correspondía con su esencia fundamental —a saber, dar de sí aquella «total pobreza» que se entrega por completo, sin reservas, porque es rica en ese su estar contenida en todo.

Dentro de su *arte,* Rainer llegó en cambio por intermedio de Rodin a una culminación imperecedera de su oficio. Quien conociera los *Nuevos poemas,* que dejan también muy atrás al *Libro de las imágenes,* por no

hablar de la lírica temprana, lo notaba de inmediato. Pero al apartarse de lo hipersensible y de los estados de ánimo, no fue sólo su lírica la que alcanzó maestría técnica: la gran obra en prosa de Rainer, el *Malte Laurids Brigge,* debe indirectamente su nacimiento al período Rodin. Porque aunque se la haya considerado siempre como una de sus descargas más subjetivas, ha sido sin razón: porque allí Rainer, enfrentado a su objeto, que era él mismo, alcanza una actitud más objetiva que la que antes le había sido posible nunca. Malte no es un retrato, sino el empleo de un autorretrato precisamente con el objeto de distinguirse de él. Cuando en él se utiliza directamente material autobiográfico (sólo en la niñez de Malte no es ése el caso), es para aprender a mantenerse apartado del ocaso de Malte. En un pasaje de una carta de 1911, escrita en el castillo de Duino[124]* (que ya he citado en el libro sobre R. M. Rilke), dice, la mirada vuelta sobre esta época:

«Quizás habría que haber escrito este libro como quien enciende una mina; quizás debería haber saltado muy lejos de él en el momento de acabarlo. Pero para eso estoy todavía demasiado apegado a la propiedad y me es imposible ser infinitamente pobre, por más que ésa probablemente sea mi tarea decisiva. Tuve la ambición de meter todo mi capital en una causa perdida, pero por otra parte sus valores sólo podían hacerse visibles en esta pérdida, y por eso, recuerdo que durante mucho tiempo el *Malte Laurids* no me pareció tanto un naufragio como una ascensión, curiosamente oscura, a un lugar descuidado y recóndito del cielo».

No es posible, sin emoción, imaginarse con qué coraje de profesada objetividad Rainer trabajaba en él; como si conjurara a su entusiasmo lírico a cortarse las alas y mantenerse en tierra: y precisamente por ello relata, allí donde se lo permite, con pura alegría, con una alegría renovada (según me lo contó en París, con una satisfacción casi infantil, mientras trabajaba todavía en él). Como si frente a Malte el propio autor tuviera algo del «Dios, que no corresponde al amor» de este libro[125]*, pero solamente en la medida en que con ello llegaba a un mejor conocimiento de Dios y —utilizando una imagen drástico-piadosa— de sus intenciones secretas para con nosotros. Desde entonces no se trata ya de ser amado, sino de entregarse absolutamente; el retorno del hijo pródigo resulta ser el

malentendido de una religiosidad que busca lo suyo, en vez de participar, prescindiendo de sí, la mirada en las alturas, ajeno a toda la abundancia. Con lo cual vuelven a aparecer los más pobres como los más ricos, los menos preciados, como benditos y santos.

De ahí que nada estimulara de manera tan fuerte y productiva a Rainer, antes de la irrupción tardía de las *Elegías* y los *Cantos a Orfeo,* como la descripción de estos *pobres-riquísimos;* destinos más eminentes de lo que pueden serlo las obras de arte: destinos amorosos de mujeres, por ejemplo, que por trágicamente que hayan herido, al hacerlo llevaron sin embargo al olvido último de sí como a la verdadera posesión propia; en la primera Elegía aún las nombra: «Aquellas, casi las envidiadas, abandonadas, que encontraste tanto más amantes que las saciadas». (Además, los *Sonetos del portugués,* los *24 sonetos de Louise Labé,* las *Cartas de la monja,* etc.)[126]*.

En los años de gestación de las *Elegías,* cuando Rainer me hacía llegar fragmentos de éstas, cobraron igualmente forma palabras que alababan, junto a los amantes, a los hombres de acción, y con mayor entusiasmo que al cantor, al que crea arte. Así, por ejemplo, de la Sexta Elegía en ciernes[127]*, estos cuatro versos, encima de los cuales escribió *Fragmento:*

> «Wie hinstürmte der Held durch Aufenthalte der Liebe,
> jeder hob ihn hinaus, jeder ihn meinende Herzschlag, —
> abgewendet, schon schon, stand er am Ende der Lächeln:
> anders».[128]

De la época en que Rainer, después de concluir su trabajo en el *Malte,* tomó la decisión de no escribir nada más, de trasladar, en cierta medida, la obra a la realidad de una actitud vital, recuerdo casi literalmente una conversación entre nosotros, una tarde de verano en nuestro jardín[129]*. Habíamos estado hablando de lo frecuente que es que ese tipo de amantes extraiga el poder de su amor de un engaño, y que la fuerza del corazón surge tanto más poderosa y fértil cuanto menos legitimada está por su objeto. Entonces de Rainer irrumpió como una desesperación: ¡sí, crear y poder crear como irrupción de lo creador *en uno mismo* y, como aquellos amantes hacen, mostrarse como la obra cumbre de la humanidad! Pero

aquello que el artista crea es, sin embargo, señal de algo que está más allá de personales objetos, y es de ahí precisamente de donde extrae su impulso de creación. En cada minuto en que este impulso lo deje en la estacada, ¡adónde correrá él —él mismo— a esconderse! Porque *lo que allí es* deja inmediatamente de saber de él; tampoco lo necesita: sólo él necesita de ello para saber siquiera de sí.

Sobre el sustrato de semejante desesperación se hacía clara, con un escalofrío de certidumbre, hasta qué grado lo último, lo más originariamente genuino del hombre Rainer, lo impulsaba a tender las manos, aun en el logro más perfecto, más allá de la obra de arte, por encima de la palabra del poeta, hacia la vivencia, hacia la *revelación de la vida,* y a experimentar sólo ésta como lugar de descanso, como paz. De ello dependía todo, hasta la próxima hora de creación. De ahí su júbilo ante la irrupción espontánea de las Elegías: «¡son-son!»[130]* —no solamente como obra, sino como la propia existencia inasible, en la cual la labor, que él creaba, y el ser esencial, que en ella lo envolvía graciosamente, eran ahora una sola cosa—. El rostro involuntariamente severo del *ángel,* que lo miraba desafiante desde arriba, volvía a transformarse nuevamente en el Dios sin rostro, en cuyo seno la criatura humana ingresa como en el semblante de toda vida. Ambas cosas son aún lo mismo dentro del instante productivo, la misma inseparable realidad; lo que elevaba su grito hasta el ángel, cuyo cometido no es escuchar, que nada puede sino manifestar, anonadándonos, su magnificencia y su espanto, se convierte al mismo tiempo en reposar en Dios, cuyo ser está fundado en la imposibilidad *de no escuchar*[131]*.

Lo que desde su juventud le había hecho a Rainer extremadamente difícil esperar, en la confianza de su retorno, las horas productivas era su debilidad corporal: la circunstancia de que su cuerpo no solamente sufría con semejante esperar, sino que respondía histéricamente. Es decir, que en él se activaban, no la vacilante disposición artística a la acción, sino toda clase de hipersensibilidades y agitaciones, causándole dolores, incluso ataques, y generalizándose por la totalidad de su organismo. Rainer lo llamaba, a veces en broma, pero las más con desesperado rencor, su «productividad en el sitio equivocado», o, al cuerpo, un «mono del espíritu»[132]*. Y desde ahí se le infiltraba hasta el interior mismo de los

complejos puramente anímicos: así, cuando venía a dar en arrobamientos incontenibles, cuyas supravitales proporciones tenían por objeto hacerle olvidar que se aferraba con ardor a su vida *real,* y que luego, o aún mientras duraban, se le volvían perceptibles como «remedos». Pero la ocasión más dolorosa se producía allí donde era cuestión de los regalos verdaderos que el destino le hacía, donde lo rodeaban la buena disposición, la bondad, la admiración y la amistad, que en tan copiosa hermosura y grandeza le cupieron hasta el final. Era entonces cuando más amargamente se quejaba de que él, el verdadero Rainer, volviese una y otra vez a codiciarlas y a aceptarlas puramente como narcótico, como distracción, como una suerte de autoengaño para el goce y el consumo, en vez de la participación dichosa de su más propio ser productivo.

Aquí también vienen a cuento, en mi opinión, las ocupaciones ocasionales de Rainer con las cosas de lo oculto y lo mediúmnico[133]*, las interpretaciones extrasensoriales de los sueños, la influencia de los difuntos, que luego él elevaba en cierta medida a imágenes de una plétora de ciencia y de saber con la cual su inútil nostalgia intentaba identificarle. En los tiempos buenos pensaba en estas cosas con craso repudio, incluso con ira.

Lo que yo encontraba más terrible es que incluso allí donde llegó a ser guía y amigo de discípulos —más jóvenes que él— se deslizaba un rastro de esa parodia de sí mismo que le torturaba. No es que en estos casos solamente *pareciera* ser guía y ayuda: lo *era,* pero en este hacer sentía irremediablemente al mismo tiempo una proyección de lo que inútilmente anhelaba ser en sí mismo. La insistencia no provenía sino del tormento de esta nostalgia; así como también su vieja idea de haber preferido trabajar como «médico de aldea», entre los enfermos y los pobres, cobraba su acento de poder representarse en los lugares de salud *su propia* curación, anticipándola para creerla.

Esta situación entre la gracia de la creación, concebida aquélla exclusivamente como santa, y la compulsión imitadora, «parodiadora», de proyectarla como existente expresa con harta propiedad la tragedia de Rainer. No debe confundírsela con la actitud, en comparación inofensiva, con la cual hombres de gran seriedad ética u honestos afanes de progreso moral se entregan, en sus horas más débiles, a una apariencia que facilita las

cosas y que ellos mismos posteriormente censuran; en éstos, todo queda en la misma línea esencial de deterioro o perfeccionamiento de su inventario anímico. En Rainer el fenómeno implica algo tan despiadado en su seriedad que sobrepasa incluso el plano de lo ético, a menos que los mandamientos y prohibiciones de éste se extralimiten a una doctrina de la predestinación. Porque en realidad lo más espantoso de la inevitabilidad del destino de Rainer era que éste ni siquiera le dejaba la posibilidad —como alivio— de la exhortación al *arrepentimiento.* Aquello que lo elevaba en la producción o lo recibía, protector, en sus más calladas profundidades no era *más* destino y compulsión que lo que le dispersaba en falsa actividad o en la nada del letargo pasivo. Desde temprano había buscado, en razón de esta circunstancia, una vana salvación en suponer que él era como era, predeterminado «desde antes del nacimiento»: acuñado desde siempre con todos los defectos que, pese a su violento disgusto, volvían una y otra vez a transvalorarle sin contemplaciones. Con máxima concentración iba a fijarse esto en su madre. Las expresiones más feroces para esta obsesión de casi toda su vida se hallan en una carta del 15 de abril de 1904, después de uno de sus encuentros con ella, que se iban produciendo a intervalos cada vez mayores. En mitad de una carta dirigida a mí, escribe:

«Mi madre ha venido a Roma y todavía está aquí. La veo muy pocas veces, pero —tú lo sabes— cada encuentro con ella es una especie de recaída. Cuando veo a esta mujer, perdida, irreal, que no guarda relación con nada, que no puede envejecer, siento cómo, ya desde niño, me he afanado por alejarme de ella, y temo muy dentro de mí que, tras años de andar y correr, no esté todavía lo suficientemente lejos de ella, que aún albergue en el interior movimientos que son la otra mitad de sus malogrados gestos, fragmentos de recuerdos que, hechos añicos, ella acarrea consigo; me horripila entonces su dispersa religiosidad, su porfiada fe, todas esas deformaciones y muecas a las que se ha apegado, vacía ella misma como un traje, fantasmal y espantosa. ¡Y que yo sea, sin embargo, su hijo! ¡Que en esta pared deslavada, que a nada pertenece, una puerta cualquiera tras el empapelado haya sido mi entrada en el mundo (si es que realmente semejante entrada puede conducir en absoluto al mundo...)!».

Por desmesuradamente personal que esto esté ahí, no debe ser entendido, sin embargo, de una manera *absolutamente* personal, porque es precisamente la violencia de la exageración lo que saca a la luz el sentido del juicio, a saber: desplazar a lo suprapersonal, a lo casi mítico, aquello que Rainer anhelaba sacudirse de sí mismo. Después de charlar en cierta ocasión los tres juntos, varios años más tarde en París, aún le maravillaba que su madre no provocara repulsión desde la primera mirada, que a mí simplemente me habría parecido harto sentimental. Su aversión contenía desesperación por la manía de verse reflejado *a sí mismo* en la madre en sarcástica deformación: su devoción, en superstición y beatería, su productiva impregnación de alma, en sensiblería vana; toda la protesta contra el modo de ser de la madre refleja sólo muy débilmente contra qué protesta Rainer en sí mismo con horror mortal, cuando su mayor verdad, su mayor bendición, como la sábana vacía de un espectro, hace como si *ella* fuese *él,* eterno seno materno de la nada.

Cuando imagino seres humanos con los poemas de Rainer ante sí —no gente, por tanto, parada descuidadamente frente a ellos, como más de uno ante los cuadros en la pared de un museo—, me estremece el pensamiento de *aquello* que allí se ha hecho efecto: efecto de *alegría* que comparte y recrea. El pensamiento de que también quienes comparten la vivencia no pueden por menos de ensalzar una vida cuyas angustias y luchas abocaron, por último, a esta magnificencia: a esto que para *ellos* ha cobrado vida magnífica. Incluso cabe afirmar *más* todavía: en ellos el propio artista se convierte en el magnánimo que canta alabanzas de la miseria que ha vivido: nada hay tan cierto como que, en el festival de las Elegías, Rainer realizó la solemne afirmación de sus desesperaciones. En el misterio de la concepción no hay un «no» ante la unión de lo terrible con lo bello[134]*. Lo que allí, impenetrable, se presenta lo hace bajo la llamada de la voz que ya se había dejado oír en el *Libro de horas:*

«Lass dir Alles gescheben: Schönheit und Schrecken».[135]

A quien lo vio suceder le queda, hondo en la sangre, un saber de lo insuperable de la última soledad de Rainer, que, aun en la cúspide de la

montaña, sólo por un momento le cubrió compasiva los ojos con la mano, ocultándole el abismo al que hubo de saltar. Quien lo vio suceder hubo de dejar que sucediera. Impotente y temeroso.

---

91. * Rilke conocía a Lou A.-S. como narradora *(Ruth)* y como autora del artículo «Jesús, el judío», que había aparecido en el fascículo de abril de 1896 de la *Neue deutsche Rundschau* (continuación de la *Freie Bühne)* y que lo había conmovido profundamente en relación con sus *Visiones de Cristo.* La primera reunión con «la famosa poetisa y exploradora africana» (Frieda von Bülow) tuvo lugar probablemente dos días antes de la velada en el teatro, el 12 de mayo de 1897: «en casa de Wassermann, el vienés [Rilke]». Pero esta «hora crepuscular» (Rilke en la primera carta a Lou A.-S.) no se le había quedado en la memoria a Lou A.-S.; en su diario el nombre de Rilke aparece por primera vez el 14: «Por la noche, enferma; más tarde Endell; con él, a la *première* de *Dunkle Mächte* [Oscuros poderes] de Schewitsch, donde estaban Puck [*atelier* fotográfico «Elvira»] y otros; con ellos y Rilke, cena muy alegre, hasta la una y media, en casa de Schleich; a casa con Endell y Rilke». Al día siguiente Rilke escribió su primera carta a Lou A.-S. Las once *Visiones de Cristo* (que quedaron inconclusas), cinco de las cuales debían haberse publicado en la revista de Georg Conrad, se conservan en el archivo Rilke. *Obras Completas,* III, 127 y siguientes.

92. * la temporada en común en Wolfratshausen, en el valle del Isar (a una hora de marcha del lago de Starnberg), duró desde más o menos la mitad de junio hasta el comienzo de septiembre de 1897. La fotografía de la segunda casita de Wolfratshausen, a la que se hace aquí referencia, está reproducida en el libro en memoria de Rilke, de Lou A.-S. (p. 120 de este volumen).

93. La paz de Lou. [*N. del T.*]

94. * apareció en un total de tres delgados cuadernillos en 1896, y estaba destinada a llevar al «pueblo» la poesía «moderna» del momento, en su mayor parte lírica.

95. Juego de palabras con los dos nombres de Rilke: Rainer y Maria. En alemán: «Reiner Rainer, fleckenlose Maria». *[N. del T.]*

96. * después de la temporada en común en Wolfratshausen, Rilke había vivido primero en Wilmersdorf, junto a Berlín; en Schmargendorf vivió a partir de principios de agosto de 1898, en la casa «Waldfrieden».

97. * *nuestro gran viaje* [por Rusia]: según las breves notas diarias de Lou A.-S. (que todavía no estaban a disposición del editor para el trabajo en la primera edición), el *primer* viaje ruso, emprendido junto con el profesor Andreas y comenzado el 25 de abril de 1889, los llevó hasta Moscú, pasando por Varsovia (visita a León Tolstói el 28 de abril, Viernes Santo, por la noche; el 30 de abril, Pascua rusa, «celebramos la noche de Pascuas en el Kremlin»); la estancia en Petersburgo, que vino a continuación, con visita a los parientes de Lou A.-S., duró desde el 3 de mayo hasta más de la mitad de junio, incluyendo una nueva visita a Moscú, hacia fines de mayo; el viaje de regreso se efectuó por Danzig (Oliva).

El *segundo,* el gran viaje ruso, comenzado a principios de mayo de 1900, los llevó igualmente hasta Moscú pasando por Varsovia, y desde allí a la (segunda) visita a Tolstói, en Jásnaja Poliana,

cerca de Tula: «31 de mayo, despedida de Moscú, partida al mediodía hacia Tula. Leonid Pasternak [pintor tanto de Tolstói como de Rilke] y Boulanger [conocido de la casa Tolstói] en el tren; telegrama para averiguar el paradero de Tolstói». «1 de junio, por la mañana como a las 8 a Lazarewo, allí cambiamos de parecer, de vuelta a Jasinski en el tren de mercancías, desde allí, en un caballo de troika y campanillas sonando, a Jásnaja Poliana, aldea y finca de Tolstói.» Boris Pasternak describió, en *Salvoconducto,* el encuentro en el tren; en esa ocasión iba acompañando a su padre: «... un hombre en una capa negra tirolesa... con él, una mujer de gran estatura. Debe de haber sido su madre o su hermana mayor». «... el extranjero hablaba sólo alemán. Aunque yo conocía bien esta lengua, todavía no la había oído nunca hablar de esa manera.» El viaje prosiguió luego en dirección suroeste, hacia Kiev, descendiendo el Dniéper hacia Krementschug; desde allí, pasando por Poltava, Charkov, Vorónesch, Koslov —en general, hacia el Este— hasta Sarátov, junto al Volga; desde allí, remontando el río en vapor, por Samara, Simbirsk, Kasán, Nischnij Novgorod, hasta Jaroslavl; en coche a Krestá Bogoródskoje, algunos días en el campo y luego hacia el Sur, de vuelta a Moscú. Desde allí, tras una permanencia de semana y media, nuevamente, el 18 de junio, al Volga (superior) en el Gobierno de Tver, al noroeste de Moscú, a visitar al poeta campesino Droschin en Nísovka, y a su señor, el conde Nikolai Tolstói, pariente de León Tolstói, en Nóvinki. Desde allí, partida el 23 de junio, por Novgorod Velíkii, a San Petersburgo (26 de julio). Al día siguiente Lou A.-S. viajó a casa de su familia, a Rongas, en Finlandia; Rilke esperó en San Petersburgo hasta el viaje de regreso, en común, el 22 de agosto.

98. * se realizó, según el diario de Lou A.-S., el 19 de mayo según el calendario ruso, es decir, el 1 de junio de 1900. Los dos describieron la visita: Lou A.-S. en el diario y Rilke en una carta del 20 de mayo (fecha rusa) desde Tula, y en el diario de Worpsweder, el 15 de septiembre de 1900. Véase también *Sämtliche Werke,* VI, pp. 967 y ss.

99. * los hermanos Pavel Mijailovtsch y Sergei Mijailovitsch Tretjakov donaron en el año 1892 su famosa colección de cuadros, principalmente rusos, a la ciudad de Moscú; habían comenzado a coleccionarlos en los años sesenta.

100. * cuando más cuatro días, en la aldea Krestá-Bogoródskoje, cerca de Jaroslavl, y en la aldea Nísovka, en casa del poeta campesino Droschin, en el Gobierno de Tver; véase la nota posterior de Lou A.-S., que viene a continuación del capítulo.

101. * Spiridon Dimitrievitsch Droschin (Drozin), 1848-1930, originario de una familia campesina de siervos, había marchado en 1860 a San Petersburgo, donde trabajó durante mucho tiempo en puestos subalternos; en la época de la visita de Lou A.-S. y Rilke, hacía mucho que era otra vez campesino en su aldea natal Nísovka, en el Gobierno de Tver (en el Volga superior), haciendo poesía en invierno; parece que comenzó muy pronto a hacer versos y recibió el influjo de Pushkin; sus canciones se referían a la naturaleza, el amor, el trabajo, la vida de los pobres de la aldea; posteriormente recibió una pensión de honor del gobierno soviético. Ya en febrero de 1900, Sofía Nikolayevna Schill le había enviado a Rilke a Schmargendorf uno de los cuadernos de poesías de Droschin, y aquél había traducido alguno de los poemas; los recuerdos de Droschin sobre Rilke están publicados en el Inselschiff, año X, verano de 1929. Lou A.-S. y Rilke vivieron algunos días con él y su familia, hasta que se instalaron en la finca del pariente de Tolstói, que quedaba en las cercanías; las fuertes impresiones sobre la vida en esta finca y sobre sus habitantes, retenidas en el suplemento finlandés al diario, pasaron luego a «Ródinka». Una fotografía de Rilke y Droschin acompaña el libro memorial de Lou A.-S. para Rilke.

102. * Lou A.-S. también cita esta imagen en su libro en memoria de Rilke; quizás una reminiscencia del relato de Ljeskov «En el borde del mundo» (traducida por Irene Neander): «Tengo que confesarle a usted que, más que otras representaciones de lo divino, amo yo esta de nuestro Dios ruso, que consigue alojamiento debajo de la pechera». «No lo tenemos en el humo del incienso, como en su pomposo bizantinismo [el de los griegos], sino que Él es completamente nuestro y camina, a nuestra manera, sencillamente por la tierra, se introduce, sin incienso, en el aire fino y fresco debajo del banco del baño, y se apega, como una palomita, al tibio hueco entre el pecho y la camisa.» Palabras del padre Kiriak a un obispo. Un «estudio» de Lou A.-S. sobre el gran narrador Nikolai Semienovitsch Ljeskov, 1831-1895, lleva el título «Das russische Heiligenbild und sein Dichter» [La imagen sagrada rusa y su poeta], y está escrito «según cinco artículos rusos sobre N. Ljeskov de A. L. Volinsky» que se habían publicado en 1897; el estudio, del cual se conservan sólo las primeras hojas (en la escritura de Rilke y con el título de Lou A.-S.), es quizás un trabajo común de la época de Schmargendorf. En abril de 1920 Lou A.-S. publicó una reseña de la novela *La clerecía* (en realidad: *El Círculo de los Popes*) en el *Literavisches Echa;* en ella propone los relatos «Al fin del mundo» (véase más arriba) y «El ángel sellado» como las obras que es necesario traducir próximamente.

103. * *final del poema* «Si hubiese yo nacido en alguna parte...», el vigésimo primero del *Libro de la vida monacal.*

104. «... Tú te has caído del nido, / eres un pájaro joven de garras amarillas / y grandes ojos y te tengo lástima. / (Mi mano te queda muy ancha.) / Y con el dedo levanto de la fuente una gota / y me quedo atisbando si sediento la alcanzas, / y siento tu corazón y el mío que golpean, / y los dos de miedo.»

105. * comienzo del decimoquinto poema del *Libro de la vida monacal.*

106. «Con mano trémula Te construimos / y apilamos átomo sobre átomo. / Pero ¿quién podrá terminarte, / oh catedral?»

107. * para esta suposición se basa Lou A.-S. en recuerdos de Rilke «componiendo» durante el viaje. Respecto a todo el párrafo, véase el comentario a la p. 152 sobre el pasaje «Aquello que como “oración” se elevaba en ti casi sin querer», en el Apéndice a este capítulo.

108. * del poema «Hazle magnífico a uno, Señor, hazle a uno grande...», el noveno en el *Libro de la pobreza y de la muerte.* «Cumplir una vez más su infancia»: cfr. el libro memorial para Rilke, pp. 42 y s.

109. «Haz que su niñez sepa él de nuevo, / lo inconsciente y lo maravilloso, / y de sus primeros años cargados de presentimientos, / el ciclo de leyendas infinitamente rico en sombras.»

110. * el duodécimo poema en el *Libro de la vida monacal.*

111. «Creo en todo lo aún no dicho. / Quiero poner en libertad mis sentimientos más piadosos. / Aquello que todavía nadie se ha atrevido a querer nunca / me será algún día involuntario. / Si eso es soberbia, Dios mío, perdóname. / ... / Y si es orgullo, déjame estar orgulloso / de mi oración...»

112. * aproximadamente la sección central del poema «Retorno a casa desde mi vibración...» del decimoctavo poema, contando desde el final, del *Libro de la vida monacal.* LAS observó respecto a

este poema que, tan pronto como se le hizo evidente, ya temprano, la idea luciferina de este poema, había previsto el destino de Rilke.

113. «Lejos estuve, donde están los ángeles, / arriba, donde la luz en la nada se desgrana / pero Dios es oscuridad profunda. / Los ángeles son el último temblor de hojas / en la orla de su copa; / haber brotado de sus ramas / es para ellos como un sueño. Creen, allí, más en la luz / que en la fuerza oscura de Dios. / Lucifer viene a refugiarse en su vecindad. / Él es el príncipe en el país de la luz; / y su estrella está tan encumbrada / en el inmenso brillo de la noche / que con el rostro achicharrado / implora las tinieblas.»

114. * el último verso, enfatizado y puesto como un poema independiente, de la serie «Ellos no son. Son sólo los no-ricos...», que a su vez forma ya parte de un contexto temático mayor. Con el monoverso comienza en el *Libro de la pobreza y de la muerte,* en su parte media, la determinación positiva de la pobreza.

115. «La pobreza es un gran resplandor desde dentro.»

116. * en la larga carta a Lou A.-S. del 18 de julio de 1903, que Rilke escribió en Worpswede sólo algunas semanas después de su primera estancia en París, y que resume impresiones afines de ese período (interrumpido por una temporada en Viareggio). Como se sabe, las descripciones vuelven a aparecer (con coincidencias hasta en las palabras) en los «Apuntes de Malte Laurids Brigge», primera parte; al escribirlas, Malte habita en la misma rue Touillier en la que antes había habitado en realidad Rilke. El pasaje citado por Lou A.-S.: *«A menudo siento ganas de decir en voz alta que no soy uno de ellos»,* dice en la carta: «A menudo tengo que decirme que...». Lou A.-S. cita las más de las veces de memoria (también los poemas); lo cual también se deduce de lo siguiente: la frase *«hacer cosas por miedo»* está ya en la carta con las «descripciones», en el contexto: «Si hubiese estado mejor, más tranquilo y más amable, si la habitación me hubiese sido simpática y yo hubiese tenido salud, quizás sí habría podido: hacer cosas por miedo». Y a ello responde Lou A.-S.: «... en esto te equivocas: en que todas estas cosas sólo las hayas padecido indefenso, sin repetirlas en un proceso más elevado». «Ahora te ha llegado: el poeta en ti crea poesía de los temores del hombre.» A lo cual Rilke podía haber repetido una vez más en aquiescencia o confirmación, como cumplida, su frase del «hacer cosas por miedo». Cfr. el libro memorial para Rilke, p. 32.

117. * el encuentro se articula, comenzando con una visita de Rilke el 1 de septiembre, en una fase de cercanía personal relativamente fuerte (y al mismo tiempo de relación discípulo-maestro), que se cerró con el período de «secretario» de Rilke durante su segunda estancia en París y con la explosión de Rodin, determinada por un estado de ánimo, en mayo de 1906, y en una fase de un cierto restablecimiento de la relación personal, a partir del año 1908. Lou A.-S. se refiere a la primera fase en su momento culminante. Cfr. el libro memorial para Rilke, pp. 37 y ss.

118. * Por *modelé* entendía Rilke, siguiendo a Rodin, «aquello en que consiste la plástica, las superficies», «la naturaleza de las superficies, digamos en oposición a la silueta», «que sean ásperas o lisas, brillantes u opacas», un «elemento fundamental plástico» que debe distinguirse de la «forma» (carta a Clara Rilke, 5 de septiembre de 1902).

119. * en la del 9 de septiembre de 1914, desde Irschenhausen. El subrayado de las palabras «ahí para» es de Lou A.-S.

120. * en el libro *De la pobreza y de la muerte.* La cita de éste: *«Pero si eres tú: hazte pesado, irrumpe...»* son los versos finales del poema introductorio. El verso *«Dale, Señor, a cada cual su propia muerte»* inicia el sexto poema del libro: «Dale, Señor, a cada cual su propia muerte. / El morirse que surge de una vida / donde hubo amor, menesterosidad, sentido», que está temáticamente junto al monoverso: «Pues la pobreza es un gran resplandor desde dentro».

121. * véanse al respecto —así como sobre el «no querer volver a ser amado» de Malte— las observaciones de Lou A.-S. en su diario de Freud del 10 al 16 de octubre de 1913, el «Análisis de los sueños».

122. «Pero si eres *tú:* hazte pesado, irrumpe: / que caiga sobre mí tu mano toda / y yo sobre ti con mi alarido entero.»

123. «Dale, Señor, a cada cual su propia muerte.»

124. * la carta del 28 de diciembre de 1911. La comparación con la mina va precedida por la de la gran divisoria de aguas, que el Malte representa.

125. * hacia el final de los «Apuntes», antes de la historia del hijo pródigo, se dice de Abelone: «pero ¿podía su corazón veraz engañarse sobre el hecho de ser Dios sólo un derrotero del amor y no un objeto que amar? ¿No sabía acaso que de él no hay que temer un amor recíproco?». La historia del hijo pródigo es relatada como «la leyenda de aquel que no quería ser amado». Sobre la idea del Dios que-no-corresponde-el-amor, cfr. lo que dice J. R. v. Salis en su libro *Rilkes Schweizer Jahre,* Frauchfeld y Leipzig, 1936, p. 204, y lo que Lou A.-S. expone en su libro memorial para Rilke, pp. 60 y ss.

126. * continuación en la primera versión: «Ser amado —casi sólo distracción de la entrega plena, que es la que importa; el "Dios que no corresponde el amor"— el que verdaderamente ayuda; el retorno del hijo pródigo —el malentendido de una religiosidad que busca lo suyo, en vez de apartar de sí la vista, de elevarla a lo alto. Con ello vuelven a estar ahí los "más pobres" como los más ricos, los santos y bendecidos, porque ellos "han dado de sí" la pobreza total, que Rainer anhelaba como la posesión más perfecta. Pero aquello que en semejantes destinos se representaba significaba para él puramente el impulso para la acción creadora misma, para la hora de creación. Cuando —anticipando gracias inenarrables— cobraba para él forma un trozo de las Elegías, algunas estrofas aisladas, magnificencia de fragmentos, entonces se elevaba la llamarada de sus esperanzas: las esperanzas de poder satisfacer aún, a pesar de todo, al severo ángel de la dicción-de-Dios, por despiadadamente inquisitivo que se inclinase su rostro (ya no como el Dios sin rostro, en el cual se adentraría el hombre como en la faz de toda la vida misma)».

127. * *«Fragmento»:* este fragmento, producido en 1912 o 1914, y separado por un hueco de la parte principal de la «Elegía del héroe», se convirtió (después de haberse cerrado esta laguna, en Muzot, con los versos 32-41) en el final de la Sexta Elegía, en la forma: «Pues el héroe irrumpió por las estancias del amor, / cada cual lo señalaba, cada corazón por él latía; / apartado ya, estaba al final de las sonrisas—distinto».

128. «Irrumpiendo el héroe por las estancias del amor, / cada cual lo señalaba, cada corazón por él latía,— / apartado, ya, ya, estaba al final de las sonrisas: distinto.»

129. * durante la segunda visita de Rilke en Göttingen, desde el 9 hasta el 21 de julio de 1913.

130. * palabras de la carta del 11 de febrero de 1922, desde Muzot (en reproducción exacta: «Son. Son»).

131. * continuación, o aclaración, en la primera versión: «Esta compenetración recíproca de lo divino y lo angélico expresa, sin embargo, sólo el momento de la concepción, sólo el nacimiento que se cumple, y excluye todo lo que no se puede emplear para ello, todo lo que lo precede o lo sigue, no solamente como algo inferior, sino pura y simplemente nulo». «... un puro hacer como si *fuese.»*

132. * cfr. el pasaje en la carta del 4 de julio de 1914, desde París: «En mi situación, donde se trataba de mantener lo espiritual en el más peligroso suspenso, resultaba tan fácil que el cuerpo, en su obtuso sentido, extrajese de esta actitud el peor de los ejemplos, se convirtiese en el mono del espíritu, y a la más mínima ocasión se hiciese productivo, a su manera, en sus propios altibajos».

133. * especialmente en sus temporadas en el castillo de Duino, en el círculo de la princesa Marie von Thurn und Taxis; véase la correspondencia de Rilke con ésta; véase también Max Mell, «Begegnung mit Rilke» [Encuentro con Rilke], en: *Corona,* año 6º, fascículo VI, 1936.

134. * por general que sea la forma en que Lou A.-S. expresa aquí este conocimiento, al hacerlo tenía ante los ojos el destino anímico de Rilke. Por ello, puede que su última carta a él que se conserva (12-XII-1925) sirva tanto para vislumbrar en qué pensaba exactamente como también para hacer comprensible el propio sufrimiento abisal de Rilke: abisal por lo imbricado de los padecimientos psíquicamente determinados con los de origen físico. Lou A.-S. sólo podía visualizar por completo una componente, la psíquica, pero también incluía la otra, como posibilidad («Todo esto gusta de aferrarse a los achaques del cuerpo que le salen al encuentro»).

El 31 de octubre de 1925, un año y dos meses antes de su muerte, en su última carta extensa a Lou A.-S., Rilke confiesa que vive «desde hace dos años», por tanto desde fines de octubre de 1923, «cada vez más en medio de un espanto», en un «círculo horroroso», cuya causa, reconocible para él, es «una desgracia merecida», una «diabólica obsesión», una «insensata tentación». También la designa como un «juego» que «estos mezquinos diablos» se traen con él. La designación exacta no viene impresa en las cartas publicadas, pero tampoco se la necesita aquí, gracias a la respuesta de Lou A.-S., que ahora se reproduce completa.

(La descripción de Rilke del espanto en que vive remite, tanto por las imágenes en que se expresa como por el carácter de los síntomas, a la carta del 20 de enero de 1912 a Lou A.-S.: «hasta qué punto este círculo fatal danza a menudo en torno a mí por espacio de semanas»; «hipersensibilidad de los músculos», «mi elemento corporal corre peligro de trasformarse en la caricatura de mi espiritualidad», entre otras cosas.)

El propio Rilke distingue, de este «círculo de magia maligna que me encierra como una imagen infernal de Breughel» (1912: «ciertas malas costumbres que un buen día me encierran como paredes»), la «fobia» (miedo al cáncer), a la cual se ve sometido «desde hace un mes», por tanto desde fines de septiembre de 1925, por algunos «fenómenos en el interior de los labios», que forman evidentemente parte, sin embargo, del cuadro patológico de la leucemia.

He aquí ahora las partes esenciales de la carta de respuesta de Lou A.-S. del 12 de diciembre de 1925 (en la cual hemos puesto entre corchetes lo que todavía no se había publicado):

«Rainer, lo principal ahora es que no es de ninguna manera una obsesión diabólica. *[Porque* siempre se le cuelga a ésta, desde la infancia, el sentimiento de culpa, *por eso* tiene como efecto lo más maligno...» «De niños, y aun más tarde, suele torturarnos un sentimiento de culpa más bien moralizante, que sólo casualmente se exterioriza en castigos corporales. Luego, cuando lo superamos, viene a ocultarse en los propios procesos corporales, es decir, produce, para afirmarse como

desgracia merecida, en un órgano cualquiera una disposición histérica a hacerse sentir patológicamente. Esto se hace posible por la atención, por el temeroso interés que se le dispensa, que dirige allí una irrigación sanguínea acrecida y una hipersensibilidad, es decir, algo completamente similar a lo que produciría en el pene a raíz de sensaciones eróticas; semejante hipocondría debe entenderse también como una especie de enamoramiento replegado sobre sí mismo y en relación con el órgano en cuestión, sólo que en modo alguno se siente como tal, sino como disgusto, padecimiento, casi odio contra el cuerpo, puesto que el órgano en cuestión no se adapta a ello, no sirve eróticamente, se ve arrancado de su función natural, perturbado y se venga.] Todo esto gusta de aferrarse a los achaques del cuerpo que le salen al encuentro; pero por mínimos que éstos sean, no *puede* ser de otra manera sino que se *exterioricen* de modo supradimensional y espantoso, como si fueran quién sabe qué.» «Sobre estas cosas ya nos escribimos hace años, y tú lo entendías muy bien, pero no pierdas la paciencia por la repetición, Rainer, sigue leyendo...» [«Si echas una mirada a tus cosas de ahora, la disposición, que se ha instalado en la garganta y en la lengua, a secundar al sentimiento de culpa, ¿qué puede estar recordándote esto?»]... «Ay, el cuadro entero está tan claro, sólo que para mí, ternera de entonces [en Wolfratshausen], no lo estaba, y *con ello* me ha cargado Dios *a mí* de culpa, porque no estuve, cuando nos conocimos, dispuesta para ti, experimentada con mi actual saber y conciencia. Y por este motivo *aquello* tuvo que aumentar con los años. [Ya el Arriba en lugar del Abajo corresponde a un aumento...]» «¡Pero ni te ha vencido ni te ha corrompido a pesar de todo, Rainer! Porque sobre ti se alzaba la gracia grande, que igualmente se sirve de lo más primigeniamente infantil: la derivación creadora en la obra, derivación que está precisamente por ello tan entrelazada con lo corporal, puesto que desde allí incita, eróticamente también, a lo corporal en el sentido de la obra, en vez de en el sentido de la objetivación práctica, que no tiene espacio para ese “más” que originariamente todavía nos desborda y nos *une a todo...»* «El vuelco a lo malo, lo abandonado, lo entregado al propio cuerpo, lo experimentas no solamente como reacción después de la tensión creadora, es, más bien, algo que ya le pertenece, el revés de la cosa misma, y el diablo, sólo un *deus inversus.* Aquel a quien la imagen divina le ilumina plenamente alcanza también más allá de su reverso. Pero aún allí sigue siendo de Dios, abrazado y envuelto por lo que permanece eternamente materno, aunque tenga que ser pagado por nosotros, criaturitas humanas de estrecha conciencia, por los éxtasis que nos sobrepasan.»

135. «Deja que todo te suceda: la belleza y el espanto.»

[APÉNDICE, 1934]

ABRIL,

nuestro mes, Rainer, el mes anterior a aquel que nos reunió. Cuántas veces me hace pensar en ti, y no es casualidad. Porque en él se contienen las cuatro estaciones, abril, con sus horas de aire níveo casi invernales junto a otras de radiación abrasadora, y junto a las tormentas, casi otoñales, que siembran el suelo húmedo, no de hojas descoloridas, sino de innumerables envolturas de capullos —y en este suelo ¿no habita a cualquier hora la primavera, reconocida aun antes de mirarla? De ahí aquel silencio y naturalidad que nos unió como algo que hubiese existido siempre.

Si durante años fui tu mujer, fue porque tú fuiste para mí lo *por primera vez real,* cuerpo y ser humano indeferenciablemente uno, hecho indubitable de la vida misma. Palabra por palabra habría podido confesarte lo que, como confesión de amor, me dijiste tú: «Sólo tú eres real». Así nos convertimos en esposos aun antes de habernos hechos amigos, y nuestra amistad apenas si fue elegida, sino que provino de bodas igualmente subterráneas. No se buscaban en nosotros dos mitades: la totalidad sorprendida se reconoció, con un escalofrío, en la increíble totalidad. Y así fuimos hermanos, pero como de tiempos remotos, antes de que el incesto se tornara sacrilegio.

Nuestra solidaridad, pronta y dispuesta —por emplear tu expresión— para la luz y oscuridad de todas las estaciones, tuvo que sufrir la prueba de las circunstancias inconmoviblemente imperantes de la vida, que casi suprimen, incluso, hasta su expresión poética. Pero ¿teníamos el derecho de destrozar, como lo hicimos, lo que entonces cobró forma poética? Frente a lo posterior poseía hasta tal punto los rasgos, el rostro de tu pura humanidad, *sólo* humanidad, todavía no tan definitivamente sancionada por tu arte consumado de poeta, que su conservación bien te habría parecido

valer artísticamente la pena. Pero en meses muy posteriores, en la casa «Waldfrieden» de Schmargendorf, cuando en el brevísimo lapso de una embriaguez escribiste el *Corneta*[136]*, te llamó en él la atención la semejanza con estrofas de entonces, que ya no podíamos comparar, y que puede, sin embargo, que hubiesen podido prescindir del dominio técnico sobre la espontaneidad apasionada.

Por aquel entonces me ocurría algo extraño, en la medida en que no tenía comprensión para tu primera lírica, a pesar de su musicalidad (de ahí tu frase de consuelo: Ya lo dirías de manera tan simple que yo llegara por fin a entenderlo). Hubo solamente una sola excepción —incluso en la lírica que me estaba dedicada— cuando dejaste *la hoja* en mi cuarto[137]*. Salvo verso y rima, te habría podido decir a mi vez lo mismo. ¿Y no sentíamos los dos *juntos* el murmullo de lo incomprensible que —experimentado hasta en el fundamento de la raíz de la corporalidad— «llevábamos en nuestra sangre», hasta en los momentos más mínimos, hasta en los momentos más consagrados de nuestra existencia?

A instancias mías encontró lugar, por eso, este poema en el *Libro de horas,* años más tarde:

Lösch mir die Augen aus: ich kann Dich sehn
Wirf mir die Ohren zu: ich kann Dich hören
Und ohne Fuss noch kann ich zu Dir gehn
Und ohne Mund noch kann ich Dich beschwören.
Brich mir die Arme ab: ich fasse Dich
Mit meinem Herzen wie mit einer Hand
Reiss mir das Herz aus: und mein Hirn wird schlagen
Und wirfst Du mir auch in das Hirn den Brand
So will ich Dich auf meinem Blute tragen.[138]

A mí me entristecía no llegar a compartir, de manera lo suficientemente plena, la exaltación de tu lírica en la mayoría de sus expresiones; hasta llegó a disgustarme, en un breve viaje de Wolfratshausen a Hallein para cumplir compromisos anteriores, el tono arrebatado de tus cartas, con el sello azul pálido, que diariamente me llegaban. Hasta que la casualidad

impremeditada de una broma lo transformó todo en la alegría del recuerdo. Habías querido recordarme nuestro pequeño cuartito de la planta baja, donde acostumbrabas correr la contraventana, para impedir miradas no solicitadas de la calle, de manera que sólo nos concedía un poco de luz de día la estrella recortada en la madera. Y cuando me trajeron esta lírica tarjeta, ennegrecida profundamente de tinta por todas partes, sin nada escrito, elocuente sólo por la pequeña estrellita dejada en blanco arriba —¡entonces una se precipitaba entusiasmada sobre la supuesta estrella vespertina en el oscuro firmamento, reverente y conmovida ante un «René Maria» tan auténtico!

Y a pesar de todo, aun restándole toda su risueña realidad, de ello no habría resultado un malentendido menor. En eso pensábamos cuando te lo conté, al regresar a casa. Pensábamos en *nuestras* estrellas, que ni poéticas ni prosaicas nos miraban desde lo alto o se elevaban ante nosotros, y cuya realidad —dichosamente risueña o sobrecogedoramente seria— no habría podido satisfacerse con ninguna expresión.

Trajinábamos no poco por aquel entonces con los más negros trazos de tinta; sólo paulatinamente nos fuimos quitando el hábito, durante aquel verano. De lo entonces aniquilado a medias o por completo, quedó restante a lo largo de las décadas una de esas mitades, con su amarillento sobre de Wolfratshausen y todo:

> Dann brachte mir Dein Brief den sanften Segen,
> ich wusste, dass es keine Ferne gibt:
> Aus allem Schönen gehst Du mir entgegen,
> mein Frühlingswind Du, Du mein Sommerregen,
> Du meine Juninacht mit tausend Wegen,
> auf denen kein Geweihter schritt vor mir:
> ich bin in Dir![139]

Los años siguientes los bautizaste, con razón, «nuestra estancia en Rusia», donde aún no habíamos puesto el pie. Y en la mirada retrospectiva es precisamente esta circunstancia la que se me aparece como algo maravilloso. Porque sólo ella hizo posible que nos sumiésemos en todo lo

que para nosotros significaba Rusia: incluso en estudios muy exactos y en pacientes preparativos, sobre los cuales —todavía no determinable en el tiempo— se cernía la expectativa de llevarlo todo a experiencia personal. Era como si ya cogiéramos las cosas con las manos, en carne y hueso; algo de ello pujaba ya poderosamente en tu poesía, pero primero como cosa todavía irresponsable, por así decirlo: para recibir debajo del cielo ruso, como un regalo, la anhelada transmutación en símbolo; para transformarse en símbolo corporal de lo que clamaba en ti por descargar la exuberancia íntima...; el clamor por «Dios» (para expresarlo en el más breve de todos los nombres) —como por el lugar, el espacio configural en donde lo inconmensurable tiene presencia aun en la más mínima de las cosas y donde la aflicción del poeta se hace expresión en el himno, en la oración.

En Rusia, la vivencia apenas requería al comienzo una forma de expresión: se descargaba en las impresiones mismas, y lo propio siguió ocurriendo también más adelante una y otra vez; de casos semejantes vino a surgir una especie de mitos vividos, las más de las veces a raíz de sucesos nada extraordinarios. A nadie le habríamos podido explicar qué había en ellos de común para nosotros dos. Por ejemplo, qué tenía aquel prado junto a la aldea Krestá-Bogorodskoje[140]* a la luz del crepúsculo; o el caballo soltado a su manada nocturna[141]*, que en una pata llevaba un madero de castigo; o el espacio en la parte posterior del Kremlin[142]*, donde estuvimos sentados en medio del lenguaje de las más poderosas campanas, aunque sólo hablasen mudas, ellas, que —en Rusia— permanecen inmóviles cuando el badajo se agita en su interior.

Los instantes así captados, a dos, no es raro que potencien un sentimiento, como si desde fuera avanzara hacia el alma un suceso —como cargados objetivamente de aquello que, por lo demás, sólo se recibe extrayéndolo de sí mismo—. Lo cual proporcionaba a las correspondientes impresiones una certidumbre y una confirmación sin parangón. Y no había deterioro por el hecho de que, para mí, tras lo recibido hubiese algo diferente que en tu caso: la simple alegría del reencuentro, que completaba, llenándome de felicidad, aquello a lo cual mi temprano traslado al extranjero no me había permitido acceder en la patria rusa. En ti, la irrupción creadora, el momento decisivo como poeta, comprendía en cierto

modo también un elemento tempranísimo, profundamente esperado, de la totalidad de tu ser, del cual sólo te ha separado lo que vino después, despojándote solamente de tu primigenio objeto.

Muchos años más tarde, en ocasiones del todo opuestas, cuando te encontrabas en la duda y el temor porque la producción se interrumpía, hablabas a veces de tu afán por colgarle a cualquier cosa o panorama algo «mítico», algo «místico», semejante a un intento de narcosis para escapar de los dolores o de los temores. Y entonces recordabas aquellos sucesos vividos en común como milagros perdidos ¡que sin embargo existían! Nada místicos, como lo más real de toda realidad existían para nosotros, con tan absoluta seguridad que era inevitable que una y otra vez nos sedujeran. Esto mismo, Rainer, era lo que había en tus palabras alegres cuando, en nuestro viaje de semanas remontando el Volga[143]*, estuvimos a punto de ir a parar a dos vaporcitos distintos, y tú dijiste, tranquilamente: «Aun en dos barcos distintos seguiríamos el mismo camino río arriba —porque nos espera la misma fuente».

Cuando pienso en ello, quisiera seguir la vida entera contándonoslo, como si sólo así experimentara por vez primera lo que es poesía —no en el taller, sino en carne y hueso— y precisamente esto fuera el «milagro» de la vida. Aquello que como «oración» se elevaba en ti casi sin querer[144]* tenía que seguir siendo, para el ser humano a tu lado, revelación inolvidable hasta el final de sus días. Envolvía cualquier cosa con la que entraras en contacto; era corporalidad que, al tú tocarla, revelaba lo divino que en ella se cumplía; y ese infantil olvido de ti mismo con que tú lo experimentabas y creías le otorgaba a cada día, a cada hora su más íntima consumación. Nuestro tiempo permaneció colmado hasta los bordes: del incesante esfuerzo por hacerle justicia a cada impresión, o, expresado de otra manera: de un período de vacaciones indeciblemente solemne.

¡Qué lejos estaba de nosotros, al comienzo, la intranquilidad de saber si podía el impulso de formación entrar en conflicto con el impulso a la rendida recepción de lo que ha de recibir forma![145]* Al orante, ¿podría acaso inquietarle que el pliegue de las manos tuviese que ser aún más perfecto? ¿No tiene en ambas manos a su Dios, aun en el más torpe de los

gestos, con tanta certeza como se tiene a sí mismo? Cuando por primera vez se te escapó, «afuera», algo que formaba parte de tu oración a Dios y a lo cual habrías querido dedicarte por completo para vivirlo *totalmente* —porque un magnífico resto de lo anteriormente sucedido te obligaba, «adentro», a terminar aún de darle forma—, tu inquietud se disipó rápidamente ante la tranquila confianza que volvía. En la próxima ocasión hasta tuviste una graciosa ocurrencia, de la cual volvimos muchas veces a reírnos de corazón. Declaraste que si el Buen Dios hubiese echado una mirada a tu trabajo, en ningún caso te lo habría tomado tan a mal como habíamos sabido, hace poco, de la Señora B., que durante su luna de miel se había sentido insuficientemente cortejada por el Señor B., hasta que éste aplacó su ofensa asegurándole que si a veces se alejaba de ella, era para escribirle ardientes versos de amor.

Mas luego se fue obrando poco a poco una transformación que terminó con nuestras risas inocentes. Al comienzo la tomamos por una perturbación de naturaleza corporal, pero cada vez se fue haciendo más clara una relación con aquel conflicto entre lo hímnicamente vivido y la expresión, la formación del himno. A ello vinieron a añadirse los temores, casi estados de pánico, en los cuales se entrelazaban fantasmalmente las dos exigencias no equilibradas. El susto mayor lo tuve en uno de nuestros acostumbrados paseos de mediodía[146]*, cruzando el magnífico bosque de acacias, cuando te fue imposible pasar junto a una acacia determinada. Después de evitar el camino, y una vez que pudiste volver a emprenderlo sin problemas, volviste a recordármelo, señalando el árbol: «¿Te acuerdas?». Con un gesto afirmativo miré hacia la acacia vecina, que aparentemente no se diferenciaba en nada de las de al lado. Tus ojos se dilataron con un espanto de simple incredulidad: «¿Ésa?, ¡no, no, ésa!», y se podía ver cómo el árbol comenzaba a convertírsete en espectro.

Peligros similares aparecían cuando no conseguías darle *forma cabal* a alguna impresión: no eran decepciones, reproches, depresiones (como en el común de los seres normales), sino una explosión de sentimientos que se iban transformando en algo inmenso, monstruoso, como bajo la compulsión de dejarse arrebatar por ellos, casi como en la feliz compulsión productiva.

Tú la llamabas la productividad descarriada por el miedo, como un sucedáneo desesperado para el dominio, que se te escapaba, de las formas.

Volvíamos a olvidarlo por completo en las semanas de vivencia imperturbada, que nos acompañaba, en indecible alegría y devoción, como las oraciones del *Libro de horas.* Pero luego venían nuevamente los estados de miedo y los ataques corporales[147]*. Una cosa se me fue haciendo clara: que era como si en ellos algo intentara desahogarse, no pudiendo satisfacerse ya sólo con el ademán anímico, algo que el *cuerpo* aceptaba gustosamente para resolverlo en una ruptura de toda medida normal, en puro espasmo. Con horror le seguías la pista a causas de enfermedad incalculables.

Para nada se hablaba por entonces de cómo vendría a resultar, a partir de las oraciones, el actual *Libro de horas,* una obra, una cosa que albergaba en su seno la fama del poeta: para nosotros la publicación estaba de todas maneras descartada. Pero ¿qué es lo que tenía que suceder para salvarte del conflicto personal, para cerrar la brecha entre la *devoción* de Dios y la *dicción* de Dios? Y la circunstancia que más dificultades deparaba parecía ser que la irrupción poética, demasiado inmediata al objeto supradimensionado, había tenido que encontrar *inmediatamente* su maestría técnica, en vez de tener tú que salir en su búsqueda —y aunque fuese por años— en toda la extensión de la realidad, donde, con menos pretensión, cada cosa dejaba tiempo y tranquilidad para ello.

Ya por entonces habíamos conversado entre nosotros hasta qué punto no sería necesario que mundo y gentes te recibieran en su seno, en vez de lo simbólico, donde tú habías creído asir y celebrar, *de manera inmediata,* el sueño de lo más indecible. Pero no fue sino al final de nuestra segunda estancia en Rusia cuando se me hizo completamente clara la compulsiva necesidad de aquello. Yo había ido —por muy poco tiempo— a visitar a mi familia a su residencia (variable) de verano en Finlandia, cuando me llegó tu carta[148]* describiéndote como un réprobo a causa de la desmesura de tus oraciones. Verdad es que muy pronto le siguió una segunda, en un tono diferente; pero ésta, a su vez, en aquella exaltación que hacía tiempo que llamabas, sonriendo, «prewolfratshauseniana», y que resultaba una recaída incomprensible.

Aquello me apenaba y preocupaba tanto más profundamente cuanto que *a mí* el contacto renovado con Rusia me había realizado los deseos personales y me había dejado dispuesta y alegre para afrontar circunstancias vitales inamovibles e imperiosas, que requerían de fuerza. *Sin* hacer esfuerzo alguno me había caído en las manos aquello que a ti, por el esfuerzo de tu obra, te había llagado en toda tu profundidad. Nunca tuve más claro desde qué primigenias honduras iba a tener que producirse *tu* maduración. Nunca te alzaste ante mí tan grande y admirado como entonces: me arrastraba hacia ti el ímpetu de tu interna problemática, y este efecto no ha cesado nunca. Ahora era necesario darse prisa, para que alcanzaras la libertad y la extensión[149]* y todo el desarrollo que aún tenías por delante.

Y sin embargo... sin embargo: ¿no me arrancaba esto, también, de tu lado? ¿De aquella realidad de tus comienzos, en la que habíamos sido como una sola imagen? ¡Quién puede penetrar la oscuridad de la mutua proximidad y lejanía! En medio de esa mi cercanía a ti, ardiente y llena de cuidados, estaba, sin embargo, fuera de aquello que reúne en uno a varón y mujer, y ya nunca más fue para mí de otra manera. Intangiblemente excluida de lo que *quedaba,* de lo que iba a crecer, viviente, hasta la hora de tu muerte, hasta la mía.

Nada quiero disimular. Con la cabeza entre las manos, luché muchas veces conmigo misma por comprender. Y en cierta ocasión me afectó profundamente leer, en un antiguo diario manoseado que poco podía hablar aún de experiencias, la frase desnuda y franca: «Le soy fiel para siempre a los recuerdos; nunca se lo seré a las personas».

Al separar nuestros lugares de residencia se hizo necesario que prometiéramos no dar continuación escrita a la costumbre absoluta de compartirlo todo entre los dos, *a menos que fuese en hora de extrema necesidad*[150]*. Porque, dentro de las circunstancias de mi vida, este modo de vivir totalmente el uno en el otro era aún menos posible que el de años anteriores.

Las horas de extrema necesidad irrumpieron sobre ti en París, cuando la heroica compulsión del *toujours travailler*[151]*, de la mano del redentor

Rodin, se vengó por lo pronto fantasmagorizándolo todo en lo desmesurado y mortal, como ya en Rusia se había anunciado, por la acumulación de intenciones productivas. Pero en medio de los terrores *creaste* tú como artista lo aterrador. De tu legado me llegó, entre cosas varias, una carta mía de la cual puedo leer la felicidad que aquello me produjo. Pero tampoco en esta ocasión se trataba para mí de tus *obras,* que iban a venir en consecuencia, sino, siempre, de la preocupación tremenda de cómo tus escisiones *humanas* llegarían a cerrarse. Y dura brega te costó también a ti mismo decidir si debías ceder a las exigencias de tu editor y publicar el *Libro de horas.*

El manuscrito, que descansaba en mi casa, fue la ocasión de nuestro primer reencuentro: en la *Loufried* de Göttingen, que titulamos así por la inscripción de nuestra bandera sobre la casita de campesinos, en Wolfratshausen.

Todavía te veo tendido, delante de la puerta abierta del balcón, sobre la gran piel de oso, mientras el follaje en movimiento arrojaba luces y sombras sobre tu rostro.

Rainer, ése fue nuestro Pentecostés de 1905. Lo fue también en un sentido distinto del que tú, en tu arrebatada emoción, presentías. Porque para mí fue a la vez como una ascensión de la *obra* del poeta por encima del *hombre* poeta. Por primera vez, la «obra» —que iba ahora a llegar a ser a través de ti y que quién sabe lo que aún te exigiría— se me hizo clara como legítimo señor y mando sobre tu persona. *¿Qué es lo que habría de exigir aún?* Con el corazón en vilo, algo en mí saludaba a las *Elegías,* nonatas aún por decenios.

Desde nuestro Pentecostés en adelante, no sólo leía contigo lo que creabas, lo recibía y lo afirmaba como un juicio sobre tu futuro, que nada podía detener. Y allí fui una vez más tuya, de una segunda manera —en una segunda doncellez.

Dondequiera que en las dos décadas siguientes moraras, en qué países, y ya fuese anhelando un hogar y un lugar de seguridad plena, ya anhelando aún con más vehemencia una más plena libertad de peregrinar, incluso una manía de mudanzas: la falta de hogar interna era ya inamovible. Rainer,

ahora que nosotros, la gente alemana, nos vemos confrontados políticamente a la cuestión de nuestra independencia, me pregunto a veces hasta qué punto no habrá acarreado daño a tu destino el que albergaras tan fuerte antipatía contra tu condición de austríaco. Es de pensar que una patria amada de modo primario, la comunidad de la sangre, te habrían protegido de la desesperación de las épocas improductivas, cuyo peligro más tremendo era precisamente esa condena-de-ti-mismo. En el suelo de la patria, con sus piedras, sus árboles, sus animales, queda algo sacrosanto que alcanza hasta el interior de la propia humanidad. ¿Y cuando luego, desde Suiza, elevaste a Francia, que ya se te había hecho insoportable en París, casi a la categoría de una nueva patria, en su lengua, amistades humanas, nuevos intentos productivos? Tu carta hablaba entonces, sin embargo, de la miseria de volver, a pesar de todo, perturbado y confuso, a tu torre de Muzot[152]*. Nada puedo decir sobre el contenido lírico del logro de tu poesía francesa, para eso me falta la finura discriminativa. Pero mi... injusticia (lo confieso) no puede leer algunas cosas sin levantar sospechas: así, por ejemplo, cuando dices de la rosa *fête d'un fruit perdu*[153]*. ¿Habla sólo la melancolía, o el deleite de un masoquismo blasfemo? Y luego hay una fotografía de ti que me golpea en pleno rostro, como un dolor, como una herida, y que mantengo oculta. Cuando la recibí, algo exclamó en mí: al hacer tu poesía en francés ¿no habrás *necesitado,* en tu expresión, el suelo extraño para decir aquello que, sin palabras, te iba llevando secretamente al encuentro del abismo?

¡Cómo iba a poder yo juzgar en justicia! ¡Si dentro de mí misma luchaba en silencio con tu destino, y no llegaba a resultado alguno! No podía dejar de saber que detrás del poeta, coronado por el destino, y del hombre, que ante aquél se destrozó, había todavía Uno —Uno que por nacimiento *fuiste* tú hasta el final—: Uno que tenía confianza en sí mismo porque, muy por encima de sí, la tenía en Aquel por quien tan confiadamente se sentía llevado, que aceptó la misión de dar testimonio poético de él. Cada vez que volvíamos a encontrarnos en persona, hablábamos, vivíamos en ese *eterno presente* del cual extraías la confianza como uno de los hombres más niños, cuyos pasos no pueden errar porque permanecen orientados sobre el

fundamento primigenio. Entonces volvía a estar ahí el Rainer con el que se podía estar sentados de la mano, como en un refugio inexpresable, y lo que allí se hacía poesía volvía a construir a su alrededor más este refugio, como un resplandor inmarcesible. Nunca puedo pensar en ello sin que en mis oídos resuene el más pequeño de los versos del *Libro de horas*[154]*, que en el momento de su elaboración (oh Rainer, ese momento me es presente perdurable) me pareció como pronunciado por una boca tranquila y alegre de niño:

Ich geh doch immer auf Dich zu
mit meinem ganzen Gehn
denn wer bin ich und wer bist Du
wenn wir uns nicht Verstehn—.[155]

---

136. * en otoño o a comienzos del invierno de 1899, en una noche, «movido a ello por unas nubes que, en extraña fuga, pasaban allá arriba frente a la luna» (carta a Thankmar Baron v. Münchhausen, 6 de marzo de 1915).

137. * en Wolfratshausen. *En el Libro de horas de años más tarde,* en el *Libro del peregrinaje,* del año 1901, el poema figura como el séptimo del libro («Quítame / los ojos, lo oiré; los oídos, lo sentiré; / quítame también el tacto, lo seguiré respirando; / quítame ojos, oídos, tacto y también olfato, / Arráncame todos los sentidos y concédeme el corazón: / me habrás dejado entonces la campana que necesito / y en un mundo entero llegaré a encontrarlo.»). Este poema de amor, así oculto, aunque publicado, despierta el recuerdo de otro poema de amor, si se quiere igualmente oculto: el de los versos contenidos en el flujo del lenguaje dramático del «Amphitryon» (II, 4) de Heinrich von Kleist (que Rilke, por lo demás, seguro que entonces no conocía aún):

Weit war ich, wo die Engel sind,
hoch, wo das Licht in Nichts zerrinnt —
Gott aber dunkelt tief.

Die Engel sind das letzte Wehn
an seines Wipfels Saum;
daß sie aus seinen Ästen gehn,
ist ihnen wie ein Traum.
Sie glauben dort dem Lichte mehr
als Gottes schwarzer Kraft,
es flüchtete sich Luzifer
in ihre Nachbarschaft.

Er ist der Fürst im Land des Lichts,

und seine Stirne steht
so steil am großen Glanz des Nichts,
daß er, versengten Angesichts,
nach Finsternissen fleht.

Armut ist ein großer Glanz aus Innen.

Lou A.-S. copió evidentemente el poema de Rilke de memoria («la hoja» no se conserva). Ya sea la primera versión la que reproduce, ya la modificara su memoria, tal y como ella lo copia resulta más fuerte y también más regular que el impreso en el *Libro de horas: Fuss noch* en vez de, allí, *Füsse, Reiss mir das Herz aus* (arráncame el corazón) en vez de *Halt mir das Herz zu* (párame el corazón), *so will ich* (quiero...) en vez de *so werd ich* (la forma del futuro), y con un ritmo más regular —*Und wirfst du mir auch in das Hirn den Brand,* en vez de *Und wirfst du in mein Hirn den Brand.*

Sobre este poema de Rilke para Lou A.-S., véase la observación crítica de Ernst Zinn, en la p. 837 del III volumen de *Sämtliche Werke,* que sin embargo no necesitamos considerar aquí.

138. Extíngueme los ojos: puedo verte / tápame los oídos: puedo oírte / y aun sin pie puedo ir hasta ti / y aun sin boca puedo conjurarte. / Arráncame los brazos: te toco / con el corazón como con una mano / arráncame el corazón: latirá el cerebro / y si al cerebro prendes también fuego / he de llevarte entonces en mi sangre.

139. Entonces trajo tu carta la suave bendición / y supe que no existen las distancias: / de toda la belleza me sales al encuentro, / tú mi viento de primavera, mi lluvia de verano tú, / tú mi noche de junio con miles de caminos / que nunca un iniciado antes de mí ha pisado: / ¡estoy en ti!

140. * en esta aldea, situada en las cercanías de Jaroslavl, en el Volga superior, Lou A.-S. y Rilke habitaron algunos días en una isba, una choza campesina deshabitada; Lou A.-S. lo relata anteriormente, en las páginas 125 y ss. En su diario del viaje ruso se dice de la tarde del día de despedida: «Encuentro a Makárovna [una campesina de la que se habían hecho amigos] segando en una pradera de altas hierbas, que yo todavía no conocía, detrás de su isba. Este prado, con el paisaje detrás, es como un sueño. Cojo flores y oigo hablar una vez más a la Makárovna: esta vez cálida y copiosamente, y siento cómo se ha encariñado con nosotros. Llueve a cántaros. Luego viene el hacer las maletas, espantosamente triste. Sólo de casa se marcha uno así».

141. * también este recuerdo común del caballo está conservado en el diario. Como es sabido, Rilke consagró «su imagen» a Orfeo, con el XX soneto de la primera parte de los *Sonetos.* Cuán profundamente vivía en él el recuerdo, como de un «mito vivido» en común, lo demuestra el relato de Katharina Kippenberg en la cuarta y final versión de su «Colaboración» («R. M. Rilke», 1948, p. 163). Rilke y ella vieron, desde el tren, en las inmediaciones de París, un caballo blanco. «Rilke y yo estábamos igualmente sumidos en su contemplación. "¡Ahora tendría que saltar y salir galopando!", exclamé yo, y para mi sorpresa vi cómo una oscura oleada de sangre, que no parecía querer retirarse, cubrió después de estas palabras el rostro de Rilke, y cómo éste se quedaba callado y con la vista baja, como profundamente afectado. No contestó nada.»

142. * recuerdo de la estancia en Moscú durante el gran viaje ruso, donde Lou A.-S. y Rilke habitaron «detrás del Kremlin, como en las campanas» (LAS).

143. * duró sólo aproximadamente una semana.

144. * las «oraciones» del primer libro del *Libro de horas* nacieron en el otoño *antes* del gran viaje ruso; de las del segundo, que fueron agregadas al libro dos otoños *después* del viaje (desde el 18 hasta el 25 de septiembre de 1901) en Westerwede, al menos los versos «Extíngueme los ojos» se habían originado ya anteriormente, «como restos de lo sensual elemental», como dijo LAS una vez. Cierta confirmación del recuerdo de Lou A.-S. la da la nota de Rilke en su «Diario de Schmargendorf», el 1 de septiembre de 1900 en Worpswede: «Porque entonces sólo había en mí resonancia: una vez en Poltava, una vez en Saratov..., después en medio de las aguas del Volga..., pero no sé una palabra del tejido de estos sonidos, ni siquiera puedo ya recordar si venían con palabras». Rilke incluye de memoria en el diario un poema de Moscú, algunos versos de una canción «frente a Kasan por la tarde», el comienzo de un poema que puede «que haya sido un eco de Jaroslavl-Kresta» *(Tagebücher aus der Frühzeit,* 1942, pp. 232 y ss.). Respecto a todo el párrafo LAS me dijo: «Lo he extraído de mí realmente como fue», es decir, con recuerdo exacto.

145. * también en este respecto conviene comparar con la anotación de Rilke en el diario, a la que se ha hecho referencia: en Moscú, «mayo de 1900», le dijo a Lou A.-S.: «Sí, todo lo que fue realmente visto ¡*tiene* que hacerse poesía!». Retrospectivamente, observa: «No las usé [las posibilidades], como tantas cosas en este viaje. Dejé de oír innumerables poemas». La anécdota del señor y la señora B. se la había contado a Rilke y Lou A.-S. antes de comenzar el viaje al Volga.

146. * en Kiev, en los días anteriores a la partida en el vapor del Dniéper, Pascuas (rusas) de 1900.

147. * «arrojarse al suelo de miedo» (así, en el camino solitario por el bosque de acacias), «ataques de llanto, achacándoselos a cualquier cosa» (LAS). Sobre la interpretación *«Y la circunstancia que más dificultades deparaba...»* (p. 154), LAS observó: «ésta fue la primera explicación que tuvimos».

148. * esta carta no se conserva. La segunda, «en un tono diferente», es la de agosto de 1900.

149. * según LAS recordaba, ambos discutieron en Jaroslavl, al final del viaje por el Volga, la idea de que Rilke pasase una temporada en Worpswede. La versión que Lou A.-S. da aquí del final de la primera fase de la relación por obra suya está confirmada también por documentos de poco después del viaje. La palabra «entonces» («entonces... luché muchas veces por comprender») se refiere a la estancia de Lou A.-S. en la finca de su hermano mayor, en Finlandia, mientras Rilke esperaba en San Petersburgo para regresar juntos. Puede que el lector llegue a comprender el profundo condicionamiento de este «ser fiel» y «ser infiel» («no habría que ser así»), si considera la interrelación de la experiencia de amor con la «vivencia de Dios».

150. * cuando Rilke, después de una pausa de más o menos dos años y medio, vuelve a reanudar la relación epistolar, en junio de 1903, hace referencia expresa a este acuerdo: «pero quién sabe si puedo llegar en las horas más difíciles». El compromiso siguió en pie en lo sucesivo: en el sentido de que Rilke tuvo siempre la certeza de poder acercarse en las horas de necesidad —pero no solamente en ellas—. El equilibrio originario entre ambos siguió dominando a lo largo de todos los años en el fondo de esta amistad, excluyendo el que Lou A.-S. se convirtiese solamente en la que ayuda y Rilke solamente en el que clama. LAS decía frecuentemente que ninguno de los dos había necesitado una correspondencia regular.

De los poemas de Rilke a Lou A.-S. impresos a continuación (que se incluyen aquí porque provienen de una hora de la más extrema necesidad y con certeza pertenecen a esta época), sólo el primero es conocido: Lou A.-S. lo reprodujo (de memoria, como ciertamente con razón supone Ernst Zinn) en su libro memorial para Rilke, página 13. Pero también los otros dos se conservan: Lou A.-S. le dio a conocer la trilogía, también de memoria, a la joven doctora Paula Matthes, por entonces

amiga suya: «Lou me los recitó, en el rincón de su balcón, casi como cantando interiormente. Yo iba tomando nota. Estoy dispuesta a poner la mano en el fuego por la correspondencia de cada palabra con las dichas. Porque también a mí se me quedaron profundamente grabadas» (carta).

También el primer poema se imprime aquí en la versión conservada por Paula Matthes: las desviaciones de la reproducción en el libro sobre Rilke —como también la prioridad temporal, 1912 frente a 1928— hablan en favor de la autenticidad de esta versión: *seit sich* (desde que se) por *weil sich* (porque se), *ich stehe und warte* (estoy de pie y espero) por *ich starre darauf hin* (estoy pendiente, con la mirada clavada), *meines Lebens Gesetz* (la ley de mi vida) por *meines Lebens Gehalt* (el contenido de mi vida). Sólo *wirres Gedränge* (en vez de *irres)* (tumulto confuso, en vez de demente) es claramente un error de audición.

I

Ich steh im Finstern und wie erblindet,
seit sich zu dir mein Blick nicht mehr findet.
Des Tages<w>irres Gedränge ist
ein Vorhang mir nur, dahinter du bist.
Ich steh und warte, ob er sich nicht hebt,
der Vorhang, dahinter mein Leben lebt,
meines Lebens Gesetz, meines Lebens Gebot —
und doch: mein Tod.

II

Du schmiegtest dich an mich, doch nicht zum Hohn,
nur so, wie die formende Hand sich schmiegt an den Ton,
die Hand mit des Schöpfers Gewalt.
Ihr träumte eine Gestalt —
da ward sie müde, da ließ sie nach,
da liess sie mich fallen, und ich zerbrach.

III

Warst mir die mütterlichste der Frauen,
ein Freund warst du wie Männer sind,
ein Weib so warst du anzuschauen,
und öfter noch warst du ein Kind.
Du warst das Zarteste, das mir begegnet,
das Härteste warst du, damit ich rang.
Du warst das Hohe, das mich gesegnet —
und wurdest der Abgrund, der mich verschlang.

I. Estoy en tinieblas y como cegado / desde que mi mirada ya no te encuentra. / El tumulto demente del día no es / sino un cortinaje, y tú estás detrás. / Y yo aquí esperando si no habrá de alzarse / la cortina que oculta mi vida, / la ley y el mandamiento de mi vida— / y sin embargo: mi muerte.
II. Tú te ceñías a mí, pero no en son de burla, / sólo como la mano que forma se ciñe a la arcilla, / la mano que tiene el poder del creador. / Soñó una forma— / y entonces le entró el cansancio, y entonces dejó la obra, / entonces me dejó caer, y yo me hice añicos.

III. Fuiste para mí la más maternal de las mujeres / un amigo me fuiste como lo son los hombres, / a la mirada eras una hembra, / y las más de las veces eras un niño. / Has sido lo más tierno que yo he encontrado / y fuiste lo más duro con lo que luché. / Fuiste la altura que me bendijo— / y has sido el abismo que me devoró.

Se puede suponer que la trilogía nació tras la separación de Lou A.-S. («Letzter Zuruf», 26 de febrero de 1901). Como expresión poética de Rilke sobre su encuentro de amor con Lou A.-S., esta trilogía está al lado de la manifestación retrospectiva del poeta maduro, en la (también) trilogía de 1911: «Me mantenía sobreabierto...», de la cual conviene reproducir al menos los versos por así decir autobiográficos:

Wer spricht es aus,
was uns geschah? Wir holten jedes nach,
wozu die Zeit nie war. Ich reifte seltsam
in jedem Antrieb übersprungner Jugend,
und du, Geliebte, hattest irgendeine
wildeste Kindheit über meinem Herzen.

«¿Quién dirá / lo que nos sucedió? Recuperábamos todo / lo que nunca tuvo tiempo. Yo maduraba extrañamente / en cada impulso de la juventud desperdiciada, / y tú, amada, tenías sobre mi corazón / una especie de niñez salvaje.»

151. * la primera vez que Rilke menciona ante Lou A.-S la regla de Rodin de *toujours travailler* es en la carta del 10 de agosto de 1903: *«Il faut toujours travailler —toujours—* me dijo una vez que yo le hablaba de los abismos de temor que se han abierto entre mis días buenos; apenas lo podía comprender...». La carta de Lou A.-S. que ésta menciona como devuelta del legado de Rilke es la del 10 de agosto de 1903.

152. * literalmente: «volver a mi torre, igual de oprimido»; carta del 31 de octubre de 1925.

153. * el poema está inscrito en un ejemplar del libro *Vergers* para el poeta francés Jules Supervielle, y dice:

Nos pertes, n'est-ce sur vous
que nos rêves s'érigent?
Seulement nos rêves? Que dis-je?
Pertes, vous portez tous
nos plus tendres élans!
Vous êtes ces caves anciennes
où les vins de nos vignes deviennent
grands invisiblement.

C'est sur vos voûtes qu'on pose
tous ces étages émus.
Qu'est-ce en somme, la rose
que la fête d'un fruit perdu?

(R. M. Rilke, *Poèmes français,* París, 1935)

154. * actualmente la última, cuarta estrofa, del decimoséptimo poema (contado desde el final) del *Libro de la vida monacal:* «Sólo se te comprende con la obra...». Según la anotación del «monje», en el manuscrito de Göttingen del *Libro de horas,* esta «oración nocturna» fue escrita en Schmargendorf «el 1 de oct. [de 1899]». Según esto, el verso forma parte de los «restos de lo sensual elemental».

155. *Voy siempre hacia Ti / con todo mi caminar / pues quién soy yo, quién eres Tú / si no nos comprendemos.*

LA VIVENCIA FREUD

Fueron dos impresiones vitales muy opuestas entre sí las que me hicieron especialmente receptiva al encuentro con la psicología profunda[156]* de Freud: haber tenido experiencia de la excepcionalidad y rareza del destino anímico de un individuo y haber crecido entre un pueblo cuya intimidad se da sin más rodeos. No hemos de volver a referirnos a lo uno. Lo otro fue Rusia.

En relación con los rusos se ha dicho a menudo —y el propio Freud lo hizo, antes de la guerra, en la época de mayor clientela rusa— que en este «material», tanto enfermo como sano, coincidían dos cosas que por lo común no se dan juntas con tanta frecuencia: una simplicidad de estructura y una capacidad de, llegado el caso, mostrar también de modo ingenuo y penetrante un lado complicado, encontrar expresión para lo anímicamente difícil. La literatura rusa ha hecho desde siempre un efecto bastante similar, y no solamente entre los grandes, sino incluso abajo, en las capas medias (que allí se tomaron informes): una franqueza fundamental habla, casi con inmediatez infantil, de los extremos últimos del desarrollo, como si aquí creciese éste de manera más directa, más inmediata, desde lo primigenio hasta lo consciente. Cuando pienso en el ser humano tal y como se me reveló en Rusia, comprendo bien lo que hoy le hace más «analizable» para nosotros y lo que le conserva más sincero incluso ante sí mismo: las capas de represión, que entre los pueblos de cultura más vieja se deslizan como un obstáculo entre las vivencias básicas y su reflejo en la revivenciación consciente, permanecen en él más tenues, más laxas. Con su ejemplo resulta más fácil explicar aquello que constituye el problema nuclear y principal del análisis práctico: a saber, cuánto del trasfondo infantil de todos nosotros *condiciona* permanentemente el crecimiento natural, y cuánto sirve en cambio a la regresión patológica, que cae, por debajo de un nivel de conciencia ya alcanzado, a estadios tempranos no superados.

Ahora bien, por su devenir histórico el psicoanálisis es un *método de curación práctico,* y cuando yo ingresé en él acababa de hacerse clara la posibilidad de colegir de los estados del enfermo la estructura de la persona sana, en la medida en que allí podía descifrarse, como bajo una lupa, lo que en el seno de lo normal permanece casi ilegible para nuestra mirada. Con infinitas precauciones y cuidados en la manipulación metodológica, el trabajo de excavación analítico había ido sacando a la luz del día capa tras capa de material más primigenio, y la irrefutabilidad de sus hallazgos había quedado ya demostrada desde la primera de las grandiosas paladas de Freud[157]*. Pero cuanto más hondo se cavaba, tanto más claro se veía que no solamente en el ser humano patológico, sino también y precisamente en el sano, el sustrato psíquico venía a ser cabal exposición de aquello que llamamos «codicia», «brutalidad», «bajeza», etc., en una palabra, de lo más abyecto y de lo cual más vivamente se avergüenza uno; es más, incluso de los motivos de la razón que nos guía apenas se puede decir algo mejor que lo que de ella afirma Mefisto[158]*. Porque si bien la paulatina enculturación nos eleva por encima de ese nivel —debido a los apuros y ventajas de la experiencia práctica—, es sólo a costa del debilitamiento de las pulsiones en general, de una merma, por lo tanto, de fuerza y abundancia, de manera que al final viene a resultar un animal humano harto desmedrado, ante el cual la criatura de no recortada incultura podría antojársenos tan imponente como un latifundista. La turbia perspectiva de esta situación —apenas más agradable desde el sano que desde el enfermo, que al menos podría sonar con su curación— probablemente haya contribuido a apartar todavía más gente de la investigación profunda, porque despertaba un pesimismo similar al del neurótico desesperanzado cuya corrección se proponía.

Si he de hacer una observación personal al respecto, tengo que constatar en primer lugar hasta qué punto es de importancia para mí lo que le debo precisamente a esta actitud espiritual que el psicoanálisis tuvo ya desde muy pronto: este «no prestar oídos» a consideraciones generales sobre resultados insatisfactorios, esta referencia no abreviada al examen exacto de cada uno de los objetos individuales y casos especiales, cualquiera que fuese el resultado. Porque era precisamente eso lo que yo necesitaba. Mis ojos, colmados todavía de las impresiones precedentes, que habían creído

reconocer en una humanidad más primitiva lo que, en un estrato más profundo, era la niñez imborrable de todos nosotros y seguía siéndolo —como secreta riqueza tras toda madurez—, tuvieron que obligarse a apartarse de eso y emplearse en cambio en la labor fina de la razón ante lo humano objetivo; y tuvieron que hacerlo para escapar al peligro de caer en una sensiblería puramente ciega y cegadora: en la de la «psicología agradable», desde donde no hay acceso que conduzca a la realidad, y donde nos vemos obligados a dar vueltas y vueltas en nuestro propio jardín de los deseos. No me cabe duda alguna de que ha sido algo por el estilo —si bien desde puntos de partida completamente diferentes— lo que nos ha creado enemigos y ha hecho que deserten partidarios: esta necesidad, de suyo tan natural, de no dejar tan fundamentalmente en suspenso lo que uno preferiría ver respondido, o dicho más exactamente: cuya respuesta satisfactoria se sabe en realidad de antemano. Y eso seguirá siendo probablemente así una vez que las «más repelentes» revelaciones psicoanalíticas se hayan tornado, por hábito, más inofensivas. Lo cual parece justificado cuando, por un lado, se intenta pensar «libre de pulsiones» en el terreno de la pura aplicación lógica del pensamiento pero por otro se sucumbe, en las así llamadas «ciencias del espíritu» —inevitablemente divididas en observador y objeto—, a la tentación de aderezar el resultado del pensamiento con un poco de la propia mostaza, para hacerlo más sabroso.

Ha sido por eso, también, por lo que el psicoanálisis tuvo que esperar tanto tiempo a su fundador —aquel que estaba en condiciones de *querer* ver lo que, antes de él, había sido siempre evitado cuidadosamente en el camino—. Sólo él fue capaz de aportar el grado de imparcialidad necesario (y no acaso por dominio difícilmente conseguido, ni a la inversa, por placer hacia lo repugnante) para no cuidarse de si iría a dar de bruces con lo chocante o repelente; lo cual le venía *sancionado* por la circunstancia de resultar ser un hecho, una realidad; quiere decirse que su alegría de pensar, su curiosidad de investigador, recibía de su ser un segmento tan contundente de su capacidad de amar, de su impulso de adueñamiento, que para nada le importaba qué lugar ocuparía en la valoración o en el juicio que es usual entre los hombres. La pureza (es decir, el no inmiscuirse en cuestiones y motivaciones secundarias) de la dedicación *objetiva* produjo precisamente

la forma de conocimiento sin salvaguardas y sin consideraciones capaz de no detenerse ante lo respetuosamente oculto: así fue como alguien entregado sin reservas a lo racional, el racionalista en él, encontró de modo directo la pista de lo irracional. Ostentativamente, bautizó el elemento del «*in*consciente», que se le iba desvelando, con el nombre de una negación. En este sentido, las tres modestas letras de este «apelativo», «Ubw[159]», me han resultado siempre características de una forma extraordinariamente *positiva,* como personal rechazo de toda misteriosidad, de todo aquello por intermedio de lo cual los descubridores pueden convertirse en inventores[160]*.

Nada más clara la perspectiva de Freud que su afán por llevar adelante la investigación psicológica hasta allí donde el inconsciente, inaccesible como tal para la conciencia, es experimentado por ésta en lo *corporal,* sin avenirse, por tanto, a nuestra acostumbrada manera censora de pensar. De ahí proviene quizá también la indignada difamación de la «sexualidad», enfatizada por este pensamiento, porque ésta nos recuerda demasiado enérgicamente, a nosotros, extraordinarias criaturitas humanas, lo que harto desordenadamente tenemos en común con aquello que, exteriormente, se enfrenta a nuestra interioridad consciente; porque el cuerpo es precisamente el fragmento irrefutable de exterioridad en nosotros.

Siempre me ha parecido que en el fondo de toda esa difamación late el hecho de que el hombre se siente remitido a lo *corporal,* que ciertamente constituye su existencia, pero con lo cual, a tenor de sus expresiones espirituales y anímicas, en ningún caso quisiera identificarse. A medida que se fue agudizando la conciencia a lo largo de la evolución, inevitablemente se nos ha ido convirtiendo todo en un enfrentamiento, en el cual sólo se puede intervenir precisamente desde fuera, como en una alteridad; y así también en nuestra propia corporalidad, lo cual entraña esencialmente una desvaloración de ésta. (Cualquier suerte de metafísica antigua gozaba a este respecto de mejor fortuna, en la medida en que lo interior y lo exterior no habían tenido aún que fijarse tan irrevocablemente en una contraposición decretada por la conciencia, sino que estaban sujetos todavía a confusiones, como las que realiza también, entre nosotros, el niño pequeño.)

Precisamente por eso se hizo Freud absoluta y definitivamente ingrato tan pronto como señaló la importancia, para nuestra espiritualidad y nuestro psiquismo globales, de las etapas más infantiles. No sólo por la controvertida pansexualidad infantil, sino a causa de haberla descubierto como fuente última de la cual se nutre sin descanso nuestro desarrollo total. Motivo por el cual tenemos que retornar a este comienzo para los fines de la curación: a *lo primitivo* en la vivencia anímica individual, donde ésta se hace históricamente reconocible en el transcurso temporal; a *lo primario,* de lo cual en ningún momento nos desprendemos, ni aun en las realizaciones más plenas y saludables, por más que nos complazca imaginarlas como «sublimaciones» que flotan en el aire.

Ahora bien, Freud había incluido enseguida la palabra *sublimación* en su terminología (sin preocuparse del concepto valorativo que, con excesiva facilidad, trae aquélla de contrabando), y con ella quería significar sin duda: distracción de la meta sexual final. Por lo pronto cosechó sonrisas por su exceso de conformidad. Pero con ella dejó ya establecida una de sus palabras más fuertes (una de aquellas que habrían tenido que despejar, de un golpe, todos los malentendidos), a tenor de la cual incluso las perversiones sexuales más condenables debían ser designadas, «a pesar de su atroz resultado», como sublimaciones —en la medida en que, detenidas en fases sexuales infantiles, permanecían de espaldas a la meta corporal madura—. Pues tal desviación se produce en el mismo lugar en el que también lo hacen las sublimaciones *altamente* apreciadas (aquellas que llevan a los logros del espíritu, a los éxitos sociales, artísticos, científicos), a saber, de parte de la misma y no gastada infantilidad. Porque lo infantil no es, ni en los más altos logros humanos, sino una metódica de diferente estilo para adecuarse mejor, con ayuda del Eros, al *hecho primigenio* que nos une con el «mundo fuera de nosotros» y salva la brecha que aparentemente nos contraponía, en cuanto criaturas individuales, a todo lo demás. Tampoco aquello que denominamos «objetividad», en vez de «amor», es otra cosa que el hecho de abrirse gustosa nuestra conciencia, con sus métodos, el acceso al subconsciente, dentro del cual no hemos dejado nunca de negar nuestra singularidad ni de tocar el enraizamiento común con el todo. *Por eso* se nos hace lo anterior esencialmente claro, en lo así llamado

«suprapersonal» de nuestros intereses, que maridan, por así decirlo, lo que nos es más íntima y espontáneamente personal con aquello que sobrepasa por todos lados a nuestra persona. *Por eso* es por lo que, dado el caso, «sublimamos» una parte, es decir, desistimos de la rotundidad de la meta sexual corporal; cabría describirlo de esta manera: como si las metas sexuales no fuesen sino una solución de emergencia del ser humano corporalmente aislado, que intenta convencerse, en otro ser aislado, que en él abarca el todo; en tanto que aquél sólo nos es realmente igual en la esfera de su corporalidad, y es sólo dentro de ésta, también, donde el maridaje puede celebrarse, engendrando realidad.

De ahí que sea harto natural que estemos habituados a imputar lo «divino» a lo más sublimado; porque esta palabra significa *siempre* para nosotros, en algún sentido, lo más íntimo y, a la vez, lo que más nos trasciende. Pero eso no es más que un concepto de emergencia para lo más *subterráneo,* a lo cual no llamamos «terreno» pura y simplemente porque sonaría demasiado específico, *puesto que,* en realidad, nos sobrepasa, nos subpasa, y con ello, precisamente, nos expresa con mayor fuerza que la habitual contraposición de adentro y afuera. No es posible encarecer demasiado la importancia de esto: la habitual contraposición de adentro y afuera. No es posible encarecer demasiado la importancia de esto: la fuerza para sublimar depende directamente de lo que conscientemente hacemos o dejamos de hacer. Cuanto más fuerte sea la dotación erótica de una persona, tanto mayor serán también las posibilidades de su sublimación, con tanto más largo aliento sostendrá las exigencias que se le hagan, sin permitir que el cumplimiento del instinto y la adaptación a la realidad entren en disputa uno con otra. Tanto menos será asceta en el sentido del flaco de instintos que se afana por hacer virtud de su carencia, o en el sentido del enfermizante reducido que halla consuelo en la palabra «sublimar». No son ascéticos «renunciadores» los que entran en esta categoría, sino aquellos que aun en las más inhóspitas circunstancias conserven todavía el olfato para sus conexiones secretas con lo más remoto; zahoríes que aun en el suelo más reseco perciben los puntos manantiales; consumadores, no abstemios, y por lo mismo *capaces* de abstinencia en trechos tanto más largos cuanto que se saben de todos modos vecinos a la interna

consumación e independencia. Porque lo esencial es que lo corporal y lo anímico no se han separado en lo conceptual, sino que se redondean, en el hombre, en *una sola* fuerza activa —como el chorro del surtidor, que cae sobre la misma fuente de la que ha surgido.

No en vano exige la psicología profunda que aquel a quien le ha de estar permitido analizar a los demás se haya primero sometido personalmente a las exigencias de su método: a averiguar, en la brutal honestidad del examen, cómo está él precisamente en esta cuestión. El trabajo intelectual de excavación realizado sobre el material viviente alcanza su meta —tanto la del análisis como la de la curación— sólo a través de esta propia colaboración viviente.

Si con frecuencia se ha extendido el estrafalario rumor de que los freudianos formaban una comunidad sectaria tras su apariencia de puro cientificismo, detrás de ello se oculta sólo este granito de verdad: que la psicología profunda no se puede separar tajantemente de esta especie de *convicción,* porque su material mismo bordea la zona donde se influyen mutuamente lo consciente y lo inconsciente. Lo cual coaliga efectivamente a los psicoanalistas; este pequeño fragmento de no «puro» saber, pura ciencia, es lo único que disminuye la importancia de a qué analista se haya dirigido el analizando. A la más profunda responsabilidad de cada uno de ellos le está constantemente encomendado realizar el propio autoanálisis de su inconsciente, de la misma manera que se lo exige al analizando. No se tome, pues, por interesante o placentera revisión de sí mismo en el analista lo que, como asunto de superación, conlleva la máxima seriedad: la misma lucha para el más sano de los tratantes como para el paciente tratado; de ahí que el así llamado «análisis didáctico» permita tan a menudo una renovación personal igual que si su meta hubiese sido terapéutica.

Así es como la situación de investigación profunda contiene efectivamente algo que por lo común ha de excluirse del hacer científico: en éste, puede que una *dosis de convicción* sea en ocasiones favorable por añadidura a la plena dedicación científica; allí, en cambio, *su ausencia* sería el más funesto error, tanto en la investigación como para el objetivo de curación. La pasividad de la investigación objetiva tiene que apelar a nuestra acción íntima a que colabore, para así consumarse. La honestidad y

el rigor del pensamiento van acompañados por la aplicación del hombre anímico a ese empeño, sin lo cual faltaría el verdadero material. Menciono esto con énfasis porque me parece que aquí y acullá se evita en exceso acentuarlo, para no despertar el prejuicio de que se trata de una actividad sectaria.



Georg Ledebour
© Dorothee Pfeiffer, Göttingen

Manuscrito de Lou Andreas-Salomé

Pero hay otro motivo para recordar la actitud real en la psicología profunda, y tiene que ver *con su propio creador.* Porque los hallazgos y la obra de Freud provienen de haberse dado éste tan completamente a su investigación; su atención *original* estaba exclusivamente dirigida al

camino de la investigación, y a ella se atuvo Freud con la misma férrea pertinacia con que, *al mismo tiempo,* no dudó en abrirse sin reservas a aquello que, como meta última, resultó estar al final del camino y contradecía radicalmente lo esperado. Mantener ambas cosas en una, entrañaba precisamente aquella entrega íntima que va más allá de lo orientado exclusivamente al conocimiento.

Para crear el psicoanálisis, su creador tuvo que aunar en *un solo* logro esta doble experiencia —no en dos clases analíticas, sino en una síntesis personal—. Y ya es hora de que esto se diga, de una vez por todas, lo suficientemente fuerte como para que lo oigan los oídos más sordos. Pues este logro *sintético* es idéntico a sus descubrimientos en cuanto tales, al roce interior del que éstos emanaron; trascendiendo, por eso mismo, *aquello* que es disposición personal, deseo o intención —equiparable casi, visto desde éstos, a decepción de lo supuesto, a renunciar a lo esperado y conjeturado —. junto a la tremenda oposición desde el exterior, que ha hecho a la obra de Freud tan rica en sacrificios, junto al escarnio o la cólera de sus contemporáneos, estaba también su lucha *espiritual* para seguir, imperturbable e incondicional, solamente tras de aquello que se le iba haciendo visible, aun en contra de su propia naturaleza y hasta en completa oposición a su gusto. Puestos a compararlo con los sacrificios de otra especie que los investigadores han hecho en sus exploraciones de la vida y de las dolencias del cuerpo, se asemejaría más bien a una realización *espiritual,* por la decisión, la disposición a saltar, si es necesario y se nos permite la expresión, fuera de la propia piel sin cuidarse ni preocuparse de cómo iba luego a aparecer sin ella a la luz del día. Porque Freud el pensador y Freud el hombre, en el efecto que personalmente producen, siguen siendo, a pesar de todo, precisamente los dos a quien sólo el sacrificio une. Difícilmente habría de negar que sus esperanzas se cifraron siempre en que la ciencia biológica iría cada vez más al encuentro de su labor de investigación, ni que, más que desmedro, fue para él satisfacción descubrir hasta qué punto su «Inc.» resultó ser una belleza arisca y de difícil acceso, con la cual los metafísicos de todos los tiempos se han permitido coqueteos íntimos.

Al Freud racionalista lo conoce sin duda todo el mundo por sus escritos, y no sólo por aquellos pasajes donde —ya filosofando, ya de manera acentuadamente antifilosófica, que nada cambia eso en el asunto— extrae conclusiones teoréticas que él mismo (no siempre nuestros autores) quisiera saber claramente diferenciadas de lo hallado por un camino puramente psicoanalítico. Personalmente gusta de incorporar al punto de vista racionalista las conjeturas que apuntan más allá de lo exacta y concluyentemente determinable, o dejarlo de lado con un encogimiento de hombros que quiere decir algo así como: «no darle demasiada importancia».

Poder dejar algo en suspenso en vez de derrochar elucubraciones ante lo inaccesible no es solamente derecho, sino un deber al que la capacidad humana de conocimiento ha de aspirar: victoria sobre la entrometida necesidad secundaria de complacerse en meterlo todo debajo de un mismo sombrero. Pero cabría preguntarse si no aumentará de manera casi instintiva, con nuestra insistencia exclusiva en el conocimiento lógico formal y con su método de discriminación cada vez más imparable, aquella otra necesidad: la de fortalecer ahora (más de la cuenta) al menos *este* punto de vista unificador. ¿No alcanzamos en él, después de todo, la última, la única forma posible de síntesis, precisamente *por medio* de este incontestado dominio de la disyunción y la fragmentación del conocimiento? Nuestro pensamiento puro, limpio de toda emoción, realizando sin supuesto alguno sus abstracciones, ¿no se venga en ello y por ello como de sí mismo a consecuencia de su abstracción, por así decirlo, «inhumana»? Como una red indesgarrable, arrojamos nuestro *esquema de pensamiento* sobre la desmembrada infinitud de los hechos que se nos imponen: con el objeto de entendernos unos con otros, con el objeto de alcanzar comunidad en este acotado mundo de lo que la red abarca (no importa cómo cada cual, en su sensación de ser, se comporte respecto a ello, puesto que su pensamiento, su voluntad de conocimiento, se desplegará de todos modos por encima como una red). ¿No es eso, después de todo, un intento de *imitación* de aquello en lo cual, en nuestra sensación vital, nos sentimos enraizados en el todo, en cierta medida como un velo por encima, imitando la inabarcable profundidad del suelo abajo, hasta la cual no alcanza nuestro conocimiento?

En la medida en que el hombre se ha hecho consciente, se encuentra al mismo tiempo presente como otro en el pensamiento, en el fondo no hace sino invertir, imitando esta situación: vuelve «hacia afuera», como un símil, lo que es el misterio de su propia existencia. Nuestro pensamiento formal se ha convertido así, por último, en una suerte de «simbolización», para llevar a través de la inversión lo impronunciable al lenguaje, a la comprensión. El entendimiento sería nuestro artificio, al cual se le ofrece la tremenda síntesis de todo lo existente: abierta, pero... como nuestra analítica.

Los más de los hombres se deciden en este punto —sin excluir ni mudar menos a los dedicados a la ciencia— a completar su saber de lo exactamente demostrable por medio de lo creído sin más. Como si, a falta de semejante acceso al crédulo optimismo, las cosas se pusieran, dentro de nuestra humanidad, demasiado peligrosamente pesimistas. Como si, de lo contrario, cayésemos simplemente bajo lo «muerto», lo cada vez más despedazado, descorporizado, desalmado por nuestra forma de saber y de conocer, entregados de raíz a la nada. Pues bien, en relación con esto sucede que Freud no sólo se muestra renuente, sino cabalmente opuesto, íntimamente agresivo. Y eso se lo echan en cara, en la medida en que después de todo se trata del ser del hombre, de las angustias y nostalgias de lo más fuertemente vivo en el ser humano. Y, sin embargo, la actitud de Freud se explica por el hecho de que al ceder en este punto —digamos de forma breve y sumaria: de la física a la metafísica— se abusa de aquellos instrumentos epistemológicos que hemos creado para emplear en el mundo de lo físico. Pues precisamente en este punto de separación entre ambos mundos es donde Freud llegó a sus descubrimientos, encubiertos hasta entonces en gran parte porque se los mantenía de antemano clausurados o porque se deslizaban entre medias supuestos metafísicos. Lo que en este punto lo convierte en luchador, incluso en agresor, es la misma seriedad, la seriedad sin tregua ni concesiones del investigador, que implacablemente sacó a la luz sus hallazgos —tan alejados de sus previsiones— y que no permitía tolerancia alguna de cara a su reocultamiento. No se confunda esto con agresión misionera; emanada acaso de un afán de convencer o indoctrinar (por ejemplo, de un «¡Seme fiel a la tierra!» nietzscheano, o alguna otra voluntad de proclamación).

Lo que la causa de Freud exige de nosotros es que en ese momento de la decisión permanezcamos algo más pacientemente a las órdenes de nuestra voluntad de conocimiento; que, sin consideraciones para con nosotros mismos, persistamos en aquella honestidad de pensamiento que hemos aprendido a tener, desde siempre y con tan gran éxito, frente a las cosas exteriores. En este sentido cabe reconocer tranquilamente: ¡la tendencia de Freud nos ha arrojado entre las cosas! Por lo pronto, reconozcamos *aquello* en lo cual somos uno e iguales con el todo, antes de ver cómo y por medio de qué podemos distinguirnos de ello lo bastante a fondo. Porque precisamente ese «más» nuestro frente al resto de las cosas reside pura y simplemente en *ser conscientes* de aquello que nos permite el acceso a la hermandad de todo el ser en general. Lo que actúa aquí como una traba —y de manera creciente en el transcurso de nuestra cultura consciente— es el más necio de todos los «prejuicios de casta», que, frente a un suelo primigenio con los demás seres, prefiere castillos de aire inventados donde ponerse a salvo. En este punto álgido, lacerado o suprasensible por culpa de nuestra soberbia, no es posible cambiar nada a través de la facultad del pensamiento, por mucho que se la ejercite, sino solamente por medio de una revolución del pensamiento para la cual el conocer se torne reconocer.

Después de reconocer aquí a Freud como racionalista de pura raza, incluso en lo que a la dirección de su gusto personal se refiere, de manera que la militancia en su causa *no* necesariamente supone seguir la ley conforme a la cual él se ha presentado, debo expresar, una vez más, con máxima energía aquello que, desde el momento de mi «vivencia Freud», nunca más se me ha apartado de cabeza y corazón. A saber, la circunstancia de la forma de investigación exclusivamente racional llevó, en el último recodo de este camino inexorablemente seguido, a los hallazgos en lo irracional; se estaría tentado de decir: un desmentido magnífico, que proclama al vencido vencedor *¡porque* se mantuvo fiel a sí mismo! ¿No es este giro un acto final compensatorio, en el cual la exterioridad mecanizada vuelve impremeditadamente grupas para retornar a nuestra más oculta interioridad, de la cual ahora sí vale plenamente la frase heracliteana de las fronteras del alma que nunca acabarán de recorrerse?

Ante ello caduca también la más frecuente de las objeciones contra el racionalismo de Freud, la que toma como su lema aquella cita infatigable: que todo lo perecedero es solamente un símil, y no lo esencial. ¡Ciertamente, ciertamente! Con Freud se hizo, pues, perfecto el símil.

---

156. * según parece, las primeras impresiones concretas sobre ésta las recibió Lou A.-S. por intermedio de su amigo el médico sueco doctor Poul Bjerre, durante su visita en casa de Ellen Key, en agosto y septiembre de 1911, en Suecia; de allí viajó con él al Congreso de Weimar. Sigmund Freud, 1856-1939, había publicado en 1895, junto con el médico vienés Josef Breuer, el trabajo fundamental «Estudios sobre la histeria». El método terapéutico especial del «psicoanálisis» surgió cuando Freud colocó la asociación libre en el lugar de la hipnosis empleada por Breuer. Desde 1902, más o menos, Freud había comenzado a reunir a su alrededor médicos jóvenes en calidad de discípulos. Con anterioridad al Congreso de Weimar, en el cual Lou A.-S. conoció a Freud, se habían realizado reuniones de intercambio similares en 1908 y en 1910, en Salzburg y Nüremberg respectivamente. Más detalles, incluso sobre el primer encuentro, se encuentran en la correspondencia entre Freud y Lou A.-S., a la cual conviene remitirse aquí como aclaración general para este capítulo.

La claridad con la que Lou A.-S. y Freud se enfrentaban queda caracterizada por la exclamación de Freud en una conversación: «Pero si usted sigue siendo [es decir, tras ser entrenada psicoanalíticamente] la misma de antes», y la respuesta de Lou A.-S.: «porque usted también sigue siéndolo».

Sobre el capítulo en su totalidad, digamos que fue lo último que LAS pidió que le leyeran, cuatro días antes de morir, agregando observaciones como «hasta ahí está bien, sin énfasis», «eso lo hace todo tan inocente», «curioso, cómo casi ningún ser humano puede mirar estas cosas con toda pureza», «aquí no hay saber que valga», la observación «eso es ya filosofía pura», «dividir y simbolizar no son *infinitamente* distintos, en esto se equivoca Klages», señala el núcleo de la concepción filosófica de Lou A.-S.

157. * cualquiera que sea la «palada» —desde el descubrimiento del «complejo de Edipo» en el análisis propio— que se considere como la primera, «grandiosas» son en su consecuencia dentro del contexto del descubrimiento de los procesos inconscientes: «sexualidad infantil», «represión», «resistencia», «transferencia» y otras más.

158. * en el «Prólogo en el cielo», dice del hombre, el «pequeño dios del mundo»: «Un poco mejor viviría / si no le hubieras dado el reflejo de la luz del cielo; / lo llama razón y lo usa sólo / para ser más bestial que cualquiera bestia».

159. *Unbewusstes,* inconsciente. [*N. del T.*]

160. * «de *descubridor* de la verdad, como hasta ahora estaba considerado el filósofo, se ha tornado en cierta medida *inventor* de la verdad...»; libro sobre Nietzsche, p. 168.

RECUERDOS DE FREUD (1936)

Cuando de regreso a casa, después de una estancia en Suecia, me encontré delante de Freud en el congreso psicoanalítico de Weimar en otoño de 1911, se rió mucho de mí por la vehemencia con que me empeñaba en querer aprender su psicoanálisis, porque por entonces todavía nadie pensaba en institutos de enseñanza, como los que después se planearon en Berlín y Viena para hacerse cargo de las nuevas generaciones. Cuando posteriormente acudí a él en Viena, tras medio año de estudio preliminar autodidáctico, se rió aún más cordialmente de mí, al comunicarle, con toda ingenuidad, que además tenía intención de trabajar con Alfred Adler, quien entretanto se había convertido en su mortal enemigo[161]*. De buen grado dio su consentimiento, bajo la condición que no se hablara ni de él allí, ni de allá en su círculo. Hasta tal punto se cumplió esta condición, que Freud no se enteró sino al cabo de varios meses de mi separación del grupo de trabajo de Adler. Pero lo que me gustaría relatar no se refiere a ningún tipo de formación teórica, ya que ni la más fascinante de las teorías habría podido distraerme de lo que los hallazgos de Freud contenían. Cuando uno piensa en su «encontrar», se echa de ver que una distracción no habría podido ocasionarla ni el más brillante teorizador de estos hallazgos, ni se habría visto ello desmedrado por una teoría fracasada o inconclusa del propio Freud al respecto. Las teorías —y en aquel entonces las había en proceso de formación— tenían para él el valor de instrumentos imprescindibles de entendimiento entre los colaboradores, y allí donde él mismo las forjó, mostraban, por supuesto, el carácter de su manera de pensar, científica y personalmente comprometida con la más rigurosa objetividad. Pero si pretendiera yo emprender la descripción de qué fue lo que conducía su pensamiento a sus hallazgos, volvería a reírse de mí por tercera vez, ya que en nada sería eso más fácil que determinar lo que haya de específico, en carne y hueso, en una mano que pinta o en unos dedos que modelan. Aquello ocurría, por lo demás, *delante de algo,* a saber, ante la

expresión instantánea de un ser humano viviente: con una mirada para la cual nada podía ser tan aislado o de vida tan fugaz que no se le abriese, se le revelara como expresión total de humanidad. En lugar de un darle vueltas en el pensamiento —por profundo o ingenioso que fuese— se daba aquí la disposición de entrega a lo más exacto, a lo cual los seres humanos tenemos que atenernos nosotros mismos en cuanto únicos y finitamente condicionados, y que, precisamente por ello, sólo se nos hace inteligible y real por esta puerta de escape.

En una de las primeras sesiones vespertinas de trabajo (a la que el año anterior había concurrido por primera vez una participante femenina) Freud aludió, como introducción, a la necesidad de hablar sin contemplaciones ni miramientos sobre temas, por su materia u otros motivos, mal reputados, que eran precisamente los que estaban en cuestión. En broma —con una de aquellas pequeñas delicadezas cordiales de las que sabía valerse— agregó: «como de costumbre, tendremos una jornada mala y dura..., con la diferencia, ahora, de que contamos entre nosotros con un domingo». La palabra «domingo» me resultó luego a menudo atingente con relación a él mismo y su mirada, que es la que quería intentar describir: a saber, en relación con la materialidad y la riqueza que ella daba; por muy repelente y espantosa que fuese en ocasiones, para mí estuvo siempre presente, detrás del ajetreo de la semana, lo dominical. En momentos en que él mismo experimentaba repugnancia, me expresó su asombro de que a pesar de todo yo siguiese tan profundamente fiel a su psicoanálisis: «porque yo no enseño otra cosa que a lavar la ropa sucia de otra gente».

Ropa planchada y mecánicamente alisada en los armarios, por cierto que ya se conocía antes de él. Pero aquello que hasta de la más usada se podía llegar a saber, fuese la más ajena o la más propia, no quedaba limitado a una pieza de ropa blanca, sino que superaba su carácter de pieza y su valor de pieza, para verse transformado vivencialmente.

Así, al desnudar hasta lo más repelente, lo más intimidante, la mirada no descansaba en ello en cuanto tal. Así lo expresó Freud una vez que hablábamos de algo por el estilo y él —sin reírse ya de mí— constató con incrédulo asombro: «Incluso las cosas más espantosas sobre las que conversamos usted las mira como si fueran Navidad».

De nuestro último encuentro personal —en 1928— nada me ha quedado ante los ojos con colores tan fuertes como los grandes bancales de pensamientos en el palacete de Tegel, que, trasplantados del verano para el año siguiente, esperaban pacientemente floreciendo: en medio del otoño ya avanzado y de los árboles que se deshojaban. Uno descansaba literalmente al mirar su esperanzado esplendor de verano a verano, y el tono infinitamente diverso de sus colores, en rojo oscuro y azul y amarillo claro. Freud me cortó en cierta ocasión él mismo un ramillete, antes de uno de nuestros viajes casi diarios a Berlín, que yo quería empalmar con una visita a Helene Klingenberg.

Entonces, y a pesar de las dificultades de Freud para hablar y oír, surgían aún diálogos de aquella especie inolvidable de antes de sus largos años de sufrimiento[162]*. En esas ocasiones hablábamos todavía a veces de 1912, el año de mis estudios psicoanalíticos, cuando en mi hotel tenía que dejar siempre la dirección donde estuviera en ese momento para, en el caso de tener Freud tiempo libre, acudir lo más rápidamente posible desde donde quiera que fuese. Una vez, poco antes de uno de estos encuentros, había caído en sus manos el *Himno a la vida* de Nietzsche: mi *Oración a la vida,* escrita en Zúrich, a la que Nietzsche había puesto música con algunas modificaciones. El gusto de estas cosas iba muy poco con Freud; no podía gustarle a la enfática sobriedad de su expresión lo que una criatura en su primera juventud —ni experimentada ni sometida a prueba— hubiese podido permitirse, con toda justicia, de entusiásticas exageraciones. Alegre y amistosamente, en el mejor de los humores, leyó en voz alta los últimos versos:

> «Jahrtausende zu denken und zu leben
> Wirf deinen Inhalt voll hinein!
> Hast du kein Glück mehr übrig, mir zu geben,
> Wohlan — noch hast du deine Pein...».[163]

Plegó la hoja, golpeó con ella el respaldo del sillón y dijo: «¡No! Sabe usted, por ahí no pasaría. ¡Me basta y me sobra un buen catarro crónico para curarme de semejantes deseos!».

En aquel otoño en Tegel volvimos a hablar de esto. ¿Se acordaba todavía de la conversación de hacía tantos años? Sí, claro que se acordaba, e incluso de lo que habíamos seguido hablando después. No sé por qué le hice la pregunta: dentro de mí horadaba el saber de los años espantosos, difíciles y terribles que venía sufriendo, años durante los cuales todos los que le rodeábamos, todos, todos, estábamos obligados a preguntarnos qué es lo que serían capaces de aguantar todavía las fuerzas humanas. Y entonces sucedió algo que ni yo misma comprendí, algo que ya no hubo fuerza alguna que pudiera retener, lo que se me escapó de entre los labios temblorosos, en protesta contra su destino y su martirio:

—Aquello que yo una vez parloteé en mi entusiasmo ¡usted lo ha hecho!

Después de lo cual, «espantada» por la franqueza de mi alusión, me eché a llorar ruidosa e incontroladamente. Freud no respondió. Sólo sentí su brazo alrededor de mí.

---

161. * Alfred Adler, 1870-1937, médico vienés, fue primero colaborador de Sigmund Freud, pero fue apartándose luego cada vez más de él —comenzando con una publicación sobre la inferioridad orgánica, 1907— hasta llegar a ser el fundador de la llamada psicología individual. La carta de Freud del 4 de noviembre de 1912, en la cual da respuesta a la petición de Lou A.-S., caracteriza tanto la situación en ese momento como al propio Freud.

Los motivos por los cuales Lou A.-S. se decidió luego por Freud y contra Adler los ha expresado ella misma en una carta a Alfred Adler, el 12 de agosto de 1913. Esta carta puede también, como un preliminar para las consideraciones sobre Freud que se formulan aquí en el «Compendio», facilitar el acceso a éstas.

«Hace tiempo que quería escribirle, para formular, al menos en esbozo, algunas cosas que entiendo actualmente de manera diferente que el verano pasado, cuando le escribí a usted por primera vez. ¿Recuerda usted que entonces hice mención de cómo, pese a mi divergencia teórica con Freud (que yo tenía por más esencial de lo que ha resultado ser), iba sin embargo muy lejos con él sin que ello me perturbara? Esto me parece ahora caracterizar toda la situación; porque ahora tengo la impresión de que toda la disputa teorética en torno a Freud es, en más de un respecto, un malentendido que no podrá solventarse por el simple contraste de teorías. No hay duda de que mis intereses apuntaban ya de partida en semejante dirección, y en un principio estas cosas sólo cobraron para mí importancia por la cuestión de su ordenamiento filosófico. Pero eso es casi lo más hermoso de lo que he aprendido con Freud: la alegría siempre renovada y ahondada ante los hechos mismos de sus descubrimientos, alegría que me ha seguido acompañando siempre y que me ha vuelto a colocar siempre ante un nuevo comienzo. Porque en su caso no se trata nunca del coleccionar y descubrir detalles “de material” que sólo cobrarían su dignidad a raíz de una discusión filosófica sobre ellos; lo que ha desenterrado no han sido ni viejas piedras ni cachivaches, sino que en todo ello estamos nosotros mismos, y por eso las perspectivas que encierra de manera inmediata para nosotros no son, tampoco filosóficamente, menos decisivas que para el niño, por ejemplo, las vivencias ante las que

aprende a decir por primera vez “¡Yo!”. Si lo que Freud ha investigado fuese sometido a una fórmula general, se lo resumiera en una síntesis abstracta interpretada de una manera algo distinta de la anterior, ni mejoraría de manera decisiva ni cambiaría en su ser. Sería más o menos como si, al investigar el altruismo, conviniese uno, y con razón, en que incluso aquél es sólo egoísmo; ciertamente, pero para investigarlo habría que hacer de inmediato nuevas subdivisiones, habría que articular y distinguir, de manera que, pese a esta unificación, de agujeros necesariamente demasiado anchos en la práctica, al pescar en las profundidades del alma humana quede en la red aquello que pueda significar para nuestra experiencia un elemento nuevo sobre ella.

»Es claro que para usted no es de ninguna manera lo principal la reducción de todo y cualquier cosa a una fórmula [instinto de poder, “protesta masculina”], sino su fundamentación por medio del sentimiento de inferioridad y su sustentación a través de lo orgánico. [...] Psicoanalíticamente, sin embargo, no llego yo a reconciliarme con el sentimiento de inferioridad proveniente de lo orgánico, en cuanto sentimiento psíquico fundamental, y esto tiene una justificación filosófica. Pues, a nuestros ojos, lo orgánico como tal ni explica ni condiciona lo psíquico, sino que en cierto modo sólo lo representa (como, a la inversa, también esto a aquello), y por eso, aunque la representación parezca tan completa y comprobable, pienso que con ella no se habría descubierto ni derivado nada de lo que sucede psíquicamente, tan poco como en el caso contrario. Pero poder dejar que subsista este enigma, esta oscuridad, esta X es el derecho que la psicología tiene sobre su método y su instrumento más propio; al margen de lo que al respecto pueda predicarse gnoseológicamente, la psicología avanza por su camino, como lo hace también, libre de toda influencia, la ciencia natural. Pero si ni psíquica ni somáticamente deja que se le adjudique una prioridad, no acierto a comprender en razón de qué lo psíquico —como nacido de una falta y mantenido por medio de ficciones y manipulaciones artificiales— vendría a caer en posición tan negativa. Es cierto que hay ansias de poder por razones de impotencia, pero sencillamente porque por pulsión de poder, o comoquiera que por el momento llamemos al asunto, entendemos el sinónimo de la vida en general, que se impone en todas partes, aun en caminos recónditos, como lo eternamente inmutable. Pero que ésta no sólo se complazca en imágenes constantemente cambiantes de sí misma, en ficciones y en símbolos, sino que haya de ser también un puro espejismo sobre un vacío, la negación de una negación, no es cosa que me resulte clara. Esto ya se lo expuse en la primera velada con usted, en la mesa del té, al solicitarle, en broma, que “hiciese el favor de interpretar lo ‘femenino’ de una manera más positiva” [frente a la fórmula de la “protesta masculina”] y aún hoy me parece el “medio femenino”, a pesar de sus argumentos en aquella ocasión, como aquello que, en la “aseguración secundaria”, muestra su zarpa como lo instintivamente fundamental (no su ficticia patita de terciopelo, sino más bien enmascarada como tal). Y con esto vuelvo al comienzo: al Inc. [inconsciente] de Freud, y a los motivos por los cuales su “cavar” por debajo de aquél —a saber, por debajo de todos estos fenómenos que yo tengo por positivos— se me antoja mucho más decisivo que todo elucubrar sobre ello.»

162. * los «años de sufrimientos» comenzaron en 1923, al diagnosticársele un cáncer de mandíbula, y concluyeron en 1939, después de muchas operaciones, con la muerte. Véase la correspondencia Lou A.-S./Sigmund Freud, y sobre todo Ernest Jones, *Biografía de Freud,* tomo III.

163. «¡Para pensar, para vivir milenios / vuelca de lleno todo lo que traes! / Si no tienes más fortuna ya que darme, / enhorabuena — aún tienes tu dolor...»

ANTES DE LA GUERRA MUNDIAL Y DESDE ENTONCES

A finales del otoño de 1903 nos trasladamos a Göttingen, donde mi marido iba a trabajar como iranista[164]*. Esto vino a colmar, entre otros deseos, el de vivir rústicamente, ya que a este respecto las alturas de Göttingen prometían más que los alrededores de Berlín. Cuando ya desesperábamos de encontrar algo apartado de la ciudad, fuimos a dar, como por un pequeño milagro, con una casita de tabiquería en medio de una vieja huerta de frutales, sobre la Rohnshöhe. Por entonces la rodeaba todavía tanta soledad que en el último rincón del largo huerto aparecieron una vez hasta pequeños zorros.

Esta cercanía a la naturaleza tenía siempre sobre mí el efecto de una satisfacción vital. De cualquier parte que, a lo largo de tres décadas, regresara allí, la correspondiente estación del año parecía siempre haberse concentrado aquí en su forma más plena, como si de aquí emanara. Llegué a adquirir una curiosa costumbre: después de cualquier estancia prolongada en otra parte, solía, durante los paseos matutinos de reencuentro, sopesar —por así decirlo, en el paisaje— qué efecto hacían las impresiones recibidas junto a todo lo que entretanto les había acontecido a árboles y matorrales, junto a todo lo que había desparramado su primavera o celebrado su otoño: eterno cambio en armonía eterna; solía comprobar si la vivencia humanamente complicada hasta qué punto resistía enfrentarse a lo que hasta tal extremo se muestra discreto y, en su absoluta naturalidad, tan esencialmente presente.

Durante la primera primavera posterior a nuestro traslado, emprendí, a causa de mi débil salud, un viaje de reposo con un amigo médico. Los frutales acababan de romper en flor: un peral viejo y gigantesco (el año pasado lo quebró la tormenta) metía sus ramas agobiadas de blanco por una de las ventanas de mi cuarto de trabajo, hasta bastante adentro de la

habitación: me parecía casi un pecado marcharme y dejarlo; pensé, sin embargo, que al año siguiente volvería a estar exactamente tan glorioso de primavera; pero he aquí que se quedó verde. Se había prodigado con demasiada abundancia y se saltó un mayo; esta explicación, sin embargo, en nada cambió la cavilosa impresión que se me quedó grabada. Muchas ventanas hacia afuera; y el sol en el interior de la casa. Mis dos cuartos en el piso superior eran como una glorieta, rodeados de tilos de anchas ramas, que se convertían en verde cortina contra el deslumbramiento pero que, al avanzar el otoño, cuando los primeros embates del vendaval hacían salir volando las hojas, me dejaban, como consuelo, la nueva claridad inundándolo todo. Las paredes, que tapicé en tela gris-azul oscuro, fueron empalideciendo, pero sin que ese destino desmintiera en nada el tono fundamental; la neutralidad que el color de fondo alcanzó por último servía de manera tanto más desinteresada a las caprichosas labores de bordado rusas y demás recuerdos históricos. Lo que no se podía era cambiar las cosas de lugar, ni siquiera correrlas: detrás volvía a asomar el azul oscuro, fiel a lo que había sido. Por eso se quedó colgado de la pared principal el *Cuadro del Amor,* de Heinrich Vogeler[165]*, que éste había puesto allí con propia mano y que en realidad era de Rainer. Pero aún hoy sigo sin ser partidaria de los cambios demasiado frecuentes en las habitaciones donde se vive, para adaptarse al estado de ánimo o al curso del tiempo. (En esto Rainer iba a menudo demasiado lejos, por una confusión involuntaria de lo exteriormente adaptado al ánimo con lo interiormente propuesto, que de ese modo, por error, se dejaba adormilar.) Rainer tenía gran cariño a mis habitaciones, y aquellas manchas profundas de color fuerte detrás de los muebles y los cuadros no eran el menor de los motivos, con ese su estar siempre dispuestos como caminos ocultos de regreso al pasado: pequeños portales a lo imperecedero.

Las dos grandes pieles de oso, procedentes de las peligrosas cacerías de Willy Brandt en Rusia, presidían el cuarto de trabajo, rodeadas de sencillísimas estanterías en madera de pino. Esta biblioteca deja, sin embargo, mucho que desear, y no sólo desde que, a la muerte de mi marido, eché muchas cosas a la venta de la suya. Desde el principio me había abstenido (¡y no me arrepiento!) de toda nueva adquisición, en aras del

incremento, mucho más importante, de la biblioteca de mi marido, que para él no era solamente una necesidad, sino motivo de felicidad intensa. El antiguo fondo de mi biblioteca de tiempos de soltera lo había dejado en Rusia: tanto nuestros grandes poetas, alemanes y rusos, como también los libros que había usado para mis estudios semisecretos de entonces, y que en parte había adquirido, a duras penas y ocultamente, a cambio de las joyas de regalo que vendía (así, Spinoza). Pero uno de los principales y penosos motivos de la mísera situación de mi biblioteca es el que sigue: que el grosor y peso de los volúmenes se me hacían tan molestos al leer tendida, que prefería leerlos en pedazos, sin que luego volviera a encuadernarlos. Por último, no he parado nunca de prestarlos y regalarlos, especialmente los que más valiosos me resultaban, lo cual, me temo, tiene un motivo algo absurdo: una falta de aprecio por el ejemplar de papel mil veces reproducido, como inadecuado al contenido, como si en rigor el contenido tuviese que subsistir por sí solo, espectral, ante los ojos, independientemente del papel.

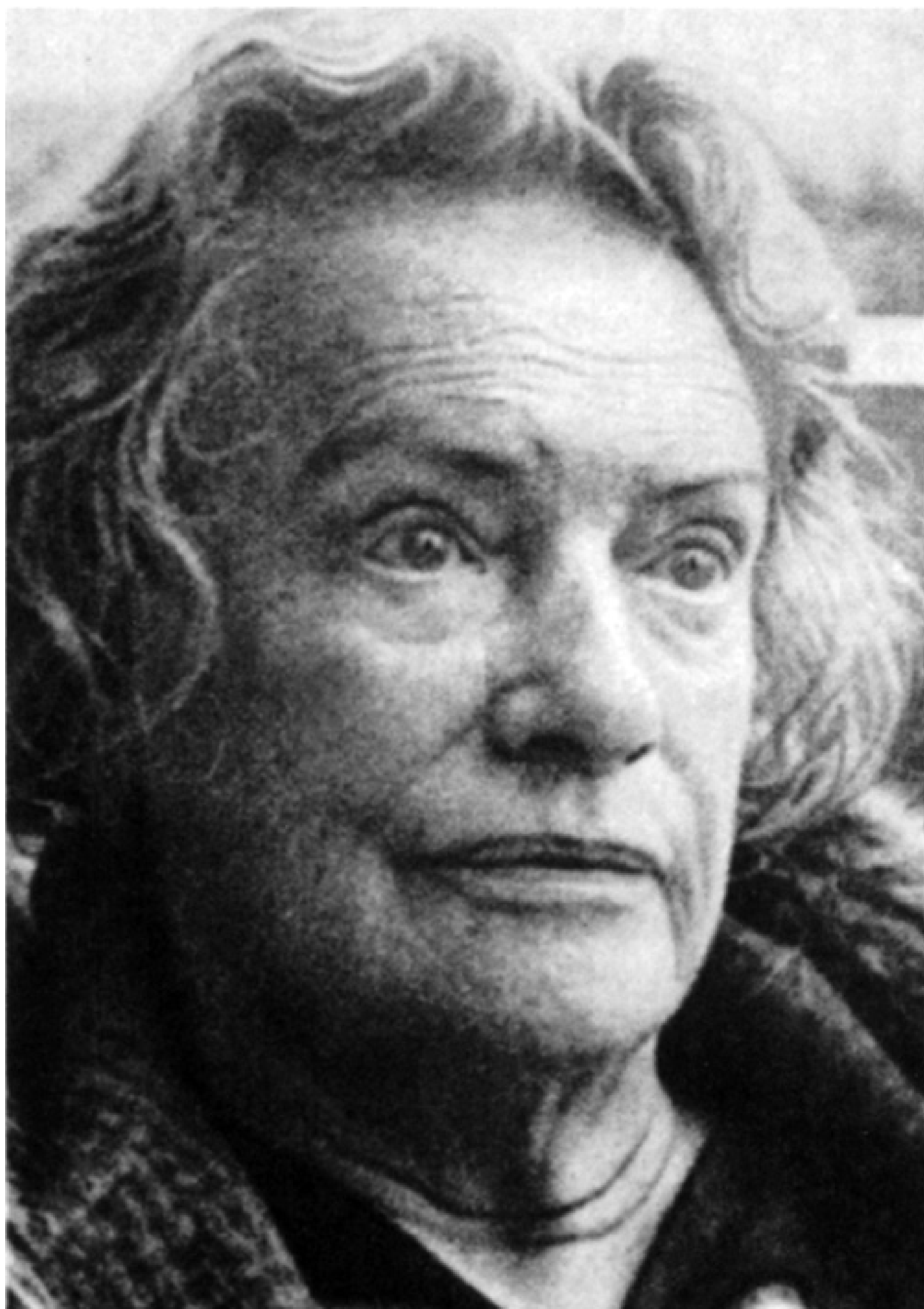
En 1904, en un cuento titulado *La casa*[166]*, convertí nuestra casita en escenario de peripecias para las cuales empleé —intercambiando edades, sucesos y relaciones— a muchas de las personas que me eran íntimamente conocidas, entre ellas a Rainer, en la figura de un niño con unos padres felices; también utilicé en el cuento, con su autorización, una carta suya. Pero antes, concluida prácticamente en Schmargendorf, vertí en palabras mi nostalgia por Rusia —de allí salió *Ródinka*[167]*, que me habría gustado que se hubiera leído, porque contaba cosas rusas—; mientras que el resto de lo que escribía me importaba sólo o casi sólo por el proceso mismo, por el hecho de escribirlo, y siguió siendo siempre una necesidad vital. Mi biblioteca de manuscritos la conservaba en una caja fuerte, de la cual sólo acuciada por el «más innoble» de los motivos, a saber, por vergonzantes razones de dinero, extraía, ¡y con qué disgusto!, alguna pieza venal. A menos que se tratase de artículos de la más variada especie, que sin coleccionarlos he repartido por el mundo; los escribía, en parte, porque su tema tenía para mí una importancia de actualidad, y en parte porque de entrada estaban motivados por dificultades económicas.

A este respecto quiero confesar una curiosidad: en estos trabajos conceptuales me sentía intensamente empeñada en algo femenino, mientras que todo lo que fuese a dar en lo poético lo sentía como algo masculino; por eso, la mayoría de las figuras femeninas las miro con ojos de hombre. La razón de ambas cosas se remonta a la época infantil-juvenil: porque en lo conceptual, para lo cual me educó mi amigo, iba incluido femeninamente el amor que le profesaba, y por el contrario, todo lo que pusiera en movimiento la fantasía estaba sometido a su prohibición, y sólo podía sustraerse a la obediencia en una actitud de desafío, de orientación masculina. No es maravilla —enraizadas como están las pulsiones humanas en lo profundo del inconsciente— que estos efectos no hayan desaparecido sino a una edad harto avanzada —más o menos, a los sesenta.

Varias veces sucumbí a la tentación de pasar los meses de invierno en Berlín, arrastrada por Max Reinhardt, que me invitó a presenciar desde los ensayos su fundación de los «Kammerspiele»[168]*. La experiencia me resultó tan poderosa, que incluso las demás cosas que por intermedio suyo recibí, las relaciones con el rico círculo humano a su alrededor, pasaron a segundo plano, lo cual no es decir poco.



Friedrich Carl Andreas, hacia 1925



Lou Andreas-Salomé, 1934

Y aquí no pienso, ni para censura ni alabanza, en el discutido problema Reinhardt, ni siquiera en los propios estrenos, sino en su peculiaridad como trabajador, del mismo modo que de él no va a quedar ni surgir tampoco una tradición ni una doctrina, sino la impresión de la singularidad de su labor

(cuya libertad provenía de que era *Edmund* Reinhardt quien cargaba con la responsabilidad de los negocios). Así lo veía yo: en este Reinhardt, que sueña y que recibe la poesía tan pasivamente como el gran actor recibe la obra de arte que se le ha confiado, el verdadero punto genial es una inmensa *actualidad,* que irrumpe luego y se apodera de los actores. Como actor que lucha con la timidez, comportándose en el trato social de un modo más bien inseguro, Reinhardt tiene, *trabajando,* un entusiasmo que es también lo que explica su enorme resistencia y su frescura: la voluntad de ensueño y una voluntad casi brutal de violencia se unen indistinguibles en la realización. Lo que con mayor fuerza recuerdo, entre otras cosas, es cómo, aun en momentos extremos, su brutalidad no producía rechazo: la vez que Agnes Sorma, en los *Espectros,* escuchaba la confesión de su hijo, sollozando y conteniendo el sollozo, sin encontrar del todo el tono que Reinhardt exigía; el ensayo terminó con un cansancio general, y al ir saliendo, el agotamiento hizo que la mujer estallara en un espasmo de llanto: Reinhardt saltó entonces, con el brazo en alto, gritando entusiasmado: «¡El tono, ése es el tono!», a resultas de lo cual hubo que «ensayar» el espasmo. Mi impresión de Reinhardt fue la siguiente: mientras que normalmente la poesía sólo se hace comunicable en la voz que encuentra, aquí no era raro que se la dispensara de la cabeza de un poeta, al procurarle expresión, en *voluntad de poder,* el proceso de trabajo con seres humanos vivientes. Elemento onírico y momento de voluntad coincidían para producir el efecto expresivo, irrumpiendo de forma completamente personal para la visualización de lo que se iba creando. Los estrenos, incluso los más brillantes, no son capaces de proporcionar una idea cabal, excepto entre los propios actores, que, sin embargo, están ocupados en su trabajo. En cualquier caso quiere decir mucho cuando afirmo que todo lo demás que indirectamente recibí de Max Reinhardt, las impresiones y relaciones provenientes del círculo de seres humanos a su alrededor (¡y qué riqueza me tocó en suerte, con sólo pensar en los nombres de Kayssler, Bassermann, Moissi, Gertrud Eysoldt!), pasa a segundo plano ante el espectáculo que él mismo ofrecía.

Por aquel entonces tuve también ocasión de vivir lo inusual durante una gira del grupo de Stanislawski[169]*, que ya conocía de Petersburgo y que nadie gozó con más entusiasmo que Reinhardt. El director estaba

reemplazado hasta cierto punto por la *voluntad común,* que había reunido a todos estos actores de la misma clase y la misma cultura, cosa que hasta hacía poco se echaba en falta en el teatro. La manera de ser rusa decuplicaba este efecto; pero a menudo llegué a pensar que solamente a partir de tal principio, de conjunciones semejantes, se llegará a crear una base realmente nueva para todo teatro, desde la profunda necesidad común de los hombres; no teatro como privada diversión artística. Con la parte artístico-técnica del asunto Stanislawski era, sin embargo, extremadamente serio: «más o menos cien ensayos por representación», y Reinhardt, nostálgico, suspiraba: «¡Ojalá se pudiera!». La oportunidad de saber más detalles de los rusos me vino de las repetidas invitaciones que recibí en compañía de Harden, quien se las arreglaba magistralmente para concentrar la conversación general, entreverada de francés y ruso, sobre los puntos que a él le resultaban especialmente importantes. Nuestras comunes caminatas, desde el hotel de los rusos en Unter-den-Linden hasta su pequeña villa en el Grunewald, proporcionaban una magnífica continuación; por entonces nos entendíamos en todas las ocasiones; fue durante la Guerra Mundial, trabajando él de publicista, cuando nos distanciamos.

A menudo hubo viajes entre los meses de invierno en Berlín; así, a Noruega, Suecia y Dinamarca; pero sin encontrarme con Rainer durante su estancia allí en el verano de 1904, a causa de una incomprensible ligereza por mi parte. Sabía que él estaba en el sur de Suecia, en casa de unos conocidos de Ellen Key, y al pasar por Copenhague le había enviado una tarjeta postal desde mi hotel, con un pequeño signo sobre la ventana de mi cuarto; al recibirla, Rainer se había desplazado inútilmente hasta allí. Con Ellen Key llevábamos manteniendo amistad los dos más o menos el mismo tiempo[170]*, y mi tercer viaje a París —en 1909— lo hice con ella, en una época en que encontramos allí a Rainer, por entonces secretario de Rodin. Para conmigo, Ellen Key tenía una bondad tan humana, que hasta soportaba con humor mi aversión a sus libros, aunque a veces me amenazaba: «Animal, entonces la próxima vez no iré a verte a Göttingen, sino que seguiré el viaje a pie hasta Italia». Le gustaba venir a nuestra casa, lo mismo que a mí ir a la suya en Suecia, junto al Wettersee, donde una vez pasé todo el final del verano.

En otra ocasión volvimos a errar Rainer y yo el encuentro, esta vez por poco y sin saberlo; fue cuando él vivía en Duino y yo, al final de un viaje al Sur, pasé unos días en Sistiano[171]*: después nos complacíamos en imaginar cómo habría sido encontrarse inesperadamente, paseando de mañana al borde del mar. Pero mucho más importante nos parecía el hecho casi insólito de que, por largo tiempo que no nos hubiésemos visto, al volver a encontrarnos —en nuestra casa, o en la suya de Múnich, o en alguna otra parte— se nos hacía como si en el ínterin hubiésemos caminado el mismo camino, nos hubiésemos aproximado a las mismas metas o casi como si la separación se hubiese anulado en una correspondencia secreta que no había existido. Cualesquiera que hubiesen sido los acontecimientos exteriores, el punto de encuentro era siempre un punto alcanzado en común y el reencuentro personal una celebración de esta circunstancia, que borraba penas y preocupaciones mediante una alegría sin freno.

Llegué incluso a tocar España, aunque mucho tiempo antes que Rainer. Pero al entrar, en San Stefano [*sic.,* seguramente San Sebastián], una corrida de toros me espantó de tal manera de todo el país, que preferí quedarme en el País Vasco francés (Saint Jean de Luz). Con los años, no sólo me aficioné más a los viajes, sino que en general me hice más accesible y receptiva para las impresiones del exterior, nada se me quedaba ya como puro decorado (como me ocurrió incluso en Roma) de extraordinarios acontecimientos interiores: me abría de una manera completamente diferente a todas las alegrías objetivas y a la comprensión del mundo. Paul Rée, en cuya compañía llegó mi ánimo a hacerse por primera vez realmente alegre, vio pronto que la cosa iba a más, tan aprisa que solía decir: a este ritmo nos va a resultar una veterana que no se va a parar en barras. Más tarde se daba efectivamente por supuesto que mi juventud había sido por el estilo, lo cual dio pie más de una vez a deliciosos malentendidos: en un círculo con toda clase de gente y en lo más divertido de la conversación alguien afirmó indiscretamente que estaba seguro de haber oído decir hace años que yo desaparecía cada primavera y otoño y que volvía completamente regenerada. Con toda seriedad y en son de reproche respondí que de tamaña injuria debería retractarse y disculparse, que yo *nunca* me había atenido a las estaciones del año.

No siempre escogía los mismos amigos como compañeros de viaje; cada país y cada pueblo exigía una forma de vivirlo; y la vuelta al retiro era para mí parte de las necesidades. Comparándolo con las expediciones de hoy, que incluyen por lo común también ultramar, mis viajes sólo cubrieron un pequeño sector de Europa; su lejano oeste nunca me atrajo. Mi viaje más largo hacia el Sur pasó por Bosnia, la Herzegovina, Dalmacia, Bulgaria, Montenegro y Albania, hasta el territorio turco más allá de Sakutari; lo que actualmente se llama Yugoslavia me inundó, por sus habitantes, formalmente de recuerdos, como si de su situación de sometimiento el ruso hubiese sido trasplantado a la alegría y la libertad; nada en ello cambiaba la soberanía formal turca, la gente se trataba con cariño. Rara vez he visto nada más maravilloso que esas grandes mujeres de un rubio oscuro, fuertemente diferenciadas por su porte de las turcas, corpulentas y torpes de andares (¡por lo menos las de entonces!), rara vez niños harapientos más graciosos: los movimientos estaban como afinados, por una tradición antiquísima, a la belleza. En todo el juego de la gesticulación había algo de ello: ya galopara un jinete ladera abajo, con su atuendo regional y a pelo sobre el caballo, ya se tratara de gente en cuclillas en silencio y junto al curso del agua (que tanto podían estar dedicados al lavado como a sus oraciones: su actitud tenía contención y forma por igual para ambas cosas). Pasamos varias veces al lado de un mendigo de edad provecta que, agachado entre la hierba, parecía un príncipe a pesar de la mano mendigante, de manera que al pasar la vez siguiente no sorprendía en absoluto que, con la otra, sacara una cigarrera de esmalte azul para ofrecernos su contenido. Todo resultaba aún más oriental que en Rusia, aún más intactamente arcaico: al cabo de años volvimos Rainer y yo a comentar estas impresiones con la misma vivacidad que si hubiesen sido recuerdo común. Aquello que en la vida religiosa rusa tanto fascinara a Rainer parecía también aquí impregnarlo todo con una impronta de validez aún más general: más mecánica, si se quiere, pero precisamente por la edad, por su «rigidez», más efectiva; sin la pretensión de que uno albergue convicciones similares. Ya en el servicio divino ruso, y más aún en el armenio, lo que hace efecto es esa rigidez, le ofrece al extraño como una bandeja de plata vacía para que aquél ponga dentro su devoción. Con lo

islámico sucede algo semejante, y por este motivo se adapta bien a la atmósfera de los ritos griego-católicos. Si al entrar en la mezquita basta con despojarse del calzado para formar parte de los orantes, de los que, de pie o en cuclillas sobre las hermosas alfombras del interior, están allí sin decir palabra, la concentración en la propia meditación se hace irresistible. Recuerdo la primera impresión de una noche, que me permitió presentir algo del estilo de semejante devoción. Nuestras ventanas abiertas daban al tumulto de las callejuelas estrechas, donde el bullicio de los vendedores, la barahúnda de las carretas, el rebuzno de los asnos y demás ajetreo competían sin freno. De pronto se hizo un instante de silencio, tan abrupto como si el espacio cósmico hubiese retenido el aliento; sucumbía uno a la impresión de que la naturaleza misma lo compartía, hasta en el súbito mutismo del asno que rebuznaba: desde el minarete de la mezquita, alzado como un dedo admonitorio en el crepúsculo, se escuchó «¡Allah Akbar!», la llamada del muecín. Como brotado del corazón de toda criatura que teme y que añora, resuena este grito en la línea divisoria de la luz y las tinieblas, hasta el punto de que uno no se demora siquiera en un contenido de pensamiento que lo sustente, sino que se incorpora al unísono de la devoción común; así también cuando la misma llamada cae de noche, antes de que claree el alba, sobre los sentidos dormidos, como una proclamación de la vida, que es amanecer y es ocaso.

Mi último viaje —en 1911— fue a San Petersburgo y a Suecia; desde Estocolmo, ya de regreso, me fui, junto con un psicoterapeuta de esta ciudad, a Weimar, donde se reunía en septiembre el Congreso Freudiano. Un año después estuve en Viena[172]*, y desde entonces no volví a emprender ningún viaje que no tuviese que ver con el profesor Freud, o con Rainer, o fuese de naturaleza profesional.

Una vez que la Guerra Mundial hubo delimitado para siempre, frente a todo lo posterior, estos años de despreocupada visita a pueblos y países diferentes, surgen en retrospectiva, con su regocijante y confiada imbricación de lo ajeno y lo propio, como una etapa cerrada de la vida —convertidos ya sólo en recuerdos y visibles sólo desde la distancia, desde donde una misma, en los últimos quince años desde 1914, se ha convertido en otro ser humano.

En lugar del multiforme intercambio de nuevas y viejas amistades, los de iguales convicciones empezaron a estrechar filas. En Viena, en el círculo en torno a Freud, pequeño todavía en número, me vi acogida en una comunidad que, por su meta, se me antojaba hermandad. Para mí había algo en él que tenía un efecto tan benéfico como el de nuestro círculo en torno a Paul Rée: incluso como un retorno a aquella naturalidad de trato que tenía entre mis hermanos, originarios de los mismos padres pese a toda nuestra diferencia. Aun viniendo de los más lejanos continentes, de los más extraños países, nos unían idénticas convicciones.

Los más de ellos se fueron a la guerra. El profesor Freud, que tenía en el frente a sus tres hijos y a un yerno, me escribió una vez, haciendo alusión a mi buena opinión de los hombres en general: «¿Qué me dice usted ahora de los hermanos?[173]* ¿Y podrá usted, con su jovial confianza, volver en adelante a estar alguna vez completamente alegre?». Desgarrada entre los pueblos en lucha, en conflicto conmigo misma y en la más profunda soledad, sólo pude responderle: «No».

La guerra, como cosa y manera de hombres: insinuando que el mundo sería diferente si, a este respecto, lo gobernaran las mujeres; ¡cuántas veces no se habrá soñado y sopesado eso, en rebelión contra lo humanamente inmutable!: porque ¿no parece que se la ve con los ojos, alzándose con su inmensa imagen admonitoria en todas las fronteras entre los pueblos en lucha, la figura de la *Madre Dolorosa* inclinada sobre cada uno de los caídos, sobre el Hijo de la Madre? Y, sin embargo, no deja de ser un error óptico elevar esta invisibilidad a tal exégesis y evidenciación. No es así como parece. Porque lo materno, de cuya corporalidad el género humano se origina, no es solamente eterno *sufrir* aquello que a cada uno de sus hijos acaece, en no menor medida es también eterna *represalia* por lo que a cada uno de ellos de ofensa mortal ocurra. Ser-madre es, necesariamente, apasionada toma de partido en el amor como en el odio, irreductibilidad en la intolerancia y en la cólera destructiva, tan pronto como se trata de aquello a lo que le dio el ser, aquello de lo cual se desprendió sólo como de parte propia, de todas maneras inajenable. La herencia materna incorpora en todo nacido tanto la fuerza de su entrega como la de su brutalidad, la implacable limitación entre los suyos.

Y es que cada cual siente harto personalmente —por seria que sea el ansia de paz que en él habite— que no hay vida plena sin disposición para la lucha, sin cólera y defensa contra todo lo que amenaza. Por eso, al pacifismo de principio, aun al más honesto y al de más elevada convicción, no le toca nunca de manera completamente injusta la sospecha de frialdad de sentimientos; porque allí donde ha podido imponerse un destilado tan purísimo de pensamiento racional y disciplina sentimental escasea la toma de partido apasionada que se identifica con el objeto agredido.

A este respecto sólo subsiste una diferencia ilusoria entre las épocas más rudas y salvajes y las más civilizadas y orgullosas de su cultura, capaces, por una parte, de pertrecharse de armas y herramientas asesinas aún más ingeniosas y preocupadas al mismo tiempo, por la otra, de cuidar y sanar las heridas infligidas al enemigo. Porque si hacemos la guerra es porque ya en nosotros mismos somos guerra, afincados en la esencia misma sobre dos planos como no se puede imaginar otros más opuestos ni más dispuestos a disputarse el espacio: la humanidad actúa en su sistema *instintivo* y en su sistema *de pensamiento* de manera tan noble, como si aquéllos no estuviesen inamoviblemente anclados en la misma persona. Sólo que, a medida que se cultiva, surge una tercera posibilidad: adaptar uno al otro en buen entendimiento (en un espíritu similar, digamos, al que trae el cese de hostilidades después de las guerras entre pueblos), aunque éste se vea atropellado una y otra vez. Recurrimos a este método cultural para no llegar a la contienda total en nosotros mismos. Pero de esta manera nos va creciendo una especie de *máscara,* cada vez más involuntaria, que oculta y que confunde, y no solamente hacia afuera, ante el rostro, sino también vuelta al interior, detrás de éste, mirando hacia la propia alma, como difícilmente podría sucederle a una humanidad más ingenua, menos hábil y de impulsos más primarios.

Pero en contraposición extrema a esto, tales épocas permiten también que accedan a la vivencia elementos más primitivos, rasgan al hombre hasta un estrato hundido en el pasado, más profundamente de lo que pueden hacerlo otros destinos. Como noticia sobrecogedora de algo nunca conocido, cabía percibirlo por lo que al cabo de años seguían contando quienes habían regresado de la guerra. Aquello que se resumía bajo

«camaradería», compañerismo, en la identidad de las experiencias, que con mucho superaba a la amistad o a la familia, había hecho a los hombres incorporarse en una totalidad, en una mismidad, como si volviese a resucitar aquello en lo que el ser humano es uno y fuerte antes de toda articulación en la conciencia individual. De la misma manera, en las descripciones de una desconocida comunidad con la *naturaleza* en semejantes relatos de guerra, se escuchaba algo que aparecía como una novedad junto a la única actitud vigente, que se reducía a lo práctico, o a lo estetizante, o a lo determinado por el sentimiento.

A juzgar por tales noticias, tenía uno casi que creer que esta renovación bajo lo absolutamente demoledor y transformador de las «potencias del destino sobre amigo y enemigo» iba a poder leerse aún en la comparación con los pueblos que había respetado la guerra, que —como también nosotros, en tiempos de paz— sólo recibieron de oídas tales cosas, como una anécdota, contempladas desde lejos. Porque sin duda alguna las experiencias abismales de aquello que es la realidad de lo espantoso contienen un inmenso valor humano, puesto que son hombres, hombres, hombres los que las han experimentado en su carne: el ser humano sólo llega a vivir lo que es realmente la vida cuando desaparece toda autorización para ocultarse algo sobre sí mismo.

Durante la docena de años que siguieron a la Guerra Mundial, y a pesar de todos los esfuerzos y medios para terminarla, la guerra prosiguió ininterrumpidamente. ¡Para mí, ya antes de su fin oficial, la Revolución rusa se había convertido en una separación definitiva de mi familia y de la patria de mi nacimiento! La transformación que allí se había operado sólo podía seguir imponiéndose por la violencia revolucionaria.

Durante la guerra y la posguerra, la actividad en la psicología profunda freudiana fue ocupando cada vez más mi vida personal en toda su extensión, tanto como investigación como en su aspecto de método terapéutico.

No hay nada que suceda de forma más belicosa que el destapar, hasta el fundamento de nuestra alma, todo aquello que en nosotros busca querella. Nada hay que lleve de tal manera más allá de todo estado de guerra —de

hombre a hombre, sobre un palmo de terreno, al borde mismo de la paz— que el poner pie, en común, sobre el fundamento anímico de todos nosotros.

¿Qué sucedía entonces? Pues sólo que un extraño entraba en el cuarto, recibido sin amor ni odio, objetivamente dispuesto a este trabajo, y a cumplir, sin embargo, algo más sobrecogedor de lo que pueda decirse fuera de la colaboración viviente.

Pasaron los años, las filas de los contemporáneos fueron clareando por la edad, como había clareado la guerra las filas de los jóvenes —y el ser humano extraño permaneció.

En los últimos días de 1926 murió Rainer; el 4 de octubre de 1930, mi marido. Poco después intenté, parca y malamente, dibujar su perfil esencial, pensando solamente en los más próximos de sus discípulos y amigos. Por eso lo aislé más tarde como apéndice a lo que, al año siguiente y de manera cada vez más insistente, me fue surgiendo como imprevisibles *recuerdos* de la vida: aquellas repeticiones humanas de lo pasajero que, no por casualidad, nos dan alcance en edad avanzada, como si necesitaran un largo camino para exponernos lo que, para nosotros, tienen de imperecedero.

Abstracción hecha de esto, la vivencia aislada personal no es tan importante como nos complace creer: en qué trozo de existencia nos haya tocado probar, en felicidades y dolores, la existencia. Puesto que el más mínimo y en apariencia banal de sus contenidos puede mostrarse inagotable, puesto que aun en el más brillante, en el más colmado de éxito, es imposible que nuestros humanos ojos reconozcan la imagen global.

Porque ésta sigue siéndoles un arcano: pues nos lleva a nosotros mismos incluidos en su secreto a voces.

---

164. * véase el comentario a la detallada información en la página 200 y siguientes, en el capítulo «F. C. Andreas».

165. * el gran grabado «Amor», del famoso Heinrich Vogeler, nacido en 1872, que pertenecía a la colonia de artistas de Worpswede: una pareja de enamorados, en vestimentas medievales idealizadas, sentados apoyándose el uno en el otro y contemplando un paisaje igualmente medieval-legendario; a sus espaldas, frente al espectador, una especie de genio del amor está sumido en su interpretación al arpa; el cuadro lleva el sello del Jugendstil. Vogeler, que se hizo comunista, falleció en 1942 en Rusia.

166. * apareció, con el subtítulo de «Familiengeschichte vom Ende des vorigen Jahrhunderts» [Historia familiar de fines del siglo pasado], en Berlín en 1919, en Ullstein Verlag; 2.ª edición, Berlín, 1927, en edición de la Deutsche Buch-Gemeinschaft. La hermana del joven Balduino (René Rilke) lleva rasgos de la propia Lou A.-S.; la «carta suya» es la carta de Rilke del 15 de enero de 1904, muy resumida. Partiendo del supuesto de que el año de aparición de un libro (en este caso 1919) puede equipararse más o menos a la fecha en que ha sido escrito (en este caso 1904) —en el de «Ródinka» la brecha entre producción (1901-1904) e impresión (1923) es todavía mayor—, se ha hablado del carácter psicoanalítico de los libros de relatos de Lou A.-S. Pero con excepción de «Die Stunde ohne Gott», todos estos libros fueron escritos mucho tiempo antes del encuentro de Lou A.-S. con el psicoanálisis. (Tampoco la novela fantástica *Der Teufel und seine Grossmutter* [El demonio y su abuela], concebida en 1914, tiene nada *específicamente* psicoanalítico.) Dentro de la serie de los escritos teóricos de Lou A.-S., la línea buscada pasa por el centro de las *Drei Briefe an einen Knaben* [Tres cartas a un muchacho], siendo difícil ignorar su indicación expresa al respecto en el librito. La búsqueda de una explicación para el carácter especial de los libros narrativos de Lou A.-S. proviene ciertamente del hecho de que ésta, como la propia LAS dijo, no tenía la intención de hacer «obras de arte»: sus obras habrían «perdido su carácter vital de haber poseído una formalidad más fuerte». El exceso de aquello compensa pues aquí la falta de «arte». Cabría —en cierta contraposición con su propia observación de que el relatar lo sentía como un quehacer masculino— concebir como femenino este «quedarse pegado a la vida» incluso creando formas (desde dentro, no en una descripción exterior), si tal sentir no perdiese de inmediato toda su importancia ante el entendimiento de que en este caso la narración tiene su esencia en una sujeción a la vida (visto desde la perspectiva del arte), y no en un liberador darle forma a la vida, en un devolver el regalo y no en un contraponer, *porque* sigue siendo siempre (en vez de escritura para un «lector»), en secreto, un relatar para el Buen Dios, cuando después de todo ya ha descansado una vez «en sus manos suaves», o, dicho sin metáforas, seguía siendo consumación y fiesta de la unidad.

167. * *«Ródinka»:* con el subtítulo de «Eine russische Erinnerung» [Un recuerdo ruso], Jena, bei Eugen Diederichs, 1923. *Ródinka* funde *los dos* períodos propiamente rusos («recuerdos rusos») de Lou Andeas-Salomé: recuerdos de la niñez e impresiones del gran viaje ruso con Rilke. Los recuerdos infantiles que reciben forma en *Ródinka* están tan próximos a los del relato «Im Zwischenland» [En el país intermedio] que hasta los nombres de los niños, Musja y Boris, son los mismos. De entre las impresiones del gran viaje ruso, no son las personales las elaboradas (las descritas en el capítulo sobre Rilke y en el suplemento), sino precisamente las «rusas», como la visita a las cuevas del monasterio de Kiev y, sobre todo, en el «Sommer auf Ródinka» [Verano en Ródinka] la temporada en Novinki, la finca del conde Nikolai Tolstói. Estos recuerdos, provenientes pues de tiempos muy diferentes, se reúnen ante todo a través de la figura de Vitalii, cuyo modelo fue un muchacho de San Petersburgo que Lou v. S. vio una vez y cuya fuerza y carácter propio la impresionaron. Lo hace ser originario de Ródinka («pequeña patria»), lo hace, por así decirlo, hacerse grande en su fantasía, y lo enlaza con los seres de la granja, que perduraban en ella, y con otras figuras; ella misma no aparece como figura en el libro, excepto, claro está, como la pequeña Musja al comienzo.

168. * Max Reinhardt, 1873-1943, director del Deutsches Theater, surgido del Freie Bühne y dirigido anteriormente por Otto Brahm, fundó en 1906 los «Kammerspiele» que, adjuntos al Deutsches Theater, servían para las representaciones en un círculo más iniciado. Probablemente fue Gerhart Hauptmann quien propició la relación de Lou A.-S. con Reinhardt; éste leyó *Und Pippa tanzt* [Y Pippa baila], ante ella y otros auditores, a comienzos de diciembre de 1905, y en enero de 1906 tuvieron lugar el ensayo general y la *première.* Las temporadas en Berlín, con visitas al teatro y un

intenso trato personal con actores, críticos y viejos y nuevos conocidos, tuvieron lugar, además de en enero de 1906, desde mediados de febrero hasta mediados de abril (en marzo igualmente con Rilke), y nuevamente en noviembre y diciembre del mismo año. Al año siguiente, 1907, se extendieron desde mediados de enero hasta mediados de abril, y algunos días en diciembre. Del círculo alrededor de Reinhardt, estaban especialmente cercanos a Lou A.-S. Friedrich Kayssler y Alexander Moissi, Gertrud Eysoldt y Else Heims.

169. * el conjunto de actores del Teatro Artístico de Moscú, que había sido fundado en el año 1898 por Konstantin Sergéyevitsch Alexéyev, que como director escénico y actor se llamaba Stanislawski, y que éste dirigía. El grupo, en gira por Europa, representó en Berlín en febrero y en marzo de 1906 *El Zar Fedor,* de Alexei Tolstói, *El asilo nocturno,* de Máximo Gorki, *Tío Vania,* de Antón Chéjov, y *El enemigo del pueblo* de Henrik Ibsen. El arte escénico ruso alcanzó fama mundial gracias a Stanislawski y su grupo. Stanislawski exigía que los actores siguieran en lo posible en su papel en la vida cotidiana. Rechazaba la valoración por papeles: «No hay roles pequeños, sólo hay actores pequeños».

170. * Lou A.-S. había comentado, en el año 1898, el libro *Fuerza mal usada de mujer,* de la escritora sueca Ellen Key, 1849-1926, a resultas de lo cual ésta le visitó en Berlín. Rilke comentó en junio de 1902 el libro por entonces muy conocido (al menos por el título) *El siglo del niño,* de Ellen Key, que pretendía darle esta destinación al nuevo siglo (en alemán apareció en 1900). Poco después se inició una viva correspondencia entre Rilke y Ellen Key; ella fue quien hizo posible la temporada sueca de Rilke, desde fines de junio hasta comienzos de diciembre de 1904. Ya mencionamos la visita de Lou A.-S. a Ellen Key, en Alvastra, Suecia, de mediados de agosto a mediados de septiembre de 1911.

171. * en noviembre de 1910; Sistiano queda a poco distancia de Duino, donde Rilke (primera visita) había pasado algunos días en abril de ese año. *En Múnich,* Lou A.-S. y Rilke estuvieron juntos del 19 de marzo al 27 de mayo de 1915, y, después, del 26 de marzo al 1 de junio de 1919 (último encuentro). *En el País Vasco francés* estuvo Lou A.-S. a fines del verano de 1905; Rilke estuvo en España desde noviembre de 1912 hasta febrero de 1913. El *viaje más largo hacia el sur* (los Balcanes) tuvo lugar en verano y otoño de 1908.

172. * esta temporada de estudios se extendió desde fines de octubre de 1912 hasta abril de 1913, y está preservada, con gran énfasis de pensamiento, en el diario *In der Schule bei Freud* [En la escuela con Freud], basado directamente en las lecciones y las veladas de discusión de Freud.

173. * le escribió, al comenzar la guerra: «¿Sigue creyendo usted todavía que todos los hermanos mayores son tan buenos? Espera de usted una palabra consoladora...». Cuando Lou A.-S. respondió a esto con una lamentación profunda y perpleja, él contestó con su carta del 25 de noviembre de 1914.

F. C. ANDREAS

El hombre significativo, en comparación con aquel que contemplamos (las más de las veces con mirada demasiado superficial) como hombre medio, es un caso de dimensiones más amplias, de aquello que alberga espacio para el hombre *entero* «con su contradicción», pero también con sus penurias, ocasionadas por semejante convergencia de contrarios. También lo que solemos entender por «dotes» se actualiza a menudo a través de este drama interno, de este roce en el penoso intento de mediación, que hace acopio de las últimas, de las más extremas fuerzas. La llamada *armonía* de la personalidad —de alguna manera meta de toda humanidad— se queda *de hecho* en un contentarse con una paz un tanto rebajada a costa de una reducción de las posibilidades humanas, o bien en un simple esquema de perfección que en el fondo construimos e ilustramos conforme a la no-humanidad de la criatura o de la vegetación, ante las cuales medimos, envidiosos, nuestras harto mayores complicaciones.

Dentro de la humanidad, lo primigenio y lo consciente se enfrentan más o menos como «lo primitivo» y «lo cultural», aunque lo uno sea continuación y no desmedro de lo otro, puesto que lo más extremadamente espiritualizado no puede escaparse de lo más estrictamente primigenio, sino sólo sobreestructurarlo. Desde *nuestra* perspectiva llamamos a esta dualidad, aproximadamente, lo europeo y lo extraeuropeo (a pesar de sus pueblos altamente cultivados de antaño); o se ajusta, más o menos, a estas dos direcciones: preponderantemente noroccidental y preponderantemente sudoriental. Y semejante comunidad de contrarios encierra finalmente en su seno la problemática irresoluble de la humanidad en general. Pero haber recibido lo contrapuesto en potenciamiento *individual* significa tanto un caudal más rico cuanto una mayor exposición a la contienda de dotes y carencias. Y allí donde un individuo *nace* en el enfrentamiento exterior de las dos direcciones y posibilidades es claro que las dotes así heredadas no sólo se potencian mutuamente, sino que también se vengan, incluso que

semejante circunstancia se desarrolla hasta transformarse en un rasgo personal básico de la imagen toda. Algo de este orden de cosas se me impone siempre en la explicación de la figura de F. C. Andreas, que se vio colocado entre ambos elementos, en su significado como en sus disminuciones, de manera que no puedo evitar comprenderlo a partir de ahí: aunque soy consciente, al hacerlo, de la unilateralidad de semejante boceto. Pues éste sólo resalta *un* rasgo, si bien fundamental, de su figura, al cual, sin embargo, debo limitarme, porque para dibujar completo el contorno me veo retenida por la personal proximidad de mi mirada.

Como nieto por parte de madre de un médico del norte de Alemania[174]*, de grandes dotes espirituales, que emigró a Java y casó con una malaya —una mujer hermosa, dulce y muy amada—, Occidente y Oriente participaron ya de entrada en el nacimiento de Friedrich Carl Andreas; pero su madre, a su vez, contrajo nupcias con un armenio, asentado en Ispahan, del linaje principesco de los Bagratuni; según era costumbre entre los persas en caso de querella familiar, la parte perdedora había cambiado de nombre y adoptado, en este caso, el de Andreas. El padre del pequeño Andreas se trasladó a Hamburgo cuando éste tenía seis años; a los catorce lo envió a Ginebra al Gymnasium, donde destacó por su fogosa ambición y donde ya se dedicó apasionadamente —junto con la música— al estudio de las lenguas. En las universidades alemanas se centró en los Estudios Orientales, especialmente la Iranística, obtuvo su promoción en 1868 en Erlangen y cursó todavía durante dos años estudios especializados en Copenhague, hasta que, en 1870, la guerra le obligó a retornar a su país. Al terminar la guerra marchó a Kiel, para proseguir sus investigaciones de la escritura y el lenguaje pehlevi, que no fueron concluidas hasta 1882, porque entretanto fue enviado como acompañante de una expedición a Persia. Si bien es cierto que esto cuadraba plenamente con sus deseos, ligando definitivamente el objetivo de sus estudios con las experiencias e impresiones personales en Oriente, no dejó, por otra parte, de poner ya en claro la disonancia entre el europeo pragmático que había en él y aquel otro que no podía dejar de aprovechar la oportunidad para, en cierto modo, *volver* por primera vez *a su casa* de Oriente, en medio del ocio y el derroche de tiempo. Lo que el destino, de manera sorpresivamente amistosa, había combinado y regalado

terminó en descalabro. Con gran retraso logró unirse a la expedición —que había partido hacía tiempo—, habiéndose demorado a su paso por la India, donde logró observaciones y hallazgos valiosos pero que no tenían nada que ver con el motivo por el cual había sido enviado; aquello causó disgusto, amén de errores en la interpretación de sus primeros envíos desde Persia, por lo cual se le pidió que regresara. Lo que terminó de estropear las cosas en Alemania fue su explosión de temperamento, cargada de encono, en su respuesta oficial, a la cual hizo seguir la continuación porfiada y ardiente de su trabajo en Persia *sin* financiación estatal. Seis años, los más de ellos pasados en amarga penuria, duró su estancia en Persia; a su regreso, obligado por una dolencia de la vista contraída por leer las inscripciones a plena luz del sol, se vio obligado a ganarse la vida trabajosamente, con clases privadas, hasta la fundación del Seminario Orientalista de Berlín, en el cual obtuvo una cátedra. Pero también esto se acabó pronto, a consecuencia de intrigas que crearon la apariencia de que tampoco aquí Andreas se había atenido a los objetivos y límites de su tarea, que no consistía en la formación de científicos puros, sino en enseñar a diplomáticos y a comerciantes con intereses prácticos: cosa tanto menos justificada cuanto que precisamente su curso comprendía solamente científicos, para los cuales él se había convertido en el maestro nato.

Pero tales malentendidos, condicionados desde afuera, tenían su mayor peligro en el hecho de sacar a la luz un conflicto interno en él mismo; porque aun allí donde podía entregarse de forma tan ilimitada como quisiera a su trabajo de investigación, venía a estrellarse contra otra frontera: en la medida en que el camino de la demostración racional se le antojaba de suyo infinito —por así decirlo, interminable— en comparación con la evidencia interior que los asuntos científicamente investigados poseían para él de forma anticipada, casi visionaria.

Su meticulosidad, precisamente porque era una supermeticulosidad rayana en la minuciosidad más extrema, precisamente porque le permitió llegar a ser maestro en ella, se estrellaba contra su propia imposibilidad de satisfacer la otra dote esencial en él, la evidencia visionaria. Lo que entre ambas se perdía, como si fuera en su exacto punto medio, era la exacta liquidación *final.* Alguien maldispuesto con Andreas lo expresó, sin

embargo, con toda certeza: «Como *sabio,* en Oriente, sí que habrías estado en tu elemento». Él, claro está, no se imaginaba así, en una tienda bajo el cielo azul del Sur, escanciando sabiduría a sus discípulos, sino completamente como investigador sobre la senda científica, sobre el camino del erudito occidental, con la meta de la ciencia rigurosa ante los ojos. Ninguna de las dos cosas estaba dispuesta a hacerse concesiones recíprocas; cada una de ellas reclamaba para sí tanta atención como cuadraba a este fuerte temperamento. Ni siquiera más tarde, pasados estos años difíciles, varió la situación: una vez que Andreas hubo obtenido la cátedra de Filología Irania y Lenguas del Asia Occidental de Göttingen[175]*, omitió fijar en libros el resultado de sus investigaciones, descuidó las publicaciones; se limitaba a notas provisionales, como si dijéramos *de pasada.* Considerado en rigor, un resultado tampoco queda realmente liquidado con semejante fijación; cabría darle cada vez mayor verosimilitud científica mediante relaciones más amplias y profundas... siempre que uno estuviera dispuesto a dedicar toda su vida. La mezcla de ultrameticulosidad y clarividentes dotes de adivinación y combinación, que se le reconoce a Andreas como su gran fuerza, no permitía una valoración oficial de sus trabajos de investigador, no llegó a someterse nunca a la decisión de rematarlos *de manera que sirviesen a un objetivo.* Así fue como el resto más valioso quedó en él mismo, como una suerte de íntima visión, en una vivencia personal, bien que cada pieza mínima de investigación o de demostración estaba orientada, en su singularidad, al todo, y ayudaba de hecho a esclarecerlo.

Un lugar había, sin embargo, donde se reunían para él esos dos métodos contrarios de conocimiento: este elemento maravilloso entre la visión y la erudición le venía garantizado en los hombres de idéntica voluntad investigadora, en los discípulos dispuestos a la producción: su elemento supracientífico se hundía en sus discípulos por medio de la ciencia. De Andreas puede decirse, tranquilamente, que fue como un asesinato el que tuviera que estar durante quince años de su mejor edad viril sin discípulos de talla (para impartir, por ejemplo, clases de alemán a oficiales turcos en Berlín). Fue en Göttingen donde vino a experimentar por primera vez esta riqueza suprema al entablar contacto con los más dotados de sus oyentes, un

contacto distinto del de un simple maestro y aun del de un amigo pedagogo. Sus discípulos fueron para él tierra de labranza donde sembrar su riqueza, tan exactamente y desprovisto de miramientos como sólo él podía hacerlo. Un colega suyo, que le conocía desde la juventud, dijo después de la muerte de mi marido: «Quienquiera que alguna vez formara parte de ellos lo tenía como en palmitas. ¡Seguro que le permanecía fiel! Pero también ¡cómo los cuidaba!».

Al confesar que la vivencia de Andreas a través de sus antiguos discípulos casi canceló para mí su muerte, no me refiero ni a su duelo, ni a la participación que han mostrado, ni a que lo extrañen, sino a la circunstancia de haber permitido que su imagen siguiera actuando con tan inmensa vivacidad como si sólo ahora se hiciera completamente realidad. Quisiera relatar lo que me contó uno de los más amados: cómo, a la vuelta de varios años de servicio en la guerra, se había sentido desprendido de la ciencia, porque el impulso y la forma del pensamiento científico no encontraban ya en su memoria ningún material erudito. «Reconstruir por medio del estudio libresco este mundo interior parecía inútil; pero me bastó con preguntarme: cómo era, en aquel entonces, con Andreas..., desde la primera vez, y luego más tarde..., qué aspecto tenía al pronunciar las palabras que desde el comienzo me abrumaron con el todo, de manera que creía ahogarme en él y que no llegaría nunca a dominarlo, aunque el gran maestro que hasta entonces había tenido me había encarecido tanto: “ahora está usted en condiciones de ir con Andreas”; y entonces, en el recuerdo de estas impresiones, lo buscado reapareció de pronto. Aquello que menos tenía de saber libresco, aquello que no había habido manera de retener siquiera en los apuntes, puesto que Andreas, al enseñar, volvía a buscar siempre de nuevo y a encontrar de nuevo con los estudiantes: esta viva experiencia estaba completamente intacta, y desde allí volvió a redondearse plenamente.»

De personalidad y saber fue edificándose unitariamente en sus discípulos aquello que en él chocaba escindido: lo contemplado, asegurado y evidente, y la infinitud de lo que requería demostración hasta el mínimo detalle. Por eso, otro de sus exdiscípulos llamó a esa impresión global que de él emanaba «la más regia soberanía» que él hubiese experimentado jamás, que

estaba a salvo de todos los ataques del exterior, en la conciencia de su caudal grande y seguro y a consecuencia de su alegre falta de ambición, de la ausencia de un deseo de fama exterior, de la libertad interna.

La forma externa en que Andreas impartía sus clases (no en la universidad: en casa, en su despacho) contribuía aún más a que confluyeran las impresiones puramente personales. La reunión era por la tarde, por así decirlo al filo de la noche, y no puede decirse que acabara pronto, porque a él, que no acostumbraba retirarse a descansar antes de las cuatro de la mañana, se le intercambiaban sin más el día y la noche. Para reanimar los espíritus, tan solicitados, había o bien té —que preparaba él mismo, con primor oriental— y bizcocho, o bien vino y bocadillos; y cuál de las dos posibilidades se diera caracterizaba la naturaleza y el tema de lo tratado.

Lo que a sus discípulos les sucedía a él le sucedía. En los primeros años en Göttingen, consiguió —con indecibles esfuerzos— asegurar el financiamiento suficiente para uno de sus discípulos, que iba adjunto en una expedición a Persia: creo que debe de haber sido la expresión más radiante de alegría que yo haya visto nunca en un rostro, cuando volvió a casa a contármelo; fue en *este* momento cuando quedaron completamente cancelados los sufrimientos que él mismo había padecido en aquella calamitosa expedición.

Y a pesar de todo, debajo y detrás de esta satisfacción —formalmente redentora— en semejante comunidad, no se disolvió la dual dirección última en el ser de Andreas. Yacía *latente* en el fondo, como una posibilidad trágica, si bien sólo actualizada aquí y acullá, en esbozo. Por ejemplo, cuando uno de sus discípulos tenía que pasar a la producción propia (y en razón de esta fuerza productiva tenía que ser preferido, fomentado, querido) y se adaptaba a los *objetivos* de la vocación de investigador mejor de lo que Andreas lograra nunca. La desconfianza de si aquello estaba realmente pensado hasta el fin, realmente *urgido* de publicación, la transfería Andreas demasiado espontáneamente de *sus* escrúpulos a la obra del otro: la desconfianza de si no se estaría sacrificando allí, a los objetivos de la ambición y de la apresurada utilización del tiempo, lo que había sido el sentido aún no agotado, aún infinitamente independiente, del trabajo común. Pero quién sabe si esta suspicacia no era en último término, para

Andreas, una necesidad —diríase: higiénica— para no percatarse de la contraria: de la discordia entre los dos métodos de su trabajo, el que se completaba espontáneamente en la evidencia vivida *y* el científicamente entregado de algún modo a la prueba, en sí ni completable ni terminable. Su susto siguió siendo en todos los terrenos la artimaña del diletante, que induce a creer que posee el todo cuando sólo renuncia a la exactitud de las partes. En las posibilidades latentes de odio frente a sus discípulos preferidos, este susto se cruzaba para Andreas con la aflicción opuesta, el estar separado de ellos por el temor de no poder acuñar plenamente, siquiera para *ellos,* su propia riqueza. Lo cual no restaba en modo alguno profundidad a su comunidad con ellos; ésta seguía ahondándose, aun en el fondo de odio, dolorosamente. En años más jóvenes, Gerhart Hauptmann describió de manera insuperable la capacidad de amor de mi marido con las palabras: «Qué salvaje y qué blando».

No es posible dejar de ver el rasgo peligroso que en Andreas convertía su escisión en una sobrecarga, una tara para sus fuerzas, que podía arrojarlo a veces al desasosiego interior, a una especie como de ausencia de domingos, carente de mirada retrospectiva sobre lo concluido, «lo ya hecho», de manera que este hombre maravillosamente robusto podía parecer, de pronto, agotado y como perseguido por sí mismo. De ahí que en la vida en común fuese aconsejable evitar cuidadosamente compartir con él lo que pudiese ser motivo de distracción, aun cuando le hubiese interesado (¡y qué es lo que no le interesaba a este espíritu siempre inquieto!). De la misma fuente provenía su desconcertada actitud frente a las puras obligaciones, que requieren un mediano interés constante, por así decirlo, a plazo fijo; entonces les daba más de «lo que es del César», pero demasiado forzado ese «más» para poder cumplirlo. Y esta clase de combates adquirían en él un carácter tan corporal, que podían tocarle a uno en el corazón como un destino. Por eso le quedó toda la vida la amargura por lo que dejó de cumplir en sus años mozos y por la injusticia que ello le acarreó en la patria alemana. Recuerdo el efecto que le causó cuando alguien que lo quería bien me comprometió a que le consultara si se animaba a colaborar en una colección de autobiografías de eruditos. En ese momento mi marido estaba sirviéndose el té. No respondió, pero su rostro moreno se puso blanco, y sus

ojos se clavaron tan amenazadoramente en un punto fijo de la pared, como si allí frente a él estuviera apoyado, ya hombre muerto, el desdichado solicitante. Rápidamente soltó de la mano la tetera, porque sus miembros iban de vuelo. El motivo banal por el cual había soltado la tetera estaba lo suficientemente claro. Y, sin embargo, me recorrió la impresión de que había necesitado dejar libres las manos.

Pero esto y cosas análogas no deben equipararse a lo que llamamos comúnmente negligencia o escaso control de sí mismo: llegado el momento, podía controlarse hasta grados igualmente extremos. Si explotaba era porque la totalidad de su esfera sentimental tenía más capacidad de vibración que lo corriente, y hasta entraba en resonancia tratándose de asuntos que a él apenas le tocaban, como si involuntariamente agradeciera la oportunidad de desfogarse en medio del tranquilo orden de las cosas. Su íntima participación producía entonces, injustificadamente, más alarma que la ocasión que ella reflejaba. Característico me pareció un pequeño episodio de los primeros años de nuestro matrimonio: nos habíamos comprado como guardián un gigantesco terranova y, una noche de verano, mi marido se introdujo sigilosamente desde el jardín hasta el vestíbulo para comprobar si el olfato le hacía descubrir al perro, aún no del todo familiarizado, a su amo o a un ladrón: porque venía desnudo, como el perro aún no lo había visto nunca. Pero él mismo, en la precaución y elasticidad de sus miembros y la seriedad absolutamente despreocupada de su rostro, tenía hasta tal punto el aspecto de una fiera acechando a su presa, que —difícilmente cabe captarlo en palabras— ambos se semejaban como dos misterios. El drama interior del animal, ese «pro o contra», lo hizo tan suyo, que ya no parecía estar jugando, sino entregado él mismo a su propio doble deseo: porque realmente deseaba tanto ser amado como ser guardado por el nuevo compañero. El animal, presa de enorme tensión, se las arregló brillantemente para salir del apuro, haciendo justicia a ambos deseos: *gruñendo* amenazadoramente, *retrocedió*. Ante lo cual mi marido estalló feliz en carcajadas y abrazó entusiasmado al perro que saltaba sobre sus hombros.

A menudo causaba sorpresa una reticencia, una reserva en él, un mantenerse a cubierto a pesar —o a causa— de la íntima participación. Así,

por ejemplo, cuando un gran amigo suyo, Franz Stolze[176]*, el acompañante que le asignaran en Persia, relataba de los años pasados allí en común, como se acostumbra hacer con los acontecimientos interesantes: en esas ocasiones Andreas permanecía las más de las veces a un lado, monosilábico. Se sentía que para él no era algo interesante, sino íntimo, que aun en su aspecto más externo sólo como indiscreción podía comunicarse. Y no sólo a causa de lo sufrido, sino también en razón de las circunstancias felices, que lo conmovían con excesiva fuerza. Pero luego había horas en que hacía exhibición de ello como de alhajas, relatando a sus amigos y discípulos las veladas con el virrey, su criado, su caballo, su *foxterrier,* que dejó lleno de congoja, su camaleón. Pero prefiero volver a citar, por boca de uno de ellos, *cómo* narraba Andreas sus viajes: «Cuando hacia el amanecer yo ya estaba demasiado cansado para seguir trabajando, pero aún no me despedía, la conversación se hacía más amplia. En una de esas ocasiones me leyó una cuarteta de Omar Kayam, en la traducción de Rosen[177]*; aquello ya no era *relato* de Persia, era una escena bajo el cielo persa. De los versos hablaba entonces sabiduría oriental, decía del vino y del amor, reinaba una espiritualidad alegre y una ternura singular». O bien: «Fuera de la productividad siempre renovada, en razón de la cual ningún material de aprendizaje se daba como definitivo, todo, incluso lo aparentemente formal de la gramática, era un fragmento vivo de Oriente. Detrás de las derivaciones de la ciencia racional, sentía uno siempre el torrente de vida de donde habían sido tomadas —vida impronunciada y latente, que convertía una palabra, y todas las reglas de fonación y declinación que en ésta se podían observar, en un fragmento de mundo real».

Se me antoja que, en este sentido, lo «completamente real» de la espiritualidad ha seguido siendo, en el hombre de *Oriente,* experiencia más inmediata que en el *occidental,* para el cual «idea», «ideal», «ideológico» significan siempre ya una distancia en relación con algo por encima o por debajo de ello (a no ser en el amor goetheano al Oriente y a la naturaleza, que «es ambas cosas a *una* vez»[178]*). Sobre lo espiritual recae una expresión que se pronuncia *corporalmente,* y la corporalidad, a su vez, adquiere significación por encima de ella. Creo que eso explica muchas de las cosas que en Andreas resultaban peculiares y esenciales, al reunirse en

ellas lo «espiritual» y lo «corporal» de modo inseparable. Sus discípulos saben con qué frecuencia, después de la lección, se hacía referencia, con no abreviado énfasis, a cuestiones de naturaleza higiénica, como si formaran parte de aquélla; y aunque él era la persona menos preocupada por su estado corporal o su aspecto exterior, lo corporal —el cuerpo límpido, bañado y ungido con oriental seriedad— no cedía para él ante nada como merecedor de respeto. Cabría decir, en broma, que lo ideacional no estaba para él *visiblemente legible* en el cuerpo, pero sí con una oriundez indiscutible, que aseguraba su presencia no a través de una larga secuencia de pensamientos, sino en ininteligible existencialidad y espontaneidad. Siempre recuerdo, en ocasiones parecidas, un verso del viejo Matthias Claudius (que mi marido quizá conociera desde su infancia en Hamburgo), que nunca citaba sin un tonillo pícaro y alegre y que a mí me parecía provenir directamente de *sus* seguridades y presencias, de las cuales las unilateralidades ni de la oscuridad del cuerpo ni de la claridad del espíritu podían descarriarlo:

> Siehst du den Mond dort stehen?
> Er ist nur halb zu sehen
> Und ist doch rund und schon...[179]

También tiene que ver con esto el que, en la impresión que causaba Andreas, la juventud y la edad se distinguieran menos acusadamente de lo que es costumbre. Ambas se expresaban menos separadas y sucesivas; apenas sé si antes lo conocí más reposado o más impetuoso; porque cuando estaba *completamente ahí,* lo estaba con una presencia de suyo intemporal, ante la cual, «redondo y bello», seguía estando también lo invisible a la sazón. Se me ocurre que debía de ser eso lo que muchas personas, aun aquellas que lo conocieron poco o apenas, llamaban su *charme.* Pese a lo conflictivo e irreconciliable que tanto le hizo sufrir, le rodeó un presente indestructible que siguió con él hasta su octogésimo quinto año de vida, hasta que, sin una mirada para la muerte ni el espanto que se aproximaba, escapó al tiempo como un niño absorto en sus ocupaciones. A veces, anciano ya él, pensaba yo: si alguien que no hubiese vivido como él, volcado con tanta candidez en lo extraordinario, sino como un monstruo y

un malhechor y un libertino, conservara sin embargo tanta vitalidad después de tan larga vida, tan alegre y seguro de corazón, tan capaz de lo más iracundo y lo más tierno, en verdad que estaría justificado y sería para los hombres un agrado.

Lo que aquí digo de él apenas puede hacer algo más que tocar el recuerdo de los hombres en cuyo agrado ya descansa; de lo cual me percato tan pronto como miro a mi alrededor, en las habitaciones que fueron su morada, y donde los acontecimientos mínimos de lo cotidiano hablan de él y hacen visible su figura.

O bien: miro por la ventana hacia el huerto de frutales; le veo recorrerlo una vez más al terminar la jornada: es al clarear el alba, en verano, antes de retirarse a descansar. Las más de las veces colmado todavía de los problemas científicos que le habían hecho olvidar todo lo demás, en penoso y dichoso trabajo. Pero lo que podía verse era algo completamente diferente, a saber: cómo iba, caminando sigilosamente como los animales, a despertar a los mirlos, imitando un par de notas para que le contestaran, primero tímidamente, luego, de pronto, con su dulce parloteo; y cómo el gallo en el gallinero, que todavía dormía de firme, se sentía igualmente llamado y, picado de orgullo, intentaba sobrepasar al segundo gallo extraño con igual quiquiriquí.

Este que así se adelantaba a los mirlos y a los gallos no sólo lo hacía tan bien, no sólo conocía aquí su oficio tan bien como en su despacho la investigación lingüística, sino que para él era, en el momento de vivirlo, de la misma importancia, de la misma relevancia, como en comunidad con sus pares.

---

174. * el abuelo materno de Friedrich Carl Andreas, el médico (de enfermedades tropicales) doctor Waitz, era amigo de Hufeland; escribió un libro sobre el tratamiento de niños enfermos en los trópicos. El apellido Bagratuni es, en la forma rusa conocida (príncipe), Bagratión. Andreas era el nombre de pila del cabeza de familia. F. C. Andreas nació el 14 de abril de 1846 en Batavia. (En la esquela de compromiso todavía se llama Fred Charles; posteriormente su nombre de pila fue Carl.) Falleció el 3 de octubre de 1930 en Göttingen.

175. * Herman Lommel, el iranista e indogermanista de la Universidad de Frankfurt, cuenta, en una nota inédita sobre su maestro F. C. Andreas: «Eduard Schwartz, después de trabar conocimiento con algunos artículos excelentes de Andreas en el Pauly-Wissowa [Enciclopedia], le había seguido la

pista a este gran historiador para él desconocido, y había conseguido, con ayuda de Wackernagel, que el erudito fuese llamado a Göttingen como profesor extraordinario de lenguas del Asia Anterior. Esta designación de su cátedra se había elegido porque al ministro no le había parecido suficiente que fuese el más grande iranista de su época, pudiendo demostrarse que también representaba científicamente las lenguas semíticas (especialmente el arameo y el sirio) y que era un conocedor especial del antiguo y nuevo armenio». El giro *quisiera relatar lo que me contó uno de los más amados* se refiere a las noticias de viva voz y luego también por escrito de Herman Lommel a Lou A.-S.; las citas utilizadas en el texto las tomó (en el supuesto, para ella evidente por el trato común, de su conformidad) de la noticia del profesor Lommel; posteriormente le envió este capítulo, para que lo revisara. El editor le expresa su agradecimiento por la amable autorización para recurrir nuevamente a sus notas. Sobre Andreas, véase Götz v. Stelle «F.C.A.», *Indogermanisches Jahrbuch,* T. XV.

176. * era el fotógrafo de la expedición astronómica a la que había sido agregado Andreas como ayudante epigráfico y arqueológico; sólo a él encontró Andreas todavía en Persia. La familia Stolze vivía en Berlín; la relación con ella se mantuvo mucho después de los años de Tempelhof y Schmargendorf.

177. * Friedrich Rosen, 1856-1932, orientalista y diplomático amigo de Andreas desde los años de Berlín (Ministro del Exterior del Reich en 1921), había publicado su traducción (selección) de las cuartetas del poeta persa, que vivió alrededor del 1100, bajo el título de «Die Sinnsprüche Omars des Zeltmachers» [Las sentencias de Omar el Constructor de Tiendas] en 1909.

178. * reproducción, conforme al sentido, de los versos doctrinales de Goethe: «Natura no tiene ni hueso / ni cáscara, / ella lo es todo a la vez», del poema «Al interior de la naturaleza— / ¡oh tú, filisteo!— / no hay espíritu creado que penetre».

179. ¿No ves allí la luna? / Sólo se ve la mitad / y sin embargo es redonda y bella.

LO QUE FALTA EN EL «COMPENDIO» [1933]

Lo elemental y lo íntimo no dicen nada de sí mismos[180]*. Lo esencial queda sin ser dicho. Pero si de ese modo se calla lo positivo, puede que, desde lo negativo, se torne confesión: que se perfile en sus errores y deficiencias, que con sus lugares vacíos condicionen la silueta.

En una hora muy personal, a mitad de camino, se hizo presente de golpe aquello de lo que quiero hablar: de la coerción de un malentendido entre el amigo de mi juventud —Paul Rée— y yo; como si se arrojara un obstáculo bajo un vehículo intacto a toda marcha, contra el cual se despedaza.

Obstáculos exteriores había habido bastantes, pero confiábamos en nuestra marcha, sin preocupaciones ni deseos; por dondequiera que discurriera, sería siempre por un camino muy nuestro.

El malentendido se produjo por haber dado yo un paso en el camino de otro, sin poder, a causa de este otro, comunicarle al amigo toda la verdad sobre este paso[181]*.

Paul Rée, a quien nada le resultaba más difícil que creer que se le quería, vio en este paso una prueba de separación interiormente ya cumplida, y extrajo todas las consecuencias; más tarde, incluso, la del odio.

No sospechaba él que nunca jamás —ni antes ni después— el amigo que él era me había sido ni de lejos tan necesario como en aquella hora. Porque la coerción bajo la cual di ese paso irremediable no me separaba de él, sino de mí misma.

Sólo quien haya conocido a mi marido profunda y cabalmente, sólo quien lo haya amado verdaderamente según su ser y temperamento, podrá sospechar lo que significa aquí la palabra «coerción».

Aquello que la ejercía era el poder de lo *irresistible,* al cual mi marido mismo estaba sometido. Irresistible porque no se realizaba primero como con la violencia instintiva del deseo, sino que estaba de inmediato ahí, como *facticidad* inamovible. Tampoco encontraba su expresión plena en

persuasiones, sino que se encarnaba directamente, como expresión de ello, en mi marido: conforme a la totalidad de su aspecto corporal. No tendría sentido querer describírselo a alguien que no haya, en alguna ocasión, experimentado en mi marido lo que yo no he conocido en ningún otro ser humano. Tampoco serviría de mucho equipararlo a los efectos de un ser supradimensional y violento, como el de criaturas gigantescas y desaforadas, ni al efecto de lo más tierno, completamente indefenso, como lo es un pajarillo, que no se soportaría pisotear y negar en su confiada realidad.

Pero resulta característico que todas estas desmañadas y falsas comparaciones se tomen sin quererlo del mundo de la criatura[182]*. Ahí se hace uno consciente de la limitación de todas las escalas humanas.

Mi impresión era que él no estaba bajo el influjo de mi situación emocional de entonces, que acaso hubiese podido privarme de la voluntad, por ejemplo por la excitación erótica de los sentidos; por el contrario, se diferenciaba claramente de ello. Porque en ningún caso me estaba comportando como *mujer* en mi modo de sentir: en este punto me comportaba igual de *neutral* que hacia mi compañero de juventud.

Pero allí había tenido su motivo en algo que, por levemente que se anuncie, no puede por menos de diferenciar entre el *amor* y el sentimiento de amistad, incluso la más profunda: porque los sentidos notan, más fuerte o más débilmente, lo ajeno al *cuerpo.* Aquí no era cuestión de nada parecido: ni al comienzo ni nunca después en el transcurso de las décadas.

Podría ser, entonces, que hubiesen actuado otras inhibiciones: aquellos entrabamientos de que tantas mujeres saben y que en ninguna parte han sido más claramente y mejor calificados que en los descubrimientos del psicoanálisis. Y sin embargo, las experiencias posteriores de mi juventud refutan también aquí la pertinencia de este diagnóstico.

Como bien podía haber pensado cualquier otra persona, mi marido creía entonces: «Ideas de muchacha, que ya pasarán con el tiempo». Y tiempo quería decir la vida entera —más aún: algo que excluía a la muerte, con la cual mi marido simplemente no contaba en vida.

Este *exigir la totalidad* de la vida me tenía harto más ocupada que la cuestión susodicha, que desde mí tampoco obtuvo respuesta alguna: porque

aún me colmaba el duelo por el compañero desaparecido, cuya inclusión le había sido puesta como condición a mi marido, condición ante la cual él, finalmente, decidido a todo, tampoco retrocedió.

Si se tiene en consideración cuántos años más de experiencia tenía él, y hasta qué punto había sido yo más infantilmente ingenua que mis coetáneas, su fe y su inconmovible seguridad resultan casi monstruosas.

Ahora bien, ninguno de los dos teníamos un conocimiento suficiente de mí misma, de mi propia «naturaleza» —o como quiera llamarse aquello que nos da órdenes sin más y sin previo conocimiento—. Las ideas infantiles que aún pudiese tener, o las concepciones seria y honestamente elaboradas que pudiese albergar en mí, no decidían nada *de manera fundamental.* Quisiera explicar esta dificultad con un ejemplo en un terreno completamente distinto, que además ya incluí en los «Recuerdos»: mi separación de la Iglesia. No significó ésta ningún tipo de acción despechada ni de manía de purismo, y contra este impulso, que tenía que causarles congoja a mis padres y ocasionar un escándalo, luché no sólo con la razón: hasta llegué a condenar, por así decirlo «moralmente», el gesto necesario, por su apariencia exaltada. Pero visto en rigor no fui yo quien entonces decidió, sino un sueño nocturno, en el cual, durante el acto de la confirmación, me oí gritar en voz alta: «¡No!». No es que al despertar temiera actuar al final de esta manera; más bien fue que en ese momento me percaté por completo de hasta qué punto me resultaba totalmente imposible obligarme a hacer lo que se me pedía, aunque sólo fuese *pro forma.*

Lo que tenemos por nuestras motivaciones o actitudes —por mucho que nos preocupemos del inmaculado entramado de sus conexiones— se revela en ocasiones tan banal para nosotros como la telaraña entre dos ramas, que una suave brisa agita y dispersa.

Vivir de pronto esta experiencia puede cambiar la vida.

Ante nosotros dos esta experiencia se alzó en común y de pronto, si bien este momento permaneció en silencio. Nunca emprendimos la osadía de hablar entre nosotros sobre ello.

Una tarde mi marido se había tendido a mi lado sobre el diván en que yo yacía profundamente dormida.

Quizá fuese una súbita decisión de sorprender, de conquistar, lo que le llevó a hacerlo. Sea como fuere, no me desperté de inmediato. Lo que me despertó parece haber sido un tono; un sonido débil, pero de tonalidad tan vehemente y extraña, que caló en mí como si llegara del infinito, de otro astro.

Iba acompañado de la sensación de no tener mis brazos conmigo, sino en alguna otra parte lejos de mí. Y entonces se me abrieron los ojos: mis brazos rodeaban firmes un cuello. Mis manos rodeaban con fuerte presión un cuello y lo estaban estrangulando. El sonido era un estertor.

Lo que vi, la mirada en la mirada, muy cerca de mí, inolvidable para toda la vida, un rostro...

A menudo pensé más tarde cómo en la víspera de nuestro compromiso había estado a punto de caer sobre mí una engañosa apariencia de asesinato.

Mi marido llevaba consigo, para las caminatas nocturnas hasta su casa, por aquel entonces muy apartada, una navaja corta y pesada. La había dejado sobre la mesa ante la que estábamos sentados, uno frente al otro. Con un movimiento sereno la había cogido y hundido en su pecho.

Cuando, echándome como loca a la calle buscando de casa en casa el médico más cercano, algunos de los que conmigo corrían me preguntaron sobre el accidente, respondí que alguien se había caído sobre un cuchillo. Mientras el médico examinaba al herido, desvanecido en el suelo, su rostro y un par de sílabas me dieron a entender su sospecha de quién habría sido la que había manejado el cuchillo. Alguna duda le quedó, pero en lo sucesivo se comportó discreto y benévolo.

La circunstancia de que, al escaparse el cuchillo de la mano, la hoja se plegara había dejado a salvo el corazón, pero causado al mismo tiempo un triángulo que hacía difícil la curación de la herida.

No fue ésa la única vez que estuvimos ante la muerte, que hicimos cuentas con la vida y ordenamos nuestros asuntos de cara al prójimo. Dos seres humanos se colmaron del mismo desconcierto y desesperación.

Con todo: horas, momentos, por los cuales no es lícito medir el resto de nuestra vida. Porque nos unían muchas cosas en punto a iguales inclinaciones y tendencias de pensamiento. Por lo común, creo yo, se sobrevalora esto en no escasa medida; cierto es que crea puentes y reporta

alegrías y comunidad de trabajo, pero con igual frecuencia encubre más bien benéficamente las diferencias, la distancia recíproca, en vez de permitir verlas mutuamente con mayor claridad y unirse con ello más profundamente.

Por lo demás, las extensas especialidades de mi marido escapaban de manera tan absoluta a mi saber y entendimiento como quepa imaginar; pero aun cuando yo hubiese podido estar tan próxima a él como cualquiera de sus futuros discípulos predilectos, los de dotes productivas, ello no habría tocado las dificultades de nuestros dos modos de ser, tan sólo las habría desplazado a la periferia, y nos habría engañado hasta la próxima, incontenible hora de separación. Pero las circunstancias exteriores vinieron en nuestra ayuda. Mi marido tenía, en el Seminario de Estudios Orientales de Berlín, una posición rica en trabajo e intereses, aunque es cierto que, como esta cátedra estaba especialmente pensada para diplomáticos o industriales con intereses en Asia, sólo una parte de sus conocimientos de investigador encontraban allí empleo. Su colega y amigo Rosen, que después de haber dejado su puesto allí entró en el servido diplomático y fue embajador y posteriormente ministro del Exterior, acostumbraba lamentar, con una sonrisa, que aquí, donde bastaba con un trago de leche, tuviera mi marido que guardarse la más valiosa crema. Pero para mi marido la cosa era muy distinta: ¡para él se trataba de extraer toda la nata a una inmensa cantidad de leche! Dicho de otro modo: agregarle a lo puramente científico aquello que había de refluir, fortificante, a la vida; en los estudios sobre tribus y dialectos debía ir contenido ese condensado que nunca había sido investigación pura.

La suerte le deparó unos cuantos discípulos idóneos, entre ellos Solf[183]*, que le fue afecto toda la vida. Pero el puesto mismo se le hizo ingrato e imposible, precisamente porque sólo podía escanciar leche.

Todo esto pertenecía de tal manera a su más propia naturaleza como su mismo aliento, no como una discordia venida de afuera ni como una desgracia evitable: pero en ello venía decretada la fatalidad. Como si aquello que era en él la más poderosa iniciativa fracasara al mismo tiempo ante la perfección de sus exigencias. Como si aquello que significaba para él la vida más viva se escapara a lo imposible por la ilimitabilidad de cada

uno de los empeños. Como si, en cierto modo, lo «absoluto» y lo «relativo» se imbricaran de tal manera uno en el otro que terminasen por negar mutuamente su resultado.

Quizá fuese algo de esto lo que hacía que la expresión de su ser y su querer pudiese alcanzar de manera inmediata, en su apariencia, un poder tan sugestivo. Quizá en la expresión con la cual dominaba hubiese algo de esta oculta tragedia —como en sometimiento de lo más real y de lo nunca realizable.

Por eso me adapté desde el principio, con gran naturalidad, a su forma de vida, tal como se le antojaba necesario para sus objetivos. También estuve de acuerdo en abandonar Europa, cuando parecía, en principio, que tendríamos que marchar a la Persia armenia, a la región de los monasterios de Etschmiadzin. Incluso nuestra forma exterior de vivir vino determinada cada vez más por la de mi marido: como él, me convertí en un ser que tendía a la simplicidad en el vestir y en el comer, y a una relación radical con el aire; a pesar de mis hábitos de origen nórdico, esta transformación la cumplí con la más decidida afirmación y me atuve a ella durante toda mi vida. Y había un terreno en el que nos encontramos de inmediato y que nos abría las mismas puertas: el *mundo de los animales.* Este mundo de lo «aún no humano», ante el cual tan profundamente conmueve sentir que deja más al descubierto nuestra humanidad, por su fundamento, de lo que luego volvemos a encontrar en todas nuestras complicaciones. Nuestra actitud frente a cada una de las criaturas *animales* era tan pareja como diversa nuestra disposición frente a cada uno de los *seres humanos.*

En contraposición con el apasionamiento objetivo y combativo de mi marido por sus metas fundamentales, mi facilidad de adaptación provenía de lo ajenas que son a mi naturaleza la ambición y las metas. Ni siquiera habría sabido nombrar lo que para mí era definitivamente necesario y esencial, pero quizás porque para realizarlo no eran precisos mi preocupación y mi cuidado; parecíame casi que cualquier cosa que uno emprendiera, con sólo que la emprendiera *bien,* tenía de todas maneras que llevar hasta el centro. Verdad es que a esto se agregaba la secreta resignación de —comoquiera que me comportase— no tener nada más que

perder, en el sentido último de la palabra. La diferencia entre mi comportamiento de entonces y el anterior —no sólo con el compañero de mi juventud, sino en general con los compañeros que alguna vez nos rodearon— residía en que *antes* la cuestión de si andar, y hasta dónde, un camino en común era para mí en cierto modo inofensiva, una pregunta que cabía responder intelectualmente, mientras que *ahora* apenas venía al caso —ante ese estar metido en una responsabilidad indisoluble.

Con ello, por otra parte, se independizó de manera extraordinaria la propia elaboración anímica; el trabajo se convirtió en algo existente por derecho propio, un asunto de soledad seria y ansiada; tampoco tocaba propiamente la vida en común y la problemática que ésta me planteaba. Aquello que se designa como desgaste mutuo fue lo que menos se produjo entre nosotros. De ahí que los años —al final cuatro décadas—no trajeran consigo mezcla alguna —pero tampoco ningún desmedro de lo que a cada uno le brotaba de sí mismo—. Aun cuando hacía ya mucho que éramos gente muy vieja, me llegaba tan rara vez a mi marido con algo que me ocupara esencial y cotidianamente, como si para hacerlo hubiese tenido que venir del Japón o de Australia —y cuando sucedía, iba a parar a continentes todavía mucho más lejanos, sobre los cuales ponía el pie como por primera vez.

Apenas es posible entenderse conceptualmente al respecto, y sin embargo sería un malentendido si en ello sólo se viera la *distancia,* que hasta llegó a aumentar a lo largo del tiempo. Una pequeña escena del último año de vida de mi marido podría demostrarlo. Al final de aquel otoño estuve por espacio de unas tres semanas enferma en la clínica, y como después de las cuatro de la tarde seguía yo cumpliendo mi actividad psicoanalítica, a mi marido se le autorizó visitarme antes de las tres: el tiempo autorizado y disponible era, pues, limitado. El estar así sentados, uno frente al otro, nos resultaba completamente nuevo; sin embargo, nosotros, que no conocíamos las sólitas veladas familiares «al hogareño resplandor de la lámpara», que incluso en los paseos preferíamos correr por nuestra cuenta, experimentamos una situación de la más desacostumbrada especie, que nos apasionó por completo. Nuestro afán era engañar los minutos, estirar el tiempo como habíamos estirado en la guerra el pan cotidiano del que había

que vivir. Cada uno de los reencuentros sucedía como entre seres que regresan de lejos y después de mucho tiempo; la comparación se nos ocurrió a nosotros mismos, extendió una delicada alegría sobre la riqueza de estas horas. Cuando por último me recuperé y volví a casa, las «horas de hospital» se empeñaron en seguir secretamente en el juego, y no sólo entre tres y cuatro.

Entre quienes frecuentaban los círculos literaria y políticamente interesados de la época que siguió a nuestro matrimonio, conocimos a un hombre que nos llamó especialmente la atención y nos gustó a ambos[184]*. Como suele suceder, en el primer momento no escuché bien su nombre, ni él tampoco el mío. Cuando se lo repitieron me di cuenta de que se puso a observar mis manos con acrecentada atención, y ya estaba yo a punto de preguntarle qué es lo que tanto miraba cuando, con tono abrupto, me hizo a su vez una pregunta: «¿Por qué no lleva usted anillo de matrimonio?». Yo le contesté, riéndome, que nos habíamos olvidado de comprar a tiempo los anillos, y luego habíamos dejado estar así las cosas. Pero su tono siguió igual, y casi como una orden me dijo: «¡Pero hay que hacerlo!». Al mismo tiempo alguien le preguntó en broma cómo le había sentado el «veraneo en Plötzensee»[185], donde acababa de pasar unos meses por ofensa a la majestad. No pude dejar de encontrar cómico que de su boca, precisamente, se hubiese escapado un reproche tan rigurosamente tradicionalista contra mí, pero él siguió malhumorado, a pesar de su estimulante locuacidad anterior.

Después nos hicimos pronto amigos, y tras unas semanas, volviendo a casa después de una reunión a la que habíamos asistido juntos, me confesó su amor, acompañado de estas palabras sorprendentes, como para disculparse: «Usted no es una mujer: es una niña».

El susto por tan sorprendente saber sobrepasó en mí de tal manera todo lo demás, que no sólo en ese momento, sino en general, me fue imposible llegar a tener conciencia de mi disposición para con este hombre. No es imposible que en mí hubiese también sentimientos hacia él; pero aun en la medida en que éstos, por muy inconscientemente que fuera, estuviesen de camino, se habrían visto, sin embargo, completamente paralizados por un segundo susto, no menor, y hasta quizás más fuerte que el que puede sentir

la más morigerada de las esposas que comienza, desapercibidamente, a enamorarse. Porque qué mínima me habría parecido la atadura de un sacramento o de una ley humana en comparación con aquella *indisolubilidad* que, por el ser y la naturaleza de mi marido, habría excluido toda separación.

Harto pronto me vi también catapultada a esos sustos que ya habíamos experimentado antes de nuestro noviazgo, antes de «la promesa para siempre jamás». Los estados de agitación de mi marido, que no permanecía ciego y, sin embargo, prefería la ceguera, decidido a apuñalar al otro pero no a hablarle, dominaban por completo la situación. Y de aquí, a su vez, se derivaban para mí, sin quererlo, otro tipo de actitudes sentimentales hacia aquél que las de enamoramiento: a saber, la necesidad de amparo ante los sustos, contra los cuales yo nada podía y que hacían que nuestros días y noches estuviesen demasiado recargados de sufrimientos. La forma en que el amigo intentaba ayudarme durante las horas, cada vez más raras, que pasábamos juntos, con auténtica disposición amistosa y una nobleza de espíritu que me lo hace inolvidable en el recuerdo, significaba para mí redención de una soledad casi insoportable. Pero las cosas no quedaban ahí: las emociones y temores que por mi causa padecía agudizaban su propio estado hasta una desmesura que me asediaba y torturaba a mí, en la llaga abierta, como una segunda violencia.

Hasta qué punto su capacidad de odio no andaba a la zaga de la de mi marido volvió a hacérseme claro otra vez después de más de veinte años. Hondamente preocupada por las dificultades políticas de mi familia en Rusia, solicité de él, en breve nota cerrada, información y consejo. En su nombre, y en la indicación «Miembro del Reichstag» escrita a continuación, reconoció mi letra. La nota me la devolvieron con un sello postal de «Recepción denegada».

En aquel entonces, el final fue que yo cedí a la exigencia de mi marido de no ver más al amigo.

Mas fue a partir de ese momento cuando la vivencia cobró verdadera significación para nuestro matrimonio, porque demostró que proseguir la unión, tal como hasta el momento había sido, era humanamente imposible. Tampoco ahora, como hasta entonces, entraba en consideración un divorcio

de cara al exterior, y no era sino característico de la forma de pensar de mi marido que lo que excluía eso del campo de lo posible no residía ni en una esperanza para el futuro ni en la convicción de haber hecho algo errado en el pasado que ahora pudiese corregir, sino en el haberse afincado en algo ineluctablemente *real,* presente. Siempre tendré presente el momento en que dijo: «No puedo dejar de *saber* que tú eres mi mujer».

Después de meses de dolorosa compañía, entreverados de separaciones que ayudaron a evitar la soledad de a dos, quedó fijada la nueva situación. Hacia el exterior no cambió nada: hacia el interior, todo. En todos estos años hubo muchos viajes.

Una vez, en una hora cordialmente conmovida, le había hecho a mi marido la pregunta: «¿Me permites que te diga lo que me ha sucedido?».

Rápidamente, sin titubear ni dejar un minuto de espacio para otra palabra, había contestado: «No».

Sobre nuestras cabezas y sobre aquello que mutuamente compartíamos se extendió así la cúpula de un silencio elevado e inquebrantable, del cual nunca llegamos a salir.

Pese a la naturaleza especial de mi marido, tiene que haber habido en ello algo de la naturaleza masculina en general, por diversas que sean las circunstancias en que semejantes declaraciones se producen. Años después, la respuesta que me dio un amigo fue semejante, tras no haber podido verle durante largo tiempo por el más inocente de los motivos: equivocando la verdadera razón y en respuesta a mi proposición de explicarle el porqué, respondió, tajantemente, después de pensar un minuto en silencio: «No. No quiero saberlo».

Dada nuestra acostumbrada reserva en el trato social, puede que se haya pensado cosas sobre nosotros que no llegamos a saber; es posible que el mundo de la gente, siendo como es, supusiera que mi marido me había sido infiel, o yo a él. Quién podría imaginar con qué ardor le habría deseado yo a mi marido durante toda mi vida, como un maravilloso regalo de Navidades, una mujer, o la más hermosa, la mejor, la más querida de las amantes. Verdad es que nuestro mutuo silencio habría mantenido oculto lo que habría podido suceder, pero mis deseos nunca cesaron de acompañarlo.

En lo que a mí tocaba, puede que las luchas y las tensiones previas, que demasiado violentamente se habían batido contra una nostalgia creciente, hayan colaborado precisamente a que, luego, el amor se encontrara en medio de una gran calma y naturalidad[186]*.

No solamente sin remordimientos ni sentimientos de culpa, sino de la misma manera que uno encuentra una bendición, a través de la cual el mundo se hace más perfecto: no ya el mundo para uno mismo, sino como si dijéramos el mundo en sí. Igual que se cumplen los hechos, cuyo cumplimiento está dictado y es inamovible y queda muy por encima de lo que nosotros pensemos, y sólo es recibido, sin que hagamos nada, por nosotros.

Por eso no hay siquiera que intentar medir o cotejar la *magnitud* y *duración* de las verdaderas pasiones: si su extensión abarca la duración de una vida y se ha encarrilado para siempre en todos los pormenores prácticos, o si ha permitido las repeticiones. Cabe experimentarlo como algo magnífico, más allá de todo entendimiento, y ser modestamente consciente, al mismo tiempo, de la propia insuficiencia, porque precisamente ante tal caso es posible desgranar y sopesar de modo visible, subjetiva y objetivamente, cada uno de los rasgos particulares del amor. ¡Pero sospechamos en realidad tan poco del misterio *de todo* amor, precisamente a causa de la miseria de nuestra limitación a lo puramente personal, a causa de que sólo apegados a ello podemos comprender! La colaboración de nuestra hiperhumanidad, de nuestra superhumanidad apasionadamente entendida, se enreda en nuestra valoración y apreciación de aquello que ningún corazón humano ha llegado nunca a someter plenamente al entendimiento.

De ahí que a la razón no le queda otra cosa que afanarse en torno a lo más oscuro de los procesos *corporales,* que se tornan, así, presa fácil de la banalidad. ¿Pero no sucede con eso como con el pan y el vino del sacramento, que como es sabido recurren a la bebida y al alimento del cuerpo *para ser?*

El ser humano de nuestro amor, sea cual fuere el estado de emoción espiritual y anímica de ambos, es siempre un sacerdote vestido para el culto, que a duras penas alcanza a presentir aquello que celebra.

Tarde, pero aun así durante más de dos décadas y media, pudo ejercer mi marido en Göttingen; porque incluso después de su jubilación nada cambió en esencia: el grupo de discípulos y colegas extranjeros que con él trabajaban no lo abandonó. En cierta ocasión parecía inminente su traslado a Berlín, pero luego fracasó porque una de las publicaciones en curso hubiese tenido que estar lista más rápidamente de lo que a mi marido le parecía conveniente. La expectación que involuntariamente se cifra en la publicación de los resultados científicos le trajo, junto a la alegría de su actividad, también más de una irritación, en relación, por ejemplo, con el natural deseo de achacar la responsabilidad, cuando postergaba algún plazo, a obstáculos externos; de esta manera nació, entre otras cosas, un odio casi desaforado contra el posadero de una cervecería frente a nuestra casa, desde la cual llegaba hasta nosotros el ruido (si bien débil) de un gramófono. En muchas ocasiones hube de pensar en las palabras bienhumoradas de su más viejo amigo y colega, el profesor Hoffmann de Kiel, que nos hizo una visita poco tiempo después de nuestra boda; había dicho: «Si a Andreas lo amenazara una ejecución inmediata, quizá cabría conseguir de él un resultado en su especialidad; pero acaso tampoco: tendría que ejecutarse él mismo para hacerlo». Puesto que toda conclusión es también una renuncia a la perfección total de aquello de lo que se está impregnado totalmente y hasta lo último.

No puedo dejar de recordar, en este sentido, la impresión que le causaba la actitud de los alemanes en la Guerra Mundial, aún más allá de todo ardor patrio: la impresión de apasionamiento y al mismo tiempo exactitud, de arrebato por el entusiasmo e incomparable acuciosidad en cada uno de los cometidos, que nada despreciaba ni ignoraba. Esa admiración agudizaba su propio problema esencial, hasta el punto de preguntarse, desconcertado, cómo podían las dos cosas fomentarse mutuamente, en vez de frenarse la una a la otra.

Pero esa escisión no era una brecha que él pudiera superar, era su propia esencia, que habría de ser escenario y punto de cita para dos mundos demasiado distantes entre sí, en los cuales se había encontrado al nacer. Y pese a toda la aparente discordia, lo más amargo para él habría sido —en la medida en que hubiese sido factible— haber cerrado artificialmente la

brecha por medio del sacrificio de lo uno por lo otro. Nada podría compararse a la destrucción que se habría producido en él si, en razón de un objetivo o un éxito cualquiera, hubiese simulado que algo estaba exactamente cumplido cuando para él reclamaba aún una completitud intemporalmente amplia de combinaciones.

Aun con plena conciencia de los defectos de esta peculiaridad, no hay que perder tampoco de vista que ella le deparó y conservó una juventud indescriptible. Lo que circulaba en él laboriosamente estuvo siempre, de algún modo, orlado de futuro; no solamente de un futuro tan agraciado como condenado al transcurso, sino de un futuro apartado del simple significado temporal. Y si eso le tenía a veces desconcertado, otras infatigable, o agotado, a veces ocioso y despreocupado, rejuvenecía al mismo tiempo la más íntima expresión de su ser con una fuerza que no he podido advertir casi en ningún otro. Aun en edad avanzada no cambió nada en esto el que tuviese los hombros vencidos y dificultades de oído; también su cabeza blanca ganó en expresión, y los ojos oscuros, a despecho de los anillos violeta de la vejez, parecían haber alcanzado una potenciada fuerza de penetración, como si su oscuridad no hubiese ya bastado para su magnetismo.

Recuerdo en cada uno de sus detalles su septuagésimo cumpleaños. La celebración del mundo oficial y de los amigos lo sorprendió tanto menos preparado cuanto que su sexagésimo y su sexagésimo quinto aniversarios no habían podido destacarse de la misma manera en medio de la confusión de los tiempos. En realidad lo sacó de la cama, a él, que no se retiraba a descansar hasta la madrugada: pero con qué íntima presencia estuvo luego entre todos. En un espontáneo discurso de respuesta a los parabienes, a la admiración sin tapujos —y también a la discreta recordación del rector de la Universidad, de que aún tenía que dar aquello que sólo él estaba en condiciones de dar—, en respuesta a todo ello desplegó, llena de fuego y convicción, una imagen de lo que la ciencia en general tenía todavía que dar de sí; veía para las décadas venideras el comienzo de una colaboración entre las disciplinas filológicas, conforme al ejemplo de las de la ciencia natural, y formalmente se echaba de ver cómo él —garantizándolo— lo vivía como un hecho al que los tiempos obedecerían. Aquí y acullá

esbozaba alguno una sonrisa, a otros las lágrimas se les subían a los ojos. Pero tan poco como él mismo, seguro que nadie pensaba todavía que las esperanzas que en él se habían depositado habían quedado incumplidas, es más, que en un importante sentido eran incluso incumplibles.

Sus hechos interiores estaban siempre despiertos en mí, pero nunca formaron tema de conversación entre nosotros. Dos veces, creo, en los muchos años, llegamos a rozarlos. Siempre nos fue propia esta manera de no estar, ante el otro, en *face,* hasta de volverle en cierto modo la espalda; como tampoco en los demás respectos hubieron de producirse cambios y desarrollos en nuestra relación: ésta conservó su base simple e inmutable. A ello se agregaba que mi actividad era una actividad silenciosa, en la medida en que lo que me conmovía en la con-vivencia y el tratamiento de los demás no se prestaba a la repetición, aparte de que las distracciones fuertes perjudicaban fácilmente a mi marido. La perfecta libertad en que cada cual estaba a lo suyo nos era, sin embargo, consciente a ambos, como una *comunidad* de la que estábamos ciertos; cabría decir quizás: un simple respeto mutuo, al cual habíamos desembocado, se sentía al mismo tiempo como posesión y seguridad. Porque para una cosa conservó mi marido, incluso en la más completa ocupación, un maravilloso olfato: para saber en qué medida el otro seguía su camino tranquilo y alegre. Una prueba de esto se me grabó profundamente. Por excepción había comenzado yo a escribir algo de narrativa —inconsecuentemente, ya que desde el comienzo de mi actividad psicoanalítica había terminado por completo con esta costumbre que hasta entonces tuviera—, y lo excesivo de ambos tipos de concentración hacía que me hundiese por completo en el trabajo; una vez terminado éste, y con remordimientos de conciencia, exclamé riéndome: «¡Seguro que todo este tiempo había estado imposible e insoportable!». A lo cual me respondió mi marido, con un rostro iluminado que no puede olvidarse, y casi en tono de júbilo: «¡Pero eras tan feliz!».

En esta participación en la alegría había algo más que sólo bondad, por fuerte que ésta también se deje oír. La capacidad de *compartir la alegría,* este rasgo destacadísimo de su humanidad, significó siempre para él un comprender al otro como a un igual: captar el substrato primordial y

esencial que era común a ambos. De ahí la expresión poderosa y convincente que cobraba: la de una *realidad* que él contemplaba. Y aún hoy, sin atender al hecho de la muerte, que nunca tomó en cuenta, de la cual no se preocupaba, esta expresión encuentra en mí su prolongación: cada vez que llego a lo más profundo en mí misma, encuentro, como si dijéramos, esta participación en la alegría. ¿No habría él dicho quizás a esto: porque, a pesar de todo, tenía razón en aquel entonces respecto a nosotros dos?

Lo que me subyugó en su expresión de entonces ¿radicaba en el hecho de venir de una verdad última?

No lo sé. Perdona, perdona: no lo sé. Pero en los momentos de tal alegría, me parecía como si *ellos* lo supieran por mí.

Así, mi recordación de ti no lo experimenté como de algo pasado, sino al mismo tiempo como de algo que va al encuentro. No fue una ceremonia funeral; se hizo experiencia de vida.

---

180. * en este último «Compendio», apenas realizable para ella con los instrumentos de lenguaje humano, Lou A.-S. describe una vez más el misterio de su matrimonio con Friedrich Carl Andreas. Quizás la recepción se le haga al lector más fácil una vez que haya contemplado este mismo misterio en un estado en el que aún le parecía explicable a Lou A.-S. El 31 de octubre de 1888 anota para sí misma, comparando su antigua amistad con Paul Rée con su «amor», como ella expresamente dice, para con su marido, lo siguiente:

«Se acostumbra a decir que la amistad es aún capaz de ejercer la crítica, pero que el amor está más allá de toda crítica. Suele decirse también que la amistad exige, de vez en cuando, ser consciente de sus motivos, pero que el amor ama de cuerpo entero. Algunos hacen la restricción: de cuerpo entero, excepto las taras morales graves. A mí me toca invertir estas dos frases. Porque, en primer lugar, me comporto frente a mi marido de manera mucho más crítica que como me comportaba con mi amigo, es decir, con Rée, y en segundo lugar, mis sentimientos para con éste dependían esencialmente menos de mi juicio sobre él que mi actitud hacia mi marido.

»En nuestra larga e íntima vida de amistad intenté comprender a Rée con calma y objetivamente. Conocí en él rasgos muy queridos, y algunos que me resultaban muy poco simpáticos. Pero la circunstancia de que fuese precisamente él su dueño hacía que casi se equiparasen en valor, yo lo quería de todo corazón tal como era, y si hubiese sido un poco diferente, tampoco habría importado nada.

»Mi amor por mi marido comenzó —no puedo expresarlo de otra manera— con una exigencia interior. Ésta despertó la crítica, una crítica hasta el dolor. El dolor residía en el interés que su resultado poseía, mientras que este resultado venía a ser más indiferente frente a Rée. Lo cual me parece completamente natural. Hay una diferencia entre buscar algo que vincule amistosamente o algo que *case.* Pues en esto último no sólo va incluida una simpatía incomparablemente mayor, sino también esto: estar dispuesto a renunciar a uno mismo como ser individual. Y lo encuentro tanto más natural cuanto que está muy lejos de ser un regatear y exigir ventajas mayores o menores por las

cuales esté uno dispuesto a unirse y entregarse. No se trata en modo alguno de un atar, sino de un estar atado; de la cuestión: ¿hay en nosotros algo en lo cual de hecho ya estemos casados?, ¿algo que quede sobre todos los intereses de amistad, mucho más profundo y más alto, como una altura común en la cual ambos queremos culminar? Se trata, por lo tanto, de saber si se encaja mutuamente (y no sólo de si se pertenece el uno al otro), y por cierto que en un sentido casi religioso, al menos puramente ideal de la palabra. El amor mismo claro está que no es puramente ideal, pero —por Dios— que no he entendido nunca por qué la gente que está enamorada de manera primordialmente sensual se *casa.*

»Por eso la amistad puede ser a menudo más condescendiente que el amor, y por eso es cierto cuando se dice que el amor y el desprecio se excluyen. Sólo que a esto agrego: eso que se llama respeto moral no viene aquí a cuento, el amor puede tolerar incluso crímenes, pero aquello en lo cual cada uno tiene su moral profundamente propia e individual, donde yace la raíz de su adoración y su respeto, no puede ser tocado, pues precisamente aquí, en sus altos y en sus bajos, tienen que consonar los dos seres humanos, y donde esto resulta ser un error, no hace falta ningún crimen para matar el amor.

»El hombre que he amado y sin embargo no he criticado era Gillot, aunque lo amaba realmente, es decir, en mi sentido: igualmente en un ideal. Esta diferencia respecto a la única forma de sentir que me es ahora posible reside en los años: en la gran juventud, aquello a lo que se tiende idealmente se encarna de manera inmediata en una persona, y es por esta identificación por lo que se la ama. Más tarde, cuando se separa con mayor nitidez a los hombres de las ideas, no se busca ya a un Hombre-Dios, sino que se une uno en la entrega común a aquello que se respeta y se aprecia en común. No ya un ser humano arrodillado ante el otro, sino dos que se arrodillan juntos. El tipo perfecto de la primera especie será una personalidad dispuesta a dominar y actuar sobre los demás con su energía, como Gillot; el tipo de la segunda especie, bueno, ése es Fred[eric] en persona, en su manera de entregarse a aquello que cree valioso o grande, en su ánimo, su profundo odio a lo deshonesto, a la apariencia, al fingimiento, y su afán de conocimiento.

»Si hubiese vuelto a amar a un hombre tanto como a Gillot, habría huido de él, porque habría creído en la posibilidad de una pasión, pero no en la posibilidad de un matrimonio y una vida. Era consciente, de manera extraordinariamente fuerte, de que el lazo con mi marido era, por el contrario, algo que ciertamente me retrotraía a mi primera juventud e incluso especialmente a la época de la relación con Gillot, pero exclusivamente hasta el umbral de la pequeña iglesia de Santpoort, donde el propio Gillot se convirtió en sacerdote, se convirtió de un *Dios* en su sacerdote, en Aquel que me bendecía con todo lo elevado y lo bello hacia lo cual yo tendía. Mi bendición fue el momento en que la identificación de la que he hablado anteriormente se disolvió por un instante en el entusiasmo infantil puramente sentido, y al mismo tiempo el momento de la *despedida,* cuando cobré conciencia de tener que vivir para ello *sola, sin él,* aunque hubiese podido quedarme con él.»

Esta significativa hoja del diario de Lou A.-S., escrita después de año y medio de matrimonio con F. C. Andreas y sin ninguna señal de crisis interna de esta alianza, fuerza a dos constataciones relacionadas entre sí.

La primera es que LAS, al hablar, en el apéndice «Lo que falta en el Compendio», del misterio de su matrimonio, no se acordaba ya de estas notas, provenientes de la primera, inmediata experiencia, ni de la interpretación que en ellas se contenía. La cuestión de *por qué* desistió en su fuero interno de esta interpretación no hace aquí al caso. Pero sí cabe preguntarse si, desde este origen, no tenía su matrimonio que seguirle siendo siempre un misterio, y por lo mismo insoluble.

La segunda constatación se hace al leer, en el capítulo «Vivencia de amor», la descripción de las «relaciones de amor» tal como ella las tuvo ante su mirada: la del amor entre hombre y mujer, la del amor materno, y por último —insinuada— la de «lo más raro y ciertamente lo más magnífico que haya creado Eros entre los hombres», y se toma luego la hoja del diario de 1888. Nos veremos

entonces obligados a constatar que no sólo «su primer gran amor [Gillot] iba sin duda acompañado de mucho del trasfondo esencial de lo descrito», como cree LAS, sino también su relación con su marido. Se puede ir comparando elemento por elemento: las características de «la más magnífica creación del Eros» cuadran con aquello que en la hoja del diario llama «casarse». Pero al igual que en estas anotaciones se señala con exactitud la relación de este «casamiento» con el amor a Gillot, también se indica su diferencia: «No ya un ser humano arrodillado ante el otro, sino dos que se arrodillan juntos». No es sino esta diferencia la que hace posible la plena aparición de aquella «creación del Eros».

Quizás convenga hacer aquí la observación biográfica de que la conmoción que experimentó Lou A.-S. al hacerse consciente de su amor (de mujer a hombre) hacia Georg Ledebour sólo se hace plenamente comprensible si se tiene en cuenta lo que en sus notas de diario dice de su matrimonio como «casamiento». Con razón habla LAS, en este libro, aparte de su amor por Rilke, solamente de su inclinación por Ledebour. Gillot, Andreas, Ledebour, Rilke: ningún otro nombre tuvo duración. Paul Rée es caso aparte.

181. * una comunicación de la verdad entera sobre estas «bodas» que excluían lo corporal habría tenido que rebajar a Andreas ante los ojos de Rée.

182. * el mundo de la criatura se entiende aquí, y en otros lugares, como el territorio extrahumano de lo creado, como lo *sólo* creatural, o, dicho positivamente, lo aún *plenamente* creatural, que por tanto no difiere sólo en un grado de menos de lo humano como también creatural. Pero el que Lou A.-S. tome en *este* pasaje las comparaciones «sin quererlo del mundo de la creatura» no remite solamente a la «limitación de todas las escalas humanas», sino también a ella misma, al dejar en claro que para ella el lenguaje más convincente e inmediato partía de la «creatura» y no del hombre. Ante ésta no hay infidelidad. La palabra «amor a los animales» nada dice al respecto, la palabra «amor a la creatura» lo dice todo. La definición creatura = reino extrahumano de lo creado vendría a corresponder al vocabulario de la Epístola a los Romanos 8, 19.

183. * Wilhelm Solf, 1862-1936, posteriormente secretario de Estado de la Oficina Colonial del Reich, tenía íntima relación personal con F. C. Andreas antes de partir, como funcionario del Departamento Colonial del Ministerio del Exterior, a las colonias alemanas.

184. * Georg Ledebour. Una anotación de aquella época permite saber que el encuentro más íntimo, después de haberse conocido anteriormente, tuvo lugar en la primavera de 1892 (el último año de Tempelhof) en Friedrichshagen, que en junio siguió la decisión de dejar de ver a Ledebour por un año —una renuncia a la *firmeza* de la relación interna— y un año después, como resultado del agotamiento en la lucha, la despedida. La nota permite, sin embargo, saber también que de ahora en adelante Lou A.-S. tenía ante su mirada, pese a la indisolubilidad y el misterio de aquellas «bodas», el enigma de la «compulsión» de la unión con su marido.

En el manuscrito de la *Mirada retrospectiva* Lou A.-S. puso, junto a sus palabras sobre este significativo encuentro, un poema de la época anterior al conocimiento de Georg Ledebour —en el sobre en el cual lo había conservado desde entonces—:

*Märzglück**

An kahlen, windverwehten Zweigen
Hängt letzter Märzschnee feucht und weich,
Ich schreite wie durch Märchenreich
Hinein in abenddunkles Schweigen.

Hell tönt aus tiefen Weldesgründen
Das Zwitschern einer Meise nur,
Wie Selbstverheißung der Natur:
Ein Ruf, ein Gruß, ein Frühlingskünden.
Als müßt sie einen Boten schicken
Um den man Frost und Schnee vergißt,
Bis einen Frühling der nicht ist,
Die Augen traumbethört erblicken.
Nun! Darf er nie mehr mich bethören—
Dies Märzglück doch soll mir geschehn:
Um Winterlandschaft stillzustehn
Um einen Lenzruf anzuhören.

1890. Tempelhof.

**Dicha de marzo.* De las ramas peladas que maltrata el viento / cuelga húmeda y blanda la última nieve de marzo, / voy como por un reino de hadas / adentrándome en el silencio del crepúsculo. / Claro se oye en la profundidad del bosque / solamente el canto de un pájaro, / la buena nueva de la naturaleza: / un grito, un saludo, un mensajero de primavera. / Como si tuviera que enviar a alguien / para que se olviden la escarcha y la nieve / hasta que los ojos embelesados por un sueño / vean una primavera que no hay. / ¡Bueno! A mí ya no debe embelesarme más— / pero esta dicha de marzo sí ha de invadirme: / quedarme parada en el paisaje invernal / para escuchar una llamada de la primavera. —1890, Tempelhof.

185. Prisión berlinesa donde iban a dar los presos políticos. [*N. del T.*]

186. * Lou A.-S. se refiere a su amor por Rainer Maria Rilke. De los días de la «gran calma y naturalidad», en Múnich-Wolfratshausen en mayo de 1897, sólo se conservan cartas y poemas epistolares de Rilke, pero con el resplandor en ellas del sentimiento correspondido por parte de Lou A.-S. La problemática de la relación, que no sólo estaba determinada por la diferencia de edades, irrumpió a la luz del día durante el gran viaje a Rusia, como problemática personal de ambos. Mientras que en Rilke «se exacerbaban todas las esperanzas», Lou A.-S. volvió a recobrar, a través de las experiencias íntimas de este viaje, su independencia, y se sintió capaz de reconocer, «dispuesta y alegre», las «circunstancias vitales inamovibles e imperiosas» de su matrimonio.

Pero luego ella misma, más o menos medio año después del viaje a Rusia, no sólo vuelve a poner en cuestión su conformidad con el destino, sino que coloca el encuentro amoroso con Rilke, cuatro años atrás, en una luz sorprendentemente nueva. En su «Última llamada» a Rilke, del 26 de febrero de 1901, destinada a prevenirlo por lo que más quiera contra un nuevo atarse a una mujer, toma ese derecho de amonestación «del recuerdo, precioso aún seguramente para los dos, de haberme presentado yo a ti en Wolfratshausen como una madre». Pero la propia «Última llamada» da la explicación de este cambio en el modo de ver las cosas: una nueva vivencia amorosa hace palidecer con su brillo sensual (que ahora la colma por completo, pero para dejar tanto más en segundo plano a la otra parte) el suceso de la «gran calma y naturalidad», de manera que llega a creer estar obedeciendo a un «gran plan de la vida», que tiene preparado para ella «un regalo que supera toda comprensión y esperanza».

Lo que así se había presentado fue mostrando poco a poco ser un autoengaño. Quien contemple el camino de esta vida comprenderá lo que le sucedió como experiencia inevitable, pero nada más. Hasta qué punto ello tocó su vivencia esencial del Eros es difícil de decir. En todo caso, las

«circunstancias vitales inamovibles e imperiosas» demostraron ser plenamente duraderas, y para la mirada nuevamente libre volvió a aparecer la verdad del primer encuentro de amor, un encuentro que comprendía a la otra parte, y la tenía como a ningún otro. Las palabras al comienzo de «Abril, nuestro mes, Rainer...» son, pues, simultáneamente recuerdo y confirmación por el conocimiento.

COMENTARIOS
DE ERNST PFEIFFER

NOTA PRELIMINAR

En la medida en que Lou Andreas-Salomé ha anotado en su *Mirada retrospectiva,* en vez de un decurso vital histórico y su línea por así decirlo horizontal, primordialmente un número determinado de «vivencias», que señalan en cierto modo verticalmente hacia el mismo centro situado en el infinito, el elemento biográfico se le convierte necesariamente, de objetivo en sí mismo, en un medio. Pero como cada una de estas vivencias es una unidad, sin ruptura ni agregado, del origen concreto y sus consecuencias en la vida y el pensamiento, en algunos de estos puntos originarios incluso lo «elemental e íntimo» se destapa con tan pocos miramientos como la biografía al uso apenas podría hacerlo sin tornarse penosa. Lo biográfico está presente, pues, de muy diversa manera en la *Mirada retrospectiva:* en ocasiones queda completamente fuera de la exposición, en otras es solamente insinuado, en algunas queda expuesto plenamente, y en otras hasta se lo fundamenta. Considerada desde la perspectiva biográfica, la *Mirada retrospectiva* no tiene necesariamente, por eso mismo, y por autosuficiente que como «Compendio» sea, la rotundidad de un relato sobre la propia vida que no requiere en cuanto tal de comentarios que lo suplementen. Ahora bien, también en este caso la biografía exige, *desde sí misma,* una visibilidad más homogénea, necesita ser sabida: primeramente, en razón de la existencia peculiar de la propia Lou Andreas-Salomé, y segundo, porque esta vida está inseparablemente imbricada en la vida de hombres cuyas biografías son de suyo significantes. Los «Comentarios» (que son, en este sentido, complementos) traen por eso muchos datos y documentos biográficos, de los cuales podrá el lector servirse según su necesidad. Los documentos —anotaciones y cartas de Lou Andreas-Salomé, así como cartas de otras personas— se ofrecían también ya por sí solos, ya que en su gran mayoría habían sido conservados por la propia Lou Andreas-Salomé y le eran, por tanto, presentes en mayor o menor medida al escribir sus recuerdos. Los escritos que de *ella* provienen guardan en parte la más íntima relación con el secreto de su vida, tal y como intenta captarlo la

Mirada retrospectiva. Al mismo tiempo, a través de estos escritos, así como de las cartas de otras personas y de la reproducción de frases de conversaciones, se hace aún más completa la imagen de esta mujer, y visible también de una forma diferente que en su propia mirada vuelta hacia el pasado, que no es a su figura a lo que se dirige, sino que en cierto modo pasa a través de ella.

Con todos estos suplementos, ya sean de tipo objetivo-biográfico, ya sean de índole personal-psicológica, los «Comentarios» no pueden sino aclarar el carácter especial de la *Mirada retrospectiva.* Nada se ha acogido en ellos pensando que en propiedad debería estar en la *Mirada,* sino todos, más bien, en la intención de servir a su recepción, a su entendimiento. Significa esto también que determinados documentos e informaciones están solamente destinados al lector a quien la lectura de la *Mirada* ha hecho ya receptivo, y no para quien sólo los hojea curiosamente.

Acerca de algunos capítulos señalemos lo siguiente:

La figura principal del capítulo «vivencia de los amigos» es Paul Rée, y no Friedrich Nietzsche (respecto al cual Lou Andreas-Salomé llegó a preguntarse una vez, en edad avanzada, si no sería posible suprimirlo, con el pensamiento, de su vida). El interés general de los lectores se dirige, sin embargo, en razón de Nietzsche, a la exposición del tan traído y llevado (sólo que no por ella) episodio de Lou con este último. El compilador debería dar aquí más información de la que Lou A.-S. —por vivamente que revelara los detalles y claramente que repartiera los acentos— podía ella misma dar en un compendio de su vivencia de amistad con Rée. Pero aquí también tendría que importarle al compilador, antes que nada, hacer evidentes el modo de ser y el comportamiento de la joven Lou, fundamentar su manera de ver las cosas y permitir que ella misma accediese nuevamente a la palabra. La construcción *completa* de lo que entonces ocurrió sólo se dejaría evidenciar si de las piedras mil veces ya utilizadas se sacudiera el mortero y el engañoso estuco, y se volviese a construir con aquellas que resulten ser legítimas, dejando que los huecos sean huecos. De las piedras todavía no utilizadas, hay en el legado de Lou Andreas-Salomé más cartas de Nietzsche a Paul Rée que a ella misma. Pero también lo comunicado aquí en la *Mirada retrospectiva* y en los «Comentarios» es, como conviene que se diga, sólo material con respecto al todo.

Lo esencial del Apéndice al capítulo sobre Rilke, «Abril *nuestro* mes, Rainer», no debe verse en que aquí Lou Andreas-Salomé, como la sobreviviente de ambos, ventile finalmente el secreto que los dos habían dejado subsistir respecto a la primera fase de su relación, y que permita reconocer, con toda la claridad que pueda desearse, los momentos de transición a la amistad posterior. Lo esencial es que este Apéndice hace visible el estrato más profundo del conocimiento que Lou Andreas-Salomé tenía de Rilke. Sin esta primera fase de la relación común, y lo que ésta pudo revelarle, tampoco ella poseería este conocimiento, y la permanente apertura de Rilke hacia ella está fundada en esta intimidad en la época decisiva para él. La tan comentada «tonalidad menor» de sus cartas a esta amiga, la «octava más abajo» (para la cual Lou A.-S. habría afinado el instrumento Rilke de una manera algo enigmática), encontrarán quizás ahora una explicación adecuada. Ya en su libro en memoria de Rilke, en 1928, le era a Lou Andreas-Salomé ajena la intención de hacer historia de la literatura: «Lo aquí anotado deja conscientemente... fuera de su intención todo acabamiento: tanto de apreciación crítica, como de trabajo de investigación científica, como de datos biográficos reunidos». Lo cual vale en igual medida para lo aquí comunicado. A esto hay que agregar ahora (1967): por medio de dos publicaciones del legado de Lou A.-S. ha quedado documentalmente comprobado su comentario sobre Rilke en la *Mirada retrospectiva,* así como su interpretación de Rilke en el libro memorial de 1928 *(Rainer Maria Rilke):* por las anotaciones de su diario de 1912/1913 «En la Escuela con Freud», y por las cartas que intercambió con Rilke de 1897 hasta la muerte de éste.

El diario ofrece las primeras conclusiones que Lou A.-S., al trabar conocimiento con el psicoanálisis, extrajo sobre la naturaleza y el origen de las perturbaciones anímicas de Rilke, y el epistolario da, en cuanto intercambio esencialmente amistoso, pero, con buen motivo, sin miramientos y profundizado posteriormente por los conocimientos especiales de Lou A.-S., algo así como una historia de estas perturbaciones. Para ser más exactos: el epistolario cumpliría tal cometido si se hubiese conservado completo y si lo conservado hubiese sido publicado íntegramente, sin ningún tipo de cortes.

Sin duda alguna Rilke dejó también las cartas de Lou A.-S. ordenadas y reunidas. Pero una tercera parte de ellas fue devuelta a Lou A.-S., otro

tercio llegó al Archivo Rilke, y el tercero ya no existe. Sin embargo, cada uno de estos tercios, incluido el que falta y que puede deducirse del contexto, se reparte, a grandes rasgos, por la totalidad del período de amistad. El tercio que falta no puede, pues, habérsele perdido a Rilke como una serie cronológica de cartas. Véase a este respecto la exposición detallada en el Epílogo al epistolario entre Rilke y Lou A.-S. (La reexpedición de los paquetes de cartas a cada uno de los remitentes se produjo por la atención de la Señora Wunderly- Volkart.)

La pérdida de cartas de importancia psicológico-psicoanalítica hace por tanto aconsejable publicar aquí, de una forma más completa que en la edición del epistolario, la última de Lou A.-S., la más decisiva de todas a este respecto (y que ha estado a disposición del compilador en una copia sin lugar a dudas auténtica). [Véase el comentario a la p. 144.]

En la «Nota preliminar» a la primera edición decíamos en este lugar: «Según queda insinuado en el Epílogo, el compilador se ha dejado guiar, en el pulimento de las irregularidades y en la supresión de las ligeras corrupciones del texto de la versión del legado del "Compendio" (escrita en parte a máquina, y en parte a mano), por el recuerdo de la revisión que en una ocasión hiciera junto con Lou Andreas-Salomé de algunos pasos, y por las notas que entonces tomó. Que muchos de estos defectos se produjeron en la reelaboración, o al copiar a máquina o a mano, se hace evidente por el hecho de que las secciones que inequívocamente constan en primera versión, ya sean originales o reescritas íntegramente, están por lo general libres de ellos. Sólo en dos pasajes hubo que ir más allá de la medida de pulimento necesario que aquí se insinúa: en el capítulo primero y en el segundo —por un error de ordenamiento, probablemente al copiar, de una sección de pensamiento en cada uno— quedaba rota la ilación en varias partes, rupturas que habían sido recubiertas con un barniz formal de lenguaje. Al reconstituir la secuencia correcta, se dejaron de lado, en el capítulo primero, algunas repeticiones. En algunos pasajes el texto se había hecho, también, incomprensible».

El Epílogo a la presente edición da más elementos de juicio a este respecto, tomando en consideración el segundo (primero en cuanto a su producción) manuscrito de Lou- A.-S., del cual no se había dispuesto para la primera edición.

Las citas incluidas en el texto por la propia Lou Andreas-Salomé, así como los documentos de los «Comentarios», han sido impresos en su ortografía y puntuación originales. Las supresiones en los documentos se designan por puntos suspensivos (...), las inserciones del compilador, por medio de paréntesis cuadrados ([ ]). En su última etapa, Lou Andreas-Salomé firmaba casi siempre con las siglas LAS. Esto nos ofreció la oportunidad de hablar, al referirnos a las diferentes fases de su vida, y para mejor diferenciación, no solamente de Lou von Salomé y de Lou Andreas-Salomé, sino también, refiriéndonos a los últimos años de su vida, de LAS.

El compilador no ha querido, ni en la edición de los «Comentarios» ni en la actitud del «Epílogo», negar su agradecimiento por la amistad con Lou Andreas-Salomé. Que ha procedido con objetividad en la selección de los documentos y en su utilización es cosa que se entiende por sí sola. Y del peligro de caer en retoques en los complementos al texto (reproducción de frases de conversación y demás), lo prevenía ya la poco habitual franqueza de esta mujer, que reposaba en una ausencia total de la necesidad de hacerse valer. Esta «ausencia» estaba ciertamente fundada, en último término, no solamente en el conocimiento de la insuficiencia de los criterios humanos, sino también en el saber de un último ser llevado, al saber de «las grandes corrientes», que hizo que, esencialmente, «viviera en una dicha ilimitada».

Louise von Salomé nació el 12 de febrero (31 de enero del calendario juliano) de 1861, en San Petersburgo, en el edificio de la Generalidad (Lou A.-S. escribe en ocasiones «Edificio del Estado Mayor»).

RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

Los *libros de Lou Andreas-Salomé* en su secuencia de aparición:

1. *Im Kampf um Gott* (novela) de Henri Lou, Leipzig-Berlín, W. Friedrich, 1885.—2. *Henrik Ibsens Frauengestalten.* Jena, Eugen Diederichs, 1892.—3. *Friedrich Nietzsche in seinen Werken.* Viena, Carl Conegen, 1894.—4. *Ruth.* Relato. Stuttgart, Cotta, 1896.—5. *Aus fremder Seele. Eine Spätherbstgeschichte.* Stuttgart, Cotta, 1896.—6. *Fenitschka. Eine Ausschweifung.* Dos relatos, Stuttgart, Cotta, 1898.—7. *Menschenkinder.* Una colección de novelas cortas. Stuttgart-Berlín, Cotta, 1899. —8. *Ma.* Un retrato. Stuttgart-Berlín, Cotta, 1901.—9. *Im Zwischenland.* Cinco historias de la vida anímica de muchachas adolescentes. Stuttgart-Berlín, Cotta, 1902.—10. *Die Erotik.* Monografía. Frankfurt a.M., Rütten & Loening, 1910.—11. *Drei Briefe a einen Knaben.* Leipzig, Kurt Wolff, 1917.—12. *Das Haus. Familiengeschichte vom Ende vorigen Jahrhunderts.* Berlín, Ullstein, 1919.—13. *«Die Stunde ohne Gott» und andere Kindergeschichten.* Jena. Eugen Diederichs, 1922.—14. *Der Teufel und seine Grossmutter.* (Cuento fantástico.) Jena, Eugen Diederichs, 1922.—15. *Ródinka. Eine russische Erinnerung.* Jena, Eugen Diederichs, 1923.—16. *Rainer Maria Rilke. (Buch des Gedenkens.)* Leipzig, Insel-Verlag, 1928.—17. *Mein Dank an Freud.* Carta abierta. Viena, Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 1931.—18. *Lebensrükblick. Grundriss einiger Lebens erinnerungen.* (Mirada retrospectiva. Compendio de algunos recuerdos de vida.) Zúrich, Max Niehans, y Wiesbaden, Insel-Verlag, 1951.—19. «Rainer Maria Rilke / Lou Andreas-Salomé». Correspondencia. Zúrich, Max Niehan Wiesbaden, Insel-Verlag, 1952.—20. *In der Schule bei Freud,* Diario de un año. Zúrich, Max Niehans, 1958, Hans Huber Verlag, Bern, 1968, y edición de bolsillo en Kindler Verlag, Munchen.—21. «Sigmund Freud/Lou Andreas-Salomé», Correspondencia. Frankfurt am Main, S. Fischer, 1966.

Inéditos: 1. *Der Stiefvater. Spiel in drei Akten.*—2. *Die Tarnkappe. Eine dramatische Dichtung.*—3. *Jutta.* Relato.

Las *publicaciones literarias* de Lou Andreas-Salomé en revistas y periódicos están enumeradas de manera exhaustiva en: H. F. Peters, *Lou, Das Leben der Lou Andreas-Salomé,* München, 1962. (Edición original inglesa: *«My Sister, My Spouse»,* Nueva York, 1962.) Acerca del valor científico de esta «biografía», véase Ernst Pfeiffer «Die Historie von der Lou», *Neue Deutsche Helte,* 105 (mayo/junio de 1965).

Sobre Lou Andreas-Salomé:

Elisabeth Heimpel «Lou A.-S.», en: *Neue Deutsche Biographie,* I volumen, 1953.—Gertrud Bäumer «Lou A.-S.», en: *Gestalt und Wandel, Frauenbildnisse,* 1939.—Hans Jürgen Bab *Lou A.-S.,* «Dichtung und Persönlichkeit», tesis doctoral en Berlín, 1955.—H. F. Peters, *Lou, Das Leben der Lou Andreas-Salomé* (v.s.).—Rudolph Binion, *«Frau Lou», Nietzsche's wayward disciple,* Princeton, New Jersey, 1968.—Ernst Pfeiffer «Lou A.-S.», en: *Handbuch der deutschen Gegenwartsliteratur,* München, 1965.—Véanse también los comentarios y notas de los tres libros editados por E. Pf., enumerados en la bibliografía como 19-21.

EPÍLOGO

Lou Andreas-Salomé escribió el «Compendio», según solía llamar en la conversación a los recuerdos de su vida, en los años 1931 y 1932, es decir, al comienzo de su octava década; algunas partes fueron redactadas de nuevo aún más tarde. Como «Prólogo», el conjunto de estos diez capítulos recibió la indicación: «Compendio de algunos recuerdos de la vida —de otros no, que no se dejaron privar de su derecho a la soledad». En qué pensaba al hacerlo lo revela en parte lo escrito al año siguiente, 1933: «Lo que falta en el Compendio». Y obsérvese que decimos en parte, aunque el título dé a entender que el manuscrito contiene todo lo que falta en el «Compendio». Porque el Apéndice —del cual Lou A.-S. no sabía, por entonces, si había de ser agregado al «Compendio» también para uso público— completa ciertamente el capítulo escrito en memoria de Friedrich Carl Andreas con la confesión del enigma del matrimonio, pero no lo hace de la misma manera con el capítulo «Con Rainer», que, aunque en lo biográfico vaya más allá del libro en memoria de Rilke de 1928 y consolide lo allí expuesto, sigue dejando sin embargo en la oscuridad la raíz originaria personal de este encuentro. No es sino una nota del año siguiente, de 1934, que sin embargo no guarda expresamente relación con el «Compendio» («Abril, *nuestro* mes, Rainer...»), la que cancela la «soledad» también de este personalísimo recuerdo y hace accesible el pleno carácter vivencial del encuentro con Rilke, entendiendo la palabra «vivencia» en el sentido que le ha dado Lou Andreas Salomé en la titulación de los capítulos.

Si por lo común sólo se entiende por «vivencia» la suma expresión de lo más personalmente experimentado, y a veces incluso sólo la sensación referida al yo, el sentido de la palabra aparece casi prácticamente invertido en la *Mirada retrospectiva,* en la medida en que aquí el yo sólo es imprescindible para la percepción del «fundamento», como aquello que constituye a esta vida particular, y al mismo tiempo la porta como algo indelimitablemente mayor. En la exposición de la vivencia que en cualquier sentido habría que considerar *primera,* «La vivencia Dios», se hace también

lo suficientemente evidente que lo que aquí se llama vivencia sólo podía ser aprehendido por quien lo vive con la fuerza de comprensión que da una vida entera.

Así pues, fue sólo en la mirada hacia atrás desde la senectud, desde la orilla, cuando el ojo llegó a cobrar toda su visión: no sólo en la extensión y en la distancia, sino ante todo en las profundidades de la vida vivida, escalonadas hacia el fundamento. Fue esta mirada receptiva la que hizo aparecer vivencia tras vivencia y la que permitió a su dueña dar cuenta de su vida como un todo. Un simple sobrevolar la llanura, con su caudal de encuentros humanos, experiencias sentimentales y conocimientos, jamás habría podido mover a Lou Andreas-Salomé a coger la pluma. Esta contemplación vital articulada en «vivencias hacia el fundamento» era, evidentemente, equiparable a una gracia especial de su senectud: en su presencia se tenía la impresión de que cada una de las olas de vivencia, aun las más lejanas, que alguna vez habían recibido su impulso desde las profundidades, venía a batir, plena ya, contra la ribera de esta edad, unificada una vez más con la viviente (que por así decirlo se le había vuelto a adelantar), de manera que todo lo esencial, más allá del simple recordar de la vejez, le era presente como en el primer día: ahora todo en *un* presente.

Casi no es necesario decir que semejante «vivir la vida» es de naturaleza religiosa —entendiendo la expresión en sentido irrestricto, como experiencia de un estar totalmente determinado por el último origen—. Pero hasta qué punto también el sentir digamos cotidiano de Lou Andreas-Salomé estaba determinado así puede hacerse claro con una frase de su vejez: «Puede ocurrirme lo que se quiera; nunca pierdo la certeza de que detrás de mí hay unos brazos abiertos para acogerme».

Así pues, en la *Mirada retrospectiva* se encontrará no tanto el resultado de una reflexión que el cognoscente hace sobre sí mismo como una composición de la vida «que se va creando a sí misma», que, eso sí, pretendía ser recibida por la correspondiente conciencia cognoscente. De esta manera vino a resultar por sí sola una forma autobiográfica de especie completamente singular, que sin embargo sólo se le hace accesible al lector al volver a contemplar el todo, mirando en su intuición al trasluz cada una de las vivencias y el conjunto de todas ellas. La misma palabra «compendio» en el subtítulo «Compendio de algunos recuerdos de vida» intenta designar, si la entendemos como «sinopsis del fundamento», tanto

esta trasparencia de cada uno de los sucesos o procesos como también la unión de todos los sucesos en el «fundamento» de un misterio de la vida misma, que en ellos se revela. Se cae en la cuenta de que una vivencia viene precisamente a autenticarse como «vivencia», en el sentido que aquí importa, por el hecho de haber podido ser reproducida en el «Compendio»; que con ello, a salvo de la arbitrariedad, el número de las «vivencias» se limitaba; que este «compendiar el fundamento» sólo podía hacerse en sentido filosófico; que, en esta forma de manifestación, la vivencia personalísima y el vivenciar la vida son una y la misma cosa.

En vez de la imagen dulce y misteriosa de la primera infancia, como era de esperar, la exposición se inicia de manera temáticamente decisiva con la «vivencia de Dios» (título bajo el cual uno esperaría más bien el resumen de la historia de una vida). Pero del mismo modo que la vivencia de la figura divina y de su desaparición no es aquí un simple recuerdo de la niñez, así también la «vivencia de amor» (bajo la cual uno igualmente se imagina algo que pertenece a un lugar posterior de una biografía, y también una suerte de suma de esta vivencia) es aquí algo distinto de un puro amor de muchacha. Y así como el perfil invisible de la desaparecida imagen de Dios, fijando para esta vida un canon perdurable, convierte al amor de niña por Gillot en un «proyecto de amor» válido para toda otra relación de esta especie, en cualquier otra vivencia posterior tendrá uno la impresión de verlo también, aunque sólo sea como en fragmentos incompletos o como estrellas. También en la incondicionalidad de la amistad con Paul Rée se siente el resplandor del desaparecido; también en la indisolubilidad y al mismo tiempo en la limitación de la comunidad con Friedrich Carl Andreas; también en la consumación del amor con Rilke, y aquí precisamente en el hecho de que «lo real» *no* pudo ser retenido duraderamente; también en la «vivencia Rusia», que no es una pura vivencia patria. Uno percibe el desplegarse secreto, casi dramático, del uno activo, de «vivencia» en «vivencia», como el de una ley oculta, más profundamente determinante y más difícil de comprender (también y precisamente para la propia viviente) que «la ley conforme a la cual te has presentado». Pero fuera de lo humano-personal (Gillot-Rée-Andreas-Rilke), ese fortísimo resplandor se reconoce allí donde uno menos se lo espera: en la exposición del encuentro con la psicología profunda, en la «Vivencia Freud», que sólo así se hace plenamente comprensible: en la gozosa aceptación de los hallazgos o de los

dones de un «racionalista de raza», en la aceptación de dones de naturaleza altamente no-espiritual. Precisamente allí —para seguir en la imagen— el perfil de lo invisible, trazado primero como en el cielo, puede completar también su círculo —cómo iba a ser si no un perfil divino— hacia «abajo», e incluir en sí hasta el más oscuro reino de la tierra. Recordemos que es un perfil de Dios que se ha hecho *invisible,* un perfil *desaparecido,* el que va determinando aquí, al incorporarlas, «vivencia» tras «vivencia». Cabe preguntarse si un perfil que hubiese permanecido visible, un Dios creído en imagen, hubiese logrado lo que aquél logró desapareciendo. Es cierto que en lugar de o junto a semejante manera más bien figurada de interpretar la *Mirada retrospectiva* en su peculiaridad, podría pensarse en el intento de una interpretación filosófica inmediata. Porque indudablemente no es solamente un documento religioso, sino también filosófico, y en ambos respectos es necesario aprender primero a leerlo en su peculiaridad originaria. Una investigación de esta naturaleza, sin embargo, se vería inmediatamente colocada ante el hecho curioso de que Lou Andreas-Salomé empleó los conceptos ordenadores y conductores de la exposición de su vida, «vivencia» y «compendio», por así decirlo sin aderezo alguno, y mantuvo libre la exposición de toda conformación categorial-sistemática por medio de estos u otros conceptos. Adoptó sin titubeos la maltratada palabra «vivencia», y cuando en razón de la cosa misma ésta cobró un sentido especial y opuesto a su significado cada vez más estrecho, no se preocupó lo más mínimo. No trabajó ni *en* el «concepto» de vivencia ni *con* él, y sólo al lector que reflexione sobre el asunto puede resultarle importante, por interés propio, advertir por ejemplo que una crítica del concepto de vivencia que apunte a su limitación a la relación al sujeto, al «tenerla» o «apoderarse de ella», no puede afectar al contenido que se hace aquí patente. Más sorprendente aún que el uso de la palabra «vivencia» es el empleo filosóficamente despreocupado, libre de supuestos, de la palabra *Grundriss* en una expresión destinada, sin embargo, a la significación. Su propósito era, por lo pronto, señalar que determinados recuerdos habían de ser expuestos retrotrayéndolos a lo último, más o menos en el sentido en que lo hacen la «planta» *(Grundriss)* de un edificio o los «fundamentos» *(Grundriss)* de una ciencia. Cuando luego el sentido de la palabra *Grundriss* se le haga al lector de estas memorias tan profundo que pueda comprenderlo como «perfil del fundamento» *(Umriss des Grundes),* y

establezca una relación de sentido entre «vivencia» y «compendio», no olvidará el carácter indicativo originario de estas palabras y verá en ellas una advertencia ante una delimitación conceptual más rígida del mundo vital de Lou A.-S. en general: porque jamás una conceptualidad ensamblada en sólida «concepción del mundo», por muy filosófica que hubiese sido, le habría permitido a Lou Andreas-Salomé exponer su vida en su verdad y al mismo tiempo la verdad de la vida —sin herir el misterio, su carácter de regalo—. Esta falta de prejuicios ante conceptos predeterminados puede leerse también con toda claridad de la diversidad *formal* de cada una de las «vivencias», que se desprende simplemente de la cosa misma. Hay allí —caracterizados *grosso modo*— la «consideración» fundamental («La vivencia de Dios») junto a la «confesión» personal («Lo que falta en el Compendio»), y el «tratado» doctrinal («La vivencia Freud») junto a la simple «noticia» biográfica («Entre la gente»).

Dos cosas hay que observar respecto al texto que aquí presentamos de la *Mirada retrospectiva.* La una tiene que ver con la *extensión.* El texto sobrepasa al originario «Compendio de algunos recuerdos de vida», con inclusión de «Lo que falta en el Compendio», al haber sido, primero, completado el capítulo «Con Rainer» por medio de la nota tardía, a la cual ya se ha hecho mención, «Abril, *nuestro* mes, Rainer...», y segundo, al habérsele agregado al capítulo de Freud la nota «Recuerdos de Freud». Ambas notas han sido tomadas de manuscritos que tienen su lugar —si la *Mirada retrospectiva* está echada desde lo alto de la orilla— en la llanura ya ilimitable más allá de la ribera, y se despegan también de lo planeado en los «recuerdos de vida» por el tono de pura celebración vital. Parecía indicado agregar el tono evocativo de la nota sobre Freud porque el elemento personal del encuentro (que no fue sólo con el psicoanálisis), recogido en el capítulo «La vivencia Freud», tenía que verse necesariamente desatendido en razón del «trazado fundamental» de este recuerdo. Y, como ya se ha indicado, las notas «Abril, *nuestro* mes, Rainer...» pertenecen plenamente al «trazado» del encuentro «con Rainer», sólo que aún no habían querido renunciar a su «derecho a la soledad». Es claro que la forma en que la *Mirada retrospectiva* fue planeada excluía esta comunicación personalísima; y sólo cuando Lou Andreas-Salomé, no escribiendo ya intencionadamente para el lector, sino para el auditor silencioso y retentivo de un coloquio de evocación y despedida, hubo encontrado la forma propia

de este recado, pudo hacer ambas cosas: encomendar lo que había que decir y protegerlo una vez más, precisamente por medio de esta forma. Lo segundo tiene que ver con el *estilo* de las notas que aquí se publican, el lenguaje de la vejez de Lou Andreas-Salomé. El camino que va desde el lenguaje peculiarmente claro, como lineal, de la joven Lou hasta la construcción del lenguaje tardío, que tan laxo parece y, sin embargo, entreteje los más diversos elementos de un modo tan notablemente indesplazable, puede seguirse fácilmente en el texto fundamental, así como en los textos acogidos en los comentarios y que corresponden a todas las etapas de su vida. Lou A.-S. observó una vez respecto a su «escritura» (que incluso como movimiento le deparaba alegría) que siempre había tenido prisa por llegar a lo esencial. Este ir aprisa (pero no apremiada) se puede advertir ya en la forma del lenguaje de los años de juventud y de madurez: en la disposición de la frase siguiente a proseguir, como sobre la marcha, el pensamiento, y en el propio ritmo del lenguaje. Con ello queda ya dicho que es éste un lenguaje hablado, un lenguaje llevado por el ritmo personal y corporal. Ahora bien, por mucho que el lenguaje de la vejez —en su nada clásica abundancia, que sin embargo y pese a todo su entusiasmo expresivo tampoco es barroco— se distinga de las etapas anteriores por su unidad, llena de vida e ingenio, de lo a menudo drásticamente concreto con la reducción extrema (unidad de la cosa y el sentido, por lo tanto), cabe advertir en él, a pesar de todo, que es lenguaje personal hablado (que incluso sólo así puede uno comprenderlo, en su tendencia a la abstracción y a lo «inorgánico» de la forma de pensamiento) y que ha sido dicho en una como alegre prisa hacia lo esencial y no, digamos, en razón de sí mismo. En qué escasa medida aquello que en cada ocasión le importaba a Lou A.-S. era «formulado» (incluso en la vejez) ante el escritorio y con la mirada en lo ya escrito puede verse en lo siguiente: podía ocurrir que una hora de insomnio (como si sólo por este motivo se hubiese intercalado en el profundo descanso nocturno) le obsequiara con un conocimiento por el cual su paciente meditación se había afanado en vano durante mucho tiempo; este conocimiento se le revelaba en palabras densas de sentido, que ni el sueño, al hacer valer sus derechos, podía ya borrar. Con una timidez peculiar, interrogante y confiada, como si destapara algo aún incalculable que le habían regalado, podía repetirle luego estas mismas palabras al visitante, como si las recitara cuidadosamente para sí misma; y a menudo ocurría que

estas mismas palabras, que habían sido dichas en la felicidad del ser-uno con el lenguaje (y dichas, para decirlo drásticamente, «sin pelos en la lengua»), volvían a aparecer más tarde en una nota. Así pues, también en la vejez es el habla la que sustenta aquí al lenguaje. Y también subsistió el alegre apresurarse a lo esencial, el hablar-hacia-algo. Pero la vejez es aquí riqueza en movimiento, no rigidez. Y por cierto una riqueza que no se ocluye, sino que también en el gesto del lenguaje se mantiene abierta, en la unidad del recibir y el regalar. Y de esta manera el apresurarse-hacia es ahora un moverse-en-la-riqueza. Esta riqueza puede leerse, en los pasajes donde simplemente se relata algo y que forman una graciosa contrapartida de aquellos que están presididos por el pensamiento, en una trasparencia completamente impremeditada, a través del brillo, o la alegría, o el dolor de la mirada que reposó sobre este recuerdo. Pero es ante todo la manera de moverse en el pensamiento lo que permite reconocer esta riqueza. El lenguaje personal alcanza aquí un límite que es el opuesto al marcado por la aparición de la fórmula (con lo cual puede pensarse en la fórmula como síntoma de petrificación y también como señal repetida, *signum,* de la posesión interior que se ha hecho inexpresable). Como característica de *este* lenguaje de la vejez cabría constatar más bien una inclinación al cifrado, a la abreviatura esencializada, donde el ojo, que ve relucir el sentido, parece adelantarse al lenguaje, al cual no le queda otra cosa que seguirlo presto. Así, expresiones como *Erinnertes an Freud*[1] son correctas sólo en el lenguaje personal, no según la norma. De todas maneras, este lenguaje de la vejez está completamente determinado por un «estar dentro», no por un «estar frente a».

Al final de «Lo que falta en el Compendio» hay una nota a lápiz, de noviembre de 1934: «Todo esto está escrito demasiado aprisa, por los ojos, que no se atreven ya a esperar nada más». Por este motivo, entre otros, Lou Andreas-Salomé no revisó ya el manuscrito para una posterior impresión. El trabajo de edición, sin embargo, ha tenido sólo como objeto consolidar el texto, y allí donde éste aparecía descoordinado o claramente en desorden, limar las asperezas y restaurarlo cuidadosamente. A estas indicaciones, y también para justificar el procedimiento en la revisión del texto para la impresión, es necesario agregar aquí una palabra personal.

Ya en el año 1934, algo así como dos y medio antes de su muerte, Lou Andreas-Salomé me cedió como regalo la totalidad de su legado literario «para disponer de él libremente y sin reservas». Para ella lo esencial era esta entrega; todas las cuestiones de la administración del legado, desde la revisión de cada uno de los escritos hasta las consideraciones sobre la publicación de determinados textos, sólo habrían de ocuparme, según su deseo, después de su muerte. Por diferente que sea la visión de un texto, según que uno lo considere para «editar» o sólo para interpretarlo, la revisión del «Compendio» que a la sazón hicimos juntos y nuestro estudio conjunto de la expresión de determinados pasajes me dieron sin embargo las líneas directrices para la revisión crítica.

En el verano de 1935, ante un peligro de muerte inmediato por una operación a la que tenía que someterse, Lou Andreas-Salomé se despidió de nosotros dos, sus amigos de la vejez, Josef König y yo; el tiempo que vino después lo consideró como un regalo suplementario. Sus palabras a cada uno de nosotros en esta despedida: «Todo, todo está bien», la mirada vuelta sobre la existencia, sobre el ser en general incluso, como un conocimiento resumido, han quedado para nosotros como sus últimas palabras. Supo que «estaba muriéndose» aun antes de que nosotros reconociéramos los síntomas. En su última semana nos recibió casi día a día, alternadamente, durante un breve rato de visita. En una ocasión dijo sobre el «Compendio» que «en él iban a encontrarse los seres humanos». Hizo que le leyéramos algunos capítulos: «Me gustaría saber cómo lo hacía entonces» y «Sí, así volvería a decirlo aún hoy». Cuando yo comenzaba a leer, solía decir: «Me resulto tan lejana», para luego hablar, sin embargo, con toda claridad desde el asunto mismo. En este estado crepuscular, extrañamente despierto y completamente consciente, le vino también, desde una distancia ante sí misma, el pensamiento: «En realidad he trabajado durante toda mi vida, trabajado duramente y sólo trabajado; ¿por qué, en realidad, para qué, en realidad?». No resonaba en esta pregunta la duda sobre el sentido de semejante trabajo del espíritu, sino sólo el asombro ante el hecho, y una incapacidad, que evidentemente no sentía como dolorosa, de descifrar este sentido. Hacia el final, con los ojos cerrados y ya al borde de las aguas del último sueño, pero reposando como de costumbre sobre su lecho, se hacía relatar sucesos de todos los días, como saboreando todavía pequeños trozos

de vida. Y entre medias, la frase: «Cuando dejo correr mis pensamientos, no encuentro gente; sólo (esto lo agregó, con certeza, sólo por nosotros) vosotros estáis aquí», y esta otra: «Lo mejor es la muerte».

Lou Andreas-Salomé falleció en la noche del 5 de febrero de 1937, bajo los síntomas de una uremia, a la edad de casi 76 años, en su casa de Göttingen. Su deseo de ser enterrada, tras la incineración, en el jardín de la casa no pudo cumplirse. La urna con sus cenizas yace en la tumba de su marido, en el cementerio de Göttingen.

Göttingen, en agosto de 1951.

Ernst Pfeiffer

Epílogo de la nueva edición alemana

La *Mirada retrospectiva* se publicó en 1951, una década y media después de la muerte de Lou Andreas-Salomé, en la editorial Max Niehans, Zúrich, y en Insel-Verlag, Wiesbaden. Otra década y media más tarde, aparece ahora en su segunda edición, en la Insel Verlag de Frankfurt am Main. La editorial de Max Niehans ya no existe.

Quien vuelve a leer un libro semejante después de quince años puede medir la silenciosa labor del tiempo, que puede allanar y puede destacar. Pero lo que con la *Mirada retrospectiva* ha hecho no cabe apreciarlo solamente con la consideración de si el libro ha resistido o no las transformaciones del tiempo. La *Mirada retrospectiva* fue la primera publicación del legado de Lou Andreas-Salomé. Entretanto le han seguido la correspondencia de Lou A.-S. con Rilke, su diario «En la escuela con Freud» y su correspondencia con Sigmund Freud. Así que al menos las expresiones sobre Rilke y sobre Freud en la *Mirada retrospectiva* encontrarán un interés objetivo y crítico acrecentado, puesto que ahora se dispone de las publicaciones documentales.

Pero también en relación con el texto mismo del libro ha habido un cambio. La nueva edición no ofrece palabra por palabra el mismo texto que la de 1951, y no es por ello menos auténtica.

Hace algunos años el editor vino a hacerse con un segundo manuscrito de la *Mirada retrospectiva.* Éste consiste en hojas escritas a máquina, con

correcciones e intercalados, pero sobre todo en anotaciones a pluma o a lápiz, arrojadas en parte rápidamente sobre el papel y corregidas luego, pero en parte también pasadas a limpio. Todo ello tiene más o menos la extensión del material impreso hasta el momento, sólo que sin el capítulo «Lo que falta en el Compendio», y fue encuadernado mal que bien por Lou A.-S. Este manuscrito de trabajo, que lleva claramente el signo de la reflexión y la formulación constantemente repetidas, estaba evidentemente destinado a servir, después de ser copiado en su totalidad, como base para la impresión del libro.

Pero Lou A.-S. siguió trabajando también en esta copia. Algunas de las hojas escritas a máquina han sido reemplazadas nuevamente por otras manuscritas, en partes agregó algo y en otras tachó, sin consultar para ello el manuscrito anterior ni sus diversas versiones. Éste llegó así —sin haber sido revisado en su totalidad por Lou A.-S., pero teniéndolo por concluido — a constituir el fundamento de la impresión de 1951. De modo que los dos manuscritos no son dos versiones diferentes del relato de la vida de Lou A.-S., ni tampoco dos etapas de elaboración que se distingan entre sí, sino el testimonio de un solo proceso de elaboración.

Tampoco existe una distancia temporal entre los dos manuscritos. Según parece, en lo principal las notas se produjeron después de la muerte de F. C. Andreas. El capítulo «F. C. Andreas», el último del manuscrito viejo, indica, escrito a mano, el año 1931. En 1933 sigue luego «Lo que falta en el Compendio», y en 1934 y 1936, respectivamente, los dos recuerdos «Abril, *nuestro mes,* Rainer...» y «Recuerdos de Freud», que fueron agregados por el editor a la *Mirada retrospectiva* para completar los capítulos «Con Rainer» y «La vivencia Freud». Estas tres notas se diferencian también en gran medida del tono y el contenido de la *Mirada retrospectiva;* el recuerdo de Rilke está escrito como si el capítulo «Con Rainer» no existiera; lo mismo vale con respecto a la relación de «Lo que falta en el Compendio» con el capítulo «F. C. Andreas».

El texto publicado hasta el momento le había deparado al editor dificultades de la más variada especie. Como Lou A.-S. prefería volver a escribir una reflexión antes que corregir una versión anterior, fácilmente podía suceder que algún detalle, que ya había sido enfocado adecuadamente, volviera a escapársele de la vista. E incidencias de diversos estilos habían causado otros tropiezos. De manera que, por la naturaleza

misma del trabajo, no sólo se justificaba, sino que hasta se hacía necesario recurrir a todas las versiones de que se disponía para aclarar el texto. Pero el margen que existía para el establecimiento de un nuevo material de impresión era limitado: se trataba solamente de hacer más claras cada una de las expresiones finales de Lou A.-S., en relación, también, con sus formulaciones o enfatizaciones anteriores. Al hacerlo, se suprimieron también errores o malentendidos del editor en su labor para la primera edición.

La «Nota preliminar» ha sido adaptada a la segunda edición. El «Epílogo» de la primera quedó inmodificado. Los «Comentarios» fueron revisados y aumentados con algunos suplementos documentales de importancia.

Göttingen, en octubre de 1967.

E. Pf.

Nota a la segunda edición alemana

Sobre la primera edición de *Mirada retrospectiva* hemos hecho una revisión y añadido un índice onomástico.

Göttingen, julio de 1969.

---

1. Traducimos: «Recuerdos de Freud». *[N. del T.]*

Título original: *Lebensrückblick – Grundriss einiger Lebenserinnerungen*

Edición en formato digital: 2018

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
alianzaeditorial@anaya.es

ISBN ebook: 978-84-9181-161-9

Conversión a formato digital: REGA

www.alianzaeditorial.es